

Sombras del Imperio

Steve Perry

Prólogo

«Parece un cadáver ambulante —pensó Xizor—, un cuerpo momificado que llevara mil años muerto. Es asombroso que siga vivo, y que además sea el hombre más poderoso de la galaxia... Bueno, eso ya es pura y simplemente increíble. Ni siquiera es tan viejo: más bien parece como si algo le fuese royendo lentamente por dentro.»

Xizor estaba inmóvil a cuatro metros de distancia del Emperador, viendo cómo el hombre que en un pasado cada vez más lejano había sido el senador Palpatine avanzaba para entrar en el campo de la holocámara. Se imaginó que podía oler el hedor de podredumbre que emanaba del cuerpo viejo y consumido del Emperador. Probablemente sólo era algún efecto producido por el aire reciclado, que pasaba por docenas de filtros para asegurar que no hubiera ninguna posibilidad de que se pudiese introducir algún gas venenoso en él. Todos esos procesos de ultraje muy bien podían acabar eliminando toda la vida del aire, y quizá fueran la causa de que estuviera impregnado de aquel terrible olor a muerte.

El espectador situado al otro extremo de la conexión holográfica vería un primer plano de la cabeza y los hombros del Emperador, y contemplaría un rostro devastado por la edad envuelto en el capuchón de su oscura túnica de tela zeyd. El hombre que se encontraba al otro extremo de la transmisión, a años luz de distancia, no vería a Xizor, aunque Xizor sí podría verle. Que se le hubiera permitido estar allí mientras la conversación tenía lugar indicaba el elevado grado de confianza que el Emperador había depositado en Xizor.

El hombre del otro extremo de la transmisión..., si es que todavía se le podía llamar hombre...

El aire se arremolinó delante del Emperador dentro de la cámara imperial, espesándose y oscureciéndose hasta producir la imagen de una silueta que tenía una rodilla hincada en el suelo. Era un humanoide con capa y vestido de negro azabache cuyo rostro quedaba totalmente oculto por un casco y una mascarilla respiratoria: Darth Vader.

Vader habló.

—¿Qué deseáis, mi señor?

Si Xizor hubiera podido lanzar un rayo de energía a través del tiempo y el espacio para que fulminara a Vader, lo habría hecho sin pestañear. Pero eso era un mero deseo que nunca se convertiría en realidad, porque Vader era demasiado poderoso para poder ser atacado directamente.

—Hay una gran perturbación en la Fuerza —dijo el Emperador.

—La he notado —dijo Vader.

—Tenemos un nuevo enemigo: Luke Skywalker.

¿Skywalker? Ése había sido el nombre de Vader hacía mucho tiempo. ¿Quién era aquella persona que tenía el mismo nombre y era tan poderosa como para que se mereciese una conversación entre el Emperador y su más aborrecible creación? Y, más importante aún, ¿por qué los agentes de Xizor no habían sido capaces de proporcionarle ninguna información al respecto hasta aquel momento? La ira de Xizor fue instantánea..., pero también fría y controlada. Sus rasgos imperturbables no mostrarían la más mínima señal de la sorpresa o la furia que sentía. Los falleens no permitían que sus emociones quedaran al descubierto y estallaran como hacían tantas de las especies inferiores, pues los antepasados de los falleens no habían tenido pelaje sino escamas, y no habían sido mamíferos sino reptiles. Su naturaleza no era salvajemente apasionada, sino fríamente calculadora. Eso resultaba infinitamente preferible, porque de esa manera se evitaban muchos riesgos.

—Sí, mi señor —replicó Vader.

—Podría destruirnos —dijo el Emperador.

La atención de Xizor estaba totalmente concentrada en el Emperador y en la imagen holográfica de Vader, que seguía arrodillado sobre la cubierta de una nave a gran distancia de allí. No cabía duda de que eran noticias muy interesantes, desde luego. ¿Algo que el Emperador consideraba suponía un peligro para su persona? ¿Algo que inspiraba miedo al Emperador?

—No es más que un muchacho —dijo Vader—. Obi-Wan ya no puede ayudarle.

Obi-Wan. Xizor conocía aquel nombre. Había sido uno de los últimos Caballeros Jedi, un general. Pero llevaba varias décadas muerto, ¿no?

Si Obi-Wan había estado ayudando a alguien que todavía era un muchacho, eso parecía indicar que la información de que disponía Xizor en aquellos momentos no se correspondía con la realidad. Sus agentes iban a lamentarlo.

Mientras Xizor contemplaba la lejana imagen de Vader y la proximidad del Emperador, en el mismo instante en que era consciente del impresionante lujo de la cámara privada y perfectamente protegida que ocupaba todo el centro del gigantesco palacio piramidal, también fue capaz de hacer una anotación mental dirigida a sí mismo: alguien perdería la cabeza como castigo al fracaso que suponía el que no hubiera estado al corriente de todo aquello. El conocimiento era poder, y la falta de conocimiento debilidad. Aquello era algo que Xizor no podía permitir. El Emperador siguió hablando.

—La luz de la Fuerza arde con una gran intensidad dentro de él —dijo—. El hijo de Skywalker no debe llegar a convertirse en un Jedi. ¿El hijo de Skywalker? ¡El hijo de Vader! ¡Asombroso!

—Si se le pudiese atraer hacia el lado oscuro, llegaría a ser un poderoso aliado —dijo Vader.

Cuando pronunció aquellas palabras, había algo en la voz de Vader que Xizor no consiguió identificar. ¿Anhelo? ¿Preocupación?

¿Esperanza, tal vez?

—Sí... Sí. Sería un recurso de gran valor para el Imperio —dijo el Emperador—. ¿Puede

hacerse?

La pausa más breve imaginable siguió a su pregunta.

—Luke Skywalker se unirá a nosotros o morirá, mi señor.

Xizor sintió la sonrisa, aunque no permitió que llegara a ser más visible de lo que había permitido que lo fuese su ira. Ah. Vader quería que Skywalker siguiera con vida, y era aquello lo que Xizor había percibido en el tono de su voz. Sí, Vader había dicho que el muchacho se uniría a ellos o moriría, pero resultaba obvio que esas últimas palabras tenían como única intención calmar al Emperador. Vader no tenía la más mínima intención de matar a Skywalker, su propio hijo: eso resultaba igualmente obvio para alguien tan hábil en la interpretación de las voces como Xizor. No había llegado a ser el Príncipe Oscuro, el Señor Oculto del Sol Negro, la mayor organización criminal de toda la galaxia, meramente por su formidable apostura. En realidad Xizor no entendía los misterios de la Fuerza que mantenía con vida al Emperador y hacía que él y Vader fueran tan poderosos, y lo único que sabía de cierto sobre la Fuerza era que indudablemente surtía el efecto que se esperaba de ella, aunque Xizor no pudiera explicar cómo. Pero también sabía que la Fuerza era algo que se suponía que los extintos Jedi habían llegado a dominar y controlar. Y de repente, aquel nuevo jugador surgido de la nada había obtenido acceso a ella. Vader quería que Luke Skywalker siguiera con vida, y prácticamente había prometido al Emperador que se lo entregaría vivo..., y convertido al lado oscuro.

Aquello era muy interesante.

Sí, no cabía duda de que era interesantísimo.

El Emperador puso punto final a su comunicación y se volvió hacia él.

—Y bien, príncipe Xizor, ¿dónde estábamos? El Príncipe Oscuro sonrió. Se ocuparía de los asuntos que lo habían traído hasta aquel lugar, pero no olvidaría el nombre de Luke Skywalker.

Chewbacca lanzó un rugido lleno de rabia. Un soldado de las tropas de asalto intentó sujetar al wookiee, y el golpe de Chewbacca hizo que saliera despedido por los aires y cayera al pozo con un estrépito metálico de armadura. Dos guardias más aparecieron, y el wookiee los apartó a un lado como si sólo fuesen dos briznas de paja, un niño que arroja muñecas de un lado a otro...

Un segundo más y alguno de los soldados de Vader dispararía contra Chewie. El wookiee era alto y fuerte, pero no podía vencer. Acabarían con él...

Han empezó a gritar, intentando calmar al wookiee.

Leia les contemplaba, incapaz de moverse y sin poder creer que todo aquello estuviera ocurriendo.

Han siguió hablando.

—¡Ya habrá otra ocasión, Chewie! La princesa... Tienes que cuidar de ella. ¿Me has oído? ¿Eh, Chewie?

Estaban en una húmeda y sucia cámara en las entrañas de la Ciudad de las Nubes de Bespin, donde Lando Calrissian, el supuesto amigo de Han, había encerrado al trío después de haberse puesto de acuerdo con Darth Vader para traicionarles. La escena se hallaba bañada por una claridad dorada que hacía que pareciese todavía más irreal. Chewbacca se volvió hacia Han y parpadeó, con Cetrespeó, que todavía estaba a medio montar, sobresaliendo de un saco a la espalda del wookiee. El traidor Calrissian estaba inmóvil a un lado, acechando como una fiera salvaje. También había guardias, técnicos y cazadores de recompensas. La presencia de Vader y el hedor de la carbonita líquida impregnaban la atmósfera a su alrededor, saturándola con un olor que combinaba la pestilencia de las tumbas con la de los depósitos de cadáveres.

Más guardias avanzaron para esposar a Chewie. El wookiee, que ya estaba un poco más calmado, asintió. Sí, comprendía a Han. No le gustaba, pero lo entendía. Permitió que los guardias le pusieran las esposas...

Han y Leia se miraron. «Esto no puede estar ocurriendo —pensó Leia—. No ahora.»

La emoción se adueñó de ellos, y ninguno de los dos pudo resistirla. Fueron el uno hacia el otro como atraídos por imanes, y se rodearon con los brazos. Se abrazaron y se besaron, llenos de pasión y esperanza..., llenos de cenizas y desesperación...

Dos soldados de las tropas de asalto se llevaron a Han con un salvaje tirón, obligándole a retroceder hacia la plancha de carga colocada encima de la cámara de congelación improvisada.

Las palabras surgieron de los labios de Leia en un estallido tan incontrolable como si tuvieran vida propia, lava que brotaba de una erupción volcánica.

—¡Te quiero!

Y Han, el valeroso y fuerte Han, asintió.

—Lo sé.

Los técnicos ugnights, que apenas tenían la mitad de la altura de Han, fueron hacia él, le liberaron las manos y se apartaron.

Han miró a los técnicos, y después sus ojos se volvieron nuevamente hacia Leia. La plancha empezó a descender, introduciéndole en el pozo. La mirada de Han se encontró con la de Leia, la sostuvo y siguió haciéndolo..., hasta que la nube de vapores congelantes hirvió a su alrededor y le impidió ver nada más...

Chewie chilló. Leia no entendía su lenguaje, pero comprendió su rabia, su pena y su terrible sensación de impotencia.

«¡Han!»

Nubes pestilentes de vapores acres surgieron del pozo y se fueron extendiendo a su alrededor, formando una gélida neblina, una humareda que helaba el alma con sus perezosos torbellinos a través de la cual Leia vio a Vader observándolo todo bajo su máscara inescrutable. Oyó el balbuceo de Cetrespeó.

—¿Qué...? ¿Qué está ocurriendo? ¡Date la vuelta! ¡No puedo ver nada, Chewbacca! «Han... ¡Oh, Han!»

Leia se irguió de golpe, con el corazón latiéndole a toda velocidad. La sábana estaba empapada de sudor y enrollada a su alrededor, y su camisón estaba mojado. Leia suspiró, sacó las piernas de la cama y se quedó inmóvil con los ojos clavados en la pared. El cronómetro mural le indicó que eran las tres de la madrugada. La habitación olía a polvo y aire estancado. Leia sabía que la noche de Tatooine sería bastante fría, y pensó en abrir una de las rejillas de ventilación para dejar entrar un poco de aquel frescor. Pero en aquel momento, el esfuerzo le parecía demasiado grande para lo que obtendría a cambio de él. «Un mal sueño — pensó—. Sólo ha sido un mal sueño.» Pero... No. No podía fingir que sólo había sido una pesadilla. Había sido algo más que eso. Era un recuerdo. El hombre al que amaba estaba atrapado en un bloque de carbonita, y un cazador de recompensas se lo había llevado como si fuera una caja más de un cargamento. Han estaba perdido en algún lugar de la inmensidad de la galaxia, y Leia no podía llegar hasta él.

Sintió cómo las emociones se iban acumulando en su interior y amenazaban con estallar bajo la forma de lágrimas, pero las contuvo. Era Leia Organa, princesa de la familia real de Alderaan, elegida para el Senado Imperial y una de las colaboradoras más activas de la Alianza para Restaurar la República. Alderaan había desaparecido, destruido por Vader y la Estrella de la Muerte; el Senado Imperial había sido disuelto y dispersado; la Alianza se enfrentaba a enemigos infinitamente superiores que tenían diez mil veces sus efectivos y su potencia de fuego...; pero ella era quien era. No lloraría.

No lloraría.

Les haría pagar muy caro lo que habían hecho.

Pasaban tres horas de la medianoche, y la mitad del planeta dormía.

Luke Skywalker estaba descalzo sobre la plataforma de acero, a sesenta metros por encima de la arena, y contemplaba la tensa longitud del cable. Vestía pantalones y camiseta negra, y llevaba un cinturón de cuero negro. Ya no tenía una espada de luz, aunque había empezado a construir otra, utilizando los planos que había encontrado en un viejo libro de tapas de cuero en la morada de Ben Kenobi. Era un ejercicio tradicional para los Jedi, o eso le habían dicho. La construcción de su segunda espada de luz le había proporcionado algo que hacer mientras su nueva mano acababa de unirse a su brazo. También había servido para evitar que pensara demasiado.

Las luces instaladas debajo de la lona eran muy tenues, y Luke apenas si podía ver el cable de acero. La feria había cerrado sus puertas para la noche, y los acróbatas, animales y bufones ya llevaban un buen rato durmiendo. Las multitudes se habían ido a casa, y Luke estaba solo..., solo con el cable de los funambulistas. Todo estaba muy silencioso, y los únicos sonidos audibles eran los crujidos producidos por la tela sintética a medida que se iba enfriando en los brazos de la noche del verano de Tatooine. En cuanto se ponía el sol, el abrasador día del desierto veía disiparse su calor con la misma rapidez con que lo había acumulado, y fuera de la tienda el aire ya era lo suficientemente frío para que resultara necesario llevar una chaqueta. Vaharadas del olor de los antílopes llegaban hasta la plataforma a la que se había subido Luke, y se mezclaban con el olor de su sudor.

Un guardia cuya mente había aceptado la orden mental de Luke de que le permitiera entrar en la tienda gigante seguía vigilando la entrada, ciego a su presencia. Aquella clase de control era una habilidad Jedi, pero Luke apenas si había empezado a descubrir cómo utilizarla.

Luke respiró hondo y fue dejando escapar el aire muy lentamente. No había red debajo, y una caída desde semejante altura seguramente resultaría mortal. No tenía por qué hacer aquello. Nadie iba a obligarle a caminar por ese cable.

Nadie aparte de él mismo...

Luke fue calmando su respiración y el latir de su corazón y, en la medida de lo posible, su mente, utilizando el método que había aprendido. Ben primero, y el maestro Yoda después, le habían enseñado las antiguas artes. Los ejercicios de Yoda habían sido los más rigurosos y agotadores, pero desgraciadamente Luke no había podido completar su instrucción. En realidad, no había tenido elección. Han y Leia corrían un grave peligro y podían morir, y Luke había tenido que acudir en su ayuda. Los dos estaban vivos porque él había ido en su busca, pero...

Al final las cosas no habían salido bien.

No, no habían salido nada bien.

Y no había que olvidar aquel encuentro con Vader...

Luke sintió que su rostro se tensaba y los músculos de sus mandíbulas empezaban a

temblar, y trató de reprimir la ira que se estaba agitando en su interior, luchando contra aquella marea hormonal tan negra como las prendas que llevaba puestas. Sintió una repentina punzada de dolor en la muñeca, allí donde había sido atravesada por la hoja de la espada de luz de Vader. La nueva mano era tan eficiente como la antigua, y quizá incluso mejor, pero a veces le palpitaba cuando pensaba en Vader. «Es un caso de dolor del miembro fantasma», le habían dicho los médicos. No era real.

«Soy tu padre...»

¡No! ¡Eso tampoco podía ser real! Su padre había sido Anakin Skywalker, un Jedi.

Ah, si pudiera hablar con Ben... O con Yoda. Ellos se lo confirmarían. Ellos le dirían la verdad. Vader había intentado manipularle. Había intentado confundirle para debilitar su concentración, nada más.

Pero... ¿Y si era verdad?

No. «Basta, deja de pensar en eso.» Seguir pensando en todo aquello no le serviría de nada en esos momentos. Luke no podría ayudar a nadie a menos que consiguiera controlar sus capacidades Jedi. Tenía que confiar en la Fuerza y seguir adelante, sin importar las mentiras que Vader hubiera podido contarle. Había una guerra y mucho trabajo que hacer, y aunque Luke era un buen piloto, se suponía que tenía algo más que ofrecer a la Alianza aparte de eso.

No resultaba nada fácil, y no parecía que fuese a resultar más fácil en el futuro. Luke deseaba sentirse seguro de sí mismo, pero la triste realidad era que estaba lleno de dudas. Tenía la sensación de estar siendo oprimido por un peso invisible, y nunca había creído posible que pudiera existir una carga tan aplastante. Todavía no habían transcurrido muchos años desde los tiempos en que Luke era un joven granjero que trabajaba con su tío Owen y cuyo futuro no parecía reservar nada especial. Después llegaron Han, el Imperio, la Alianza, Vader...

«No. Ahora no. Todo eso pertenece al pasado y al futuro, y el presente se reduce a este cable. Concéntrate, o te caerás.»

Buscó a tientas la energía invisible, y notó cómo el flujo empezaba a discurrir por su interior. Era cálido y luminoso y llenaba de vida cuanto tocaba, y Luke lo llamó y trató de envolver su cuerpo en él como si fuese una armadura.

La Fuerza. Una vez más, estaba allí para él. Sí...

Pero ahí fuera también había algo más. En un lugar que estaba alejado y, al mismo tiempo, inexplicablemente cerca de él, Luke sintió aquel tirón del que le habían hablado. Era como un frío despiadado y terriblemente poderoso, lo opuesto de todo lo que le habían mostrado sus maestros. Era la antítesis de la luz. Era aquello a lo que se había entregado Vader.

Era el lado oscuro.

«¡No!» Luke lo rechazó. Se negó a contemplarlo. Hizo otra profunda inspiración. Sintió cómo la Fuerza impregnaba todo su ser y cómo iba cambiando para adaptarse a él..., o quizá fuese al revés. Daba igual.

Cuando él y la Fuerza fueron una sola cosa, Luke echó a andar.

Y de repente el cable pareció volverse tan ancho como una gran avenida. La Fuerza era

algo totalmente natural, pero aquella parte siempre parecía cosa de magia, como si pudiera hacer milagros utilizándola. Luke había visto cómo Yoda sacaba el ala-X del pantano con su mente. La Fuerza permitía hacer cosas que podían parecer milagros.

Mientras levantaba el pie para dar otro paso, Luke se acordó de otras cosas que habían ocurrido durante su estancia en Dagobah.

Debajo del suelo blando y húmedo, en aquella caverna...

Darth Vader fue hacia él.

«¡Vader! ¡Aquí! ¿Cómo es posible?»

Luke empuñó su espada de luz, la activó y la alzó delante de él. El resplandor blanco azulado de su hoja se encontró con el haz rojizo de Vader, y las dos armas se cruzaron en el saludo de la posición de guardia. El poder zumbó y el chisporroteo de la energía se volvió mucho más intenso.

Y Vader atacó de repente, lanzando un potente mandoble contra el flanco de Luke...

Luke alzó su hoja de energía y bajó la punta, bloqueando el ataque. El impacto fue tan terrible que hizo vibrar todo su cuerpo, y faltó muy poco para que le arrancase la espada de luz de entre los dedos.

Luke podía captar el olor del moho a su alrededor. Oía el zumbido de las hojas de energía de las espadas de luz, y veía a Vader con una cristalina claridad. Todos sus sentidos cobraron una nueva vida de repente, alcanzando una agudeza que jamás habían conocido hasta aquel momento y volviéndose más agudos que todo un almacén lleno de hojas vibratorias.

Vader volvió a atacar, esta vez con un mandoble dirigido a la cabeza de Luke, y el desesperado contragolpe de Luke apenas si consiguió detener su ataque. ¡Vader era tan fuerte!

Vader atacó de nuevo, lanzando un golpe que habría partido por la mitad a Luke si éste no hubiera alzado su arma en la fracción de segundo precisa.

Luke sabía que Vader era demasiado fuerte para él. Sólo su ira podía salvarle de perecer. Se acordó de Ben, y de cómo había perecido bajo la hoja de energía de Vader...

Una rabia irracional se adueñó de él y le dio nuevas fuerzas. Luke movió su hoja en un veloz arco, con toda la potencia de su mano, su hombro y su muñeca detrás de él, y...

El mandoble separó la cabeza de Vader de su cuello.

El tiempo pareció moverse tan despacio como una enorme y pesada ancla que se arrastrara por el fondo del mar. El cuerpo de Vader se desplomó, lentamente, oh, tan, tan lentamente..., y la cabeza cercenada cayó al suelo y rodó por él.

Rodó por el suelo y luego se detuvo. No había sangre...

Un destello cegador rasgó la oscuridad con un repentino estallido de luz y humo purpúreos, y la máscara que cubría el rostro de Vader se hizo pedazos, rompiéndose en mil fragmentos y desvaneciéndose, revelando, revelando...

El rostro de Luke Skywalker.

«¡No!»

Aquel recuerdo rebelde había sido mucho más veloz que los acontecimientos reales. En la

realidad, Luke sólo había dado un paso. Ah, sí, la mente podía llegar a hacer cosas realmente asombrosas. Aun así, Luke estuvo a punto de caer del alambre cuando perdió el contacto con la Fuerza.

«¡Basta ya!», se dijo.

Respiró hondo, logró recobrar el equilibrio y volvió a buscar la presencia invisible de la Fuerza.

Allí estaba. Sí, ya la tenía. Luke se irguió y empezó a caminar, nuevamente uno con la Fuerza, fluyendo con ella y avanzando dentro de ella.

Estaba en el centro del cable cuando decidió echar a correr. Luke se dijo que eso formaba parte de la prueba. Se dijo que la Fuerza estaba con él y que podía vivir y ser digno de llamarse Skywalker sin temor, que cualquier cosa era posible para alguien que había recibido el adiestramiento de los Caballeros Jedi. Era lo que se le había enseñado. Luke quería creerlo.

No quería creer que estaba corriendo porque podía sentir cómo el lado oscuro caminaba por el alambre detrás de él, maligno y ágil como un gato, siguiendo sus pasos como el recuerdo de su rostro sobre la cabeza cercenada de Vader, siguiéndole y...

... y acercándose más y más a cada momento que transcurría.

Xizor se recostó en su sillón mórfico. El sillón, que tenía un circuito defectuoso que Xizor nunca encontraba el momento de reparar, interpretó aquel movimiento como una pregunta.

—¿Cuál es vuestro deseo, príncipe Xiiiiizor? —dijo su chip vocal, prolongando exageradamente la primera sílaba de su nombre. Xizor meneó la cabeza.

—Sólo deseo que guardes silencio —respondió.

El chip vocal se calló. La maquinaria oculta dentro del cuero clonado del sillón zumbó e introdujo algunos ajustes en sus superficies de apoyo para adaptarlas a la nueva postura del cuerpo de Xizor. El Príncipe Oscuro suspiró. Su riqueza superaba los ingresos de muchos planetas, ¡y tenía un sillón mórfico que funcionaba tan mal que ni siquiera era capaz de pronunciar correctamente su nombre! Xizor hizo una anotación mental para acordarse de sustituirlo ese mismo día, inmediatamente, en cuanto hubiera hecho lo que había venido a hacer allí aquella mañana.

Alzó los ojos hacia la holoproyección a escala un sexto congelada delante de él, y después siguió alzando la cabeza hasta que pudo contemplar a la mujer que aguardaba en silencio al otro lado del escritorio. Era tan hermosa, aunque con unas características raciales no tan marcadas, como las dos luchadoras del planeta Epicanthix inmóviles en el holograma que se interponía entre ellos. Pero su belleza pertenecía a una variedad distinta. Tenía una larga y sedosa cabellera rubia, ojos de un azul claro y una silueta exquisita. Los machos humanos normales la habrían encontrado muy atractiva. El rostro y la figura de Guri eran impecablemente perfectos, pero toda ella estaba envuelta en una extraña aureola de frialdad, y eso resultaba muy fácil de explicar si conocías la razón: Guri era una RHA, una réplica humana androide, y era única. Visualmente podía pasar por una mujer en cualquier lugar de la galaxia, y también podía comer, beber y ejecutar todas las funciones más íntimas de una mujer sin que nadie descubriera su auténtica naturaleza..., y era la única representante de su especie

programada para ser una asesina. Podía matar sin que su seudopulso se acelerase en lo más mínimo, y sin ningún remordimiento o problema de conciencia.

Le había costado nueve millones de créditos.

Xizor formó un puente con los dedos y dirigió un enarcamiento de cejas a Guri.

—Las hermanas Pike —dijo Guri, contemplando el holograma—. Son gemelas genéticas, no clones. La de la derecha es Zan, y la otra es Zu. Zan tiene los ojos verdes y Zu tiene un ojo verde y un ojo azul, y ésta es la única diferencia visible. Son maestras del *leerás kasi*, el arte bundu-ki conocido con el nombre de «manos de acero». Tienen veintiséis años estándar, carecen de filiaciones políticas e historiales criminales en los sistemas más importantes y, por lo que hemos podido determinar, son totalmente amorales. Sus servicios siempre están disponibles para el mejor postor, y nunca han trabajado para el Sol Negro. Aparte de eso, nunca han sido derrotadas en un combate abierto. Esto... —añadió, volviendo a señalar la imagen holográfica congelada con una inclinación de cabeza_ es lo que hacen para divertirse cuando no están trabajando.

La voz de Guri, un melodioso tono de contralto cálido e invitador, contrastaba con su apariencia. Su mano activó el holograma.

Xizor sonrió, revelando la perfección de su dentadura al hacerlo. El holograma había mostrado a las dos mujeres limpiando el suelo con ocho soldados de las tropas de asalto imperiales en el bar de un espacio-puerto de mala muerte. Los soldados eran altos, fuertes y bien adiestrados, y estaban armados. Cuando hubieron terminado con ellos, las dos mujeres ni siquiera jadeaban.

—Servirán —dijo—. Da las órdenes necesarias.

Guri volvió a asentir, giró sobre sus talones y se fue. Vista desde atrás, tenía un aspecto tan magnífico como desde delante.

Nueve millones, y hasta el último decicrédito de aquel gasto había valido la pena. Xizor deseó tener una docena más como ella. Por desgracia su creador ya no se contaba entre los vivos, lo cual era una lástima.

El número de asesinos cuidadosamente seleccionados que se hallaban bajo sus órdenes había aumentado en dos unidades, lo cual era una buena noticia. Ninguno de ellos había tenido relaciones anteriores con el Sol Negro y, gracias a las expertas manipulaciones de Guri, nunca llegarían a tenerlas.

Xizor alzó la mirada hacia el techo. Había hecho incrustar los contornos de la galaxia en las losetas iluminadoras. Cuando el nivel de intensidad lumínica estaba ajustado al mínimo —y normalmente lo estaba—, Xizor disfrutaba de un panorama de la galaxia vista de perfil flotando holográficamente en el techo con más de un millón de estrellas, tan pequeñas como motas de polvo y minuciosamente trazadas a mano, reluciendo en él. El artista había necesitado tres meses de trabajo y había cobrado el equivalente al rescate de un señor de la guerra, pero por mucho que se esforzara en ello el Príncipe Oscuro no podía gastar todo lo que ya poseía, y cantidades de dinero todavía superiores aflúan continuamente a sus arcas. Los créditos no eran nada, porque tenía miles de millones de ellos. Sólo significaban que podía perder el

tiempo de una manera muy original si se dedicaba a contarlos. Carecían de importancia.

Volvió a contemplar el holograma. Aquellas dos mujeres eran hermosas y mortíferas, una combinación que le gustaba mucho. Xizor era un falleen. Pertenece a una especie cuyos lejanos antepasados habían sido reptiles, y que había evolucionado hasta convertirse en la que estaba generalmente considerada como más hermosa de todas las especies humanoides. Xizor tenía más de cien años de edad, pero aparentaba treinta. Alto y flexible, tenía una coleta que sobresalía en la parte de arriba de una cabeza por lo demás calva y un cuerpo esbelto y fuerte moldeado por las unidades estimuladoras. También exudaba feromonas naturales que hacían que la inmensa mayoría de especies humanoides se sintieran instantáneamente atraídas hacia él, y el color de su piel, que normalmente era de un verde oscuro, cambiaba con el incremento de su emisión, pasando de la parte fría del espectro a la cálida. Su hermosura y su atractivo no eran nada más que herramientas. Xizor era el Príncipe Oscuro, el Señor Oculto del Sol Negro, uno de los tres hombres más poderosos de la galaxia. También podía hacer volar por los aires de una patada un fruto solar colocado sobre la cabeza de un humanoide de estatura media sin necesidad de ningún ejercicio de estiramiento preliminar, y era capaz de levantar dos veces su peso por encima de su cabeza utilizando únicamente sus músculos. Xizor podía afirmar que poseía una mente sana —si bien considerablemente traicionera y retorcida— en un cuerpo sano.

Su influencia dentro de la galaxia sólo era superada por las del Emperador y Darth Vader, el Señor Oscuro del Sith.

Volvió a sonreír a la imagen que tenía ante él. Era el tercer poder de la galaxia..., pero si sus planes salían tal como pretendía, estaba a punto de convertirse en el segundo. Habían transcurrido largos meses desde que oyó cómo el Emperador y Vader hablaban de una amenaza cuya existencia acababan de percibir, y los preliminares por fin estaban terminados. Xizor estaba preparado para empezar a actuar.

—¿Qué hora es? —preguntó.

El ordenador de su habitación respondió al instante.

Ah. Sólo faltaba una hora para su reunión. No tendría que ir muy lejos: le bastaría con dar un corto paseo por los pasillos protegidos para llegar a los aposentos de Vader, que se encontraban muy cerca del lugar en el que la gigantesca estructura de piedra gris verdosa y cristales-espejo del palacio del Emperador incrustaba su mole en los niveles superiores de la atmósfera. Sólo había que recorrer unos pocos kilómetros, y unos cuantos minutos de caminar a buen paso bastarían para llevar a Xizor hasta allí. No había ninguna prisa. No quería llegar antes de la hora fijada.

Un suave campanilleo anunció la presencia de un visitante.

—Entre —dijo Xizor.

Sus guardaespaldas no estaban allí, pero no había ninguna necesidad de que se hallaran presentes en su santuario secreto. Nadie podía atravesar sus defensas, y sólo muy pocos de sus subordinados tenían derecho a visitarle allí..., y todos eran leales. Al menos, eran tan leales como podía obligarles a ser el miedo.

Mayth Duvel, uno de sus lugartenientes, entró y se inclinó ante él en una gran reverencia.

—Príncipe Xizor...

—¿Sí?

—He recibido una petición de la Organización Nezziti. Desean establecer una alianza con el Sol Negro.

Xizor obsequió a Duvel con una sonrisa cuidadosamente medida.

—Estoy seguro de que la desean.

Duvel extrajo un paquetito de uno de sus bolsillos.

—Ofrecen esta muestra de su estima.

Xizor aceptó el paquetito y lo abrió con el pulgar. Dentro había una gema. Era un rubí de presión tumaniano, cortado en óvalo y rojo como la sangre, una piedra muy rara, aparentemente sin ninguna tara y que muy bien podía valer varios millones de créditos. El Príncipe Oscuro la alzó delante de su rostro, la hizo girar entre sus dedos y asintió. Después la arrojó sobre su escritorio. La piedra rebotó una vez, se deslizó unos centímetros y acabó deteniéndose junto a su copa. Si hubiera caído al suelo, Xizor no se habría inclinado para recogerla, y si el androide de la limpieza hubiera entrado más tarde y la hubiera aspirado al interior de sus depósitos... Bueno, ¿qué más daba?

—Diles que ya nos lo pensaremos.

Duvel volvió a inclinarse y retrocedió.

Cuando se hubo marchado, Xizor se levantó y estiró su cuello y su espalda. La protuberancia reptiliana evolucionada que cubría su espina dorsal se elevó ligeramente, y Xizor notó su aguda presión en las yemas de sus dedos mientras se la frotaba. Había otras visitas que querían verle, y en circunstancias normales habría seguido sentado detrás de su escritorio y habría atendido sus peticiones, pero aquel día no haría eso. Ya iba siendo hora de que fuese a ver a Vader. Ir allí en vez de insistir en que Vader viniera a verle significaba concederle una pequeña ventaja y presentarse como un suplicante. No importaba. Eso también formaba parte de todo el asunto: no debía parecer que había ningún motivo de disputa entre ellos. Nadie debía sospechar que Xizor sentía algo que no fuese el máximo respeto hacia el Señor Oscuro del Sith..., no si quería que sus planes se vieran coronados por el éxito, y Xizor no dudaba de que así sería.

Porque eso era lo que ocurría siempre.

Leia estaba sentada en una de las cantinas más repugnantes de la peor parte de Mos Eisley.

Ganarse cualquiera de esos dos honores exigía un esfuerzo realmente considerable. Llamar tugurio a aquel lugar habría significado ascenderlo cuatro lugares en la lista de locales de Mos Eisley. La mesa era de metal expandido, y consistía en una plancha de aluminio convertida en una rejilla barata y fácil de limpiar: probablemente usaban una manguera con disolvente a alta presión para echarlo todo por aquel desagüe que se podía distinguir en un hueco del centro del suelo. Si abrían la puerta que daba al árido exterior, todo quedaría seco en cuestión de momentos. La copa del asqueroso brebaje anónimo que tenía delante estaba perdiendo más líquido a causa de la evaporación que porque Leia bebiese de ella. El sistema de refrigeración debía de tener un circuito defectuoso: hacía mucho calor, y el aire del desierto se iba infiltrando en la cantina junto con la escoria de los callejones que entraba para pasar las horas allí dentro. Olía igual que en un establo de banthas en pleno verano, y lo único bueno que se podía decir de aquel lugar era que, gracias a la escasa iluminación, Leia no podía ver con demasiada claridad a una clientela formada por representantes bastante desagradables de una docena de especies que, para empezar, ya no resultaban particularmente agradables a la vista.

Lando debía de haber elegido a propósito aquel local como escenario de su reunión sólo para ponerla nerviosa. Oh, bueno. Cuando por fin llegara, Leia no le daría esa satisfacción. Durante un tiempo había odiado a Lando, hasta que comprendió que la aparente traición de que había hecho objeto a Han sólo fue un truco para poder salvarles de las garras de Vader. Lando había renunciado a muchas cosas al obrar de esa manera, y todos estaban en deuda con él por lo que había hecho.

Con todo, aquél era el tipo de bar en el que Leia no entraría jamás a menos que tuviera una razón de peso para ello —una razón de mucho peso—, y también era el tipo de bar en el que nunca entraría sola, a pesar de sus protestas de que no necesitaba un guardaespaldas. Pero tanto si necesitaba un guardaespaldas como si no, tenía uno: Chewbacca estaba sentado junto a ella, lanzando miradas feroces a la abigarrada clientela. Chewie la había dejado con Luke después del último encuentro con Vader única y exclusivamente porque tenía que ir con Lando a Tatooine para preparar el rescate de Han. En cuanto Leia hubo llegado, Chewie se había mantenido tan cerca de ella como si formara parte de su vestuario. Era muy irritante.

Lando se lo había explicado: «Hace tiempo Chewie contrajo una deuda de vida con Han. Eso significa mucho entre los wookies. Han le dijo que cuidara de ti. Hasta que Han no le diga otra cosa, eso es lo que va a hacer».

Leia había intentado ser firme. «Te lo agradezco mucho —le había dicho a Chewie—, pero no es necesario que lo hagas.»

Lando le había dicho que todo lo que hiciera o dijese sería inútil. Chewbacca estaría con ella mientras el wookiee viviera, y eso era todo. Leia ni siquiera hablaba wookiee, salvo por un par de juramentos que creía ser capaz de reconocer, pero Lando había sonreído y le había dicho que, dada la situación, tal vez sería mejor que se fuera acostumbrando.

Y, en cierta manera, casi lo había hecho. Chewie podía entender bastantes lenguajes, y aunque no era capaz de hablarlos, normalmente podía hacer entender sus deseos a los demás.

Chewie le caía muy bien, pero todo aquello le había dado otra razón para encontrar y liberar a Han: Han era la única persona de la galaxia que podía quitarle de encima al wookiee.

De todas maneras, y aunque Leia nunca lo habría admitido, había momentos en los que tener cerca a un wookiee de dos metros de altura resultaba bastante útil. Su estancia en aquel maravilloso local se estaba convirtiendo en uno de esos momentos.

Durante la última hora, Leia había tenido ocasión de examinar a algunos de los integrantes de la clientela desde más cerca de lo que le habría gustado. A pesar de que llevaba un mono de estibador de carguero bastante viejo, deshilachado, sucio y manchado de lubricante, de que se había recogido los cabellos en un moño muy apretado y nada atractivo y de que no le había devuelto la mirada a nadie, su mesa había presenciado un continuo desfile de humanos y alienígenas que habían intentado ligar con ella..., a pesar de que había un wookiee adulto y armado sentado a esa misma mesa.

Ah, los hombres. Cuando querían compañía femenina, parecía dar igual de qué especie fueran..., y además también parecía darles igual de qué especie fuera la hembra.

Chewie dejó muy claro que no eran bienvenidos, y sus dimensiones y su arco de energía hicieron que nadie sintiera grandes deseos de discutir sus opiniones. Pero seguían llegando nuevos clientes.

Chewie dirigió un gruñido a un bith de cabeza bulbosa que estaba golpeando la mesa con un puño. Resultaba obvio que el alienígena, cuya especie normalmente era pacífica y muy educada, había bebido demasiado, ya que parecía pensar que él y Leia podían llegar a descubrir que tenían algo en común. El bith contempló los dientes que le estaba enseñando Chewie, y después eructó y se alejó con paso tambaleante.

—Oye, te agradezco tu ayuda, pero puedo manejar a estos tipos —dijo Leia.

Chewie volvió la cabeza hacia un lado y la miró fijamente, en un gesto que Leia estaba empezando a comprender indicaba escepticismo y diversión mezclados en dosis iguales.

Leia decidió tomárselo como un desafío.

—Eh, la próxima vez que venga alguien límitate a ver cómo lo hago. Se puede conseguir lo mismo sin amenazas, ¿sabes?

No hizo falta mucho tiempo. La plaga de pesados prosiguió con un humanoide cornudo que —sorpresa— quería invitar a Leia a una copa.

—Gracias, pero estoy esperando a alguien.

—Bueno, ¿y por qué no te hago compañía hasta que llegue? —preguntó el devaroniano—. Quizá ha tenido algún contratiempo y tardará más de lo previsto. Puede que la espera sea muy larga.

—Gracias, pero ya estoy acompañada —dijo Leia, y señaló a Chewie.

El alienígena ignoró el gesto y, dado que el wookiee ni habló ni alzó su arma para apuntarle con ella, siguió adelante.

—Eh, deberías saber que soy una compañía realmente encantadora. Muchas hembras han sido de esa opinión. Muchas, sí, muchas...

El devaroniano le lanzó una mirada llena de lubricidad, con sus dientes puntiagudos pareciendo particularmente blancos sobre sus labios rojos. Después disparó su lengua hacia adelante y volvió a ocultarla en una fracción de segundo: la lengua era tan larga como su antebrazo.

«Oh, ¿por qué tendrán que pasarme estas cosas?», pensó Leia.

Estaba claro que la diplomacia no iba a servir de nada.

—No. Lárgate.

—No sabes lo que te estás perdiendo, pequeña.

La sonrisa del devaroniano se hizo más grande, dándole un aspecto todavía más demoníaco.

Leia se volvió hacia Chewie y vio que estaba a punto de echarse a reír. Después lanzó una mirada asesina al devaroniano.

—Intentaré vivir sin ello. Vete.

—Sólo una copa. Y puedo enseñarte mis holopostales weranianas: son muy..., ah..., estimulantes.

El devaroniano se dispuso a sentarse delante de ella.

Leia extrajo el desintegrador de pequeño calibre que llevaba escondido en un bolsillo de su mono y lo colocó encima de la mesa, allí donde el devaroniano pudiese verlo. Después lo empuñó, alzó el cañón hacia el techo e hizo girar el botón de ajuste de la intensidad con el pulgar, pasándolo de «aturdir» a «matar».

El devaroniano también vio eso.

—Ah, bueno, tal vez en otra ocasión —se apresuró a decir, hablando muy deprisa—. Acabo de recordar que, ah, dejé el convertidor de mi nave conectado para que se cargara. Me disculpas, ¿eh?

Se fue a toda prisa. Agitar un desintegrador debajo de las narices de un pretendiente indeseado mejoraba sus modales de una manera realmente asombrosa.

Chewie no se rió. El wookiee dijo algo, y Leia consiguió entenderlo bastante bien.

—¿Crees que hay alguien a quien pueda gustarle tener que soportar la presencia de un wookiee entrometido? —replicó.

Pero no pudo evitar sonreír. Chewie se había anotado ese tanto, y a Leia no le importaba tener que admitirlo.

Conectó el seguro del arma y volvió a guardar el desintegrador en su bolsillo. Después

empezó a jugar con el bastoncillo de su bebida y se distrajo removiendo el líquido. Lando pagaría muy caro el haberla citado en aquel antro. Leia aún no sabía cómo se lo haría pagar, pero lo pagaría.

Alguien abrió la puerta, y un chorro de luz abrasadora se esparció por la penumbra del bar. Silueteada en el umbral había una figura humana que, durante una fugaz fracción de segundo, le recordó a Han.

«Han...»

Leia sintió que la oleada incontenible de la pena volvía a alzarse en su interior y meneó la cabeza, como si eso pudiera evitar que las emociones estallaran en una erupción incontrolable. La última vez que había visto a Han Solo, estaba congelado dentro de un bloque de carbonita. Las últimas palabras que le había dicho eran una respuesta: «Lo sé».

Leia suspiró. Hasta aquel momento no había sabido que amaba a Han. Cuando vio cómo Vader ordenaba que lo bajaran a la cámara de congelación, cuando supo que había una posibilidad de que Han no saliera de allí con vida... Bueno, entonces tuvo que decirlo. Las palabras habían surgido de sus labios por sí solas, y Leia había tenido la extraña impresión de que eran pronunciadas por otra mujer. Todo había sido tan... irreal.

Pero no podía negar la verdad. No había podido entonces, y tampoco podía hacerlo en aquel instante. Amaba a Han, por muy pirata y bribón que fuera. No había forma de evitarlo.

No había nada que la asustara más que esos sentimientos. De hecho, el miedo que había sentido cuando se hallaba en manos de Vader a bordo de la Estrella de la Muerte o cuando lo que parecía la mitad del ejército y la armada imperial andaban detrás de ellos no era nada comparado con...

—¿Puedo invitarte a una copa, preciosa? —preguntó una voz detrás de ella.

Leia se volvió. Era Lando. Leia estaba enfadada con él, pero también se alegró de verle.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Por la puerta de atrás —respondió Lando, y le sonrió.

Lando Calrissian era un hombre apuesto —alto, de piel muy negra y con un delgado bigote sobre aquellos resplandecientes dientes blancos—, y además lo sabía.

Detrás de él estaban los androides Erredós y Cetrespeó. La cúpula de Erredós giró de un lado a otro mientras el androide contemplaba el bar, y Cetrespeó, el androide más asustadizo y titubeante con el que Leia se había encontrado en toda su vida, se las arregló para parecer nervioso a pesar de que no podía alterar su expresión facial.

Erredós emitió un silbido.

—Sí, ya lo veo —dijo Cetrespeó. Hubo una corta pausa—. Amo Lando, ¿no sería preferible que esperásemos fuera? Creo que aquí no les gustan demasiado los androides. Somos los únicos que hay en todo el local.

Lando sonrió.

—Vamos, Cetrespeó, cálmate... Nadie se meterá con vosotros. Conozco al dueño. Y además, no quiero que estéis solos ahí fuera. Tal vez os resulte difícil de creer, pero esta ciudad está llena de ladrones. —Lando abrió los ojos, fingiendo asombro, y movió las manos en

un gesto que abarcó el bar y todo el espaciopuerto que se extendía a su alrededor—. Supongo que no querréis acabar convertidos en dos cavadores de arena en alguna granja de humedad, ¿verdad?

—¡Oh, cielos, no!

Leia no pudo evitar sonreír. ¿Cómo era posible que hubiese acabado formando parte de aquel grupo de personajes tan exóticos? Dos androides rarísimos, Lando Calrissian el jugador, Chewbacca el wookie, Luke el...

¿Qué era Luke? Estaba a medio camino de convertirse en un Jedi, y eso como mínimo. Y además era terriblemente importante, dada la desesperación con que Darth Vader parecía estar persiguiéndole. También había oído otros rumores y, si había que hacer caso de ellos, a Vader le daba relativamente igual que Luke estuviera vivo o muerto con tal de que estuviera en sus manos. Leia amaba a Han, pero también sentía algo por Luke.

Otra complicación que no necesitaba. ¿Por qué la vida no podía ser más sencilla?

Y Han...

—Creo que hemos localizado al *Esclavo I* —dijo Lando en voz baja. El *Esclavo I* era la nave de Boba Fett, el cazador de recompensas que se había llevado a Han de la Ciudad de las Nubes.

—¿Qué? ¿Dónde está?

—En una luna llamada Gall, dando vueltas alrededor de Zhar, un gigante gaseoso de uno de los Sistemas del Borde más lejanos. La información es de tercera mano, pero se supone que ha llegado a través de una cadena de informadores bastante fiable.

—Ya hemos oído eso antes —dijo Leia. Lando se encogió de hombros.

—Podemos seguir sentados y esperar o podemos ir a echar un vistazo. El cazador de recompensas tendría que haber entregado a Han a Jabba el Hutt hace varios meses. Ha de estar en algún sitio, ¿no? Tengo un contacto en ese sistema, ¿sabes? Hemos jugado muchas partidas de cartas juntos, y ahora se gana la vida con algunos pequeños negocios de..., en..., de entrega de cargamentos por libre. Se llama Dash Rendar. Está haciendo algunas comprobaciones para nosotros.

Leia volvió a sonreír. «Entrega de cargamentos por libre» era un eufemismo que servía para no tener que emplear la palabra «contrabando».

—¿Confías en él?

—Bueno, mientras me siga quedando algo de dinero... Sí, confío en él.

—Estupendo. ¿Cuándo lo sabremos?

—Dentro de unos días. Leia miró a su alrededor.

—Cualquier cosa sería mejor que esperar aquí.

Lando volvió a obsequiarla con su deslumbrante sonrisa.

—Mos Eisley tiene fama de ser algo así como el sobaco de la galaxia —dijo—. Supongo que podríamos estar atrapados en partes mucho peores de la anatomía.

Chewie dijo algo.

Lando meneó la cabeza.

—No sé qué razón puede tener para estar ahí. Hay un astillero en esa luna, y tal vez necesitaba hacer algunas reparaciones. Algo realmente serio ha debido de retenerle allí, porque Jabba no le pagará hasta que no entregue la mercancía.

Chewie dijo algo más.

—Sí, yo también me temo que habrá problemas. —Lando miró a Leia—. Gall es un Enclave Imperial. Hay un par de destructores apostados allí, más los cazas TIE de dotación habituales. Si la nave de Fett está ahí, llegar hasta él no resultará nada fácil.

—¿Y cuándo ha resultado fácil algo desde que os conocí? —replicó Leia—. ¿Me permites que te haga una pregunta, Lando? De todos los locales asquerosos que hay en el espaciopuerto, ¿por qué has elegido precisamente éste?

—Bueno, da la casualidad de que conozco al dueño. Está en deuda conmigo por una apuesta que hicimos hace tiempo. Siempre que estoy en Mos Eisley, puedo venir aquí y comer y beber gratis.

—Oh, chico. Eso debe de ser una experiencia realmente emocionante. ¿Y alguna vez has tratado de comer algo en este sitio?

—No. Hasta el momento nunca he estado tan hambriento como para intentarlo.

Leia meneó la cabeza. No cabía duda de que su vida había sido muy interesante desde que conoció a aquellos tipos. Pero Lando tenía razón en lo que acababa de decir sobre Boba Fett: todo el mundo tenía que estar en algún sitio.

Hasta que encontraran a Han, aquél era tan bueno como cualquier otro.

—Quizá será mejor que vayamos a hablar con Luke —dijo.

Xizor dejó a sus cuatro guardaespaldas en la antesala y entró en la sala de reuniones personal de Darth Vader. Los guardias habían sido adiestrados en media docena de formas de combate cuerpo a cuerpo, y cada uno iba armado con un desintegrador y era un experto tirador. Aun así, si Vader quería hacerle algún daño, daría igual que Xizor se hubiera llevado consigo a cuatro hombres o a cuarenta. La misteriosa Fuerza permitiría a Vader detener con su espada de luz o sus manos un haz desintegrador disparado contra él, y el Señor Oscuro del Sith también podía matar con un gesto: Vader podía helarte los pulmones o detener tu corazón con sólo desearlo y sin ninguna dificultad. Era una lección que muchos habían aprendido de la manera más desagradable posible. Nadie podía enfrentarse a Darth Vader y desafiarle directamente.

Por suerte, Xizor disfrutaba de la protección del Emperador. Mientras las cosas siguieran así, Vader no se atrevería a hacerle ningún daño.

La habitación era muy austera. El mobiliario consistía en una larga mesa de reluciente y oscura madera de greel, varios asientos no reactivos hechos con la misma clase de madera y una holopantalla con visor. Una leve sombra de lo que parecía un vago olor a especias flotaba en el aire. No había cuadros en las paredes, y tampoco había ninguna señal conspicua de todas las riquezas de las que podía disponer su anfitrión. Vader era casi tan rico como Xizor y, al igual que ocurría con el Príncipe Oscuro, la riqueza en sí misma le importaba muy poco.

Xizor apartó una de las sillas de la mesa y se sentó en ella, permitiéndose ofrecer una impresión general de relajación total, con las piernas estiradas delante de él y la espalda apoyada en el asiento. En algún lugar del castillo de Vader, los técnicos de servicio estarían observando cada movimiento que hiciera y grabarían todo cuanto ocurriese en la sala. Xizor sabía que los espías de Vader seguían sus pasos dondequiera que fuese, tanto en el planeta como fuera de él: allí, en el oscuro corazón del nido de la serpiente, no podía haber ninguna duda de que incluso el más leve de sus gestos sería observado y analizado. Si Vader lo deseaba, probablemente podía saber cuánto aire respiraba Xizor, el volumen, peso y composición de ese aire, y el porcentaje de dióxido carbónico de los residuos.

Xizor permitió que sus labios formaran una tensa sonrisa. Eso daría algo en que pensar a los técnicos: «Oh, oh... Está sonriendo. ¿Qué supones que significa eso?».

Él también mantenía constantemente vigilado a Vader cada vez que ponía los pies fuera de su castillo, por supuesto. En Coruscant —sí, había pasado a llamarse Centro Imperial, pero a Xizor le daba igual cuál fuese su nuevo nombre—, prácticamente todas las personalidades de cierta importancia poseían su propia red de espías para poder estar al corriente de los movimientos de las otras personalidades importantes. Era necesario. Y la red de espías del Sol Negro no era superada por ninguna otra, ni siquiera por la del mismísimo Imperio. Quizá los bothanos fueran ligeramente más eficaces, pero...

La pared del otro extremo de la sala se hizo a un lado en silencio, y Vader apareció en el hueco, francamente espectacular con su capa y su uniforme negro, con su respiración claramente audible dentro del casco y la máscara.

Xizor se puso en pie y le ofreció una rígida reverencia militar.

—Lord Vader...

—Príncipe Xizor —dijo Vader a su vez, respondiendo al saludo.

No hubo ninguna inclinación —Vader sólo doblaba la rodilla ante el Emperador—, pero Xizor no dio ninguna señal de que hubiera percibido aquella pequeña infracción de la etiqueta. Todo estaba siendo grabado. La grabación podía acabar llegando al Emperador..., y de hecho Xizor se sentiría enormemente sorprendido si no acababa siendo sometida al escrutinio del Emperador, ya que el viejo nunca permitía que se le pasara por alto nada que tuviese alguna importancia. Xizor tenía la firme intención de ser la mismísima encarnación de la afabilidad: iba a ser un epítome de la cortesía y ofrecería todo un recital de buenos modales.

—Habéis solicitado verme, lord Vader. ¿En qué puedo servirlos?

Vader entró en la sala y el panel volvió a cerrarse detrás de él. No dio señales de que quisiera sentarse, lo cual no era ninguna sorpresa. Xizor también permaneció de pie.

—Mi señor me ha ordenado que haga los preparativos necesarios para que una flota de cargueros de vuestra corporación transporte suministros a nuestras bases del Borde —dijo Vader.

—Por supuesto —dijo Xizor—. Todos mis recursos están a vuestra disposición, y siempre es un gran placer para mí poder ayudar al Imperio de cualquier manera que se halle a mi alcance.

Las actividades de transporte legales de Xizor eran de una considerable magnitud, y se contaban entre las más importantes de la galaxia. Una gran parte del dinero obtenido con las actividades ilícitas del Sol Negro había sido canalizado hacia Sistemas de Transportes Xizor, y por sí solo el enorme conglomerado de empresas que era STX ya bastaba para convertir a Xizor en un hombre rico y poderoso.

Vader también era consciente de que estaba siendo enfocado por las holocámaras, e hizo un comentario para que quedara registrado.

—Parece que en el pasado vuestra empresa ha respondido con excesiva lentitud a las peticiones imperiales.

—Me avergüenza tener que decir que así es, lord Vader. Ciertos individuos que trabajaban para mí no sabían tomarse lo suficientemente en serio sus obligaciones, pero esos individuos ya no forman parte del personal de mi empresa.

Ataque, parada. Vader había lanzado un golpe muy cauteloso utilizando un estoque de punta finísima, y Xizor había detenido su estocada. Todas las conversaciones que mantenía con el Señor Oscuro del Sith se desarrollaban de una manera similar, con un diálogo superficial de lo más obvio que ocultaba muchas cosas en las profundidades que se extendían por debajo de él. Era una especie de fuga en la que cada uno de los dos músicos intentaba destacar, como si fueran dos hermanos que trataban de superarse el uno al otro delante de los ojos de un padre siempre dispuesto a juzgar su capacidad.

Pero Xizor no consideraba que Vader fuese nada remotamente parecido a un hermano de nido para él. Aquel hombre era un obstáculo que debía ser eliminado, y —aunque todavía no lo sabía— un enemigo mortal.

Diez años antes Vader estaba obsesionado con un proyecto de investigación para obtener un arma biológica. Había creado un laboratorio de alta seguridad en el planeta natal de Xizor. Algún tiempo después hubo un accidente en aquella instalación supuestamente a prueba de riesgos. Una bacteria mutante que destruía los tejidos había logrado escapar a la cuarentena de alguna manera inexplicable. Para salvar a la población del planeta de una horrible infección putrefactante que siempre terminaba con la muerte, y para la que no había ninguna cura, toda la ciudad en cuyo centro había sido construido el laboratorio fue «esterilizada».

Y en ese caso esterilizada quería decir consumida, quemada y reducida a cenizas; y la esterilización abarcó cuanto había en ella: casas, edificios, calles, parques...

Y personas.

Doscientos mil falleens habían sido aniquilados por los rayos láser de esterilización surgidos de las baterías orbitales que se entrecruzaron sobre la metrópolis condenada. El Imperio se consideró afortunado por haber perdido sólo ese número de súbditos cuando la bacteria necrotizante podía haber matado a miles de millones de personas, eso sin olvidar la terrible posibilidad de que hubiese acabado logrando escapar de aquel mundo para infectar otros planetas. La situación estuvo a punto de escapar a todo control, pero el coste había sido relativamente menor..., en opinión del Imperio.

En opinión de Darth Vader.

El padre de Xizor, su madre, su hermano, sus dos hermanas y tres tíos figuraron entre los muertos. Por aquel entonces Xizor se hallaba fuera del planeta y estaba muy ocupado asegurando su control del Sol Negro, pues de lo contrario él también habría sido una de las víctimas.

Nunca había hablado de la tragedia. Xizor había utilizado los amplios recursos del Sol Negro para conseguir que las muertes de sus familiares fuesen borradas de los archivos imperiales. Los agentes que se habían encargado de esa operación también fueron eliminados después de haberla llevado a cabo. Nadie sabía que Xizor, el Príncipe Oscuro, tenía razones personales para detestar a Darth Vader. Considerarlos rivales en el favor del Emperador era una reacción totalmente natural, por supuesto, y no había forma alguna de ocultar eso, pero aparte de Xizor, nadie sabía absolutamente nada sobre aquel otro asunto.

Xizor había sido muy paciente. El hacer pagar a Vader lo que había hecho nunca había sido una cuestión de «si», sino de «cuándo».

Y la venganza por fin estaba a punto de llegar. Pronto disfrutaría de ella. Xizor atravesaría a dos anguilarios con el mismo tridente: tanto el Vader que obstaculizaba el desarrollo de su poder como el Vader que había asesinado a su familia serían... neutralizados.

Xizor sintió que sus labios formaban el comienzo de una sonrisa, pero la ocultó a los ojos de Vader y a las miradas de las holocámaras escondidas. Matar a Vader quizá fuese una forma excesivamente misericordiosa de tratar a semejante criatura..., y también sería extremadamente peligroso. El deshonor y la caída en desgracia siempre resultaban mucho más dolorosos para quien vivía en un nivel tan elevado. Xizor derribaría a Vader de su pedestal, y conseguiría que su amado dueño y señor acabara arrojándolo al cubo de la basura.

Sí. Eso sería justicia...

—Necesitaremos trescientas naves —dijo Vader, interrumpiendo el curso de los pensamientos de Xizor—. La mitad de ellas deberán ser naves cisterna, y la otra mitad deberá estar adaptada para el transporte de cargamentos sólidos. Hay un gran... proyecto de construcción cuya existencia ya os es conocida. ¿Podréis proporcionar esas naves?

—Sí, lord Vader. Basta con que se me diga dónde y cuándo desea el Imperio que esté disponibles esas naves y yo me encargaré de que así sea. Y las condiciones imperiales son aceptables.

Vader guardó silencio durante unos momentos en los que el jadeo mecánico de su respiración fue el único sonido audible.

«No se esperaba esto —pensó Xizor—. Había pensado que yo podía tratar de discutir o regatear el precio. Excelente.»

—Muy bien. Haré que el almirante de la flota de aprovisionamiento se ponga en contacto con los departamentos correspondientes para ocuparse de los detalles.

—Me honra poder servir al Imperio —dijo Xizor.

Volvió a inclinarse ante Vader en una rígida reverencia militar, esta vez un poco más despacio y doblando la cintura un poco más que antes.

Cualquier persona que hubiera estado observando la escena sólo vería cortesía y deseos

de complacer por parte de Xizor.

Vader giró sobre sus talones sin decir ni una palabra más. La pared volvió a deslizarse sobre sus guías invisibles, y Vader salió de la sala.

Y cualquier persona que estuviera observando la escena habría podido ver hasta qué punto su comportamiento había rozado los límites de la grosería.

Xizor volvió a permitir que sus labios se curvaran en una sonrisa casi imperceptible.

Todo iba según el plan.

Luke mantenía los ojos clavados en el pequeño horno como si el hacerlo pudiese acelerar el proceso. Dentro de él, los ingredientes para crear una gema de espada de luz se estaban cocinando bajo un calor y una presión increíbles, soportando un medio ambiente lo suficientemente cálido para fundir los cristales de alta densidad y sometidos a una presión lo bastante elevada para aplastar el duracero hasta convertirlo en una bola líquida. Sin embargo, y si no hubiera sido por el rojo del diodo de funcionamiento, desde un metro de distancia ni siquiera se podía saber que el aparato estaba conectado. Bueno, salvo tal vez por un débil olor bastante parecido al de un haz desintegrador, una especie de aroma a ozono...

El horno llevaba horas funcionando y el diodo amarillo todavía no había empezado a parpadear. Cuando lo hiciera, sus guiños indicarían que el proceso había entrado en su última fase.

La mirada de Luke recorrió el interior de lo que había sido el hogar de Ben Kenobi. Era una pequeña estructura que se alzaba justo en el comienzo del mar de las Dunas Occidentales y, como la mayoría de edificios locales, había sido construida con sintopiedra, una sustancia que era obtenida triturando las rocas del planeta y mezclándolas con disolventes hasta producir una especie de pasta que luego era extendida mediante una brocha o un rociador sobre los armazones de soporte, donde acababa endureciéndose. Los edificios resultantes tenían un aspecto sólido y resistente, y podían soportar las tormentas de arena sin ninguna dificultad. La casa de Ben casi hubiera podido ser una formación rocosa natural, alisada y redondeada por siglos del clima del desierto, con su calor excesivo durante el día y su frío excesivo durante la noche.

Ben, que había sido asesinado por Vader a bordo de la Estrella de la Muerte... El recuerdo contenía partes iguales de pena y rabia.

Su maestro no había dejado muchas cosas o, al menos, no muchas para quien en tiempos lejanos había sido Obi-Wan Kenobi, un Caballero Jedi y general en las Guerras Clónicas. Lo más valioso quizá fuera un viejo arcón de madera de bhoa recubierto de complicadas tallas y su contenido, que incluía un libro encuadernado en cuero que parecía muy antiguo. En aquel libro había toda clase de cosas maravillosas para un aspirante a convertirse en Jedi, como por ejemplo planos para construir una espada de luz. El cerrojo controlado por la huella del pulgar del volumen había aceptado la presión del pulgar derecho de Luke y se había abierto, y Luke vio el paquete detonador disimulado dentro de la cubierta apenas se hubo abierto el libro. Si alguien hubiera tratado de forzar el cerrojo, el libro habría quedado destruido entre una explosión de llamas.

De alguna manera inexplicable, Ben había sabido que Luke encontraría aquel libro. De alguna manera inexplicable, Ben lo había preparado todo para que sólo Luke pudiera abrirlo sin correr peligro.

Asombroso.

Según aquel libro, las mejores espadas de luz utilizaban gemas naturales, pero no había muchas de la clase que Luke necesitaba disponibles en aquellos lugares de Tatooine a los que podía tener acceso. Había conseguido reunir la mayor parte de los componentes y sistemas mecánicos en Mos Eisley —células de energía, controles, una copa reflectora de alta potencia—, pero tuvo que crear su propia joya de centrado. Idealmente, las mejores espadas de luz empleaban tres joyas con densidades y facetas distintas para obtener una hoja que fuese totalmente ajustable, pero aquél era su primer intento de construir el arma de los Jedi y Luke quería mantenerlo dentro de la mayor sencillez posible. Aun así, todo había resultado más complicado de lo que parecía leyendo el libro. Luke estaba razonablemente seguro de que había ajustado el superconductor en la longitud de onda adecuada, y también creía que la amplitud del regulador de dimensiones era la indicada en los planos y que los tableros de los circuitos de control estaban correctamente instalados. No podría estar totalmente seguro hasta que la joya hubiera llegado al final de su proceso de formación, y el libro no explicaba cuánto tiempo se necesitaba para ello. Se suponía que el horno se desconectaría automáticamente cuando hubiera acabado.

Si todo iba bien, después Luke podría tallar la joya, pulirla e instalarla, ajustar los mecanismos de armonía fotónica y, finalmente, ya sólo tendría que mover el interruptor para disponer de una espada de luz en condiciones de ser utilizada. Había seguido las instrucciones al pie de la letra. Luke era bastante hábil manejando herramientas y teóricamente todo debería haber salido bien, pero a pesar de ello seguía temiendo que el arma no funcionara cuando la activase. Eso sería muy embarazoso. O, peor aún, la espada de luz tal vez funcionara de una forma distinta a como se suponía que debía hacerlo. En ese caso, las consecuencias serían mucho más graves..., porque Luke Skywalker, aspirante a convertirse en Caballero Jedi, un hombre que se había enfrentado a Darth Vader y había sobrevivido para contarlo, quedaría reducido a una nube de vapor cuando su espada de luz defectuosa estallara. Hasta el momento, Luke había tomado las máximas precauciones posibles durante la construcción del artefacto: había comprobado tres veces cada paso, y llegar a aquella fase del proyecto le había exigido un mes entero de trabajo. El libro decía que un Maestro Jedi que se diera un poco de prisa podía construir una nueva espada de luz en un par de días.

Luke suspiró. Bueno, después de haber construido seis o siete espadas de luz tal vez podría ir un poco más rápido, pero estaba claro que tendría que recorrer un camino muy, muy largo antes de poder llegar a ese punto...

Y de repente sintió algo.

Era como si el oír, el oler, el saborear y el ver se hubieran combinado de alguna manera tan súbita como inexplicable, y sin embargo no era ninguna de esas cosas. Pero... Pero notaba que estaba a punto de ocurrir algo.

¿Podría ser algo procedente de la Fuerza? Ben había sido capaz de percibir acontecimientos que estaban teniendo lugar a años luz de distancia, y Yoda le había hablado de tales cosas, pero Luke no estaba seguro de que se tratara de eso. Su experiencia había sido limitada, tanto a bordo de su ala-X como en su adiestramiento Jedi.

Luke deseó que Ben estuviera allí para poder responder a sus preguntas.

Fuera lo que fuese, se estaba volviendo un poco más intenso a cada momento que pasaba. Durante un segundo, Luke creyó poder identificarlo: ¿Leia?

Luke había podido enviarle un mensaje mental cuando estaba a punto de caer al vacío desde la Ciudad de las Nubes después de su encuentro con Vader. Ninguno de los dos podía explicarlo, pero Leia había recibido su grito pidiéndole auxilio.

¿Era Leia?

Cogió el desintegrador y se ajustó el cinturón sobre la cadera para que pudiera desenfundar el arma rápidamente en caso de que fuese necesario, y salió al exterior. Normalmente los incursores tusken —el Pueblo de las Arenas— se mantenían alejados de la casa de Ben. Su anciano maestro le había explicado que los tusken eran muy supersticiosos: además, Ben había hecho algunas pequeñas exhibiciones de trucos aparentemente mágicos mediante su control de la Fuerza, y eso había bastado para que los tusken considerasen que aquel lugar estaba encantado. Pero Ben ya no estaba allí, y fuera lo que fuese lo que pudiera haber hecho no seguiría surtiendo efecto eternamente. Luke todavía no poseía las capacidades de Ben, y los tusken tal vez no se sintieran demasiado impresionados al ver cómo levantaba del suelo unas cuantas rocas mediante la Fuerza. Aun así, tenía bastante buena puntería..., y por muy poco elegante que resultara, un haz desintegrador rebotando en una roca junto a ti haría que prácticamente cualquier criatura inteligente se lo pensara dos veces antes de seguir adelante.

Luke esperaba que podría guardar el desintegrador en cuanto su espada de luz estuviera terminada y en condiciones de funcionar. Ben le había dicho que un verdadero Jedi no necesitaba ninguna otra arma para protegerse.

Luke suspiró. También tenía mucho camino que recorrer antes de poder llegar a ese nivel.

Un viento caliente cargado de arenilla llegaba del desierto, y Luke sintió cómo arañaba su piel y la reseca. Vio una tenue nube de polvo en la lejanía. Alguien venía a través de los eriales arenosos desde Mos Eisley, probablemente en un deslizador de superficie. Dado que se suponía que nadie más sabía que estaba allí, probablemente sería Leia o Chewie o Lando: si el Imperio le hubiera localizado, habrían caído sobre él desde el aire en un auténtico diluvio de naves y soldados de las tropas de asalto. En ese caso, Luke podría considerarse afortunado si conseguía llegar a su ala-X camuflado antes de que convirtieran toda aquella zona en una ruina humeante..., tal como habían aniquilado al tío Owen y la tía Beru en la granja.

Luke sintió cómo los músculos de sus mandíbulas se tensaban cuando el recuerdo volvió a su memoria.

El Imperio había hecho muchas cosas horribles, y tendría que responder de ellas.

Los pasillos protegidos del núcleo del Centro Imperial sólo podían ser utilizados por quienes

contaran con las identificaciones adecuadas, y se suponía que el derecho de admisión estaba severamente restringido y defendido con todos los medios posibles. Esos pasillos eran espaciosos y muy bien iluminados, y estaban adornados con extraños especímenes botánicos, como higueras cantoras y rosas de jade, y solían ser patrullados por halcones-murciélago que se alimentaban de las orugas de las rocas que a veces infestaban los muros de granito. Aquellos pasillos habían sido diseñados para que sirvieran como caminos en los que los ricos y los famosos podían pasear tranquilamente sin ser molestados por el populacho.

Pero mientras Xizor caminaba por uno de esos senderos protegidos, con sus cuatro guardaespaldas precediéndole o yendo detrás de él, un intruso apareció ante ellos y abrió fuego contra el Príncipe Oscuro con un desintegrador.

Uno de los dos guardaespaldas que abrían la marcha recibió un impacto directo en el pecho. El haz de energía atravesó la coraza oculta que llevaba debajo de la ropa y lo derribó. Xizor vio que la herida del pecho humeaba mientras el guardia gemía y rodaba por el suelo hasta quedar inmóvil sobre la espalda.

El segundo guardia devolvió el fuego y, ya fuese por habilidad o por pura suerte, consiguió que su disparo diera en el desintegrador que empuñaba el asesino y se lo arrancara de la mano. La amenaza había desaparecido.

El atacante aulló y se lanzó sobre Xizor y los guardias restantes, con las manos desnudas alzadas delante de él.

Xizor, sintiéndose cada vez más intrigado, siguió su carga con los ojos. El asesino era alto y muy corpulento, más que cualquiera de los guardias y mucho más que Xizor. Tenía la constitución de un levantador de pesos en alta gravedad, y el que estuviera dispuesto a atacar a tres hombres armados sin tener ningún arma indicaba un obvio estado de enloquecimiento y una total ausencia de control racional.

Qué interesante.

—No disparéis —dijo Xizor.

El hombre estaba a sólo veinte metros de ellos, y se aproximaba muy deprisa.

El Príncipe Oscuro se permitió una de sus casi imperceptibles sonrisas.

—No hagáis nada —dijo—. Es mío.

Los tres guardaespaldas enfundaron sus desintegradores y se hicieron a un lado. Llevaban el tiempo suficiente con Xizor para saber que nunca debían cuestionar sus órdenes. Quienes lo hacían acababan como el guardia todavía humeante que yacía sobre las relucientes losas de mármol del suelo.

El asesino prosiguió su carrera, lanzando gritos incoherentes.

Xizor esperó. Cuando el hombre ya casi estaba encima de él, el Príncipe Oscuro giró ágilmente sobre los dedos de sus pies y dejó caer la palma de su mano sobre la nuca del hombre mientras éste pasaba corriendo junto a él. El impulso extra añadido por el golpe bastó para desequilibrar al enfurecido atacante, haciendo que tropezara y cayera. El hombre consiguió convertir la caída en una torpe voltereta sobre el hombro. Después se levantó, giró sobre sus talones y se encaró con Xizor. Parecía haber decidido ser un poco más cauteloso. El

hombre volvió a avanzar, esta vez más lentamente y con los puños apretados delante de él.

—¿Cuál es el problema, ciudadano? —preguntó Xizor.

—¡Asqueroso asesino! ¡Alimaña viscosa!

El hombre se acercó un poco más y lanzó un puñetazo contra la cabeza de Xizor. Si el golpe hubiera llegado a su objetivo, habría roto algún hueso. Xizor se agachó y lo esquivó, pateando al atacante en el estómago con la puntera de su bota derecha mediante el mismo movimiento y dejándole sin respiración.

El atacante retrocedió unos cuantos pasos, tambaleándose e intentando recuperar el aliento.

—¿Nos conocemos? Tengo una memoria excelente para las caras, y no recuerdo la tuya.

Xizor vio que tenía una motita de polvo en el hombro de su chaqueta y se la quitó con la mano.

—Tú mataste a mi padre. ¿Te has olvidado de Colby Hoff?

El hombre volvió a lanzarse a la carga, agitando frenéticamente los puños de un lado a otro.

Xizor se hizo a un lado y, casi sin mirar, descargó su puño sobre la *cabeza* del hombre en un impacto tan potente como el de un martillo. El atacante volvió a caer al suelo.

—Te equivocas, Hoff. Que yo recuerde, tu padre se suicidó. Se metió el cañón de un desintegrador en la boca y se voló toda la parte de atrás de la cabeza, ¿no? Muy poco elegante, desde luego...

Hoff se levantó del suelo, y su rabia volvió a impulsarlo hacia Xizor.

Xizor dio un veloz paso hacia la derecha para esquivar su acometida y hundió el tacón de su bota izquierda en la rodilla izquierda de Hoff. Un instante después oyó cómo la articulación se rompía con un chasquido húmedo cuando el golpe dio en el objetivo.

Hoff cayó al suelo. Su pierna izquierda ya no era capaz de sostener su peso.

—¡Tú arruinaste a mi padre! —gritó mientras intentaba levantarse apoyándose en la otra rodilla.

—Éramos dos hombres de negocios que competían entre sí —dijo Xizor sin inmutarse—. Él se lo jugó todo basándose en la convicción de que era más inteligente que yo. Un error realmente muy estúpido... Si no puedes permitirte perder, no deberías jugar.

—¡Voy a matarte!

—No lo creo —dijo Xizor. Se colocó detrás del herido, moviéndose muy deprisa para alguien de su tamaño, y agarró la cabeza de Hoff con ambas manos—. Quizá no lo sabías, pero debes comprender que enfrentarse a Xizor significa ser derrotado. Cualquier persona mínimamente razonable te dirá que tratar de atacarme también puede ser considerado como un suicidio.

Y después de haber pronunciado esas palabras, Xizor hizo girar la cabeza de Hoff entre sus manos con un salvaje tirón.

El chasquido de las vértebras resonó de forma claramente audible por todo el pasillo.

—Sacad esto de aquí —dijo Xizor, volviéndose hacia sus guardias—. Ah, e informad a las autoridades del destino sufrido por este pobre joven.

Bajó la mirada hacia el cadáver. No sentía ningún remordimiento. Era como haber pisado a

una cucaracha. Aquello no significaba absolutamente nada para él.

El Emperador estaba sentado en su sala privada y contemplaba una grabación holográfica de tamaño natural en la que el príncipe Xizor le rompía el cuello a un hombre que se había lanzado sobre él en un pasillo protegido.

El Emperador sonrió e hizo que su sillón flotante girase sobre sus haces repulsivos hasta quedar de cara a Vader.

—Bien, parece ser que el príncipe Xizor no ha descuidado sus ejercicios de artes marciales, ¿verdad?

La frente de Vader, invisible debajo de su máscara blindada, se llenó de arrugas.

—Es un hombre peligroso, mi señor. No se puede confiar en él. El Emperador le obsequió con una de sus muy poco frecuentes y nada atractivas sonrisas llenas de dientes.

—No debéis preocuparos por Xizor, lord Vader. Yo me ocuparé de él.

—Como deseéis, mi señor —dijo Vader, y se inclinó ante el Emperador.

—Me pregunto cómo se las arreglaría nuestro impulsivo joven para entrar en un pasillo protegido —dijo el Emperador..., pero en su voz no había ni la más mínima sombra de perplejidad.

El rostro de Vader quedó totalmente inmóvil. El Emperador lo sabía. No era posible, pues el guardia que había dejado entrar al asesino fracasado en el corredor ya no se encontraba entre los vivos, y sólo aquel hombre había sabido quién le ordenó permitir la entrada al joven..., pero, de alguna manera incomprensible e inexplicable, el Emperador lo sabía.

El dominio del lado oscuro que podía llegar a ejercer el Emperador era realmente inmenso.

—Me encargaré de averiguarlo, mi señor —dijo. El Emperador agitó una mano llena de manchitas marrones, indicando que aquello no tenía ninguna importancia.

—No es necesario. Ha sido un pequeño incidente, nada más... Después de todo, el príncipe Xizor no estuvo en peligro en ningún momento, ¿verdad? Parece perfectamente capaz de cuidar de sí mismo..., aunque mientras nos siga siendo útil, me disgustaría muchísimo que le ocurriera algo.

Vader volvió a inclinarse. Como de costumbre, el Emperador había dejado claros sus deseos de una manera muy sutil, pero lo había hecho de tal forma que éstos no podían ser ignorados. No habría ningún nuevo intento de averiguar cuáles eran los límites de las capacidades defensivas del príncipe Xizor cuando se enfrentaba a un ataque mortal.

Al menos, no por el momento.

Mientras tanto, Vader mantendría estrechamente vigilado al Príncipe Oscuro. El falleen era excesivamente astuto y traicionero, y resultaba obvio que los planes urdidos por su retorcida mente sólo beneficiarían al Imperio si también beneficiaban a Xizor.

Después de todo, Xizor era un criminal. Su moral era perversa, su ética dependía única y exclusivamente de la situación, y sus lealtades eran inexistentes. No se detendría ante nada para salirse con la suya, y Vader estaba cada vez más seguro de que lo que Xizor quería no incluía una galaxia en la que hubiera sitio para Vader o el Emperador.

«Así que enfrentarse a Xizor significa ser derrotado, ¿eh? Bien, ya lo veremos...»

Cuando el deslizador de superficie en el que viajaban se fue aproximando a su destino, Leia pudo ver a Luke inmóvil junto a la casa, contemplando el desierto. «Qué extraño... —pensó—. Es como si algo le hubiera advertido de que veníamos.»

Naturalmente, estando en el centro de la nada, con sólo rocas, matorrales y arena, Luke podía haberlos visto venir desde muy lejos. Tal vez no fuera un caso de la Fuerza en acción, sino de pura y simple observación.

Chewie detuvo el deslizador. La nube de polvo levantada por los haces repulsores flotó alrededor de ellos durante un instante antes de que el casi constante viento la disipara. Aquel clima podía convertirte en un cascarón reseco si te mantenías expuesto a él sin protección durante demasiado rato. Las dunas siempre estaban cambiando de posición y al hacerlo revelaban más de un hueso requemado y blanquecino, poniendo al descubierto los restos de quienes habían creído que podían moverse impunemente por el desierto.

Luke le sonrió, y Leia volvió a experimentar aquella sensación de confusión. Amaba a Han, pero la presencia de Luke producía un curioso efecto sobre ella y no cabía duda de que también se sentía unida a Luke por un vínculo inexplicable. ¿Era posible que una mujer pudiese amar a dos hombres al mismo tiempo? Le devolvió la sonrisa. Lo que sentía por Luke no era exactamente lo mismo que sentía hacia Han, pero estaba claro que entre ellos había algo que no podía ser negado.

—¡Eh, Luke! —exclamó Lando.

Chewie añadió lo que tenía que ser un saludo.

—Me alegra mucho volver a verle, amo Luke —dijo Cetrespeó.

Su color dorado, normalmente tan reluciente, había quedado un poco oscurecido por la capa de polvo acumulado encima de las planchas metálicas. Casi parecía como si el androide de protocolo consiguiera atraer más suciedad que el resto de ellos, aunque Leia también se sentía un poco polvorienta después del largo trayecto desde Mos Eisley.

Incluso Erredós saludó a Luke con un alegre silbido electrónico.

Luke les caía bien a todos. Había algo en él que parecía enormemente natural y atractivo. Tal vez fuese la Fuerza que fluía a través de él, o tal vez fuera sencillamente porque era una persona realmente encantadora.

—Te habríamos avisado de nuestra visita —dijo Lando—, pero no queríamos correr el riesgo de que alguien captara nuestra comunicación. Chewie dijo que vio a un par de esos nuevos androides decodificadores de datos de los imperiales en Mos Eisley, y cree que podrían estar grabando las llamadas locales. No había razón para correr ningún riesgo

innecesario.

Luke asintió.

—Buena idea. Entrad.

Había un leve olor a algo cociéndose en lo que había sido el sencillo hogar de Obi-Wan. El aroma recordó a Leia una ocasión en la que había ido de acampada cuando era una jovencita y se había sentado junto a una hoguera encendida al aire libre. Vio un pequeño horno colocado encima de una mesa, y se preguntó si Luke estaría haciendo algún trabajo de joyería.

Explicaron a Luke por qué habían venido.

Luke mostró un interés y una excitación inmediatos. Parecía estar dispuesto a subir de un salto a su ala-X para partir al instante.

—Espera un segundo —dijo Lando—. Primero debemos asegurarnos de que Fett está allí. Después está el pequeño asunto de la Armada Imperial.

Luke se encogió de hombros.

—Eh, podemos despistar a esos tipos cuando nos dé la gana.

Lando y Leia intercambiaron una rápida mirada. Luke podía ser muchas cosas, pero nadie le acusaría jamás de falta de seguridad en sí mismo cuando se trataba de pilotar una nave.

Chewie dijo algo en wookiee.

Cetrespeó se encargó de traducir su comentario.

—Ah... Chewbacca se pregunta si tal vez la Alianza Rebelde no estaría dispuesta a ayudar, dados los servicios que les ha prestado el amo Han.

Luke sonrió con tanto entusiasmo como un niño que acaba de ver un juguete nuevo.

—¡Pues claro que sí! Wedge está al mando del escuadrón de cazas, y me dijo que vendrían corriendo enseguida si alguna vez los necesitábamos.

—¿Y pueden dejar de hacer lo que sea que estén haciendo ahora para venir en nuestra ayuda? ¿Así, sin más? —preguntó Lando. Leia asintió.

—No veo por qué no. La cadena de mando de la Alianza es mucho menos rígida que la del Imperio. Dada nuestra inferioridad numérica, tenemos que ser más flexibles. Los cazas de Wedge no tienen ninguna misión permanente asignada, y estoy segura de que puedo convencer a la Alianza de que el capitán Solo merece ser rescatado. Jugó un papel decisivo en la destrucción de la Estrella de la Muerte, y además necesitamos todos los buenos pilotos que podamos conseguir.

Los ojos de Leia recorrieron rápidamente a sus compañeros, tratando de averiguar si aquel razonamiento no demasiado sólido había servido para ocultar sus verdaderos sentimientos.

Luke tenía tantas ganas de volar que no parecía haber encontrado nada raro en sus palabras; la sonrisita de Lando podía significar cualquier cosa; los androides y Chewie eran tres enigmas indescifrables.

—Estupendo —dijo Luke—. ¡Hagámoslo!

—No tan deprisa —dijo Lando—. En primer lugar, ¿qué os parece si esperamos la confirmación de que Fett realmente está en Gall antes de despegar? Es un viaje muy largo para hacerlo si no vamos a sacar nada de él.

Leia ya se había dado cuenta de que Luke no quería esperar —la paciencia no parecía ser su punto fuerte—, pero también era consciente de que Lando tenía razón.

—De acuerdo —dijo Luke—. Pero mientras tanto, pongámonos en contacto con Wedge para que los cazas se vayan preparando.

—Hablaré con el liderazgo —dijo Leia.

Esperaba que el informante de Lando —¿cómo se llamaba? ¿Dash no-sé-qué?— no tardaría demasiado en enviarles la información que necesitaban. Y esperaba que el rumor fuese cierto. Nadie tenía más ganas de volver a ver a Han que ella.

Xizor estaba sentado en la cabecera de la larga mesa de su sala de reuniones privada y contemplaba los rostros llenos de nerviosismo de sus lugartenientes. Guri estaba inmóvil detrás de él en una postura de desfile modificada, con las manos ocultas a la espalda.

Sus lugartenientes tenían buenas razones para estar nerviosos. Al ascender hasta aquel nivel dentro de la organización del Sol Negro, cada uno de ellos se había ganado el título honorífico de «vigo», un término derivado de la palabra «sobrino» en tiones antiguo. El tratamiento servía para producir la ilusión de que los integrantes de los niveles más altos de la organización formaban una gran familia, y eso hacía que pareciesen más fuertes y unidos ante el mundo exterior.

Por desgracia, la apariencia no siempre se correspondía con la realidad.

Uno de los lugartenientes sentados a la mesa era un espía.

Xizor no sabía para quién trabajaba el espía —podía estar trabajando para el Imperio o para la Alianza, o incluso para una organización criminal rival—, y en realidad le daba igual. En el mundo del crimen todos espiaban a todos y ese espionaje generalizado era un hecho más de la vida que se daba por aceptado, pero el que fuese normal no significaba que tuvieras que quedarte cruzado de brazos cuando lo descubrías.

Al comienzo de aquella reunión, Xizor tenía sentados a su mesa a nueve lugartenientes, cada uno de los cuales era responsable de varios sistemas estelares.

Al final de la reunión, tendría ocho lugartenientes.

Pero antes, había que ocuparse de los asuntos de rutina del Sol Negro.

—Ahora escucharé vuestros informes —dijo Xizor—. ¿Vigo Lonay?

Lonay era un twi'lek, y era astuto, inteligente y cobarde. Sus colas cefálicas estaban envueltas en un fino chal que las recogía encima de un hombro, y sus aparatosas joyas habituales y sus adornos de coloración habían sido discretamente reducidos al mínimo para aquella reunión.

—El comercio de especia se ha incrementado un veintiuno por ciento en nuestro sector, príncipe Xizor, y la clientela de las naves-casino ha aumentado un ocho por ciento. Los traficantes de armas están haciendo excelentes negocios, y los últimos cálculos indican un incremento del treinta y uno por ciento en los beneficios. Por desgracia, los ingresos que nos proporcionan los esclavos han descendido en un cincuenta y tres por ciento. Varios planetas han caído bajo el influjo de la Alianza Rebelde y han promulgado leyes locales prohibiendo la

esclavitud. Hasta que el Imperio decida intervenir, me temo que los ingresos por ese aspecto de nuestras actividades seguirán siendo bastante bajos.

Xizor asintió. Lonay siempre sería demasiado cobarde para correr el riesgo de morir por haber traicionado a su «tío». Toda su especie era así.

—¿Vigo Sprax? —dijo el Príncipe Oscuro.

Sprax, un nalroni cuyo oscuro pelaje ya estaba encaneciendo, aunque se lo teñía para tratar de parecer más joven, empezó a recitar sus estadísticas. Xizor le observó y escuchó lo que decía con sólo una parte de su atención centrada en Sprax, pues ya sabía todo lo que estaba siendo comunicado de manera oficial.

Sprax era demasiado inteligente para tratar de engañar a Xizor.

El nalroni terminó su informe.

—¿Vigo Vekker?

Vekker, un quarren, sonrió nerviosamente y empezó a recitar su informe.

El cabeza de calamar no tenía ninguna ambición de seguir ascendiendo, y estaba más que satisfecho con su trabajo y con la situación actual.

Xizor fue llamando uno a uno a los vigos para que hablaran, y el resto de ellos lo hicieron uno a uno: Durga el hutt, Kreet'ah el kian'thar, Clezo el rodiano, Wumdi el etti, Perit el mon calamariano, Green el humano...

Resultaba difícil creer que cualquiera de los vigos pudiera llegar a ser tan estúpido: después de todo, nadie podía llegar a aquella situación tan elevada sin años de leal esfuerzo. Algunos de ellos habían ido ascendiendo poco a poco dentro de los distintos niveles de la organización —contrabandistas, ladrones, hombres de negocios—, y algunos de ellos habían sido adiestrados desde su nacimiento y habían heredado los puestos de sus padres o, en el caso de Kreet'ah, su madre biológica. Varios de los nueve lugartenientes ya eran vigos antes de que el mismo Xizor hubiera ascendido hasta ese rango y acabara convirtiéndose en jefe del Sol Negro.

Y, sin embargo, no cabía duda de ello. La vida estaba llena de traiciones.

Xizor permitió que todos los lugartenientes siguieran sentados y se preocuparan durante unos instantes. Su guardaespaldas y empleada de más confianza empezó a pasearse por detrás de los vigos sentados a la mesa.

Todos disponían de sus propios servicios privados de inteligencia y todos sabían, como mínimo, que Xizor había permitido que descubrieran la existencia del traidor. Aparte de eso, sólo sabían que había un traidor y que Xizor no conocía su identidad.

Eso último era una pequeña mentira cuidadosamente calculada. Xizor conocía la identidad del traidor, y el problema estaba a punto de ser... resuelto para siempre.

—Hay un último tema a tratar en el orden del día, vigos míos. Uno de vosotros ha considerado que le beneficiaría utilizar su posición para traicionarnos. No contenta con los millones de créditos que ha acumulado gracias a mi generosidad, y no sintiéndose satisfecha meramente con los premios, bonificaciones, dividendos y pequeños beneficios clandestinos y no declarados que todos vosotros obtenéis, esta... persona ha deshonrado el título de vigo.

Guri siguió paseándose lentamente por detrás de los lugartenientes sentados. Xizor los observaba en silencio. Los que podían hacerlo, sudaron o se ruborizaron o dieron alguna otra señal de un miedo que no podían ocultar.

Guri pasó por detrás de Durga, Kreet'ah y Clezo, llegó al final de la mesa y empezó a avanzar por el otro lado.

Xizor siguió hablando, despacio y con voz tranquila y firme, sin que su tono traicionara nada de lo que sentía.

—Entre vuestros subordinados hay sublugartenientes que aniquilarían sin vacilar la población de planetas enteros con tal de que se les concediera la oportunidad que se os ha dado a todos vosotros. Ser un vigo en el Sol Negro significa disfrutar de un poder tan grande que sólo es superado por el de un puñado de seres en toda la galaxia.

Guri pasó por detrás de Lonay, Sprax y Vekker. Después se detuvo un momento detrás de Durga el hutt.

La tensión se fue incrementando dentro de la sala, volviéndose casi tangible.

Xizor pensó que aquel pequeño toque final era realmente excelente. Durga no era ningún idiota, y jamás correría el grave riesgo personal que supondría convertirse en un espía. No, el hutt tenía ambición suficiente para diez lugartenientes: él habría optado por un golpe de Estado. Hacer que Guri se detuviera detrás de él era una forma de informarle de que Xizor estaba vigilando sus actividades. Durga acababa de ser advertido de que debería pensárselo con mucho detenimiento antes de tratar de abandonar su elevada posición en la meseta para trepar hasta la cima de la montaña.

Guri siguió adelante, y la sensación de alivio que emanó de Durga fue, al igual que la tensión, algo tan tangible que casi habría podido ser extraído de la atmósfera y usado para mantener abierta una puerta.

La réplica humana androide que no podía ser distinguida de una mujer pasó por detrás de Wumdi el etti y de Perit el mon calamariano.

Y se detuvo detrás de Green, el humano.

Xizor sonrió.

Green intentó levantarse, pero Guri fue increíblemente rápida. Deslizó su brazo alrededor de la garganta del hombre y después lo sujetó con el otro brazo, formando una sólida presa de estrangulación.

Green se debatió durante unos momentos, pero sus esfuerzos fueron tan inútiles como si estuviera luchando contra unas tenazas de duracero. La sangre que alimentaba su cerebro dejó de llegar hasta él, y Green perdió el conocimiento.

Guri apretó un poco más la presa y la mantuvo, la mantuvo..., y la mantuvo.

Transcurrió un buen rato. Ninguno de los otros vigos se movió.

Cuando Green hubo dejado de figurar entre los vivos, Guri lo soltó y el cuerpo cayó hacia adelante. La cabeza de Green chocó ruidosamente con la mesa.

—Y ahora aceptaré propuestas para el nombramiento de un nuevo vigo —dijo Xizor.

Nadie habló durante unos momentos, y Xizor mantuvo el rostro totalmente vacío de

expresión. Lo de Green era lamentable, desde luego: el humano siempre había sido uno de los vigos más inteligentes. Pero los humanos tenían una gran capacidad natural para la traición, y rara vez se podía confiar en ellos.

Volvió a contemplar a sus lugartenientes y esperó a que hablaran. Acababa de darles una lección que estaba seguro no olvidarían jamás.

Enfrentarse a Xizor significaba perder.

«No lo olvidéis nunca...»

Guri volvió después de que los vigos se hubieran marchado y el cadáver hubiera sido sacado de la sala.

—La reunión se ha desarrollado justo tal como deseaba —dijo Xizor.

Guri asintió sin decir nada.

—¿Has reunido toda la información sobre Skywalker?

—Sí, príncipe Xizor.

Xizor clavó la mirada en el vacío. Su organización era enorme, y el número de personas que trabajaban para él pertenecía a la magnitud de las decenas de millares, pero había algunos asuntos de los que debía ocuparse personalmente. Especialmente cuando se trataba de un asunto tan... delicado.

—Supongo que todo el material habrá sido comprobado y vuelto a comprobar, ¿no?

—Tal como habíais ordenado.

—Muy bien. Que los cazadores de recompensas sepan cuál es el precio que se ofrece por la cabeza de Skywalker. La mano del Sol Negro debe ser invisible. No debe haber ningún error.

—No habrá ningún error, príncipe Xizor.

—Oh, sí... Deseo hablar con Jabba.

—Estará disponible en el canal de comunicaciones habitual cuando volváis de vuestro almuerzo, príncipe Xizor.

—No. Que venga aquí en la nave más veloz: quiero hablar con él cara a cara.

—Como deseéis.

Guri permaneció inmóvil y en silencio mientras Xizor pensaba en su plan.

Vader quería a Skywalker, y quería capturarlo con vida para entregarlo al Emperador. El recuerdo de aquella conversación que Xizor había tenido el privilegio de escuchar algunos meses atrás dejaba muy claro que el Emperador deseaba que el joven siguiera vivo y estuviera bajo su control.

El brazo del Sol Negro era muy largo y podía llegar hasta muchos sitios, y toda la información disponible sobre la presa de Vader había sido introducida en el sistema de ordenadores personal de Xizor. El Señor Oscuro del Sith prácticamente había prometido entregar a Skywalker no sólo con vida, sino también dispuesto a obedecer todos los deseos del Emperador.

Si Vader no lograba cumplir su promesa, y si se podía llegar a crear la impresión de que en realidad nunca había tenido intención de capturar a aquel joven aspirante a Jedi para

entregarlo al Emperador, y si se podía convencer a Palpatine de que había matado al muchacho para no correr el riesgo de tener que enfrentarse con él...

Bueno, el Emperador tenía una gran confianza en las capacidades de Vader, y probablemente confiaba en él todo lo que el Emperador podía llegar a confiar en alguien. Pero el Emperador exigía lealtad y obediencia totales. Si se le podía hacer creer que Vader era desleal o desobediente, o sencillamente que había fracasado en la tarea asignada..., entonces Vader lo pasaría francamente mal.

El Emperador era caprichoso. Se sabía que había ordenado destruir ciudades enteras porque algún insignificante funcionario local le había desafiado. En una ocasión hizo que una familia muy rica e influyente fuera exilada de los sistemas del núcleo porque uno de los hijos había estrellado una nave contra uno de los edificios favoritos del Emperador, causando serios daños en él..., y, naturalmente, causando también la muerte del piloto responsable.

Si el Emperador llegaba a pensar que su mano derecha, Darth Vader, su propia creación, suponía alguna clase de amenaza, ni siquiera el Señor Oscuro del Sith sería inmune a la ira imperial.

Sí, era un buen plan. Era un poco complicado, cierto, pero todas las posibles secuelas habían sido examinadas, tomadas en consideración e incluidas en el plan.

Una vez repasados todos sus aspectos, Xizor supo que había encontrado el arma perfecta con la que por fin podría derrotar a Darth Vader:

La muerte de Luke Skywalker.

Darth Vader estaba desnudo dentro de su cámara médica hiperbárica. La iluminación interior había sido desconectada, y Vader se hallaba libre de la armadura que debía llevar para poder moverse en público. La Fuerza era poderosa y Vader pensaba que el lado oscuro de la Fuerza era todavía más poderoso que el lado de la luz, pero nunca había sido capaz de usarlo para curar las terribles quemaduras sufridas por su cuerpo hasta el punto en que habría deseado hacerlo. Que estuviera vivo ya casi era un milagro pero, sin que supiera por qué, no había conseguido llegar a controlar las energías necesarias para producir una regeneración completa. Vader creía que era posible hacerlo y que, con la meditación y el adiestramiento suficientes, algún día sería capaz de reconstruirse a sí mismo para volver a ser el hombre que había sido en el pasado.

Físicamente, por lo menos.

En el aspecto mental, nunca volvería a ser el de antes. Antes había sido débil, estúpido e idealista. Anakin había sido muy parecido a como era Luke Skywalker en aquel momento: mero potencial..., y muy poca cosa más.

Sí, la Fuerza ardía con una gran intensidad dentro de Luke, y quizá todavía con más potencia de lo que lo había hecho dentro de Anakin. Pero el muchacho tenía que entregarse al lado oscuro para descubrir dónde estaba el verdadero poder y para poder convertir en realidad su promesa actual. Si no lo hacía, el Emperador destruiría a Luke.

Y Vader no quería que eso ocurriera.

Cuando lucharon, Vader también había intentado aniquilar al muchacho, pero eso sólo había sido una simple prueba. Si hubiera sido capaz de matar a Luke sin dificultad, entonces Luke no se habría merecido que llevara a cabo el esfuerzo que suponía su reclutamiento. Pero aunque no cabía duda de que Vader había intentado derrotar a Luke, el muchacho supo resistir. A pesar de las habilidades superiores de Vader y de toda su experiencia, Luke había sobrevivido sin sufrir más daños que la amputación de una mano, una pérdida que era muy fácil de reparar.

Aquel encuentro había hecho que Vader experimentase sentimientos y emociones, algo que le ocurría muy raramente en los últimos tiempos. Había sentido la excitación de enfrentarse a un oponente digno de él, y el orgullo de que quien se le oponía con tanto vigor fuese su propio hijo.

Vader sonrió a la oscuridad que le rodeaba. Obi-Wan no le había dicho a Luke que Anakin Skywalker se había convertido en Darth Vader. La ira que Luke sentía hacia el asesino de su maestro había sido muy potente, y había permitido que el lado oscuro pudiera llegar hasta él. Si

Vader no hubiera hecho añicos esa ira mediante el miedo y la confusión al revelar al muchacho que era su padre, Luke podría haberle derrotado. Un Jedi no lucha dominado por la ira: lo que hace es controlar sus emociones y permitir que la Fuerza fluya a través de él. Pero el lado oscuro necesitaba ser alimentado con emociones muy potentes, y cuando era alimentado, entonces devolvía ese sustento decuplicado.

Luke había sentido el poder del lado oscuro. Vader tenía que dar con él y permitir que volviera a sentirlo. El lado oscuro era adictivo, y su atracción era más poderosa que la de cualquier droga. Cuando Luke la aceptara, sería más poderoso que Vader y más poderoso que el Emperador. Juntos podrían gobernar la galaxia.

Basta ya. Había llegado el momento de hacer otra prueba.

Vader pasó la mano por encima de los controles sensibles a los movimientos de la cámara. La cámara esférica se abrió y la tapa se alzó con un siseo de mecanismos hidráulicos y aire presurizado que escapaba del recinto hermético. Vader se encontró expuesto a la sala, repentinamente desprovisto de la protección del campo supermedicado y altamente oxigenado del interior de la cámara.

Se concentró en la injusticia de su estado y en el odio que sentía hacia Obi-Wan, el hombre que le había convertido en lo que era. Junto con el odio y la ira, el poder del lado oscuro de la Fuerza impregnó todo el ser de Vader.

Y durante un momento sus tejidos destrozados se alteraron, y sus pulmones llenos de cicatrices, sus alvéolos muertos y sus pasajes respiratorios obstruidos se alisaron y volvieron a ser como habían sido antes.

Durante un momento, Darth Vader pudo respirar tal como respiraban los seres normales.

Su sensación de alivio, su triunfo, su alegría al ser *capaz* de hacer aquello apartó al lado oscuro de él tan rápida e inevitablemente como una luz expulsada a las sombras. El lado oscuro consumía ávidamente la ira, pero la felicidad era como un veneno para él. El poder de las tinieblas le abandonó, y en cuanto lo hizo Vader ya no pudo seguir respirando.

Movió la mano, y la media cúpula descendió y volvió a dejar sellado su cuerpo dentro de la cámara.

Lo había conseguido durante unos instantes, tal como había hecho en varias ocasiones anteriores. El truco estaba en mantener aquel efecto. No debía permitirse sentir alivio, y debía encontrar alguna forma de seguir aferrándose a su rabia incluso mientras se curaba.

Era muy difícil. Todavía no había eliminado del todo a Anakin Skywalker, aquel hombre frágil y lleno de defectos del que había nacido. Hasta que lo hiciera, Vader nunca podría entregarse por completo al lado oscuro. Aquel tenue puntito de luz perdido entre la oscuridad que había sido incapaz de erradicar en todos aquellos años, sin importar lo mucho que se esforzara en hacerlo, era su mayor debilidad y su tara más terrible.

Vader suspiró. Tendría que intentarlo con más ahínco. No podía permitirse tener ningún punto débil, porque incluso suponiendo que sus enemigos no lo aprovecharan..., entonces serían los amigos de Vader quienes lo emplearían para acabar con él.

Luke volvió a colocar la gema en la abrazadera y respiró hondo. Ya había tallado las primeras facetas, y los cortes se estaban volviendo cada vez más difíciles y complicados de llevar a cabo. Si golpeaba el cortador con demasiada fuerza, podía hacer añicos la gema, y en ese caso tendría que cocer otra en el horno y volver a empezar desde el principio.

Chewie estaba observándole, aparentemente muy interesado, mientras Leia echaba una siesta en el dormitorio. Lando los había dejado en la morada de Ben y había ido a Mos Eisley en el deslizador de superficie. No tardaría en regresar... Chewie, que acababa de oír algo, apartó la mirada de la gema y habló.

Cetrespeó, que estaba jugando una partida de algún juego de traducción con Erredós, se volvió hacia ellos.

—Chewbacca dice que el amo Lando ha vuelto.

Luke asintió, pero siguió concentrado en su trabajo. Golpeó suavemente el cortador con el martillito de madera...

Una delgada lámina se desprendió de la piedra. ¡Estupendo! Perfecto...

Lando entró. Estaba sonriendo.

—¿Por qué estás tan contento?—preguntó Luke

—Acabo de recibir una transmisión codificada de Dash Rendar. La nave de Boba Fett está en Gall.

En teoría, sólo el Imperio podía utilizar la holored, un sistema de comunicaciones muy caro y de acceso severamente restringido. En la práctica, cualquier persona con un mínimo de educación electrónica primaria podía acceder a la red, utilizar unos cuantos relés y hacer llamadas sin ninguna dificultad. Además, y para agravar el delito mediante la burla, también podía hacer que el Imperio pagara sus llamadas.

Luke se levantó de un salto.

—¿Cuándo podemos marcharnos?

—Ya tengo preparado el *Halcón Milenario* para la partida. ¿Cuánto tardarás en tener preparado tu ala-X para que pueda despegar?

—¡Podremos despegar en cuanto yo y Erredós estemos a bordo!

—¿A bordo de qué? —preguntó Leia desde la puerta del dormitorio mientras se frotaba los ojos para eliminar los últimos rastros del sueño.

—Parece que hemos dado con él —dijo Lando.

—Me reuniré con vosotros en la órbita —dijo Luke. Estaba sonriendo: la espera por fin había terminado.

—Enviaré una llamada en código a los cazas de Wedge —dijo Leia.

Luke asintió.

Iban a rescatar a Han.

Jabba estaba esperando en la sala de los visitantes. El Príncipe Oscuro entró y contempló al hutt. Los hutts eran unas criaturas repugnantes y de pésimos modales, pero eso no impedía que resultaran muy útiles.

—<Os saludo, príncipe Xizor> —dijo Jabba en el idioma de los hutts.

—Habla en básico —dijo Xizor.

—Como deseéis.

—¿Qué tal van tus negocios, Jabba? ¿Van bien las cosas en tu sector?

—Podrían ir mejor. Los beneficios están subiendo, en general. El coste de los sobornos imperiales también ha subido, naturalmente. Al igual que el coste de los transportes y los sueldos. Pero se hace lo que se ha de hacer.

—Tengo entendido que últimamente has estado haciendo algunos pequeños negocios con altos cargos imperiales.

Jabba respondió con una mirada interrogativa..., o por lo menos con una mirada todo lo interrogativa que podía llegar a lanzar un hutt.

—Me refiero a lord Vader.

—Ah. No directamente, alteza. Hace poco contraté a varios cazadores de recompensas para tratar de cobrar una deuda pendiente con un hombre que se negaba a pagar. Finalmente uno de ellos, Boba Fett, cuyos servicios creo que vos mismo habéis utilizado en un par de ocasiones, consiguió localizar la..., ah..., la fuente de la deuda en manos imperiales. Lord Vader estaba al mando de dichas fuerzas imperiales. Se me ha dicho que se trataba de una mera coincidencia.

—Me parece que estás hablando del capitán Solo, ¿no?

No se trataba de una pregunta, y pretendía recordar a Jabba que Xizor también contaba con unas cuantas fuentes de información propias. Estaban jugando a un juego muy complicado, y todo tenía que ser equilibrado con la mayor precisión posible. Xizor necesitaba información, pero no podía revelar en qué consistía esa información que tanta falta le hacía y, en consecuencia, debía dar sutiles rodeos alrededor de lo que realmente le interesaba. También debía dejar claro al hutt quién mandaba allí, y debía demostrarle que el estar enterado de hechos triviales formaba parte de ese controlar la situación.

—Es un contrabandista de tercera categoría —dijo Jabba—. Ha tenido su utilidad en el pasado, pero se unió a la Alianza y me debe dinero.

—¿Te apetece tomar algo, Jabba?

—Gracias. ¿Algo que cruja y se pueda masticar, quizá?

Xizor movió una mano y un androide de servicio apareció casi al instante, sosteniendo una bandeja en la que había insectoides y algún líquido repugnante que se sabía era muy del agrado de los hutts.

—Ah, gracias, alteza.

Jabba cogió una de aquellas criaturas que se retorcían y se la comió. Xizor se inclinó hacia adelante, como si quisiera crear una atmósfera más relajada y de mayor proximidad física.

—Últimamente yo también he hecho algunos negocios con Vader —dijo—. Tu presencia aquí es de la máxima importancia, Jabba: la información sobre el Señor Oscuro del Sith, incluso si se trata de los detalles más minúsculos, me será de gran ayuda en mi situación actual. Este acuerdo tuyo con Boba Fett... ¿Ha finalizado ya?

—Todavía no, gran príncipe. Aún estoy esperando que se me haga entrega del capitán Solo.

—Hmmm —dijo Xizor, como si acabara de acordarse de una nimiedad que se le había pasado por alto hasta aquel momento—. Ese tal Solo formaba parte de la fuerza rebelde que atacó la Estrella de la Muerte, ¿verdad?

—Sí, alteza. Él y sus amigos jugaron un papel decisivo en su destrucción. El wookie Chewbacca, la princesa Leia Organa y un joven desconocido llamado Skywalker... Todos ellos estuvieron involucrados en la catástrofe.

—¿Skywalker?

Jabba rió, produciendo una especie de trueno ahogado envuelto en ecos que retumbó dentro de su enorme corpachón.

—Sí. Tengo entendido que piensa que es un Caballero Jedi —dijo cuando hubo acabado de reír—. Hasta hace poco estaba en Tatooine.

—¿Y dónde está ahora?

—¿Quién sabe? Se fue del planeta en su ala-X no hace mucho tiempo.

Xizor se recostó en su asiento.

—Hmmm. Probablemente no significa nada, pero es posible que estas cosas me sean de alguna utilidad. Si alguna de estas personas regresa a Tatooine, agradecería muchísimo el saberlo de inmediato.

—Ciertamente, príncipe Xizor.

Xizor asintió. Básicamente ya había terminado, pero siguió conversando con el hutt y fingió que la opinión de Jabba era valiosa y que necesitaba escucharla. Permitió que la conversación prosiguiera durante diez minutos más, e hizo unas cuantas preguntas sobre los movimientos de las tropas imperiales y el despliegue naval para que Jabba pudiera pensar que ésa era la razón por la que había sido llamado a su presencia. Cuando le pareció que ya había hablado el rato suficiente, Xizor sonrió.

—Esta información es altamente confidencial, viejo amigo —dijo—. Debe permanecer entre nosotros dos. Tu cooperación será adecuadamente... agradecida.

Los enormes labios del hutt reflejaron la sonrisa de Xizor. A veces el suave roce de una palabra amable tenía más poder que el impacto de un duro bastón. Jabba no era estúpido, y sabía qué les ocurría a quienes se ganaban la enemistad del Príncipe Oscuro. Pero... Era preferible permitir que Jabba pensara que formaba parte de algún negocio de importancia vital, que estaba participando en alguna retorcida conspiración y era un confidente en el que se tenía la máxima confianza. Que sus subordinados y enemigos pensaran que el líder del Sol Negro valoraba sus consejos no perjudicaría en nada a la reputación del hutt. El miedo era bueno, pero el miedo unido a la codicia era todavía mejor.

Xizor asintió y se fue.

Sus espías se habían enterado de que Darth Vader había entregado a Solo, un pequeño contrabandista y ocasional piloto de la Alianza, al famoso cazador de recompensas Boba Fett en Bespin. Fett aparecería en Tatooine tarde o temprano para entregar a Solo y recoger sus

créditos. Pero los espías de Xizor indicaban que el *Esclavo I*, la nave de Fett, no estaba en Tatooine..., y hasta el momento esos espías no habían conseguido averiguar el paradero del cazador de recompensas.

Bueno, daba igual. La galaxia era muy grande, y ese tipo de búsquedas requerían su tiempo.

Pero Xizor estaba dispuesto a apostar que Skywalker estaba enterado de lo que le había ocurrido a su amigo y había vuelto a Tatooine para esperar a que Fett apareciese por fin. Que se hubiera marchado podía significar muchas cosas. Tal vez se había hartado de esperar, aunque Xizor no lo creía probable. Tal vez tenía asuntos urgentes que atender que no guardaban ninguna relación con Solo. Tal vez había descubierto, a través de la Alianza, dónde estaba su amigo. Eso también era posible, dado que los contactos de la Alianza eran bastante amplios e incluían a una gran parte de la famosa red de espionaje de los bothanos.

No importaba. Si así era, no se podía hacer nada al respecto. Pero Xizor sí podía aumentar las posibilidades de que sus agentes dieran con Skywalker.

Llegó a su cámara privada y llamó a Guri. La androide entró sin hacer ningún ruido.

—Haz circular la información de que quienes pretendan cobrar la recompensa por Skywalker deberían localizar al cazador de recompensas Boba Fett. Skywalker muy probablemente dará con él tarde o temprano, y se pueden trazar planes adecuados para esa eventualidad.

Guri asintió sin decir nada. Xizor sonrió.

Leia estaba sentada en la zona de descanso del *Halcón Milenario*, viendo cómo Chewie y Cetrespeó jugaban una partida en el tablero holográfico. Lando estaba en la cocina, preparando algo que olía espantosamente mal y que sería su cena. Luke estaba sentado junto a Leia y limpiaba las lentes de los receptores electrofotónicos de Erredós. El ala-X de Luke estaba adherido al casco del *Halcón*: el viaje podía hacerse a bordo del caza, pero el salto era un poco demasiado largo para llevarlo a cabo sin dormir, comer o utilizar el cubículo sanitario.

El *Halcón* surcaba el hiperespacio bajo la dirección del piloto automático, funcionando mucho mejor de lo que tenía derecho a hacerlo dado su aspecto general. Cuando Leia había visto por primera vez el carguero corelliano, estuvo a punto de echarse a reír. La nave parecía haber sido rescatada de un montón de chatarra. Pero aunque había algunos sistemas que les daban problemas de vez en cuando, también resultaba obvio que el *Halcón* había sido considerablemente modificado para que pudiese volar más deprisa y tener más potencia de fuego de lo que jamás habían pretendido sus diseñadores corellianos. La nave había pertenecido a Lando hasta que la perdió en una partida de sabacc en la que Han tenía mejores cartas que él.

Han...

«No, no pienses en él ahora.»

Chewie dijo algo que sonó tan lleno de irritación como falto de cortesía.

—Bueno, lo siento —replicó Cetrespeó—, pero es una jugada totalmente correcta. No tengo

la culpa de que no se te ocurriese que yo podía hacer eso.

Chewie dijo algo más.

—No, no voy a sacar esa pieza de donde la he puesto. Y no me amenazas. Si me arrancas el brazo, no volveré a jugar contigo.

Chewie masculló algo ininteligible, y después se recostó en su asiento y clavó la mirada en el tablero holográfico.

Leia sonrió. El wookiee y el androide de protocolo eran como un par de niños pequeños.

Se volvió y contempló a Luke, que estaba quitando el polvo de micro meteoritos acumulado sobre Erredós. Luke estaba tan impaciente por rescatar a Han como ella. Eso resultaba interesante, teniendo en cuenta que Leia ya había percibido la competición para atraer su atención que existía entre ellos. Un hombre con menos escrúpulos habría podido aprovechar la ausencia de un rival, pero hasta el momento Luke no lo había hecho. Eso era lo maravilloso de Luke: quería vencer, pero quería vencer noblemente y sin hacer trampas.

Lando entró en la zona de reposo trayendo consigo una bandeja en la que había varios platos y cuencos humeantes.

—La cena está servida —dijo, y sonrió—. Tenemos estofado de giju. Todos le miraron fijamente, y después siguieron con lo que habían estado haciendo en aquel momento.

—Nada de peleas, por favor, que habrá para todos —dijo Lando mientras su sonrisa se iba desvaneciendo.

Leia echó un vistazo al contenido de la bandeja y pensó que parecía un cruce entre el plástico de bota derretido y el fertilizante, con un poquito de vegetación podrida de pantano espolvoreada por encima. Además, también apestaba tal como se imaginaba que habría apestado esa combinación.

—Vamos, vamos... Me he pasado una hora en la cocina preparando esto. ¡Venga, a cenar todo el mundo!

Chewie dijo algo que, a juzgar por su tono, no parecía un comentario elogioso.

—Eh, amigo, si no te gusta, la próxima vez cocinas tú. Luke apartó la mirada de su labor de limpieza de las lentes de Erredós e hizo una mueca de asco.

—¿Estofado de giju? —exclamó—. Parece plástico de una bota vieja mezclado con fertilizante y un poco de vegetación podrida de pantano. Y además huele igual...

Leia soltó una risita.

—¡Perfecto, perfecto! —dijo Lando, dejando la bandeja en el centro del tablero holográfico. Las diminutas figuras del juego parecieron quedar repentinamente enterradas hasta las caderas o el pecho en aquella viscosa sustancia humeante—. No os lo comáis: así habrá más para mí.

Lando cogió un cuenco, sumergió una cuchara en él y se la llevó a la boca.

—¿Veis? —balbuceó, con la boca llena de estofado—. Está soberbio, y...

Dejó de hablar. La expresión de su rostro pasó de la irritación al asombro, y luego se deslizó hacia el horror para acabar internándose decididamente en la repugnancia.

Se obligó a tragar. Después resopló y meneó la cabeza.

—Oh, chico. Quizá he usado demasiada especia boonta —murmuró—. Tal vez será mejor que abra un par de latas de judías para cenar.

Luke y Leia se rieron en el mismo instante, y se miraron el uno al otro.

Leia llegó a la conclusión de que hubiera podido estar en sitios mucho peores que allí, con sus amigos.

Sí, había sitios mucho peores...

El *Halcón Milenario* surgió del hiperespacio en los alrededores de Zhar, el gigante gaseoso, y Luke utilizó uno de los trajes de vacío para pasar a su ala-X y hacer el resto del viaje a bordo del caza. Lando y Leia habrían preferido que todos siguieran juntos, pero Luke había dicho que si surgía algún problema, dos naves armadas podrían enfrentarse a él mejor que una sola. Lando y Leia comprendieron que tenía razón.

Luke se sintió bastante mejor en cuanto él y Erredós estuvieron en el caza. Sí, Lando era un buen piloto, pero Luke confiaba más en sus propias capacidades. Eso no significaba necesariamente que fuese mejor piloto de caza que él —aunque estaba razonablemente seguro de que lo era—, pero por lo menos así no tendría que conformarse con estar cruzado de brazos y mirar. Pero el traje de vacío siempre resultaba un poco incómodo, desde luego.

Mantuvo la pequeña nave cerca del *Halcón* mientras entraban en el sistema. ¿Qué estaría haciendo allí Boba Fett, tan lejos en la periferia del Borde? Aquel lugar parecía encontrarse muy alejado de todas las rutas importantes.

Vio los puntitos en la pantalla de su sensor casi en el mismo instante en que la llamada surgía de su comunicador.

—¡Eh, Luke! Bienvenido al fin de la galaxia.

—¡Eh, Wedge! ¿Qué tal van las cosas?

—Así, así. Otro día otro crédito..., antes de que se te lo lleven los impuestos, por supuesto.

Luke sonrió. Wedge Antilles había sido uno de los pilotos de la Alianza que sobrevivieron al ataque contra la Estrella de la Muerte. Era un gran piloto, y su valentía rozaba la temeridad. Ah, el bueno de Wedge...

Allí estaban: una docena de naves como la suya.

—Me alegra volver a verte, Luke. Espero que nos tengas preparado algo interesante, porque no ha habido mucha animación últimamente.

—Bueno, si queréis vivir auténticas aventuras, tal vez deberíais hablar con Lando y pedirle que os hiciera algún guiso especial...

—He oído eso —dijo Lando por el comunicador.

Luke volvió la cabeza hacia el *Halcón*, que estaba **volando junto a su** ala de babor, y sonrió.

—Sólo era una broma, Lando.

—Eh, Calrissian, cuánto tiempo sin verte... Pensaba que a estas alturas ya te habrían metido en la cárcel.

—Todavía no, Antilles, todavía no.

—Síguenos, Luke —dijo Wedge—. Hemos montado el campamento en Kile, una pequeña luna en la sombra del planeta, justo enfrente de Gall. Creo que lo hemos dejado realmente precioso: hay aire, gravedad, agua..., todas las comodidades del hogar.

—Guíanos —dijo Luke—. Iremos justo detrás de ti.

—Así que éste es vuestro concepto de un campamento «realmente precioso», ¿eh? —dijo Leia mientras contemplaba el interior del edificio prefabricado de plastimetal que el escuadrón de cazas había erigido como base. Básicamente consistía en cuatro paredes y un techo, y parecía un cruce entre almacén y hangar, con las vigas de plástico al descubierto y poca cosa más. Hacía frío, y todo el recinto olía a roca quemada—. Bien, bien... Prefiero no saber hasta qué punto ha de ser horrible un campamento para que no te guste.

Wedge sonrió.

—Bueno, ya sabes cómo somos yo y los chicos. Lo único que necesitamos es una nave y algo de roca para descender sobre ella.

—Por lo menos en lo de la roca sí que se os puede dar un sobresaliente.

Wedge los llevó hasta una esquina del frío e incómodo edificio en la que habían colocado una mesa y un proyector holográfico. Un hombre estaba medio recostado en una de las sillas de plastimetal, como si estuviera durmiendo.

En realidad no se parecía nada a Han —tenía los cabellos rojizos y la piel pálida—, pero había algo en su postura que...

Tal vez hubiese estado dormido, pero sus ojos se abrieron enseguida y parecía estar totalmente despierto para cuando se detuvieron delante de él.

Era alto y delgado, y tenía los ojos grises. Llevaba un mono gris y botas de estibador, y un desintegrador enfundado que colgaba sobre su cadera. Leia pensó que tendría más o menos la edad de Han, y también tenía su misma expresión entre perezosa e insolente. El hombre se incorporó y se inclinó ante ella en una aparatosa y melodramática reverencia.

—Princesa Leia —dijo—. Qué amable sois al venir a visitarnos a nuestro humilde castillo, alteza...

Movió la mano en un gesto que abarcó toda la enorme sala vacía y sonrió.

Leia meneó la cabeza y se preguntó si Han podía tener un hermano del que no supiera nada desde hacía mucho tiempo. ¿O sería quizá que aquellos tipos asistían a cursillos donde les enseñaban a hablar de esa manera?

—Éste es Dash Rendar —dijo Lando—, ladrón, tahúr, contrabandista y un piloto del montón. La sonrisa de Dash se hizo un poco más grande.

—¿Qué quieres decir con eso de que soy un piloto del montón, Calrissian? Puedo hacer un picado en anillo alrededor de tu nave pilotando un saltacielos con una sola ala y una tobera atascada.

—Y también es modesto —dijo Leia. Dash volvió a inclinarse ante ella.

—Veo que la princesa no sólo es asombrosamente hermosa, sino que también es increíblemente perspicaz.

«Oh, cielos —pensó Leia—. ¿Y éste es el tipo que va a llevarnos hasta Boba Fett?»

—Ya puedes guardar el jabón, Dash —dijo Lando—. Vamos a hablar de lo que nos ha traído hasta aquí.

—Es la primera buena idea que has tenido en años, Lando —replicó Dash.

Lando se encargó de hacer las presentaciones.

—Bien, así que ya sabes quién es la princesa Leia, y también conoces a Chewie. Éste es Luke Skywalker.

Luke dio un paso hacia adelante, y los dos hombres se saludaron con una inclinación de cabeza.

—¿Nos hemos encontrado antes? Me resultas familiar.

—Tal vez me hayas visto en Hoth —dijo Dash—. Estaba allí entregando un cargamento de provisiones cuando el escudo estalló. Piloté un deslizador de las nieves durante la batalla mientras esperaba que me tocara el turno de poder largarme.

Luke asintió.

—Claro... Ahora me acuerdo de que acabaste con uno de los caminantes imperiales. Estuviste bastante bien.

Dash volvió a obsequiarles con aquella sonrisa deslumbrante.

—¿Bastante bien? Me pasé la mayor parte de esa batalla durmiendo, chico. Podría haberme quedado allí y haber seguido liquidando esos caminantes durante todo el día sin que se me acelerase el pulso ni un solo latido, si no hubiera sido porque tenía una cita para recoger un cargamento muy bien pagado en otro sitio.

Leia meneó la cabeza. ¿Qué demonios les ocurría a los hombres? Se daban palmaditas en la espalda a sí mismos con tanta fuerza que resultaba asombroso que no acabaran inconscientes en el suelo. ¿Realmente necesitaba soportar la compañía de otro cabeza hueca que sólo sabía fanfarronear?

Bueno..., sí. Si podía llevarlos hasta el sitio en el que tenían prisionero a Han, Leia podría soportar su presencia.

—Hemos hecho algunas pequeñas operaciones de reconocimiento —dijo Wedge—. Un par de pasadas, nada más... Dejad que os enseñe cómo es ese sitio —añadió, y fue hacia los controles del proyector holográfico.

Luke mantuvo los ojos clavados en el campo de proyección mientras Wedge empezaba a enseñarles los planos holográficos y las imágenes de la luna en las que se suponía estaba atracada la nave de Boba Fett..., si es que podían creer en la información proporcionada por Dash Rendar, claro. Rendar sabía ser un excelente agente publicitario de su propia persona, eso estaba claro, y sí, se había portado bastante bien durante los combates en Hoth, pero Luke no estaba demasiado seguro de que aquel tipo realmente fuera digno de confianza.

Aun así, Lando parecía pensar que podían confiar en Dash..., siempre que se le pagara lo suficientemente bien.

Luke tuvo que sonreír ante esa idea. Cuando se conocieron, al principio Han le había

parecido un simple contrabandista que actuaba impulsado por el dinero..., y que además aprovechaba la más mínima ocasión para hacer saber a la gente lo maravillosamente buen piloto que era. Luke necesitó algún tiempo para comprender que todo aquello sólo era una máscara pública, una fachada que Han usaba para ocultarse detrás de ella porque no quería que nadie pudiera saber hasta qué punto se preocupaba por los demás. Quizá también hubiera algo más en Dash Rendar de lo que saltaba a la vista.

—...la luna tiene algunas peculiaridades atmosféricas bastante peligrosas —estaba diciendo Wedge—. Hay grandes tormentas ciclónicas que pueden llegar a volverse realmente violentas, principalmente en el hemisferio sur. Os aseguro que no querríais volar a través de una de ellas.

Dash se rió.

—Tal vez tú no querrías hacerlo, Antilles, pero yo desayuno tempestades.

«O tal vez no haya nada más que lo que salta a la vista —pensó Luke—. Tal vez sencillamente está loco.»

Wedge siguió con su informe. El Enclave Imperial servía de base a dos Destruidores Estelares —el transporte había resultado ser un simple rumor—, pero con eso ya era más que suficiente. Luke sabía que un Destructor Estelar transportaba un ala entera de cazas TIE en sus hangares y que cada ala estaba formada por seis escuadrillas, lo cual significaba setenta y dos cazas TIE por cada nave. En total, habría ciento cuarenta y cuatro cazas TIE para enfrentarse a los doce aparatos del escuadrón de Wedge.

Eh... Bueno, trece contando la nave de Luke. Eso hacía que la superioridad numérica del enemigo estuviera un poquito por debajo del doce contra uno: en comparación con algunas de las batallas en las que había tomado parte, no estaba tan mal.

Mientras escuchaba hablar a Wedge, Luke empezó a trazar un plan. Luke pensó que cuanto más sencillo fuese, mejor resultado daría.

Wedge acabó su informe.

—Y eso es todo. ¿Qué opinas, Luke?

—Que será facilísimo —respondió éste—. Sé cómo podemos hacerlo.

Leia y Lando se volvieron hacia él y le contemplaron con tanta curiosidad como si Luke acabara de convertirse en una serpiente gigante. Luke volvió a sonreír.

Xizor contempló la información holográfica que flotaba delante de él y sonrió en la soledad de su cámara privada. Bien, bien... Aquel alocado joven que había creído sería capaz de acabar con su vida —¿cómo se llamaba? ¿Hoff?— había accedido al corredor protegido a través de un punto de control imperial situado a sólo unos centenares de metros de distancia. Y además había una coincidencia bastante extraña: el guardia que se encontraba de servicio en aquel punto de control se había esfumado misteriosamente. Así pues, nunca llegaría a saberse cuál había sido el subterfugio utilizado por el muerto..., ya que él estaba muerto y el guardia había desaparecido.

Xizor hubiese apostado la mitad de su fortuna contra una moneda de decicredito doblada a que tampoco se volvería a saber nada del guardia ausente. Alguien había hecho que el guardia

dejara pasar al asesino, y fuera quien fuese esa persona, Xizor también estaba seguro de que no deseaba que su participación en todo el asunto llegara a ser conocida.

El Príncipe Oscuro siguió reflexionando. Sus enemigos eran legión o, como mínimo, miríada, y a muchos de ellos les encantaría ver muerto a Xizor. Sobornar y eliminar a un guardia resultaría bastante fácil, y únicamente en Coruscant había un centenar de enemigos suyos que eran lo bastante poderosos para poder hacer ambas cosas.

¿Quién le odiaba más? Era una pregunta bastante difícil de responder, dado que había tantos.

¿Quién era más probable que tuviese el valor suficiente para llevar a cabo tal intento de acabar con su vida? Eso ya era otro asunto. El Príncipe Oscuro era casi invulnerable, y aunque muchos no vacilarían ni un instante en cortarle la cabeza a su líder si pensaban que podían hacerlo sin consecuencias para ellos, no eran muchos los que estarían tan seguros de que podrían hacerlo sin ser detectados. Eso restringía el grupo de los sospechosos a alguien poderoso, alguien que podía, en el caso de que llegara a saberse lo que había hecho, sobrevivir no sólo a la ira del Príncipe Oscuro, sino también a la posible ira del mismísimo Emperador.

Y, de hecho, el número de posibles sospechosos quedaba realmente mucho más reducido.

Xizor se recostó en su asiento y formó un puente con los dedos. Era un pequeño juego que jugaba ocasionalmente consigo mismo, fingiendo que estaba utilizando la razón y la lógica para llegar a una conclusión que ya había alcanzado de manera intuitiva. Sabía quién había causado aquel ataque, al igual que sabía que en realidad nunca había tenido intención de que el ataque se viera coronado por el éxito. No era más que una pequeña espina colocada en su camino, un obstáculo diminuto sobre el que debía pasar sintiendo una pequeña irritación, y nada más que eso.

Se trataba de una pequeña incomodidad directamente lanzada contra su persona por un hombre que no temía ni al Sol Negro ni al disgusto del Emperador. Sólo existía un hombre que reuniera esas dos características.

Xizor sintió la tentación de contratar a una docena de asesinos, no decirles quién era su objetivo y lanzarlos contra Vader. Los asesinos fracasarían, por supuesto, y serían aplastados igual que insectos por Vader con todavía menos esfuerzo del que Xizor había invertido en aniquilar al hombre del camino. Vader podía matar con un gesto de la mano, aunque de vez en cuando le gustaba tener oportunidad de usar su espada de luz.

Pero... No. Eso podía arruinar los planes trazados por Xizor para ser visto por todos como amigo de Vader..., o por lo menos, como alguien que no era enemigo suyo. Si Xizor era capaz de determinar quién había tomado parte en aquel patético intento de acabar con su vida sin tener ninguna prueba aparte de un presentimiento, Vader también era capaz de determinar quién podía ser lo suficientemente valiente como para enviar un grupo de tiradores contra él.

Y no cabía duda de que no le costaría nada llegar a la conclusión de que se trataba de una represalia por el ataque contra Xizor.

No. Por muy satisfactorio que pudiera llegar a resultar el dar algún motivo de preocupación

a Vader mediante un ataque, no sería nada prudente con relación al plan general.

Pero resultaba muy agradable saber que Vader le odiaba lo suficiente para querer verle muerto.

Leia se echó a reír.

—¿Y ése es tu plan?

Luke puso cara de indignación.

—¿Qué defectos le ves?

Su aliento creó una neblina de vapor en aquella sala helada.

—¿Tú y el escuadrón de Vader atacaréis el Enclave Imperial, mantendréis ocupados a más de cien cazas TIE y dos Destruidores Estelares mientras Dash guía al *Halcón Milenario* hasta el sitio en el que está atracada la nave de Boba Fett? ¿Bajaremos, rescataremos a Han y nos iremos a toda velocidad? Oh, no tiene ningún defecto. ¿Qué defecto podría llegar a encontrarle? Es perfecto. Leia meneó la cabeza.

—Admito que es un plan muy sencillo... —empezó a decir Luke.

—Es un plan estúpido —dijo Leia.

Luke apretó las mandíbulas. Oh, oh... Leia conocía muy bien esa mirada, y comprendió que había herido su orgullo masculino.

—Si tienes alguna idea mejor... —dijo Luke en un tono bastante seco.

Leia suspiró. Ése era el problema. No tenía ninguna idea mejor. El plan de Luke no podía ser más simple y directo y, si bien podía ser lo suficientemente temerario como para que todos acabaran asándose bajo el fuego de las baterías turboláser imperiales, también podía ser lo suficientemente enloquecido como para acabar dando resultado. Si Leia estuviera al mando del Enclave Imperial, nunca esperaría que nadie hiciera semejante idiotez.

—Bueno... —murmuró.

—Es justo lo que me pensaba —dijo Luke, y hubo una nota casi imperceptible de triunfo en su voz mientras pronunciaba aquellas palabras.

—No quiero ser el típico aguafiestas que siempre está encontrándole pegas a todo —dijo Dash—, pero si vamos a entrar cautelosamente por la puerta de atrás, tendremos que hacer algunas maniobras bastante complicadas. Habrá que volar a la altura de las copas de los árboles para escapar a los sensores locales, y ese tipo de cosas... Tal vez tengamos que meternos por los desfiladeros de la Gran Trinchera. —Se volvió hacia Lando—. Aunque ese montón de chatarra corelliana en el que habéis venido no decida desintegrarse de repente, ¿crees que podrás hacerlo?

—Tú has hecho todas esas maniobras, ¿no? En ese caso, yo también puedo hacerlas.

—Sí, bueno, pero... Hice ese viaje a bordo del *Jinete del Espacio*.

—El *Halcón Milenario* ha sufrido unas cuantas modificaciones desde los tiempos en que me pertenecía —replicó Lando. Chewie dijo algo.

—¿De veras?—preguntó Dash—. ¿Dónde has conseguido unos motores sublumínicos tan veloces?

Chewie dijo algo más y agitó su brazo izquierdo. Dash sonrió.

—Sí, claro... Supongo que Han Solo es lo bastante idiota para hacer algo así. —Se volvió hacia Luke y Wedge y asintió—. De acuerdo. Si podéis mantener ocupados a los cazas TIE y a los dos Destruidores Estelares, yo puedo llevar a Lando hasta la nave de Boba Fett.

Chewie volvió a hablar. Leia creyó entender lo que había dicho. Se estaba ofreciendo a ir con ellos.

—No tienes por qué hacerlo, amigo —dijo Lando. Chewie añadió algo más.

—Gracias. Te lo agradezco, de veras.

—Incluidme en el grupo —dijo Leia.

—No sé si eso es una buena idea... Leia le interrumpió.

—No pensarás que el comandante imperial va a enviar a todos sus cazas TIE al espacio para que se ocupen de sólo una docena de alas-X, ¿verdad? Ha de tener a alguien en el planeta. Si empiezan a disparar contra el *Halcón*, necesitaréis a alguien para que devuelva el fuego. Si Chewie está en la tórrela dorsal, ¿quién os va a cubrir el estómago?

Lando y Luke intercambiaron una rápida mirada. Luke se encogió de hombros.

—Tiene razón —dijo—. Y es buena tiradora.

—Bien, entonces supongo que todo ha quedado claro —dijo Wedge—. Los chicos se alegrarán de poder volar bajo tus órdenes en esta misión, Luke.

—Gracias, Wedge.

—¿Quieres ver una cosa, chico? —preguntó Dash. Luke le miró.

—Salgamos por esa puerta.

Luke fue hacia la puerta. Leia, sintiendo curiosidad, fue detrás de ellos.

Dash abrió la puerta y reveló otra gran sala con aspecto de hangar.

—Uf —dijo Luke.

Leia metió la cabeza por el hueco de la puerta.

Había una nave inmóvil sobre el suelo de plástico barato. El casco era esbelto y grácil, con potentes cañones instalados arriba y abajo, y relucía con un oscuro resplandor parecido al del cromo. Era casi tan grande como el *Halcón Milenario* y la carlinga también estaba instalada en un módulo que sobresalía levemente de la estructura general, pero las semejanzas terminaban ahí. Aquella nave era un soberbio producto de la tecnología más avanzada disponible: Leia ya había visto suficientes naves para poder comprender que era algo realmente especial.

Un androide permanecía inmóvil junto a ella, un modelo de aspecto esquelético casi totalmente desprovisto de planchas exteriores con una bolsa llena de herramientas colgando de un hombro.

—El *Jinete del Espacio* —dijo Dash—. Y mi androide, un LE-BO2D... Responde al nombre de Lebo, eso cuando decide responder a las llamadas. Se cree muy gracioso.

—¿Cómo puedes permitirte tener una nave semejante? —preguntó Luke.

—Bueno, no me gano la vida de una manera muy limpia. ¿Te gusta?

Luke asintió. Leia pudo ver que ardía en deseos de inspeccionar la nave, subir a bordo y averiguar qué podría hacer con aquellos controles.

«Como niños con juguetes caros», pensó. Esperaba que el mercenario al que pertenecía aquella nave supiera pilotarla la mitad de bien que afirmaba ser capaz de hacerlo. Estaba empezando a tener la impresión de que el viaje resultaría bastante duro.

Leia siguió contemplando el *Jinete del Espacio*. Estaba a punto de arriesgar su vida una vez más, y eso no era algo a lo que te pudieras acostumbrar ni siquiera cuando era necesario hacerlo. Sin que supiera explicar cómo o por qué, el que fuera a arriesgar la vida para rescatar a Han hacía que resultara todavía más terrible. Que fuese tan vulnerable, que deseara algo — no, a alguien— con tanta desesperación resultaba todavía más aterrador. Leia podía justificar ante sí misma el correr riesgos por la Alianza, porque la importancia de la Alianza se medía en magnitudes galácticas. Pero ¿hacerlo por amor a un hombre...?

Nunca había pensado que llegaría a ocurrir. Su dedicación a la Alianza y a la derrota del Imperio nunca le había permitido tener mucha vida personal. Oh, claro, hubo amistades e incluso algunas personas de las que había llegado a sentirse muy cerca, pero Leia siempre había pensado que consagraría su vida a combatir al Emperador y su maldad. Nunca había sido *capaz* de imaginarse enamorándose, echando raíces y teniendo un hogar e hijos. De todas maneras, probablemente eso tampoco llegaría a ocurrir, dados todos los obstáculos que podían interponerse en el camino, pero por lo menos había pasado a ser una posibilidad. Suponiendo que pudieran encontrar a Han y liberarlo. Suponiendo que pudieran escapar sin que los mataran a todos mientras lo intentaban.

Lo cual era mucho suponer, desde luego.

Oh, bueno. Tendrían que esperar para saberlo. Cada cosa a su tiempo.

Cada cosa a su tiempo...

Darth Vader empuñaba firmemente su espada de luz, con las dos muñecas juntas, y vigilaba al androide asesino que trazaba lentos círculos a su izquierda. El androide era de un modelo nuevo, uno entre una docena de unidades idénticas que habían sido construidas siguiendo las especificaciones personalizadas del Señor Oscuro del Sith. Al igual que Vader, el androide también empuñaba una espada de luz. Era alto y delgado, y recordaba un tanto a los asps para tareas no especializadas que se podían encontrar por todo el Imperio, pero con un cierto número de modificaciones especiales. La unidad era más rápida que un humano corriente, y su programación contenía los conocimientos de cien maestros de la esgrima y una docena de estilos de combate distintos. Si se enfrentaba a una persona normal, el androide sería invencible y letal...

El androide avanzó en un vertiginoso ataque y lanzó un mandoble contra la cabeza de su adversario. Vader lo detuvo, y el androide lanzó otro golpe, haciendo girar la hoja zumbante en un segundo mandoble dirigido contra el costado de Vader. El ataque había sido muy rápido, pero volvió a ser bloqueado.

El tercer ataque del androide llegó desde el otro lado, con la hoja moviéndose en un gran semicírculo.

Vader paró el ataque y respondió a él, lanzando un rápido mandoble en ángulo contra la cabeza del androide.

El androide detuvo el golpe y retrocedió un metro, colocándose fuera del alcance de la hoja de Vader mientras sostenía su espada de luz sobre su cabeza, empuñándola con la punta dirigida hacia abajo.

El leve dolor que Vader había estado sintiendo en el hombro, allí donde la hoja de Luke se abrió paso a través de su coraza durante su combate, había experimentado una clara mejoría. Los movimientos de aquella serie de ejercicios apenas habían producido ninguna rigidez muscular.

Vader avanzó, dirigiendo una finta contra el cuello del androide. Después hizo girar las muñecas y movió la espada de luz en una veloz rotación para dirigir una segunda finta contra el mismo lado del cuello, a la que siguió una tercera finta y una estocada dirigida a la parte central del cuerpo del androide.

El androide retrocedió y detuvo la última finta.

Vader se desvió rápidamente hacia la izquierda, alzó su hoja de energía por encima del hombro izquierdo y la dejó caer sobre la base del cuello metálico desde su ángulo de cuarenta y cinco grados inicial.

La respuesta del androide llegó un cuarto de segundo demasiado tarde. Pese a su enorme fuerza, la máquina no era lo bastante fuerte para poder contrarrestar la potencia y el impulso del golpe de Vader. Las hojas de energía se encontraron, sisearon y echaron chispas, pero la espada de luz de Vader apartó la hoja del androide hacia un lado. El androide intentó retroceder...

Y la espada de luz atravesó el cuello del androide y separó la cabeza de él. La cabeza cayó al suelo y rebotó, y el cuerpo decapitado del androide se desplomó hacia atrás.

Vader permaneció inmóvil durante unos momentos junto al androide que acababa de eliminar. Pronto tendría que ordenar que produjeran una docena de unidades más: aquél era el octavo de la serie original, y ya sólo le quedaban cuatro. Además, los fabricantes tendrían que mejorar el diseño de la siguiente entrega. Vencerlos empezaba a resultar demasiado fácil.

Su hombro estaba decididamente mejor.

Vader desactivó su espada de luz y se apartó del androide.

Un ayudante estaba esperándole en el umbral, pareciendo impresionado y nervioso.

—Saca eso de ahí —dijo Vader.

Después se fue. No miró hacia atrás.

Luke respiró hondo dentro de la carlinga de su ala-X.

—¿Estás preparado, Erredós?

Erredós respondió con un silbido de asentimiento.

—Aquí líder del escuadrón —dijo Luke—. Activad los sistemas de armamento dejándolos en situación de ataque, acelerad hasta subseis y acusad recibo de las órdenes.

—Uno, recibido —dijo Wedge por el comunicador.

—Dos, afirmativo: sistemas activados y cargados.

—Tres, recibido.

El resto del escuadrón fue acusando recibo de las órdenes de Luke. Estaban preparados..., o al menos todo lo preparados que podían llegar a estar. El Destructor Estelar del lado diurno se encontraba justo delante de ellos, y sus sensores de largo alcance ya habrían detectado la presencia de los alas-X que se dirigían hacia él y el comandante habría empezado a poner en acción a su fuerza de cazas. El último modelo de caza TIE era un par de subunidades lumínicas más rápido que un ala-X no modificado y los interceptores TIE eran todavía más veloces, pero no podían alcanzar su velocidad máxima inmediatamente, por lo que el escuadrón de Wedge tendría la posibilidad de hacer una pasada relativamente libre de oposición sobre el Destructor Estelar antes de que los cazas TIE hubieran salido de él y estuvieran moviéndose por el espacio. No podrían causarle muchos daños porque sólo disponían de torpedos protónicos y cañones láser de bajo voltaje, y los blindajes y escudos del Destructor Estelar eran demasiado gruesos para poder ser afectados por ese tipo de armamento. Pero un disparo afortunado podía causar algunos daños, y eso serviría para que los imperiales procurasen mantener agachada la cabeza: después de todo, no podían saber si la Alianza había equipado a sus veloces cazas con algún arma nueva. Eso tal vez les haría

sudar un poco.

Los cazas TIE eran más rápidos pero no más maniobrables, y los alas-X les llevaban ventaja en lo referente a la protección: los TIE no tenían ningún tipo de escudo, salvo en algunos de los interceptores dotados de equipo especial, como el que usaba Vader.

—Aquí vienen —dijo el piloto del sexto ala-X. Era Wes Janson, todo un veterano.

Una veintena de cazas TIE surgieron por las puertas del hangar del Destructor Estelar.

—Los veo, Wes —dijo Luke—. ¡Todo el mundo alerta!

«Han tardado bastante —pensó Luke—. Deben de haber creído que era un ejercicio de adiestramiento: probablemente aquí no tendrán muchas ocasiones de combatir.» Quizá se habían dejado ablandar por la inactividad... Bueno, Luke siempre podía consolarse con esa esperanza.

—Doblad la potencia de los escudos delanteros —ordenó—. ¡Ataque a alta velocidad, y escoged los objetivos según se vayan presentando!

—¡Yuuuuuuuuju! —gritó uno de los pilotos por el comunicador.

Luke no tuvo más remedio que sonreír. Realmente debería decirle a quien acababa de soltar aquel alarido —parecía el piloto del cinco, Dix— que se atuviera a las reglas de comunicación y no usara lenguaje extraoficial, pero Luke sabía muy bien qué estaba sintiendo el piloto en aquellos momentos.

En todo el universo no había absolutamente nada que pudiera igualar la sensación de estar a punto de tomar parte en un combate espacial.

—Tened los ojos bien abiertos —dijo Luke.

Y un instante después estaba volando a través del eje del Destructor Estelar, con sus cañones láser escupiendo haces de alta energía: ya no había tiempo para hablar.

La batalla acababa de empezar.

A bordo del *Halcón Milenario*, Leia estaba agazapada detrás de Chewie y Lando en la cabina de control. Cetrespeó estaba de pie detrás de ellos, mitad apoyado en la escotilla y mitad agarrado a ella.

—Tenga cuidado, amo Lando. ¡Volamos terriblemente cerca de las copas de esos árboles!

—Oh, ¿de veras? —dijo Lando—. No me había dado cuenta.

—Ah... Eh... No hay ninguna necesidad de emplear el sarcasmo, ¿sabe?

Dash pilotaba el *Jinete del Espado* a un par de centenares de metros por delante de ellos, y el vendaval creado por su avance era lo suficientemente poderoso para agitar las copas de los enormes árboles que tenían debajo: se podía ver con toda claridad cómo el viento removía su follaje. La nave color cromo y plata volaba a no más de cinco metros de las copas de los árboles más altos.

—Un poco más cerca y acabaremos con toda la parte de abajo del casco manchada de verde —dijo Leia.

—Dímelo a mí —replicó Lando—. Dash dijo que tendríamos que volar bajo, pero no me imaginaba que tuviera intención de volar tan bajo. ¿Cuál es nuestra altitud, Chewie?

Chewie echó un vistazo al panel de control y respondió con uno de sus típicos sonidos de wookie, mitad gorgoteo y mitad gemido.

—¡Oh, cielos! —dijo Cetrespeó.

—¿Quiero saber cuál es nuestra altitud? —preguntó Leia.

—Me parece que no —respondió Lando.

La voz de Dash surgió del comunicador por un canal de comunicaciones protegido.

—¿Os estáis poniendo nerviosos por ahí atrás, Calrissian? Lando miró a Chewie.

—¿Quiénes, nosotros? Qué va. Creía que habías dicho que volaríamos bajo, Dash... ¡Y estamos prácticamente en la estratosfera!

Lando cortó la comunicación, se volvió hacia Chewie y le sonrió.

—Supongo que eso le habrá bajado un poco los humos, ¿no?

Dash no respondió con palabras, y se limitó a hacer que el *Jinete del Espacio* empezara a volar cuatro metros más abajo que antes. Si un pasajero que viajara a bordo de la nave del contrabandista hubiera podido meter la mano a través del suelo, hubiese podido rozar las copas de los árboles con las puntas de los dedos.

«Está loco», pensó Leia.

—Está loco —dijo en voz alta.

—Sí, pero hay que reconocer que sabe volar —dijo Lando—. Dame un poco más de potencia, Chewie.

—¡Amo Lando! ¿Qué está haciendo?

—No puedo permitir que piense que tenemos miedo, ¿verdad?

—Estás más loco que él —dijo Leia.

El *Halcón Milenario* perdió cuatro metros de altitud.

Chewie dijo algo.

—¡Oh, cielos! —exclamo Cetrespeó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Leia.

Cetrespeó agitó frenéticamente los brazos.

—¡Dice que un centímetro más y nos dejaremos el cañón láser enganchado en alguna rama! Leia meneó la cabeza.

—¿Qué le pasa a ese tipo? ¿Qué está intentando demostrar?

Lando, que de momento estaba demostrando ser bastante buen piloto, se concentró en pilotar la nave para no tener que mirarla mientras hablaba.

—¿Nunca has oído contar la historia de los Rendar?

—¿Debería haberla oído? Chewie rugió algo en wookie.

—¡Lo veo, lo veo! —gritó Lando.

La nave subió un metro para evitar un árbol particularmente alto que se interponía en su trayectoria.

Lando siguió hablando después de que lo hubieran dejado atrás.

—Dash estaba en la Academia Imperial, creo que un curso por detrás de Han. Su familia era rica y tenía una situación social muy elevada. El hermano mayor de Dash era piloto de

carga y estaba empezando a adquirir experiencia en la empresa naviera de la familia. Hubo un accidente. Un sistema de control estalló, no por culpa del piloto, y el carguero se estrelló cuando estaba despegando del espaciopuerto de Coruscant. El impacto mató a la tripulación y destruyó la nave.

Leia asintió.

—Terrible. ¿Y?

Chewie empezó a hablar, pero Lando se le adelantó.

—Ya lo veo. ¿Quieres tomar los controles?

Chewie replicó con un gruñido. Leia no necesitaba hablar wookiee para comprender lo que había dicho.

—Pues entonces estate callado y déjame hacer.

El *Halcón* ejecutó otro pequeño salto detrás del *Jinete del Espacio* y después volvió a ocupar su posición anterior en aquel peligroso baile con las copas de los árboles.

—Bien, el edificio con el que chocó el carguero era el museo privado del Emperador. Contenía un montón de sus recuerdos favoritos. La mayor parte de ellos se perdieron en el incendio subsiguiente.

»El Emperador se lo tomó francamente mal. Confiscó todas las propiedades de la familia Rendar, y después los expulsó a todos de Coruscant..., Dash incluido. Le echaron a patadas de la Academia de Carida, y de ese planeta.

Leia apretó los dientes. Ese tipo de cosas eran una de las razones por las que la Alianza se estaba enfrentando al Imperio. Ninguna persona debería ser tan poderosa como para poder cometer ese tipo de arbitrariedades sin que nadie estuviera en condiciones de impedirselo..., y además Leia sabía que habían ocurrido cosas mucho peores. La Estrella de la Muerte había destruido su mundo natal y había matado a millones de personas en una simple prueba de su potencia, sólo para averiguar si funcionaba. Aquello no había significado nada para el Imperio, y la aniquilación de Alderaan había sido llevada a cabo tan implacablemente como si el planeta fuese un insecto molesto al que había que aplastar.

—Sí, supongo que no debe de sentir mucha devoción por el Imperio —dijo Leia—. ¿Por qué no está trabajando para la Alianza? Lando se encogió de hombros.

—No quiere estar en deuda con nadie, y no quiere que nadie esté en deuda con él. Trabaja para quien le pague más dinero sin importarle su identidad. Es capaz de hacer auténticos milagros con cualquier cosa que vuele, y puede hacer saltar un remache del tablero de una mesa con un disparo de desintegrador sin ennegrecer el acabado. Dash es el tipo ideal para tenerlo cubriéndote las espaldas cuando las cosas se ponen feas..., siempre que no se te termine el dinero antes de haber pagado el precio convenido.

Leia asintió. El Imperio había echado a perder a un montón de buenas personas, y aparentemente Dash Rendar era otra baja.

Cuatro cazas TIE llegaron rugiendo, escupiendo muerte por el espacio.

—¡Cuidado, número uno! —le gritó Luke a Wedge—. ¡Tienes compañía a las tres cero cinco

por babor!

El ala-X de Wedge alteró el curso inmediatamente para iniciar un veloz descenso hacia la izquierda.

—¡Gracias, Luke!

Luke aceleró, ejecutó un rápido viraje y se lanzó en una trayectoria directa hacia el cuarteto de cazas atacantes.

«Utiliza la Fuerza, Luke.» /

Luke sonrió. La primera vez que había oído esas palabras, durante el ataque a la Estrella de la Muerte, no había entendido nada. Pero el paso del tiempo le había permitido comprender su significado.

—Desactiva los sensores de puntería y los escudos traseros, y aumenta el flujo de energía a los cañones.

Erredós no pareció muy complacido con sus órdenes, y así se lo dijo.

—Lo siento, amigo, pero es mejor de esta manera.

Luke sondeó el espacio con su mente. La Fuerza estaba allí, de la misma forma que estaba en todas partes, y establecer contacto con ella en las profundidades del espacio resultaba tan fácil como hacerlo en los pantanos de Dagobah. Luke permitió que la Fuerza inundara todo su ser.

Y de repente los cazas TIE parecieron empezar a moverse mucho más despacio. Las manos de Luke volaron sobre los controles, y fue desplazando la palanca de control con movimientos tan veloces como precisos. Se desvió hacia estribor, activó los cañones láser y dejó caer dos veces la yema del dedo sobre el botón de disparo.

Trazos de fuego se desplegaron por el espacio y destruyeron primero uno y luego otro de los cuatro cazas TIE. La explosión lanzó un diluvio de restos metálicos contra el aparato de Luke mientras éste empezaba a alejarse en un rápido viraje. Los fragmentos de los cazas TIE destruidos chocaron con la carlinga de transpariacero del ala-X, repiqueteando sobre ella como una granizada de metal y plástico.

—Unos disparos magníficos, jefe de escuadrón —dijo el ala-X número cinco.

—Gracias, Dix.

—Vienen más: seis contactos en uno siete cinco —dijo el piloto del número cuatro.

—¡Vigila tu espalda, Luke! —gritó alguien—. ¡Te ha salido una cola!

Pero Luke ya había percibido la aproximación del TIE y había hecho que su caza iniciara un vertiginoso descenso. Después ejecutó un rizo y apareció por detrás del TIE.

Luke volvió a acariciar su botón de disparo, y el TIE quedó hecho añicos y se convirtió en una nube de chatarra muy cara.

—¡Tienes un par viniendo por dos-dos-cuatro, número dos! ¡Venga, no te duermas!

—Ah... Recibido. Te debo una, Wes.

—Ya me devolverás el favor más tarde.

Los alas-X y los cazas TIE iban y venían por la negrura del espacio, arrojándose lanzas incandescentes de luz concentrada los unos a los otros.

—Me han dado —dijo el número dos—. Han destruido mi unidad de astronavegación y han abierto un agujero en mi carlinga. Tengo un parche por aquí... Bueno, ya he taponado la brecha.

—Abandona el combate y vuelve a la base, número dos —dijo Luke.

—Eh, todavía puedo disparar y tengo control manual.

—Negativo, Will: hay demasiados enemigos para que vuelas en manual. Vete a dar un paseo.

Erredós emitió una rápida sucesión de silbidos.

—Yo soy una excepción, chico —dijo Luke—. Tengo una pequeña ventaja secreta.

—Recibido, jefe de escuadrón. Número dos volviendo a la base. ¡Buena suerte, chicos! Os iré preparando el té.

Dos cazas TIE más se lanzaron sobre Luke y el joven reaccionó instintivamente, tirando de la palanca de control y alejándose de los atacantes a toda velocidad en un ángulo de casi noventa grados para hacer un rizo repentino y caer en picado hacia ellos después, con toda la potencia de sus motores impulsando el ala-X y los cañones láser parpadeando.

Un TIE estalló. El motor del otro emitió un potente destello luminoso y dejó de funcionar, y el caza TIE herido tuvo que alejarse lentamente del combate al haberse quedado sin potencia motriz primaria.

—Aquí viene otra oleada —dijo Wedge—. Doce contactos en tres-cero-tres, y se aproximan muy deprisa.

Su inferioridad numérica estaba empeorando: el peligro se incrementaba a cada segundo que transcurría, y además el escuadrón había perdido un aparato. La situación estaba empezando a ponerse bastante fea.

Pero Luke lo estaba pasando en grande a pesar de todo eso. Como Jedi tal vez no fuera gran cosa, pero sabía volar.

Esperaba que Lando, Leia y Chewie no se estuvieran encontrando con demasiadas dificultades.

La aceleración tiró de su cuerpo mientras hacía girar el ala-X en un rápido viraje.

La batalla prosiguió.

El atardecer se estaba convirtiendo en el comienzo del ocaso cuando Xizor salió de la casa de su amante, una residencia casi palaciega que acababa de ser registrada a su nombre como regalo de despedida, aunque ella aún no sabía que su relación había terminado. Xizor nunca pasaba más de unos meses con la misma hembra. Dada su peculiar química hormonal y su capacidad para producir feromonas abrumadoramente atractivas, Xizor nunca había tenido problemas a la hora de atraer a nuevas compañeras. Pero el que eso le resultara tan fácil hacía que se cansara rápidamente de ellas por muy hermosas e inteligentes que fueran. Nunca había encontrado una compañera a la que pudiese considerar su igual, y si alguna vez llegaba a encontrarla... Bueno, ¿cómo podría confiar en una criatura que poseyera semejantes capacidades? Era un problema muy interesante, y de muy difícil solución.

Además, una vez había probado un plato y por muy delicioso que fuera, Xizor siempre prefería disfrutar de una exquisitez distinta la próxima vez.

Una llovizna cálida caía de una nube de condensación que flotaba sobre aquella sección de la ciudad. Ese tipo de células microclimáticas eran bastante comunes durante aquella estación, y el cielo muy bien podía estar tan limpio como un cristal a poca distancia de allí. A medida que la oscuridad se iba intensificando y en los lugares donde las nubes no interferían la visibilidad, se podía contemplar las abigarradas auroras creadas por el intercambio eléctrico y las lucécitas rojas y azules del chorro continuo de tráfico que subía y bajaba de las órbitas planetarias, y el espectáculo era perfectamente visible incluso en el centro del resplandor de la ciudad.

Los dos guardaespaldas que habían estado esperando en la salida acompañaron a Xizor hasta su lujoso deslizador blindado, donde le estaban esperando dos guardias más y el androide que conducía el vehículo. Su amante no tardaría en recibir una llamada de Guri, así como también una generosa «indemnización de despido» y sus mejores deseos para el futuro. También se le diría que nunca debería tratar de ponerse en contacto con Xizor. En el caso de que lo hiciera, las consecuencias serían... terribles.

Hasta el momento, sólo una de sus ex compañeras había intentado verle después de que Xizor pusiera fin a su relación. Poco tiempo después, Xizor había sido informado de que aquella infortunada mujer había pasado a formar parte de un supercomplejo comercial en el Enclave del Sur, por cortesía de un androide de construcción del tamaño de una fábrica que había cometido el lamentable error de confundirla con una parte de los cimientos y la había metido dentro de una cuba de duracreto.

La vida estaba llena de peligros incluso allí.

—Cenaremos en el Menarai —le dijo al androide.

El deslizador despegó y se incorporó al tráfico en una impecable maniobra, con los deslizadores de los guardaespaldas precediéndole y siguiéndole. El trío de vehículos llegó a la altitud de crucero y puso rumbo hacia el Parque del Monumento, donde la única montaña no cubierta del planeta asomaba por encima de los complejos de edificios que habían ido ocupando todos los alrededores. Allí había un restaurante que ofrecía sus deliciosos platos a los ricos y los poderosos en una gran torre cerca del parque: desde el edificio se podía ver la montaña y, gracias a los muros de transpariacero del restaurante, incluso se podía contemplar a los fanáticos religiosos que vigilaban la montaña en todo momento para impedir que los turistas se llevaran las rocas como recuerdo de su visita. Las reservas para el Menarai se hacían con meses de antelación, y sólo eran aceptadas si el nombre de quien las hacía figuraba en la lista aprobada. El Menarai era el restaurante más exclusivo del planeta.

Aun así, y por muy lleno que estuviera y por mucho que pudiera llegar a enfadarse un multimillonario al ver una mesa vacía cuando él llevaba meses esperando la ocasión de cenar allí, siempre habría un sitio disponible para el príncipe Xizor. Si decidía ir al Menarai, se le acompañaba inmediatamente a su reservado particular. Para la inmensa mayoría de clientes, Xizor sólo sería otro rico magnate de los transportes, no más importante que un millar de otros propietarios de grandes fortunas del Centro Imperial. Se preguntarían por qué se merecía un tratamiento que se les negaba a ellos, y eso a pesar de que muchos clientes del Menarai tenían más créditos en sus cuentas que Xizor, por lo menos en su identidad de magnate naviero.

Pero ninguno de ellos tenía tanto dinero como el Sol Negro.

Además, Xizor era uno de los propietarios del local, aunque casi nadie lo sabía, y la orden había llegado desde el nivel más alto de la dirección: si el príncipe Xizor tenía que esperar aunque sólo fuese un minuto antes de sentarse, el encargado capaz de permitir que ocurriese tal estupidez se encontraría buscando otro empleo antes de que pudiera tartamudear una disculpa. Eso suponiendo que tuviera suerte, por supuesto...

Xizor sonrió mientras el deslizador se alejaba del nexo central y se dirigía hacia la montaña. No solía exhibir su poder, pero la buena comida era uno de sus pequeños placeres, y no había cocina mejor que la del Menarai.

Había dejado de llover, y las luces de la noche se estaban condensando y se volvían más brillantes. Coruscant no tardaría en arder con su propia claridad, y ofrecería un espectáculo magnífico a las naves que se aproximaran desde el espacio. No había ningún otro lugar de la galaxia en el que prácticamente toda la superficie de un mundo hubiera sido cubierta con los bloques del juego de construcciones de la civilización. Vivir allí era una auténtica experiencia, porque permitía estar en el centro de todo. Coruscant era el núcleo del Imperio, y el líder del Sol Negro difícilmente hubiera podido vivir en otro sitio.

Bien, ¿y qué iba a cenar? La flequila era excelente. La mantenían con vida hasta el momento en que era sumergida en aceite de pimienta hirviendo, y esa misma mañana los ejemplares habrían estado nadando en el mar de Hocekureem, a años luz de distancia de allí. El yam relleno y el bistec de plecto también eran excelentes, al igual que el caracol gigante ithoriano recubierto con mantequilla de nuez esponja. O quizá un estofado de gambas

terrestres de Kashyyyk... Había muchas posibilidades, y todas ellas eran muy atractivas. Oh, bueno. En vez de encargarse de su cena por el comunicador, quizá se limitaría a esperar hasta que llegara al restaurante y tomaría una decisión entonces. Tendría que esperar a que le prepararan lo que había pedido, cierto, pero después de todo la paciencia siempre había sido una de sus virtudes.

Sí. Haría precisamente eso. Sería... espontáneo.

La novedad debería resultar muy interesante.

—Abrid bien los ojos, chicos, porque se acerca otra oleada —dijo Luke por su comunicador.

Un coro de «Recibido, jefe» brotó de su altavoz.

—Oh, oh —dijo Wedge—. Veo un par de interceptores TIE en ese escuadrón.

—Ya los he visto, Wedge.

Luke empujó la palanca de control y alteró la trayectoria del ala-X en un brusco viraje a babor. Los interceptores eran más rápidos, y los últimos modelos estaban armados con cañones de mayor calibre. Luke esperaba que la Fuerza no escogiera aquel momento para abandonarle. La situación se estaba volviendo más y más complicada a cada segundo que pasaba. No podía permitirse fracasar, porque el rescate de Han —por no hablar de las vidas de todo el escuadrón y la suya propia— dependía de que siguiera cumpliendo con su parte de la misión.

Pensó en Leia y Lando, y les deseó la mejor de las suertes.

Lando estaba sobrevolando unos promontorios de roca rojiza que parecían colmillos gigantes. El *Halcón* avanzó a toda velocidad por el túnel que formaban tres paredes rocosas, una especie de embudo donde parecía haber muy poco espacio libre tanto debajo como a ambos lados. El cielo que se extendía sobre ellos era como la superficie de un río, azul y tranquilo.

—Me parece que uno de mis circuitos tal vez se esté recalentando —dijo Cetrespeó—. Creo que debería sentarme y reducir la entrada de energía a mis sistemas.

Pero el androide no se movió. Como los demás, Cetrespeó parecía hipnotizado por su vertiginoso vuelo a través del cañón.

Dash les había dicho que el Imperio contaba con un complejo de sensores de largo alcance instalados al comienzo de la gran meseta sobre la que el tiempo y el agua habían ido tallando aquellos profundos desfiladeros. La única manera de no ser detectados era llegar por debajo del campo de los sensores.

Leia se acordó de la desesperada huida a través del campo de asteroides después de que Han hubiera logrado salir de Hoth y del escondite en el que se habían agazapado para evitar ser capturados por Vader..., un lugar que había resultado ser algo muy distinto a lo que parecía en un principio.

El *Jinete del Espacio* volaba por delante de ellos, y de repente Leia vio que la nave empezaba a inclinarse y giraba sobre su eje horizontal como si se hubiera convertido en un enorme tornillo.

—Oh, chico... —dijo Lando—. Un par de metros a cualquier lado y seremos un par de insectos aplastados contra el tronco de un árbol, ¡y Dash se dedica a hacer toneles! Está realmente loco.

Chewie dijo algo.

—Ya te he oído —dijo Lando.

Cetrespeó se encargó de traducir el comentario del wookie para Leia.

—Chewbacca dice que el amo Dash debe de tener una parte de pájaro.

Leia se encontró asintiendo. Lando había tenido razón. Dejando aparte cualquier otra cosa que pudiera ser, no cabía duda de que Dash Rendar sabía pilotar una nave.

Luke hizo que sus pilotos se movieran en una enloquecida danza espiral, impulsando la escaramuza primero varios grados en una dirección y luego varios grados en otra para evitar que las baterías del Destructor Estelar pudieran centrar sus miras en ellos. Hasta el momento lo estaban haciendo bastante bien.

—¡Cuidado, Dixie! —gritó Wedge.

Luke enseguida vio el peligro. Un caza TIE había logrado colocarse debajo de Dix y estaba avanzando a toda velocidad mientras disparaba sobre el desprotegido fuselaje inferior del ala-X. Dix redujo la velocidad de golpe e inició un rápido viraje hacia estribor...

Demasiado tarde. Los letales haces láser se deslizaron sobre el ala-X como garras de fuego y se abrieron paso a través del casco.

La nave de Dix estalló y se convirtió en una bola de fuego que devoró el oxígeno de los sistemas de apoyo vital para extinguirse casi enseguida, dejando únicamente restos quemados e ionizados detrás de ella.

Luke sintió un terrible vacío en el estómago. «Oh, no.» Habían perdido a Dix.

Y de repente la batalla dejó de ser un juego. Personas magníficas podían morir, y una de ellas ya había muerto. Luke no podía olvidar eso ni durante un solo momento. La diversión sólo podía durar mientras que todos siguieran con vida, y esa parte nunca duraba demasiado tiempo. La guerra era horrible, y siempre se volvía más horrible cuanto más se prolongaba.

Y entonces la situación empeoró de repente. El Destructor Estelar del lado nocturno atravesó el terminador y empezó a lanzar sus cazas al espacio.

Ya no había tiempo para pensar o para preocuparse. Luke se abandonó a la Fuerza.

—Nos estamos aproximando al terminador —dijo Dash—, y hemos dejado atrás la estación de sensores de la meseta. ¿Preparados para subir?

—Estaba empezando a disfrutar con esto —respondió Lando—. Pero supongo que si tenemos que hacerlo...

Se estaban aproximando al lado nocturno de la luna, y aunque la oscuridad no los ocultaría a los sensores imperiales, por lo menos sí les ofrecería cierta protección ante posibles miradas curiosas.

—Estamos a unos cuatro minutos del astillero —dijo Dash por el comunicador—. Si

tenemos un poquito de suerte, los cabezas cuadradas que vigilan los sensores no nos verán hasta dentro de un minuto. Para cuando hayan conseguido alertar a sus cazas, ya estaremos justo encima de ellos.

—Recibido —dijo Lando.

Leia sintió una repentina agitación en el estómago seguida por un aleteo de puro nerviosismo. Hasta el momento el viaje había resultado bastante peligroso, pero aquello iba a serlo mucho más.

Lando meneó la cabeza.

—Esto no es idea mía, ¿de acuerdo? —dijo—. Quiero que conste en acta que esto no es idea mía.

Sombras oscuras empezaron a esparcirse sobre las rocas, alargándose tan deprisa que pudieron ver cómo se movían mientras el *Halcón* se internaba en la noche.

—Voy a subir —dijo Dash.

El *Jinete del Espado* salió del desfiladero.

—¡Maldición! —exclamó Lando.

Directamente delante de ellos, a sólo unos centenares de metros y aproximándose muy deprisa, había un muro de rocas negras que indicaba el final del desfiladero.

Chewie rugió.

Lando no se molestó en responder mientras hacía ascender el *Halcón* en una subida tan veloz que empeoró considerablemente el estado del estómago de Leia.

Escaparon a la colisión por unos cuantos centímetros.

—Oh, será mejor que tengáis cuidado —dijo Dash mientras el *Halcón* ascendía hacia la noche—. Ahora no recuerdo si os había advertido de que el desfiladero es bastante corto y se termina de repente.

—Espera a que salgamos de aquí, Rendar —dijo Lando—. ¡Cuando vuelva a verte, te aplastaré la nariz de un puñetazo!

—Ah, ¿sí? ¿Tú y qué ejército? Chewie volvió a rugir.

Leia no necesitó los servicios de Cetrespeó para entender lo que había dicho.

La risa de Dash Rendar llegó hasta ellos a través del comunicador.

Cuando surgió del comunicador, la voz de Wedge sonaba tranquila, pero había muchas emociones contenidas debajo de ella.

—No podremos seguir mucho rato con este baile, Luke. En cuanto ese segundo Destructor Estelar haya establecido una posición en el polo sur, estaremos dentro del radio de alcance de los cañones de gran calibre del uno o del otro.

—Te recibo, Wedge —dijo Luke—. Erredós, ¿han tenido tiempo de llegar hasta el astillero?

Erredós respondió con una serie de silbidos. Luke echó un vistazo a su pantalla sensora y vio la traducción de los silbidos del androide. Podían haber llegado hasta allí, pero sólo si habían ido increíblemente deprisa.

—Un minuto más —dijo Luke—. Después haremos una pasada sobre el Destructor Estelar

del lado diurno y saldremos de aquí.

—Recibido, Luke. Ya habéis oído al jefe, chicos. Vamos a arrojar unas cuantas rocas más para que sigan saltando de un lado a otro.

Los cazas TIE y los interceptores se agitaban alrededor de Luke como avispas sáuricas surgidas de un avispero destrozado. El escuadrón de alas-X había eliminado a una veintena de ellos, quizá más, y había perdido uno de sus aparatos, con otro habiendo sufrido algunos daños. Lo estaban haciendo estupendamente, pero dada la superioridad numérica del enemigo, no podrían seguir eternamente. Luke tendría que conformarse con la esperanza de que hubieran comprado el tiempo suficiente para sus amigos.

Un caza TIE apareció delante de Luke, siguiendo una trayectoria directa hacia él.

Luke puso el pulgar sobre su botón de disparo, y las dos naves siguieron yendo en línea recta la una hacia la otra. Ninguno de los dos pilotos parpadeó.

El TIE estalló, y Luke atravesó la bola de llamas.

La exclamación de Erredós sonó curiosamente parecida a un chillido de terror.

—¿Estás bien, Erredós?

El androide respondió con un silbido. Sí, estaba bien. Pero recordaba momentos en los que había estado mucho mejor.

Luke sonrió. La fiesta estaba empezando a volverse excesivamente animada. Ya iba siendo hora de hacer el equipaje y largarse.

—Ahí está, justo delante de nosotros —dijo Dash. Las luces del astillero ardían en la oscuridad, un faro visible desde muy lejos.

—Pasaremos justo por encima de vuestro objetivo dentro de... treinta segundos.

Leia se inclinó hacia adelante. Trató de ver algo...

—¡Ahí está! ¡Es la nave de Fett!

—Ha sido muy divertido, chicos —dijo Dash—. Ya nos veremos. El *Jinete del Espacio* empezó a ascender por delante de ellos y salió disparado hacia la negrura del vacío.

—¿Adonde demonios vas? —preguntó Lando.

—Eh, no me has pagado para disparar: el acuerdo era que sólo haría de guía, ¿no? Me largo de aquí.

—¡Dash, maldito seas!

—Olvidalo —se apresuró a intervenir Leia—. No le necesitamos. Chewie señaló la pantalla sensora y dijo algo.

—¡Oh, cielos! —gritó Cetrespeó.

—Me gustaría que dejaras de decir eso —dijo Leia—. ¿Qué ocurre? Lando habló antes de que el androide pudiera hacerlo.

—No estamos solos. ¡Tenemos media docena de cazas TIE a la cola!

—¿Y eso es todo? Eso no debería suponer ningún problema para un piloto tan maravilloso como tú, ¿verdad? Lando meneó la cabeza.

—No, claro. Pero, y os lo sugiero meramente para que no os aburráis, ¿por qué tú y Chewie

no vais a averiguar si los cañones todavía funcionan?

El wookie se levantó de su sillón. Leia ya iba hacia el pasillo.

—Yo me ocuparé de la torreta dorsal —dijo.

Chewie gruñó, y Leia decidió interpretar el sonido como un asentimiento.

Las cosas iban a ponerse realmente interesantes de un momento a otro.

—¿Luke...? —dijo Wedge por el comunicador.

—Estoy aquí, Wedge. Escuadrón, aquí el jefe. Interrumpid el ataque y pasad a velocidad lumínica... ¡Repito, interrumpid el ataque y saltad al hiperespacio!

El salto al hiperespacio era un truco: su destino no se encontraba lo bastante lejos para que fuese necesario viajar por el hiperespacio, y volverían a entrar en el espacio normal dentro de unos segundos. Pero era preferible que los cazas TIE imperiales creyeran que se iban muy lejos de allí, porque allí tal vez nadie se molestaría en buscarlos por una luna que se hallaba justo al otro lado de la mole del enorme planeta gaseoso suspendido ante ellos. Eso era lo que esperaban.

El escuadrón de alas-X se alejó de la batalla en un veloz arco.

Los cazas TIE, que obviamente habían recibido órdenes de defender pero no de perseguir, permitieron que se fueran..., o por lo menos la mayoría de ellos lo permitió.

Mientras los alas-X se alejaban de la batalla, Luke se sintió envuelto por una repentina oleada de algo que no logró identificar del todo. Era como una sensación de peligro que no podía ser ignorada, alguna clase de advertencia...

«¡Luke!»

¡Era Obi-Wan!

Luke movió bruscamente hacia un lado la palanca de control, desviándola hacia un lado por entre sus rodillas sin permitirse ni un solo instante de vacilación o duda.

El haz de energía de un cañón láser pasó junto a su aparato.

Si no hubiera alterado su curso, el disparo habría acabado con Luke.

¡Pero no había ningún caza TIE detrás de él! El único aparato visible a su cola era el número seis. Mientras Luke lo contemplaba, el ala-X de Wes alteró su curso para seguirle. ¿Por qué...?

—¡Wes! ¿Qué estás haciendo?

Wes soltó una corta pero explosiva serie de juramentos antes de responder a su pregunta.

—¡No sé qué le pasa a mi unidad de astronavegación, Luke! ¡Ha tomado el control de mi nave! ¡Mi palanca no responde!

«Comprendo —pensó Luke—. ¡Y si no hago algo pronto, moriré en cuestión de segundos!»

Para complicar todavía más la situación, uno de los cazas TIE que habían decidido perseguir al escuadrón ya se encontraba lo bastante cerca para poder abrir fuego. El TIE lanzó una andanada con todo su armamento, y las ráfagas se perdieron en el espacio después de rozar el fuselaje del ala-X de Luke.

Luke tiró de la palanca de control hasta dejarla pegada a su estómago y puso los motores a máxima potencia. El ala-X respondió: la aceleración le incrustó en el asiento, y el rostro de Luke se distendió y se acható como si una mano gigantesca estuviera hundiendo dedos tan duros como el acero en la piel y los músculos.

—¡Que todo el mundo salga de aquí enseguida! —consiguió decir, teniendo que hacer un gran esfuerzo para lograr que las palabras se deslizaran por entre sus tensos labios,

¿Qué estaba ocurriendo? ¡Uno de sus propios cazas había estado a punto de freírle! Luke tenía problemas más urgentes que atender y no podía pensar en aquello..., pero al mismo tiempo tampoco podía dejar de pensar en ello.

Hubiese podido morir. De no haber sido por la Fuerza, habría muerto. Luke todavía no tenía muy claro en qué podía llegar a convertirse, pero fuera cual fuese su potencial, nunca habría llegado a ser una realidad.

El ala-X de Wes imitó la maniobra de Luke por detrás de él, intentando no perderle de vista.

Y además el caza TIE seguía disparando.

«¡Oh, maldición!»

Las cosas se estaban poniendo realmente muy, muy feas. ¿Qué podía hacer? ¡No podía luchar contra uno de sus propios cazas! Y si se limitaba a huir, entonces el ala-X fuera de control acabaría con él tarde o temprano.

Bien, habría que empezar por el principio: tendría que ocuparse del caza TIE.

Luke ejecutó un veloz viraje seguido por un rápido rizo, tratando de quitarse de encima a Wes y, al mismo tiempo, colocarse detrás del TIE.

No consiguió ninguna de las dos cosas. El caza TIE se alejó a toda velocidad, y Wes siguió disparando contra él.

Luke podía sentir cómo el sudor brotaba de su cuerpo e iba empapando su traje. No estaba preparado para aquello. Nunca se le había ocurrido pensar que podría tener que enfrentarse a semejante situación.

Si Wes consiguiera abandonar su nave, eso eliminaría una parte del problema. Pero por desgracia Wes no podía usar el sistema de eyección: al igual que los otros pilotos, sólo llevaba un traje de vuelo ultraligero que no podría proteger su cuerpo del vacío espacial.

Otro estallido de fuego láser surgió del ala-X, que continuaba persiguiendo implacablemente a Luke.

¡Y falló el blanco por muy poco!

El caza TIE viró y fue hacia ellos. Probablemente no tenía ni idea de qué estaba ocurriendo, pero no cabía duda de que iba a aprovecharlo al máximo.

Luke estaba empezando a sentirse paralizado por el miedo, como si estuviera rodeado por unas garras heladas que enfriaban su transpiración. ¿Qué podía hacer? Tenía que encontrar alguna solución, ¡y deprisa!

De repente tuvo una idea. Era bastante arriesgada, pero sus opciones estaban empezando a verse severamente limitadas.

«Allá va...»

Cuando estaba en el punto más alto de su rápido ascenso, Luke cortó la impulsión bruscamente y empujó la palanca de control hacia adelante. La inercia hizo que el aparato siguiera avanzando, pero su velocidad relativa en comparación con el ala-X fuera de control de Wes era tan reducida que el caza número seis del escuadrón rebasó a Luke, pasando por delante de él como una exhalación antes de que su unidad de astronavegación averiada pudiera compensar el impulso.

El caza TIE había hecho un rizo y se encontraba justo enfrente de Wes. Su piloto seguía intentando perseguir a Luke.

Luke volvió a poner los motores a máxima potencia y desvió bruscamente la palanca hacia estribor, alejándose hacia la izquierda en una rápida espiral. Luke usó toda la aceleración que la pequeña nave y él podían soportar.

El caza TIE entró en el chorro de fuego láser que estaban escupiendo las armas de Wes y quedó hecho añicos.

Bueno, eso ya era algo.

Luke se sintió un poco mejor, pero sus apuros todavía no habían terminado.

Volvió a su trayectoria anterior. Wes imitó su movimiento y disparó.

Luke nunca le había exigido tanto a su ala-X.

Erredós emitió un estridente chillido electrónico, pero Luke no le prestó ninguna atención. Tenía que confiar en la Fuerza: las habilidades de pilotaje normales nunca conseguirían sacarle de aquel lío.

Esquivó la andanada.

Otro estallido de fuego láser calcinó el vacío.

Luke inició un rapidísimo picado.

La nave de Wes se lanzó sobre él, y un haz de energía rebotó en los escudos posteriores de Luke.

¡Tenía que quitárselo de encima!

«Vamos, vamos...»

Luke sabía que la Fuerza era inmensamente poderosa, pero no estaba muy seguro de si podría controlarla con la precisión necesaria: un solo error, y un hombre estupendo moriría.

Un solo error, y tal vez los dos morirían.

Luke intentó concentrarse. Ejecutó un rápido viraje hacia babor y luego otro a estribor, dio máxima potencia a sus motores, subió y describió un rizo increíble y luego bajó a toda velocidad para aparecer justo detrás de Wes, faltando muy poco para que perdiese el conocimiento debido a las fuerzas gravitatorias.

«Ayúdame, Obi-Wan...»

Luke disparó.

El haz, dirigido con una precisión increíble, se esparció sobre el módulo motriz del ala-X fuera de control, abriéndose paso a través de él y quemándolo.

Las toberas del número seis escupieron un chorro de llamas y dejaron de funcionar.

Luke se encontraba lo bastante cerca para poder ver cómo la unidad de astronavegación de

la nave de Wes intentaba llevar a cabo reparaciones cuando pasó junto a ella, pero estaba seguro de que no conseguiría reparar semejante avería.

El número seis ya no podía volar muy bien, pero todavía podía disparar.

Y eso fue lo que hizo. Sus cañones láser siguieron la trayectoria de Luke y lanzaron potentes haces de energía contra él. Como un gato de fuego herido, el número seis todavía era demasiado peligroso para que Luke pudiera acercarse a él.

Luke esquivó los disparos, volvió a abandonarse a la Fuerza y permitió que el ala-X se convirtiese en una extensión de su cuerpo. La pequeña nave bailó, saltó, redujo la velocidad, aceleró y logró evitar ser atravesada por aquellas terribles lanzas de luz.

Luke sintió cómo el suspiro escapaba de sus labios.

«Calma, calma...»

Hizo otra pasada.

La unidad de astronavegación de Wes le lanzó otra andanada. Luke creyó sentir el calor de los haces de energía.

Quizá no había sido cosa de su imaginación.

«Vamos...»

—Se acercan más cazas TIE, Luke —dijo alguien.

—¡Ahora no!

Luke volvió a permitir que la Fuerza dirigiese sus manos y sus ojos y se entregó a ella, permitiendo que apuntara en su lugar. Centró los sensores de puntería en el cono del morro, sintiendo que era justo allí donde debían estar...

Volvió a disparar...

¡Impacto!

El armamento de Wes había quedado inutilizado y él —o su androide enloquecido— ya no podían disparar los láseres ni lanzar los torpedos.

Luke volvió a suspirar. «Bien, se acabó...»

¿Y qué demonios podía haber hecho que la unidad de astronavegación sufriera esa avería tan peculiar?

—Wedge, intenta remolcar el caza de Wes con un cable magnético y salgamos de aquí..., ¡y rápido!

—Afirmativo, Luke.

Que el enemigo disparase contra ti ya era bastante malo, pero que lo hicieran tus propios hombres... Bueno, eso era realmente horrible.

_En, Luke, lo siento mucho —dijo Wes—. ¡No sé qué ha ocurrido!

_No te preocupes por eso. Ya lo averiguaremos luego. Ahora será mejor que nos larguemos antes de que el Imperio decida que quizá sí valdría la pena perseguirnos después de todo.

—Recibido, Luke.

La excitación y el sudor frío del incidente ya se estaban disipando, y el miedo volvió de repente. Luke sintió cómo su horrible sabor amargo se iba extendiendo por todo su ser.

Podría haber acabado hecho pedazos.

De no haber sido por la advertencia de la Fuerza, estaría frito. Habría estallado como un panel luminoso sobrecargado, sin llegar a saber qué había acabado con él. Estaría muerto. No existiría. Habría desaparecido del universo.

—Esos cazas TIE están volviendo, Luke.

—¡Venga, salgamos de aquí!

Hasta aquel momento la muerte nunca le había parecido una posibilidad real. Sin estar muy seguro del porqué, hasta entonces Luke siempre había pensado que todos los haces láser fallarían, que todos los torpedos pasarían junto a él sin hacerle ningún daño y que viviría eternamente. Que pudiera dejar de existir nunca le había parecido real.

Y de repente parecía muy real.

Leia disparó, y los cuatro cañones del pozo artillero dorsal del *Halcón* ejecutaron un veloz movimiento de pistón y escupieron sus terribles energías sobre el caza TIE que se aproximaba a toda velocidad.

La nave imperial atravesó los cuatro haces de energía y estalló.

Con aquél, Leia ya llevaba tres cazas eliminados, y Chewie también había conseguido darle a algunos, pero un nuevo enjambre ya se estaba aproximando a toda velocidad.

Eran demasiados.

—No podemos bajar —dijo Lando por el comunicador—. ¡Si nos posamos sobre la cubierta, nos harán pedazos!

—¿Qué vamos a hacer?—preguntó Leia.

—No lo sé. Podemos seguir dando vueltas... Oh, oh.

—¿«Oh, oh» qué?

—La nave de Boba Fett... está despegando.

—¡Síguela!

—¿Cómo? ¡Hay todo un muro de cazas imperiales interponiéndose entre ella y nosotros!

—¡Pues rodea ese muro!

Leia estaba demasiado cerca para perder a Han.

—Lo intentaré.

El *Halcón* se bamboleó y descendió en un veloz picado que les revolvió el estómago a todos. Estaban dentro de un pozo gravitatorio y necesitaban toda la energía disponible para los escudos, por lo que la gravedad artificial había sido desconectada. Leia sintió que perdía el peso de repente, y sólo las tiras del arnés de seguridad impidieron que saliera del asiento y empezara a flotar de un lado a otro. Un instante después lo recuperó con idéntica brusquedad cuando el veloz ascenso llegó a su fin repentinamente y Lando aceleró en un vertiginoso viraje.

Otro caza TIE apareció delante de ellos. Leia abrió fuego con sus cañones, pero el caza pasó ante ella demasiado deprisa para que pudiera darle. Los haces de energía fallaron el blanco.

Un instante después sintió las violentas sacudidas del *Halcón* cuando el fuego enemigo se esparció sobre sus escudos.

—Espero que ese generador de campo casero que instaló Han aguante —dijo Lando.

Leia no respondió: estaba demasiado ocupada tratando de derribar a la nueva pareja de cazas TIE que venía hacia ellos.

Los haces surgidos de los cuatro cañones de su arma se desplegaron por el espacio y atravesaron a uno de los cazas, llenando de agujeros sus superficies de control y haciendo que saliera despedido a lo lejos en un incontrolable girar.

No consiguió darle al otro.

Oyó que Chewie gritaba algo en wookiee, y deseó ser capaz de entenderle con más claridad que meramente gracias al contexto.

—No me gusta tener que decirlo —murmuró Lando—, pero esto me huele mal.

Apenas volvieron a la base secreta del escuadrón situada en la luna, Luke y Wedge salieron corriendo de sus cazas para ir al hangar al que habían remolcado el ala-X de Wes. Wes estaba contemplando su aparato, que había sufrido graves daños.

—¿Estás bien? —preguntó Wedge.

—Sí, estupendamente. Pero me gustaría saber qué ha desayunado mi unidad de astronavegación. ¿Qué mosca le puede haber picado?

Luke esperaba que Wes se sintiera mejor de lo que parecía indicar su aspecto. Todavía estaba bastante afectado, y le temblaban un poco las rodillas. El piloto respiró hondo e intentó conseguir que su voz sonara firme y tranquila.

—¿Por qué no tratamos de averiguarlo? —preguntó, y llamó a la jefe de mecánicos con un gesto de la mano—. ¿Le importaría echarle un vistazo a esta unidad R-2?

Mientras la jefe de mecánicos traía a sus hombres para que hicieran lo que les habían pedido, Luke oyó un silbido detrás de él.

—No lo sé, Erredós —dijo, volviéndose hacia el pequeño androide—. ¿Habías oído hablar de algo parecido anteriormente?

Erredós soltó varios trinos y silbidos.

Luke los interpretó como una negativa.

La unidad R-2 de Wes fue colocada en el suelo. La jefe de mecánicos avanzó y le colocó un perno de retención antes de que pudiera moverse.

Erredós fue hacia ella, hizo brotar un conector de sus planchas y lo introdujo en la otra unidad. Alguien conectó una pantalla de traducción a la unidad R-2 averiada.

Erredós emitió una frenética serie de silbidos.

—Oh, oh —dijo Luke mientras echaba un vistazo a la pantalla de traducción.

—¿Qué pasa? —preguntó Wedge.

—Oye, según estos datos... Bueno, el androide estaba funcionando correctamente. Fue programado para disparar contra mí.

Wedge silbó, una especie de contrapunto al parloteo mecánico de Erredós.

—¿Quién podría hacer eso? ¿Por qué? ¿Cómo?

La jefe de mecánicos cogió el comunicador que llevaba colgando del cinturón, habló por él y

escuchó durante unos instantes. Luke no pudo oír quién estaba al otro extremo de la conexión.

—Es Rendar —dijo la jefe de mecánicos—, y viene hacia aquí.

—¿Qué hay de Leia y Lando?

La jefe de mecánicos se encogió de hombros.

—No ha dicho nada de ellos.

—No pierda de vista a ese androide —le dijo Luke—. No permita que nadie lo toque. Vamos —añadió, volviéndose hacia Wedge.

Luke fue corriendo al segundo hangar, donde la nave de Rendar se posaría dentro de unos momentos.

—¡No podemos pasar! —dijo Lando—. ¡Si no salimos de aquí nos harán pedacitos! Será mejor que... El comunicador se calló de repente.

—¿Lando? ¿Lando? No hubo respuesta.

—¿Chewie?

Tampoco hubo respuesta.

El *Halcón* parecía seguir volando sin problemas, pero el comunicador había dejado de funcionar.

—¡Cetrespeó! —gritó Leia—. ¿Dónde estás?

—Aquí mi-mismo —dijo la voz temblorosa de Cetrespeó desde arriba de su torre artillera.

—Ve a averiguar qué le ha pasado al comunicador, y asegúrate de que Lando esté bien.

—Sí, princesa Leia.

Otro caza TIE pasó por delante de ella. Leia disparó contra él y falló. Aquellos malditos trastos eran realmente muy rápidos.

El *Halcón* alteró bruscamente su curso, primero con un viraje hacia la izquierda y luego con un veloz giro hacia la derecha. Bueno, por lo menos no cabía duda de que alguien estaba pilotando la nave...

Cetrespeó se inclinó sobre la torre.

—Princesa Leia, el amo Lando dice que la unidad de comunicaciones ha sufrido graves daños: ya no disponemos de comunicaciones internas o externas. ¡El amo Lando dice que debemos irnos inmediatamente o seremos destruidos!

Había un leve rastro de histeria en la voz de Cetrespeó.

—¡No podemos! —dijo Leia.

Pero ya lo estaban haciendo. El *Halcón* se alejó del astillero en un rápido arco y se metió por entre dos torres a medio construir, inclinándose para poder introducirse por el hueco en posición vertical. Los soportes metálicos de una de las torres pasaron tan cerca de los cañones de Leia que pudo leer los números de serie estampados en ellos.

—¡No! —gritó.

El piloto de uno de los cazas TIE que los perseguían no era tan bueno como Lando. Leia vio cómo su aparato chocaba con la torre y se convertía en una bola de fuego.

El *Halcón* recuperó su posición habitual y volvió a volar en una trayectoria paralela al suelo, pero sólo durante unos segundos antes de que Lando hiciera subir la nave en una ascensión

casi vertical.

Leia echó un vistazo por la tórrela y vio que estaban dejando atrás a sus perseguidores. Se quitó el arnés de seguridad y fue corriendo a la cabina de control. Cetrespeó la siguió, intentando explicarle algo que Leia no consiguió entender.

Cuando entró en la cabina, Leia vio que Lando estaba sudando.

—¿Qué estás haciendo?

—Salvar nuestras vidas —respondió Lando—. He utilizado todos los trucos del manual, además de unos cuantos que me he inventado sobre la marcha, y no he conseguido pasar por entre esos cazas. Había demasiados. Nos habrían acabado derribando, Leia: sólo era cuestión de tiempo.

—¿Y qué hay de Boba Fett?

—Le perdí de vista.

—Probablemente está intentando saltar al hiperespacio. Luke y el escuadrón de Wedge...

Leia no llegó a terminar la frase: acababa de comprender cuál era el problema.

—Sí—dijo Lando—. Nuestro comunicador ha dejado de funcionar.

No podemos ponernos en contacto con Luke para decirle que siga a Boba Fett.

—Quizá podamos volver después de haber trazado un círculo —dijo Leia.

Lando meneó la cabeza.

—Para entonces ya se habría ido. Chewie llegó y rugió una pregunta.

—No —dijo Lando—. Lo siento, amigo. Chewie expresó su ira.

—Sí, yo también estoy disgustado —dijo Lando—. *Pero* que acabemos esparcidos por toda la superficie de esta luna no ayudará demasiado a Han, ¿verdad?

Leia sintió que un gran peso invisible caía sobre ella. La envolvió como una manta hecha de plomo blando, asfixiándola y oprimiéndola, y descubrió que apenas si podía mantener erguida la cabeza-

«Han, lo siento muchísimo...»

—Eh, escuchad —dijo Lando—. No quiero empezar a echar propelente de cohetes sobre un edificio en llamas, pero ni siquiera estamos seguros de que Han se encuentre a bordo de esa nave. Boba Fett podría tenerlo escondido en cualquier sitio.

Leia no pudo decir nada. Hablar le habría exigido un esfuerzo excesivo.

Chewie dijo algo.

—Chewbacca tiene razón —intervino Cetrespeó—. J31 amo Han será entregado a Jabba más tarde o más temprano, ¿no? Siempre podemos volver a Tatooine y esperar. Creo que es una idea excelente.

Todos guardaron silencio durante unos momentos.

—Bueno, por lo menos estamos vivos —acabó diciendo Cetrespeó.

Luke estuvo a punto de atizarle un puñetazo a Dash, y tuvo que hacer un terrible esfuerzo de voluntad para contenerse. Wedge se dio cuenta de lo que le ocurría.

—Cálmate, Luke.

Si estaba preocupado, Dash no dio ninguna señal de ello- Siguió inmóvil delante de ellos, tranquilo y relajado, y se encogió de hombros.

—¿Qué quiere decir eso de que te limitaste a dejarlos allí?

—Eh, chico, me pagaron para que les indicara dónde estaba el *Esclavo I* y yo les acompañé hasta allí. Mi trabajo había terminado. Si querían que hiciera alguna otra cosa, deberían haberlo dejado claro desde el principio y así habríamos podido llegar a un acuerdo.

—Si les ocurre algo, yo...

—¿Qué, chico? ¿Me pegarás un tiro? Yo no hice que fueran allí. Me contrataron como guía, así que les guíé y fin de la historia -Dash giró sobre sus talones y se fue.

Wedge, que había puesto la mano en el hombro de Luke, impidió que le siguiera.

—No lo hagas, Luke. Eso no les ayudará en nada.

—Tal vez no, ¡pero hará que me sienta muchísimo mejor!

Y en el mismo instante en el que sentía cómo la ira se adueñaba de él, Luke también percibió una frialdad, una especie de... astucia que se ocultaba dentro de la ira. Sabía qué era.

Obi-Wan le había advertido. Luke no podía entregarse a su ira. Si lo hacía, el lado oscuro estaría allí para reclamar todo su ser. Luke podía sentir su presencia, esperando y preparada para llenar todo su cuerpo con sus terribles energías contaminantes. También podía presentir que permitirse el lujo de disfrutar de la ira le proporcionaría capacidades que no poseía y le daría poderes que los mortales corrientes no podrían soportar. Sería capaz de hacer caer de rodillas a Dash Rendar con sólo un gesto...

«No. Ni siquiera pienses en ello.» Ceder a la atracción del lado oscuro significaría volverse como Vader, como el Emperador... Significaría convertirse en todo aquello contra lo que luchaba.

Luke respiró hondo, y cuando dejó escapar el aire, una gran parte de su ira se fue con él. Dash incluso tenía su parte de razón: él no había obligado a nadie a hacer nada.

Uno de los miembros de la dotación de los sensores fue corriendo hacia ellos.

—Hemos captado la presencia de una nave que viene hacia aquí —dijo—. No ha habido ninguna comunicación, pero las lecturas indican que es un carguero corelliano.

¡El *Halcón Milenario*! ¡Estaban vivos!

Luke sintió un inmenso alivio. Leia... Se encontraba bien. Aunque tenía el inexplicable presentimiento de que si le hubiese ocurrido algo él lo habría percibido al instante, saber que su nave estaba entera seguía siendo un gran alivio.

—Eso nos da unos minutos —dijo Wedge—. ¿Qué te parece si vamos a ver qué podemos sacar en claro de esa unidad R-2 manipulada?

—Buena idea —respondió Luke.

Pero cuando llegaron al sitio en el que había estado el androide de astronavegación inmovilizado, lo único que encontraron fue un montón de restos humeantes.

Alguien había destruido el androide con un desintegrador.

Luke giró sobre sus talones, buscando a la jefe de mecánicos, que se suponía debía de estar vigilando a la unidad. Enseguida la vio.

La jefe de mecánicos le estaba apuntando con un desintegrador.

Luke vio cómo Wedge alargaba la mano hacia su desintegrador.

—¡No! —gritó.

Demasiado tarde.

La jefe de mecánicos vio que la mano de Wedge iba hacia su arma, y se volvió hacia él y disparó. El haz de energía pasó entre Wedge y Luke con un estridente silbido, deslizándose a escasos centímetros del costado del joven. Luke pudo oler el acre aroma del aire quemado e ionizado mientras saltaba a un lado.

Wedge no tuvo elección. Su haz desintegrador dio de lleno en el centro del cuerpo de la mujer y la lanzó al suelo. El olor a quemado se volvió más potente, y se hizo todavía más desagradable.

Cuando Luke se inclinó sobre ella, enseguida vio que la jefe de mecánicos nunca más podría responder a ninguna pregunta.

—Bueno, supongo que ahora sabemos quién manipuló el androide —murmuró—. Me habría gustado saber por qué lo hizo. Wedge meneó la cabeza.

—Quizá podamos averiguarlo. Echaré un vistazo a su expediente en el ordenador.

—Hazlo.

Pocos minutos después el *Halcón Milenario* se posaba sobre la luna. En cuanto la nave estuvo a salvo dentro del hangar, la escotilla se abrió y la rampa descendió hacia el suelo. Lando y Chewie bajaron por la rampa, seguidos por Cetrespeó. ¿Dónde estaba...?

Allí estaba. Leia tenía un aspecto terrible. Caminaba como si tuviera mil años de edad.

—¿Leia?

Su rostro se había convertido en una máscara llena de abatimiento y desesperación. Luke fue hacia ella y la abrazó, pero Leia permaneció nacidamente inmóvil entre sus brazos.

—¿Qué ha pasado?

—Boba Fett se nos escapó —dijo Leia.

—Sí —dijo Lando detrás de ellos—, y tuvimos mucha suerte al poder salir de allí vivos. Ese sitio estaba repleto de cazas TIE. Lo siento, Luke... Lo intenté.

Chewie asintió y dijo algo.

Luke asintió. Después giró sobre sus talones, con un brazo todavía alrededor de Leia. Aquel contacto con su cuerpo hizo que Luke experimentara toda clase de emociones encontradas. Como si no tuviera suficientes enigmas que aclarar con Vader, la Fuerza y el lado oscuro, lo que sentía hacia Leia era todo un universo desconocido que debería ir explorando poco a poco.

—Vamos —le dijo — ya se nos ocurrirá algo.

Leia estaba deprimida, pero la noticia de que un androide había sido manipulado logro abrirse paso a través de la capa de desesperación que la envolvía..., y la asustó.

Cuando Wedge y Lando volvieron después de haber inspeccionado el expediente de la jefe de mecánicos a través del sistema operativo de comunicaciones, los dos estaban muy serios.

—¿Qué habéis averiguado? — preguntó Leia.

—Bueno —dijo Wedge— parece ser que la cuenta de la jefe de mecánicos recibió una transferencia de diez mil créditos hace unos cuantos días justo después de que nuestro escuadrón llegara aquí. Lando consiguió acceder a los registros contables utilizando..., eh..., un código de anulación prioritaria que había sacado de no sé dónde.

—¿Y?

—El dinero procedía de una corporación inexistente usada como tapadera —dijo Lando—. Conseguí seguirle la pista a través de dos corporaciones inexistentes más, y acabé encontrándome con algo llamado Empresas Sabre. La última vez que oí hablar de ella, Empresas Sabre era una organización igualmente inexistente usada por el Imperio para sus operaciones antiespionaje más secretas y clandestinas.

—¿Piensas que alguien pagó a la jefe de mecánicos para que manipulara el androide a fin de que disparase contra Luke? — preguntó Leia.

—Si no fue eso lo que ocurrió, creo que estamos ante una coincidencia realmente increíble — respondió Lando.

Leia asintió

—Este asunto muestra las huellas de los guantes de Vader por todas partes.

Luke meneó la cabeza.

—Esto no tiene ningún sentido.

—¿Por qué no?

—Vader me quiere vivo — dijo Luke—. Quiere que me una al Imperio.

—Quizá haya cambiado de parecer — dijo Lando.

Leia tenía la mirada clavada en el vacío. Aquello era realmente serio. Había perdido a Han, tal vez para siempre — «No, no pienses eso».—, y no quería perder a Luke también. Luke era demasiado importante, no sólo para la Alianza..., sino para ella.

Quería a Han, pero también quería a Luke. Tal vez no le quisiera de la misma forma, pero no deseaba que le ocurriese nada. Tenía una extraña sensación acerca de todo aquello, una... intuición. Aquel intento de matar a Luke sólo era la punta de algo mucho más grande, algo que se ocultaba en el fondo de un inmenso lago de aguas fangosas y oscuras. Leia tenía que averiguar qué era y detenerlo.

—Hay otra cosa —dijo Lando—. En la cuenta de la jefe de mecánicos había una notificación de crédito pendiente enviada por la misma empresa-tapadera.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Luke.

—Significa que probablemente va a haber otra transferencia de fondos. Creo que los diez mil sólo eran un primer pago a cuenta. Si te hubieran hecho pedazos durante esa misión,

entonces supongo que una cantidad mucho más grande habría sido ingresada en la cuenta de esa mujer. Y, naturalmente, me parece que eso plantea un montón de preguntas, ¿no?

Lando se volvió hacia Wedge.

—Esa mujer iba a disparar contra Luke —dijo Wedge—. La segunda regla de la defensa propia es disparar primero y hacer las preguntas después.

Leia se encaró con Lando.

—¿Cuál es la primera regla?

—Estar en otro sitio cuando empiecen los tiros.

Se miraron los unos a los otros. ¿Qué podía significar todo aquello?

Xizor sabía que el ejercicio era necesario y esencial para disfrutar de un estado de máxima salud..., y además el que tus subordinados supieran que tenías una gran potencia física siempre ayudaba a mejorar su nivel de obediencia. El Príncipe Oscuro practicaba las artes marciales de vez en cuando, pero sabía que eso no era suficiente. Aparte de eso, el ejercicio le aburría. Odiaba tener que ejercitarse. Ésa era la razón por la que estaba sentado dentro de la unidad mioestimuladora cuando Guri entró para hablar con él. La unidad era bastante sencilla: consistía en un campo sensor acoplado a un emisor electromioclónico ajustable controlado por ordenador. Lo único que había que hacer era conectarlo y ajustar el nivel, y la unidad mioestimuladora hacía trabajar los músculos, obligándolos a contraerse y relajarse según una secuencia prefijada. Podías llegar a ser más fuerte con sólo estar sentado dentro de ella, y la roioestimulación permitía desarrollar una poderosa masa muscular sin tener que cansarse levantando pesos. Era un juguete magnífico.

Guri pareció surgir de la nada.

Xizor enarcó una ceja mientras sus muslos se convertían en una acumulación de duros nudos musculares, se relajaban y volvían a contraerse después.

—El primer intento de acabar con Skywalker ha fracasado —dijo Guri—. La jefe de mecánicos sobornada ha muerto.

Xizor asintió mientras sus pantorrillas se endurecían y se ablandaban bajo los estímulos eléctricos.

—No es ninguna gran sorpresa. Sabíamos que el muchacho era extremadamente afortunado.

—O capaz —dijo Guri.

Xizor se encogió de hombros mientras sus pies se tensaban y se aflojaban.

—Lo que sea. He estado pensando en este asunto. Deja actuar a nuestros agentes, y encárgate de engrasar los mecanismos según sea necesario. Asegúrate de que parezca que trabajan para el Imperio y que están directamente relacionados con Vader. Si acaban con Skywalker, estupendo. Si no, tengo otra idea que podría resultar todavía más beneficiosa para nosotros.

—Como deseéis.

Xizor movió un brazo mientras la oleada estimuladora empezaba a subir por sus piernas y

se dirigía hacia su estómago.

—Hay otras cosas a las que debemos prestar atención. Tenemos una gran empresa que dirigir. —Guardó silencio durante unos momentos, y cuando volvió a hablar lo hizo en un tono seco y cortante—. Está el asunto de Transportes Ororo.

Guri asintió.

—No creo que el Sindicato Tenloss sepa que Ororo está intentando adueñarse de nuestras explotaciones de especia en el Sector Baji. Supongo que podríamos hacer que se dieran cuenta de lo que está ocurriendo y permitir que ellos resolvieran el problema, pero eso no me conviene. Quiero que vayas allí y que veas a los directivos de Ororo. Déjales bien claro hasta qué punto nos... disgusta su ambición.

Guri volvió a asentir.

—Solicita una audiencia a Darth Vader antes de irte. Me gustaría verle cuando le venga bien.

—Sí, príncipe Xizor.

—Eso es todo.

Guri se fue, y Xizor contempló cómo su estómago se ondulaba bajo la potente contracción estimuladora, formando una serie de rectángulos redondeados perfectamente simétricos. No había ni rastro de grasa encima de aquellos músculos.

Enviar a Guri para que se ocupase del problema que representaba Ororo era una desagradable necesidad más: la codicia nunca dormía, y Xizor debía asegurarse de que todo el mundo fuese consciente de que quien se interpusiera en el camino del Sol Negro pronto se arrepentiría de haberlo hecho. Por sí sola, la presencia de Guri probablemente bastaría para que los directivos de la empresa de transportes dejaran de crearle problemas, pero Xizor nunca utilizaba un cachete cuando las circunstancias requerían un puñetazo. Si haces daño a un enemigo, siempre deberías hacerle el daño suficiente para que no pueda responder a tus ataques: ésa era una de las verdades básicas de la vida, y no había que olvidarla jamás.

Xizor tenía planes para Ororo, y esos planes no sólo castigarían la estupidez de sus directivos sino que además beneficiarían a Xizor en otros asuntos. Todo cuanto había en la galaxia estaba interconectado: si sabías alimentarlo adecuadamente, un chispazo en un lugar podía convertirse en una conflagración en otro. Xizor siempre estaba buscando conexiones, y siempre estaba intentando averiguar cómo se podía conseguir que un acontecimiento ocurrido en un extremo de la galaxia sirviera a sus fines en el otro. Al igual que ocurría en los holojuegos tridimensionales, había pequeños movimientos que podían irse sumando unos a otros hasta crear movimientos más grandes. En teoría, un pequeño empujón asestado en el sitio adecuado y en el momento justo podía derrumbar toda una montaña..., y como líder del Sol Negro, Xizor tenía que saber dónde y cuándo había que dar ese empujón.

Oh, sí. Ororo pagaría su temeridad, y lo haría de formas que sus directivos ni siquiera podían imaginar.

Xizor se recostó en el asiento y permitió que las máquinas mioestimuladoras siguieran fortaleciendo su cuerpo.

Darth Vader contempló el holograma de Guri, la androide humana de Xizor.

—Muy bien —dijo—. Dile a tu amo que accedo a verle. Tengo algunos asuntos que resolver en el celestial del Emperador. Que se reúna conmigo allí dentro de tres horas estándar.

Vader cortó la conexión. ¿Qué quería Xizor? Fuera lo que fuese, Vader no había creído ni por un solo instante que se tratara de algo que pudiese beneficiar al Imperio..., a menos que beneficiara también a Xizor.

El Señor Oscuro del Sith avanzó por las entrañas de su castillo, dirigiéndose hacia el hangar en el que estaba atracada su lanzadera personal. Podría haber tomado el turboascensor que llevaba al celestial, ya que la mayor parte de los pasajeros y cargamentos eran trasladados hasta los gigantescos satélites orbitales a través de las conexiones que los unían a la superficie del Centro Imperial, pero Vader no había logrado sobrevivir durante tanto tiempo corriendo riesgos estúpidos e innecesarios. Los ascensores de los celestiales rara vez sufrían averías, pero eran vulnerables a los ataques, tanto desde dentro como desde el exterior. No, era infinitamente preferible contar con el control de su propio vehículo blindado, donde el lado oscuro podía ser desencadenado —junto con el fuego de los cañones láser— en el caso de que llegara a ser necesario hacerlo.

Mientras avanzaba por uno de sus austeros pasillos, Vader empezó a pensar en otro problema. De momento el Emperador no quería que persiguiera a Skywalker, por lo menos no personalmente. El Emperador todavía no había hablado directamente de ello, pero la construcción de la nueva y más poderosa Estrella de la Muerte había sufrido serios retrasos. Los supervisores y directivos ofrecían muchas excusas —material, trabajadores, constantes cambios en los planos—, y el Emperador se estaba impacientando. Vader estaba casi seguro de que sólo sería cuestión de tiempo antes de que el Emperador le enviara allí para supervisar aquel proyecto que iba tan retrasado. La rapidez con la que un general, que nunca tenía prisa cuando se hallaba lejos del Emperador, aprendía a correr de repente cuando era visitado por alguien que podía invocar el poder del lado oscuro resultaba realmente asombrosa. Los oficiales imperiales que se burlaban de la Fuerza eran unos ignorantes.

Los únicos que no temían el poder de Darth Vader eran aquellos que nunca se habían enfrentado a él.

Vader no creía que la Estrella de la Muerte fuese el arma invencible y omnipotente que sus diseñadores habían prometido al Emperador. Ya había oído esa misma historia con anterioridad y, a pesar de estar muy mal equipadas, las fuerzas rebeldes habían demostrado lo alejada que estaba de la realidad con la destrucción de la primera Estrella de la Muerte.

No, eso no era totalmente cierto. Fue Luke Skywalker quien asestó el golpe letal, demostrando para gran satisfacción de Vader que la Fuerza era más poderosa que la tecnología más sofisticada y mortífera. Pero... El Emperador no estaba de acuerdo con él, y no se podía hacer nada al respecto. Tener que esperar allí era otro inconveniente que no podía ser evitado. Los deseos del Emperador eran órdenes, y siempre tenían que ser respetados.

Vader llegó al hangar de la lanzadera. Un guardia estaba inmóvil delante de la puerta.

—¿Está mi lanzadera preparada para despegar?

—Lo está, lord Vader.

—Excelente.

En una ocasión su lanzadera no había estado preparada cuando Vader deseaba utilizarla, y el escarmiento ejemplar de que habían sido objeto los técnicos de mantenimiento había bastado para evitar que eso volviera a ocurrir.

Vader pasó junto al guardia y fue hacia su nave.

No podía ir en busca de Luke, pero podía hacer que otros se encargaran de dar con él. Aquellos engranajes ya habían empezado a girar. Darth Vader había ofrecido una recompensa enorme y su gratitud a quien le trajese a Luke Skywalker con vida. De momento, no podía hacer nada más.

—¿Por qué yo? —preguntó Luke.

Estaban junto al *Halcón*. Los técnicos de mantenimiento del escuadrón de Wedge entraban y salían de la nave y se movían a su alrededor, reparando los daños que había sufrido durante su fracasado intento de llegar hasta la nave de Boba Fett. El interior del enorme edificio prefabricado seguía estando tan frío como cuando llegaron.

—Porque es tu mundo natal y eres quien está más familiarizado con él —respondió Leia—. Alguien tiene que ir allí para tratar de encontrar a Boba Fett. Tienes que practicar tus capacidades, y necesitas un sitio tranquilo para hacerlo. Eres la elección más lógica.

Luke meneó la cabeza. La idea no le gustaba nada, y además tenía la impresión de que Leia no estaba siendo totalmente sincera con él.

—Oye, esos asuntos de la Alianza tuyos... ¿No pueden esperar? —preguntó.

—No. Llévate a Erredós y vuelve a la casa de Ben. Lando, Chewie, Cetrespeó y yo nos reuniremos contigo allí en cuanto me haya ocupado de ellos.

Luke suspiró. Leia probablemente tenía razón, pero la idea seguía sin gustarle.

—De acuerdo. Pero tened mucho cuidado.

Después de que Luke se hubiera ido en su ala-X con Erredós —el viaje era bastante largo, y habían tenido que aprovisionar la nave con alimentos y agua, aunque Luke necesitaría una ducha cuando llegara allí—, Leia decidió tener una pequeña conversación con Dash Rendar.

—¿Estás disponible para un trabajo? —le preguntó.

—Siempre estoy disponible, preciosa..., si se me paga lo suficiente.

—Quiero que vayas a Tatooine y que no pierdas de vista a Luke. Dash enarcó una ceja.

—¿Quieres que sea su guardaespaldas? Perfecto. Puedo hacerlo, desde luego. Pero si el chico se entera, no le va a gustar nada.

—Pues procura que no te vea —dijo Leia—. Alguien intentó matarle, y creo que volverán a intentarlo. ¿Cuánto? Dash dijo una cifra. Lando soltó un silbido.

—Vaya, chico... Eres un auténtico bandido, ¿no?

—Lo mejor nunca es barato, Lando. Por adelantado, princesa. Leia sonrió.

—Veo que no tienes muy buen concepto de mí —replicó—. ¿Acaso Parezco tan estúpida? Una tercera parte por adelantado, y las dos terceras partes restantes cuando lleguemos..., siempre que Luke siga con vida.

—No puedo garantizarlo.

—Creía que eras el mejor. Dash sonrió.

—Lo soy. La mitad por adelantado, y la otra mitad cuando llegues allí.

—De acuerdo.

Después de haberle pagado y de que Dash se hubiera ido, Leia se volvió hacia Lando.

—Bien, y ahora permíteme que te haga una pregunta hipotética.

—Adelante, siempre que no te importe recibir una respuesta hipotética.

—¿Cuál sería la mejor manera de ponerse en contacto con alguien de los niveles superiores del Sol Negro?

Lando la miró como si Leia acabara de decirle que podía volar agitando los brazos. Después meneó la cabeza.

—¿La mejor manera? No intentarlo.

—Vamos, Lando... Esto es importante.

—El Sol Negro es el peor tipo de mala noticia que se pueda llegar a imaginar, princesa. No son la clase de gente con la que debas compartir la cama, créeme.

—No estoy planeando compartir mi cama con ellos. Sólo quiero echar un vistazo al armario donde guardan la ropa.

—¿Qué?

—Alguien acaba de tratar de matar a Luke —dijo Leia—. Quizá fue Vader, y quizá no fue él. El Sol Negro posee una vasta red de espionaje propia, más antigua y quizá más grande que la de la Alianza. Pueden averiguar quién es el responsable de lo que ha ocurrido.

Chewie soltó una mezcla de gruñido y gemido.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, amigo mío —dijo Lando, y el wookiee y él intercambiaron una rápida mirada—. Esto es un tremendo error.

Leia siguió hablando.

—Pero dispones de las conexiones necesarias y puedes ponerme en contacto con ellos, ¿verdad?

—Sigue siendo una mala idea.

—Lando...

—Sí, sí. Conozco a unas cuantas personas. Leia sonrió.

—Estupendo. ¿Dónde podemos dar con ellas?

El celestial del Emperador tenía una vez y media el tamaño del de Xizor, y era mucho más opulento. El Príncipe Oscuro prefería conservar sus mejores tesoros en la superficie, porque le parecía que estarían más seguros allí. No es que existiera ningún peligro real de que un celestial cayera del cielo, desde luego: eso había ocurrido en Coruscant sólo una vez en cien años, y se había debido a una altamente improbable combinación de corte del suministro energético, tormenta solar y colisión con un carguero.

Pero, naturalmente, también había que recordar que el Emperador tenía muchos más tesoros que cualquier otra persona de la galaxia, e incluso la pérdida de un celestial del tamaño de una ciudad sólo disminuiría su vasto mar en un pequeño cubo.

Xizor estaba en una gran terraza desde la que se dominaba el parque central del gigantesco habitáculo espacial. Sus guardaespaldas —el contingente había sido incrementado hasta la docena, al tratarse de un viaje—, formaban un semicírculo en la periferia del balcón, con Xizor solo dentro de él. El líder del Sol Negro estaba contemplando un gran macizo de árboles de hoja perenne, algunos de los cuales tenían más de treinta metros de altura. Una sección del parque situada inmediatamente debajo de él había sido sembrada y sometida a un meticuloso control climático hasta dar origen a una fecunda jungla, produciendo un estallido de flores multicolores. Había rojos eléctricos, azules deslumbrantes y naranjas fosforescentes que destacaban entre los tonos del verdor, que iban desde el más pálido de la hierba hasta una parra cuyas grandes hojas de aspecto cerúleo eran tan oscuras que casi parecían negras.

Xizor no estaba muy interesado en la botánica, pero sabía reconocer un buen trabajo en cuanto lo veía y se preguntó si podría conseguir que el jardinero del Emperador entrara a su servicio para trabajar en su celestial.

Sintió que Vader se acercaba antes de verle u oírle. Aquel hombre tenía una presencia realmente considerable, de eso no cabía duda. Xizor giró sobre sus talones y se inclinó ante él.

—Lord Vader...

—Príncipe Xizor... ¿Teníais algún asunto que discutir conmigo?

Con Vader nunca había preliminares corteses o delicadezas sociales. Eso resultaba casi refrescante, teniendo en cuenta cómo eran algunos de los lacayos con los que Xizor tenía que tratar..., pero sólo casi.

—Sí. Hace algunos días llegaron a mis manos las coordenadas de una base secreta rebelde. He supuesto que desearíais saber dónde se encuentra.

Vader guardó silencio salvo por el rítmico siseo de su respiración mecánica, que de repente pareció notablemente ruidosa. Xizor casi podía ver funcionar el cerebro de Vader mientras

evaluaba, medía y calculaba..., y se preguntaba qué estaría tramando el líder del Sol Negro, desde luego.

Xizor mantuvo una expresión cuidadosamente neutral en beneficio de las holocámaras que sabía le estaban vigilando. La escena estaba siendo grabada por las holocámaras del mismo Xizor y por las del Emperador y Vader..., así como por las de cualquier otra persona que fuera lo suficientemente hábil para abrirse paso a través del sistema de seguridad del Emperador y espiarles.

—Por supuesto —acabó diciendo Vader—. ¿Dónde se encuentra esa base?

—En el Sector Baji, en el Borde. Está en el sistema de Lybeya, escondida en uno de los asteroides más grandes del grupo de Vergesso. Tengo entendido que cuenta con un astillero lleno de naves que están siendo reparadas. Hay veintenas, quizá centenares de naves rebeldes, desde cazas hasta transportes de tropas.

Vader no dijo nada.

—La destrucción de esa base indudablemente supondría un serio golpe para la Alianza —siguió diciendo Xizor.

Era una forma muy diplomática de expresarlo, desde luego, y había sido enunciada con tanta frialdad como si la lengua de Xizor fuera un bloque de hielo.

Hubo un segundo silencio tan largo como el primero.

—Haré que mis agentes comprueben la información —dijo Vader—. Si es tal como me habéis dicho, entonces el Imperio estará... en deuda con vos.

Oh, tener que decir eso debía de haberle dolido bastante. Xizor inclinó la cabeza en un cortés asentimiento.

—Me he limitado a cumplir con mi deber, lord Vader. No hay ninguna necesidad de agradecerérmelo.

Casi podía percibir la incomodidad de Vader. Estar en deuda con Xizor debía de ser terrible para él. Pero ¿qué podía hacer? Si aquel informe era verídico —y ciertamente lo era—, entonces se trataba de una oferta realmente muy suculenta. Los rebeldes no disponían de tantas naves como para poder permitirse el lujo de perder demasiadas, y mucho menos todo un astillero lleno de ellas. Aquello era un verdadero servicio al Imperio.

Que además el astillero fuese propiedad de Transportes Ororo, la misma empresa que había osado interferir con el tráfico de especia del Sol Negro en aquel sector, y que tanto los rebeldes como el Imperio lo ignorasen... Bueno, eso era una afortunada casualidad. Xizor había encontrado otra forma de atravesar a dos anguloides con la misma lanza: Ororo sufriría un grave perjuicio, y la confianza del Emperador en Xizor quedaría considerablemente reforzada al mismo tiempo.

Sí, realmente no cabía duda de que rara era la ola que no traía algo valioso a la orilla.

Vader giró sobre sus talones y se fue, con su capa aleteando detrás de él. Los guardaespaldas de Xizor se hicieron prudentemente a un lado para permitirle pasar.

Vader tendría que verificar el informe. El Emperador enviaría fuerzas para que se ocuparan de la base. Con un poco de suerte, y dado que todos sabían que el Emperador consideraba

que quien había descubierto algo tenía que ocuparse de ello, Vader estaría al mando de la expedición. Eso haría que Vader dejara de estorbarle, y proporcionaría un poco más de libertad a Xizor para seguir poniendo en práctica su plan.

Xizor se volvió y bajó los ojos hacia la jungla en miniatura que se extendía por debajo de él. En muchos aspectos, los planes eran como las plantas. Los ponías en el sitio elegido, los regabas y los abonabas, los ibas podando según fuera necesario, y los planes crecían tal como esperabas..., la mayoría de veces, por lo menos.

El Príncipe Oscuro llamó a uno de sus guardaespaldas con un gesto de la mano.

—¿Mi señor?

—Averigua quién es el encargado del mantenimiento de este lugar —dijo, y su mano se movió en un arco que abarcó todo el parque—. Ofrécele el doble de los créditos que le están pagando ahora para que venga a trabajar en mi celestial.

—Sí, mi señor.

El guardaespaldas se inclinó ante Xizor y se fue a toda prisa.

Xizor respiró hondo e inhaló el aire rico en oxígeno e impregnado de los aromas de la jungla. Como setas mojadas, moho de las hojas y hierba recién cortada, todo combinado en un solo olor... Aquel lugar estaba lleno de vida, y Xizor nunca se sentía más vivo que cuando estaba manipulando los acontecimientos para que siguieran el curso que deseaba.

Luke tapó el ala-X con la red de camuflaje y retrocedió un par de pasos, acompañado por Erredós.

—Bien, ya está... Supongo que bastará.

La nave debería ser invisible desde el aire, y con todos los sistemas desconectados y sin energía, cualquier aparato de exploración que pasara sobre ella no detectaría nada en sus pantallas sensoras. El incidente con la jefe de mecánicos no le había asustado especialmente, desde luego, pero aun así el evitar que quienes pasaran por allí supieran que había una nave de la Alianza estacionada en aquel sitio era una precaución de simple sentido común.

El calor brotaba del suelo en lentas ondulaciones, y los soles parecían hervir y ofrecían todavía más luz y calor de los que podía absorber el desierto. Los reflejos emitidos por la arena ardían con una brillantez casi actínica, y Luke tuvo que entrecerrar los ojos para protegerlos de aquella áspera claridad. El que alguien pudiera pasar por allí era una probabilidad tan remota que no le preocupaba demasiado: nadie iba al desierto sin tener una razón realmente buena para ello.

Luke fue hacia la casa —seguía pensando en ella como la casa de Ben—, con Erredós rodando ruidosamente detrás de él sobre aquel terreno lleno de rocas y agujeros. El pequeño androide le dirigió una serie de silbidos y trinos electrónicos. Parecía un poco inquieto, y Luke supuso que estaba hablando de Leia y los demás.

—Sí, lo sé —dijo—. Yo también estoy preocupado por ellos. Pero no les pasará nada.

Al menos, eso esperaba.

Luke rozó un control, y un panel de piedra sintética se hizo a un lado en el techo curvado y

dejó al descubierto los paneles solares que había escondidos debajo. La casa había estado funcionando en una modalidad reducida de energía obtenida de pilas mientras Luke estaba fuera, y el interior estaba casi tan caliente como el exterior. La repentina activación de los paneles introdujo más energía en el sistema de la que éste podía utilizar, y el aire acondicionado se conectó al instante y una deliciosa brisa fresca empezó a soplar por toda la pequeña estructura.

Luke se sentía sucio y sudoroso después de su largo viaje. Se desnudó y se dio una larga ducha. Por suerte, los condensadores de agua habían llenado los tanques subterráneos durante su ausencia, y dispuso del agua suficiente para enjabonarse y poder darse dos buenos rociados después. Cuando hubo acabado, se sintió mucho mejor. Gall estaba bastante alejado de Tatooine, y Luke ardía en deseos de poder dormir acostado en una cama aunque sólo fuese por una vez.

Pero quizá terminaría de tallar las facetas de la joya de su espada de luz antes de acostarse. Tenía muchas cosas en que pensar, y no se creía capaz de poder dormir si se iba a la cama enseguida: había demasiados asuntos zumbándole dentro de la cabeza. Así pues, tal vez sería mejor que hiciera algo útil.

Se puso una túnica y fue hacia la mesa de trabajo. ;,

—¿Rodia?—preguntó Leia.

—Rodia—respondió Lando.

Estaban en el *Halcón* y volaban por el hiperespacio. Chewie dormía en la litera de detrás de la sala comunal —la única lo bastante larga para que pudiera estirarse del todo—, y Cetrepeó se había desconectado. En consecuencia, Lando y Leia estaban solos en la cabina de control.

—¿Por qué Rodia? Está muy lejos de aquí, casi a medio camino de Coruscant.

—Lo sé, pero mi contacto está ahí. Se llama Evaro: tiene un pequeño casino en el complejo del juego de Ciudad Ecuador. El complejo forma parte de la red de locales del Sol Negro, y Evaro sabrá con quién hay que ponerse en contacto.

—Muy bien.

—Aunque puede resultar un poco complicado.

—¿Por qué?

Lando meneó la cabeza.

—Bueno, antes de que Vader se presentara en la Ciudad de las Nubes y entregara a Han a Boba Fett, ya había otros cazadores de recompensas buscándole. Cuando estábamos husmeando por Mos Eisley, me enteré de que un matón rodiano llamado Greedo se había tropezado con Han en una de las cantinas del espaciopuerto. Greedo quiso matarle para cobrar la recompensa. Hubo un tiroteo. Han salió de la cantina. Greedo no.

—¿Y?

—Greedo era sobrino de Evaro.

—¿Piensas que eso hará que no quiera ayudarnos? —preguntó Leia.

—Quizá sí, y quizá no. Lo único que sé sobre las costumbres rodianas es que son unos

fanáticos de la caza. Si alguien le hubiera pegado un tiro a mi sobrino, tal vez estaría bastante enfadado con ese alguien.

—No le pegamos un tiro. Fue Han quien disparó. Lando sonrió.

—Bueno, sí, es verdad. Pero somos sus amigos.

Leia se recostó en su asiento. Siempre aparecían nuevos obstáculos. Naturalmente, también cabía la posibilidad de que en realidad aquello no les creara ningún problema. No habría forma de saberlo hasta que hubieran llegado a Rodia.

El hiperespacio fluyó a su alrededor mientras el *Halcón* transportaba a sus pasajeros hacia Rodia y lo que pudiera estar esperándoles allí.

Vader permanecía inmóvil con una rodilla apoyada en el suelo mientras el Emperador contemplaba los pináculos de la ciudad a través de su pantalla visora.

—Levantaos, lord Vader. Vader obedeció.

—Así que nuestros agentes han verificado este informe, ¿no? Lo han hecho, mi señor. ¿Cien naves rebeldes? Más sus pilotos y oficiales, sin duda.

—Probablemente, sí.

—Ése es el sector del Gran Moff Kintaro, ¿verdad? Permitir el establecimiento de semejante base indica que no ha sabido cumplir con su deber. Hablaremos con él.

Vader no dijo nada. El Gran Moff Kintaro probablemente no tardaría en descubrir que se había quedado sin empleo y sin respiración..., permanentemente.

—Bien. Debéis tomar una parte de la flota e ir allí inmediatamente. Destruid la base. La pérdida de naves y tropas causará un grave daño a los rebeldes.

—Había pensado que el almirante Okins tal vez podría mandar la expedición.

El Emperador sonrió.

—¿De verdad habíais pensado eso?

Vader sintió que sus esperanzas se evaporaban.

—Pero si tal es vuestro deseo, entonces dirigiré el ataque.

—Es mi deseo. Podéis llevaros a Okins si así lo queréis, pero dirigiréis personalmente el asalto y deberéis asegurarnos de que todo salga bien.

Vader se inclinó.

—Sí, mi señor.

Cuando salió de la cámara privada del Emperador, Vader hervía de ira. La base estaba allí, tal como había dicho Xizor. Destruirla supondría una gran victoria para el Imperio, que además resultaría relativamente fácil de obtener: las naves que estaban siendo reparadas no podrían despegar para defenderse, y todo sería tan sencillo como disparar contra unos pajaritos atrapados en su nido, pero Vader no confiaba en el Príncipe Oscuro y sabía que aquel hombre no hacía nada sin obtener algo a cambio.

¿Qué sacaba Xizor de todo aquello? ¿Qué esperaba conseguir?

Vader siguió reflexionando mientras caminaba. Bien, por lo menos no había informado al

Emperador de quién le había proporcionado las coordenadas de la base rebelde. Había hecho borrar las grabaciones de las holocámaras del celestial, y las grabaciones de su sistema de vigilancia particular estaban guardadas en un lugar seguro. Era una pequeña victoria, pero con Xizor cualquier triunfo era preferible a ninguno.

El almirante Okins estaba esperándole en la salida del Palacio Imperial.

—Prepare sus naves, almirante. Mi Destructor Estelar será el navío insignia.

Okins se inclinó.

—De inmediato, lord Vader.

Vader alzó la mirada hacia los cielos nocturnos que se extendían sobre el Centro Imperial. La oscuridad era mantenida a raya por los millones de luces de la superficie, y allí donde el resplandor se atenuaba, en las alturas, los puntitos minúsculos de las naves espaciales que llegaban y partían recordaban a un enjambre de moscas de fuego belvarianas, destellos rojos y azules mezclados con el parpadeo blanco de las balizas de descenso ventrales. Vader partiría con sus naves y aplastaría el astillero rebelde hasta que no quedara nada de él, y después volvería a toda prisa. Xizor andaba tramando algo, y más valía que averiguara de inmediato cuáles eran sus planes.

Luke respiró hondo. Estaba delante de la casa de Ben, con las primeras estrellas del anochecer brillando en el cielo y la luna todavía bastante baja. Su mano derecha sostenía la espada de luz terminada. Había unido los componentes siguiendo las instrucciones del viejo libro, y el arma debería de funcionar.

Debería de funcionar, desde luego, pero Luke había salido de la pequeña estructura para averiguar si realmente funcionaba. De esa manera, si la espada de luz estallaba por lo menos no se llevaría la casa de Ben consigo.

Erredós estaba inmóvil junto a él, observándole. Luke podría haber hecho que el androide probara la espada de luz sin que su persona corriera ningún riesgo, pero ¿qué clase de Jedi haría eso?

—Entra en la casa —le dijo a Erredós.

Erredós no parecía estar muy de acuerdo con esa orden, y así lo dijo. Su veloz discurso electrónico terminó con un siseo muy parecido al que habría producido un chorro de aire expulsado por unos labios de goma.

—Entra en la casa, Erredós. Si ocurre algo, necesito que se lo cuentes a Leia.

«Oh, sí. Dile que Luke, el mayor idiota de la galaxia, acabó convertido en un montoncito de cenizas porque no supo interpretar un diagrama de circuitos de lo más elemental.»

Erredós se fue, expresando su protesta con estridentes silbidos mientras se iba.

Luke dejó escapar el aliento que había estado conteniendo dentro de sus pulmones. Esperó hasta que Erredós hubo dejado de ser visible y después volvió a tragar otra gran bocanada de aire, la retuvo y presionó el botón de control...

Y la espada de luz resplandeció. La hoja brotó de la empuñadura hasta alcanzar su máxima longitud, poco menos de un metro, y zumbó con un chisporroteo de energía. La luz verdosa que emitía resultaba casi deslumbradora a esas horas del anochecer.

Luke sonrió y dejó escapar el aire que había inhalado. «Uf...»

Bueno, en realidad nunca había pensado que la espada de luz fuera a estallar.

Movió la espada de luz en un lento vaivén experimental. El arma estaba muy bien equilibrada, hasta el extremo de que casi parecía más fácil de manejar que la primera espada de luz que había tenido. Luke se irguió, dio un paso hacia adelante y ejecutó una serie de mandobles hacia abajo, alternando la derecha con la izquierda y volviendo a empezar.

«¡Sí!»

Una delgada columna rocosa brotaba del suelo reseco a unos metros de él. Luke fue hacia ella, ladeó la espada de luz y la dejó caer en un ángulo de cuarenta y cinco grados. La hoja

siseante crujió y chisporroteó, y se abrió paso a través de aquella masa de roca del grosor de una muñeca, dejando un corte perfectamente limpio detrás de ella.

Luke asintió y relajó los músculos, abandonando la postura de combate. Después alzó su mano izquierda y la mantuvo a unos centímetros de la hoja sin experimentar ninguna sensación de calor: eso era una buena señal, porque quería decir que los superconductores estaban funcionando.

Erredós emitió un trino electrónico detrás de él y se detuvo.

Luke desactivó la espada de luz. Vio al androide y meneó la *cabeza*. Erredós era realmente tozudo.

—Eh, funciona estupendamente —dijo Luke—. Estaba seguro de que funcionaría, ¿sabes?

Un instante después Luke se preguntó si el silbido de asentimiento de Erredós había contenido una leve nota de sarcasmo.

Se rió. Bueno, daba igual. Había construido aquella arma tan maravillosa y elegante con sus propias manos, y funcionaba. Eso ya era algo.

Quizá aún conseguiría aprender a ser un Maestro Jedi.

Alzó los ojos hacia las estrellas. Esperaba que Leia y los demás no estuvieran teniendo demasiados problemas.

Leia, Chewie y Lando estaban sentados en el despacho de Evaro, contemplando a su propietario desde el otro extremo de un gran escritorio hecho con alguna clase de hueso amarillento meticulosamente tallado.

La piel de Evaro se había ido decolorando hasta el verde oscuro. Leia nunca había visto un rodiano tan gordo.

—No veo que haya ningún problema —dijo Evaro, que hablaba el básico con un curioso ceceo—. Greedo no debería haber intentado acabar con Zolo por zu cuenta. Mi zobrino nunca fue ningún pezo pezado. Zolo eztá olvidado, Kenobi eztá muerto, y vueztro dinero ez tan bueno como el de cualquiera.

Evaro no parecía dar mucha importancia a los vínculos familiares. Su actitud les facilitaba mucho las cosas, aunque Leia se encontró deseando que Evaro hablase un lenguaje en el que le resultara posible expresarse con más fluidez. No sabía cuál podía ser, desde luego, dado que sus conocimientos del rodiano eran bastante elementales. Oh, bueno. Podía entenderle con un poquito de esfuerzo, y le bastaba con eso.

—Entonces nos pondrá en contacto con las personas adecuadas, ¿no?

—Zí. Ze neceztarán unoz cuantoz díaz. Loz contactoz localez no oz zervirían de nada, azi que neceztáiz un representante de fuera del planeta.

—Estupendo.

—Mientraz tanto, podéiz dizfrutar de loz zervicioz de nueztro cazino ziempre que oz apetezca. Ze oz proporcionará un alojamiento adecuado.

Leia asintió.

—Gracias.

Salieron del despacho de Evaro y fueron hacia la parte del complejo ocupada por el hotel, y mientras caminaban Leia pensó que si Mos Eisley era un lugar horrible, aquel sitio parecía todavía peor. Había juegos electrónicos, partidas de cartas, ruedas de la fortuna y artilugios similares, con jugadores, encargados y apostadores yendo y viniendo a su alrededor, pero el suelo estaba desgastado y sucio, y el aire se hallaba saturado de humo y de un olor a especias que indicaba que algunos de los clientes tal vez hubieran sido sometidos a un reforzamiento químico..., o a un debilitamiento químico, dependiendo de cuál fuese tu punto de vista respecto a esos asuntos. Guardias armados estaban apostados aquí y allá, y Leia pensó que parecían estar buscando a alguien contra quien disparar. Todo tenía un aspecto entre miserable y descuidado.

Lando inspeccionó el casino con la aguda mirada de un experto en aquella clase de locales.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó Leia.

—Un par de los juegos de cartas tal vez podrían no estar amañados. Un sitio como éste en un complejo donde hay tantos casinos está prácticamente obligado a ser bastante honrado. El porcentaje de la casa ya asegura un buen beneficio, y si no hay unos cuantos ganadores que obtengan resultados espectaculares de vez en cuando, entonces los clientes se van a otro lugar. Pero más vale que nos mantengamos alejados de las máquinas que funcionan con discos de crédito y de las ruedas de la fortuna, porque estoy seguro de que estarán trucadas.

—No te preocupes. No me gustan los juegos de azar. Lando sonrió.

—¿He dicho algo gracioso?

—Princesa, nunca he conocido a una persona a la que le guste más correr riesgos. Pero tú no te juegas dinero: lo que te juegas es el cuello.

Leia no pudo evitar sonreír. Lando tenía bastante razón.

Cetrespeó estaba esperándoles en la entrada, y no parecía gustarle demasiado aquel lugar. El androide de protocolo pareció sentir un gran alivio al verles volver.

—Espero que su reunión haya ido bien —dijo.

—Sí, todo ha ido muy bien —respondió Lando—. Aunque me parece que la próxima vez tal vez te llevaremos con nosotros para que hagas de traductor. Evaro tiene un pequeño problema con el básico.

—Me encantará poder serles útil —dijo Cetrespeó—. Prefiero estar con ustedes a esperarles aquí fuera. Algunos de los clientes tienen un aspecto un tanto desagradable.

Leia volvió a sonreír. Era una forma francamente diplomática de expresarlo.

—Será mejor que vayamos a nuestras habitaciones —dijo Lando—. Después podremos bajar a las salas de juego y averiguar cuál es el nivel de honradez de este casino.

Había transcurrido casi una semana estándar desde su conversación con el Emperador, y Darth Vader estaba en el centro del puente de su Súper Destructor Estelar, que se disponía a salir del hiperespacio. Habían entrado en el sector de Baji, y no tardarían en llegar al sistema de Lybeya. Volando en impecable formación con su nave había dos Destruccion Estelares de la clase Victoria y uno de la clase Imperial, con una potencia de fuego conjunta más que

suficiente para destruir un astillero.

El Emperador siempre decía que prefería un poquito de exceso a quedarse corto.

Aquel tipo de misiones resultaban tan impersonales que Vader nunca disfrutaba demasiado con ellas, pero también eran una parte necesaria de la guerra. El enemigo no podía luchar sin equipo y fueran cuales fuesen las preferencias de Vader, a largo plazo el privarle de ese equipo era infinitamente preferible a esperar y enfrentarse en combate con los rebeldes.

—Estamos reduciendo la velocidad al nivel sublumínico, lord Vader.

Vader giró sobre sus talones y vio a un oficial inmóvil delante de él. Había oído decir que cuando llegaba el momento de entregarle algún mensaje, los oficiales lo echaban a suertes y el perdedor tenía que ir. Que le temiesen era bueno. El miedo era un arma más poderosa que una espada de luz o un desintegrador.

Vader guardó silencio, permitiendo que el oficial sufriera durante unos momentos.

—Muy bien —dijo por fin—. Fijen un curso para los asteroides Vergasso utilizando las coordenadas del astillero. Estaré en mis habitaciones. Avísenme cuando lleguemos allí.

—Sí, lord Vader.

Vader siguió al asustado oficial con la mirada mientras éste se iba a toda prisa. Tratar de encontrar el rastro de Luke Skywalker hubiese sido infinitamente preferible a esa presencia prácticamente simbólica al frente de una misión que podía ser llevada a cabo por cualquier oficial con un mínimo de cerebro. Cierto, Vader tenía a sus agentes —algunos voluntarios, otros reclutados por la fuerza—, y muchos de ellos sabían hacer su trabajo a la perfección, pero no era lo mismo que hacerlo personalmente.

Vader dejó escapar el aire en una exhalación particularmente lenta y laboriosa. Por desgracia, no se le había dejado elección: el Emperador nunca solicitaba la opinión de sus subordinados cuando daba una orden.

Lo mejor que podía hacer era darse prisa y terminar con aquello lo más pronto posible.

Vader fue hacia sus habitaciones.

Lando estaba sentado a una mesa con otros cinco jugadores, absorto en un juego de cartas que Leia no reconoció. Cada jugador recibía siete delgados rectángulos electrónicos que eran repartidos por un androide, y se le permitía rechazar cuatro de ellos y sacar sustitutos a continuación. El juego parecía tener como objeto reunir aquellas cartas-láminas por colores y números, y apostar luego a que las combinaciones resultantes tendrían un total de más puntos que las de los otros jugadores o a que estarían más cerca de algún ideal. Al parecer cada jugador recibía el mismo número de puntos en un marcador cuando empezaba la partida, y el ganador era quien tuviera el total más alto al final...

Lando parecía estar teniendo bastante suerte. El marcador electrónico colocado delante de él mostraba un balance positivo que sólo era superado por otro jugador.

—La apuesta es quince —dijo el androide—. La suma es mínima y el color libre.

—Igual y en verde —dijo el calvo sentado junto al androide.

—Igual en azul —dijo una rodiana bastante joven sentada junto a él.

—Doble en rojo —dijo Lando. Los otros jugadores gimieron. Lando sonrió.

Cetrespeó estaba inmóvil junto a la mesa, observando la partida igual que hacía Chewie.

—No entiendo cómo se las arregla para seguir ganando una y otra vez —murmuró el androide de protocolo—. No está jugando correctamente. El nivel de probabilidades de la combinación que ha elegido es de ochocientos seis contra sólo una de que salga. Obtener esa combinación resultaría muy difícil.

—Se está tirando un farol —dijo Leia, también en un susurro. Cetrespeó se volvió hacia ella.

—Eso no parece muy inteligente.

Tres jugadores arrojaron sus cartas a la bandeja de recuperación.

—Desde luego que lo es —dijo Leia—. Lando está ganando, y los demás le tienen miedo. En vez de correr el riesgo de aumentar sus pérdidas, prefieren abandonar.

—Pero ¿y si algún jugador tiene una mano superior a la del amo Lando y no abandona?

—Calla y mira —susurró Leia.

Lando, el calvo y la rodiana eran los únicos jugadores que seguían en la mano.

—Igual —dijo el calvo.

—Más un décimo —dijo la rodiana.

—Doblado —dijo Lando—. En rojo, conteo máximo.

—No puede conseguirlo —murmuró Cetrespeó. Chewie se volvió hacia él y le gruñó.

—No entiendo a qué viene ese comentario tan descortés, Chewbacca —replicó Cetrespeó—. Me limitaba a exponer la verdad.

—Silencio —dijo Leia.

Quería ver cómo reaccionaban los demás al gambito de Lando.

El calvo meneó la cabeza y arrojó sus cartas a la bandeja.

—Estáis volando demasiado alto para mí.

La rodiana echó un vistazo a sus cartas, sujetadas de tal manera que Leia no podía verlas, y después miró a Lando.

Lando le sonrió. La expresión de su rostro era una mezcla de burla y afabilidad. Lando parecía satisfecho y seguro de sí mismo, incluso un poco arrogante.

Oh, sí, Lando era un auténtico genio de los juegos de azar.

La rodiana masculló algo que Leia no entendió, aunque supuso que probablemente sería alguna clase de juramento, y después arrojó sus cartas a la bandeja de recuperación.

—Ronda para el jugador número tres —dijo el androide. Lando arrojó sus cartas a la bandeja y se volvió hacia Leia para dirigirle una sonrisa.

—No me lo puedo creer —dijo Cetrespeó.

—A veces ofrecer una apariencia de fortaleza puede resultar tan efectivo como la misma fuerza —dijo Leia—. Piensa en la serpiente de Bulano, que no posee dientes, garras ni veneno, pero que puede hinchar su cuerpo hasta adquirir cinco veces su tamaño normal, con lo que consigue parecer más feroz y peligrosa. Puede haber situaciones en las que el que realmente puedas vencer a un oponente carezca de importancia si ese oponente cree que puedes hacerlo.

—Supongo que tiene razón, ama Leia —dijo Cetrespeó, pero no parecía muy convencido.

Leia esperaba que Lando se estuviera divirtiendo, porque ella no se divertía en lo más mínimo. Llevaban tres días allí, y dado que no sentía absolutamente ningún interés por las apuestas y los juegos de cartas de aquel tugurio, aquel lugar no le interesaba en absoluto. Había estado practicando con un diccionario electrónico rodiano y había aprendido unas cuantas palabras y frases. Había salido un par de veces del complejo, con Chewie tan pegado a ella como una sombra en todo momento, pero eso tampoco había resultado muy divertido. Al igual que ocurría en Mos Eisley durante aquella época del año, hacía mucho calor. A diferencia de aquel sitio tan espantoso, allí había un océano a no mucha distancia del complejo de juegos, por lo que la humedad era mucho más elevada. En consecuencia, el clima era a la vez cálido y pegajoso, lo cual difícilmente podía considerarse como una mejora.

Leia supuso que podría ir a ese océano y sentarse en una playa o algo por el estilo. Evaro les había informado de que muchos turistas hacían precisamente ese tipo de cosas: nadaban o se entretenían practicando el surf motorizado mientras sus amigos o parientes pasaban las horas en los casinos. Estar sentada en una playa y disfrutar de la brisa y de una bebida fría podía ser divertido, por supuesto, pero probablemente no resultaría tan divertido si tenías al lado a un wookiee que estaba de muy mal humor porque el pelaje se le había llenado de arena.

Y además siempre podía ocurrir algo, y Leia quería estar allí cuando ocurriese.

Había una hilera de juegos de tablero holográficos en una esquina del casino, con jugadores que hacían apuestas sobre sus respectivas habilidades, y a juzgar por cómo volvía la cabeza continuamente en esa dirección, Chewie parecía bastante interesado por ellos.

Leia meneó la cabeza.

—Venga, vayamos a echarles un vistazo —le dijo a Chewie—. Si quieres jugar, juega. Yo miraré, y Cetrespeó puede quedarse de pie detrás de tu asiento y ofrecerte consejos inútiles.

El wookiee enarcó las cejas.

Los tres dejaron a Lando en la mesa y fueron hacia los juegos de tablero. La rapidez con que la multitud se apartaba para dejarles pasar resultaba realmente asombrosa. Leia no sabía si eso era debido a su peculiar relación con Evaro, quien se dignaba ir a visitarles a sus más bien malolientes habitaciones de vez en cuando, o a que Chewie abría la marcha. Les habían dicho que una de las escasas reglas del casino era que no se permitían tiroteos en el interior del local, pero casi todo el mundo parecía llevar encima un arma de alguna clase, y el arco de energía de Chewbacca tenía un aspecto particularmente letal.

Le había sorprendido que no pareciese haber ninguna presencia imperial: ni soldados de las tropas de asalto, ni oficiales de permiso..., nada. Quizá se debiera a que el Sol Negro se quedaba con una parte de los beneficios del complejo.

Suspiró. Cuando decidió ayudar a la Alianza, Leia nunca se había imaginado que acabaría en un casino de novena categoría infestado de bichos, esperando que un representante de la mayor organización criminal de la galaxia se pusiera en contacto con ella. Si alguien se lo hubiera dicho hacía tan sólo unos cuantos meses, Leia se habría echado a reír y le habría dicho que estaba mal de la cabeza.

Si intentabas adivinar cómo iba a ser tu futuro, lo normal era que no acertaras nunca.
La vida era extraña y sorprendente en muchos aspectos, y ése sólo era uno más de ellos.

Erredós lanzó un chisporroteante haz de electricidad contra Luke. El aire del desierto de Tatooine, ya recalentado por el sol de la mañana, siseó con aquel chispazo, que formó un arco de más de dos metros de longitud.

Luke, que se dejaba dirigir por la Fuerza, ya había alzado la espada de luz para detener el relámpago artificial. La carga eléctrica rebotó inofensivamente en la hoja de alta energía.

—Demasiado fácil —dijo. Erredós silbó.

—Lo sé, lo sé. Tú no tienes la culpa de no ser Darth Vader.

Luke se relajó un poco. El capacitor que alimentaba la electrovarilla de Erredós tardaba unos segundos en acumular suficiente energía eléctrica para otra descarga. Si podías usar la Fuerza, desviar el destello azulado resultaba muy fácil. Pero de no ser por la Fuerza la descarga le habría dado una buena sacudida, ya que Luke no podía esquivarla.

No había ningún peligro, desde luego. La carga electrostática habría hecho que se le erizaran los cabellos y que sintiera un cierto cosquilleo, pero incluso con casi doscientos mil voltios detrás de ella el amperaje era tan bajo que no podía hacer mucho más que eso, a menos que Luke estuviera encima de un charco de agua.

Y las probabilidades de encontrar tanta agua en los eriales desérticos eran casi inexistentes.

Luke oyó un zumbido lejano. Era muy débil, pero se fue intensificando rápidamente. Giró sobre sus talones y contempló el desierto bañado por la implacable luz de la mañana...

¡Bzzzzhhhttt!

Luke saltó un metro en el aire y se frotó el trasero.

—¡Eh, eso duele!

Erredós emitió un ruido que Luke había acabado creyendo era su versión mecánica de la risa.

—¡No ha tenido ninguna gracia!

Erredós respondió con una serie de trinos y silbidos, y fue puntuando su réplica con chirridos sarcásticos.

—¡Ya sé que no te había dicho que pararas, pero viste que me daba la vuelta y dejaba de mirarte!

Erredós dijo algo que Luke no entendió, pero que probablemente fuese un comentario más bien despectivo.

—Sí, ¿eh? Bueno, pues acuérdate de esto la próxima vez que necesites un poco de lubricante.

El silbido de Erredós subió y bajó velozmente por toda la escala tonal.

Si se hubiera encontrado allí, Yoda estaría meneando la cabeza. Bueno, eso demostraba que Luke todavía no era muy bueno controlando la Fuerza: un ligero fallo en la concentración y todo se esfumaba.

Luke olvidó rápidamente su irritación, que iba dirigida tanto hacia sí mismo como hacia el pequeño androide. Aquellos sonidos se estaban volviendo cada vez más claros, y ya podía ver una estela de polvo que parecía dirigirse hacia él como la cola de un cometa. Estaba oyendo motores.

Alguien venía a hacerles una visita, y al parecer no venía solo.

—Quizá será mejor que nos escondamos —dijo Luke—. Métete en la casa, Erredós.

Con Erredós a salvo dentro de la casa de Ben, Luke fue hasta un promontorio arenoso y se *agazapó* sobre él. No podía salir corriendo cada vez que una rata de las dunas pasara junto a él y decidiera toser. Tenía que quedarse y averiguar qué estaba ocurriendo.

El ruido de los motores se había vuelto ensordecedor, y Luke por fin reconoció la fuente: barredores.

Los barredores eran vehículos sostenidos por haces repulsores con una proa terminada en punta cuya forma recordaba la de un trineo. Podían transportar dos personas y eran veloces y muy maniobrables, pero resultaban bastante difíciles de controlar. En realidad eran poco más que unos enormes motores con asientos y controles, y la combinación de esos repulsores tan grandes y unas toberas muy potentes creaba un artefacto volador rápido, temible y altamente ruidoso. Una moto aérea era un juguete de niños comparada con un barredor. Casi todo el mundo asociaba aquellos vehículos pequeños y casi totalmente desprovistos de protección con las bandas de forajidos que hacían prácticamente cualquier cosa siempre que no fuera legal. Algunas de ellas eran famosas, como los Demonios de la Nova y los Salvajes de la Estrella Oscura. Esos tipos podían conseguir que sus barredores hicieran de todo salvo bailar. Traficaban con especia, se dedicaban al contrabando de armas y hacían trabajos ocasionales para las distintas facciones del mundo del crimen y, generalmente, dejaban un reguero de destrucción por donde iban.

Por supuesto, no todas las personas que pilotaban un barredor se dedicaban a hacer ese tipo de cosas.

El mismo Luke había pasado un montón de tiempo pilotando un barredor prestado durante su adolescencia, entrando y saliendo de los desfiladeros y rugiendo por las calles de Mos Eisley a altas horas de la noche cuando los efectivos de la patrulla de tráfico quedaban reducidos al mínimo.

La pregunta a responder era qué estaba haciendo un grupo de barredores en aquel sitio. Luke era la única persona en un radio de cien kilómetros a la redonda. ¿Se habían perdido?

No era muy probable, dado el tiempo que llevaban calentando aquellos asientos.

No: si aquello era lo que Luke pensaba que era, entonces venían a verle.

Y no creía que hubieran venido a desearle que pasara un buen día. Bueno, hacía un rato había deseado tener una ocasión de probar su espada de luz en condiciones de combate reales, ¿no? Pues parecía que estaba a punto de poder hacerlo.

Luke intentó distinguir alguna clase de insignia mientras los barredores se aproximaban a toda velocidad y empezaban a moverse en círculos alrededor de la casa de Ben. Había ocho, nueve... En total había una docena, y todos llevaban gafas protectoras y cascos blindados, pero sus trajes de vuelo no podían ser más abigarrados. Un par llevaban neocels azules; otro par vestía prendas de color naranja y marrón; uno llevaba un chaleco verde con las mangas muy holgadas; otro lucía una roja piel de bantha curtida; y aproximadamente la mitad de ellos llevaban monos grises de estibador.

Pero todos tenían la misma insignia en sus chaquetas: Luke no logró identificarla, aunque le pareció vagamente familiar.

Todos iban armados con desintegradores.

Luke no estaba tan bien escondido como había pensado. Uno de ellos le vio, alzó su desintegrador y disparó. El haz pasó siseando junto a Luke y convirtió la arena en una masa de cristal oscuro. El disparo había fallado por una considerable distancia, pero parecía que no habían ido hasta allí para hacer prisioneros.

«Oh, oh...»

—¡Enviad a ese chaval a Bepin de un disparo, chicos! —le oyó gritar a uno de los hombres por encima del estrépito de su motor.

Luke se apresuró a buscar un refugio mejor. Había un par de peñascos bastante grandes que le protegerían de la mayor parte de sus disparos. Echó a correr. Su desintegrador estaba en la casa y sólo contaba con su espada de luz contra... ¿diez, doce enemigos? La situación estaba adquiriendo un aspecto bastante feo. Nunca conseguiría escapar de ellos yendo a pie, y no había muchos sitios donde poder esconderse en el desierto.

¿Por qué estaban tratando de matarle? ¿Quién los había enviado?

Los motores rugieron, y la vibración de los haces repulsores hizo temblar el suelo. Las oleadas de sonidos cayeron sobre él, y Luke percibió el diluvio de ondas subsónicas bajo la forma de un intenso dolor de cabeza. Podía ver moverse sus bocas, pero no podía oír nada de lo que estaban gritando.

«De acuerdo, Luke: a ver si se te ocurre algo..., y pronto.»

Los barredores se acercaron entre rugidos, y sus jinetes empezaron a disparar contra él. La mayoría de los haces de energía pasaron bastante lejos de él, y Luke pudo bloquear los mejor dirigidos con sus capacidades Jedi a pesar de que éstas todavía no eran gran cosa. Intentó permitir que la Fuerza se adueñara de él, pero el efecto que esperaba obtener no se produjo. Con todo aquel estrépito y una docena de matones armados utilizándole como diana, resultaba bastante difícil concentrarse.

Dos barredores fueron hacia él, y sus jinetes volvieron a disparar. Los dos demostraron tener una puntería bastante mala, pues sus rayos desintegradores pasaron a un metro de Luke.

Por suerte los barredores levantaban grandes nubes de polvo y arenilla. Ya estaban rodeados por una enorme polvareda que creaba una traslúcida cortina protectora de color amarronado.

Un haz desintegrador volvió a fallar el blanco, cuando Luke saltó y movió su reluciente hoja

verdosa en un veloz arco.

Un instante después oyó un repentino estrépito detrás de él. Luke giró sobre sus talones y vio que dos barredores habían chocado entre sí. Uno de ellos salió despedido en una vertiginosa trayectoria angular y chocó con un macizo de rocas, pero su jinete logró saltar del asiento en el último momento. El otro barredor se posó en el suelo: había sufrido algunos daños, pero probablemente todavía podría ser utilizado. Aquellos tipos no tenían puntería, y además eran unos pilotos realmente pésimos: Luke podía considerarse afortunado.

Un rugido a su izquierda hizo que Luke se volviera en esa dirección.

Un barredor venía hacia él, ¡y la mano de su piloto empuñaba lo que parecía un hacha gigante!

El aullido de otro motor resonó todavía más cerca que el del hachero. Luke se preparó para repeler el ataque. Esperó hasta que el segundo barredor estuvo un poco más cerca, y movió la espada de luz en una rápida finta mientras lanzaba su bota hacia el piloto. La patada de Luke derribó al atacante de su asiento. El sistema de control especial que desconectaba los motores en cuanto dejaba de percibir la presión del piloto sobre el manillar apagó la turbina inmediatamente, pero no desactivó los haces repulsivos. Luke se subió de un salto al barredor, agarró el manillar e hizo girar el anillo de ignición. La turbina del barredor volvió a encenderse con un potente gruñido. Sus probabilidades de salir entero de aquel lío habían mejorado un poco. Luke no podía seguir confiando en su suerte, así que más valía que corriera el riesgo de montar en uno de aquellos trastos.

Dio un poco más de gas al motor, conectó los retrocohetes, hizo que el barredor describiera un viraje de ciento ochenta grados y creó un muro de arena, tal como había hecho tantas veces en el pasado. Después dirigió la proa del barredor hacia el hombre del hacha, y dio gas al máximo.

La brusca aceleración estuvo a punto de arrancarle del asiento, pero Luke consiguió seguir encima del vehículo.

«¡Oh, chico...!» ¡Casi se había olvidado de lo divertidos que resultaban aquellos cacharros!

El arma del hachero quedó hecha añicos cuando chocó con la espada de luz de Luke. Luke volvió a dar gas, viró y se alejó con un rugido ensordecedor.

El barredor que se encontraba más cerca de Luke era el del tipo de la chaqueta verde. Con los turbos funcionando a plena potencia, Luke no necesitó mucho tiempo para llegar hasta él.

El tipo vestido de verde le vio venir, y cuando se dio cuenta de que Luke no era uno de los suyos, ya era demasiado tarde. Intentó virar en el último segundo, pero el mandoble de Luke se abrió paso a través del cable de control de su tobera derecha. El reactor derecho dejó de funcionar inmediatamente, pero el izquierdo siguió impulsando al vehículo y el barredor quedó fuera de control al instante. Unos momentos después Luke ya lo había dejado muy atrás, pero la loca serie de giros y saltos del barredor hizo que se interpusiera en el camino de un piloto vestido de gris. Hubo un tremendo crujido de metal y plástico cuando los dos barredores chocaron y cayeron al suelo.

«Bueno, bueno: tres fuera de combate, y quedan nueve. De momento no lo estoy haciendo

tan mal.»

Era demasiado bonito para durar.

El jefe del grupo de barredores vio a Luke y utilizó señales manuales para desplazar a sus tropas. Los vehículos se dispersaron y volvieron a formar una unidad.

Luke trazó un gran arco y dio gas al máximo. Si conseguía subir unos cuantos centenares de metros y sacar su vehículo de la arena y los montones de rocas, podría ponerlo a velocidad de competición. Entonces podría llegar al Cañón del Mendigo en cuestión de minutos. Luke había explorado hasta el último centímetro de aquel lugar en su T-16, y si conseguía llegar hasta allí tendría todas las ventajas de su parte. Podría ir acabando con ellos de uno en uno, inutilizar sus vehículos... ¡Demonios, pero si incluso podía acabar capturando a todo el grupo!

Había unas gafas de repuesto sujetas al manillar. Luke se colgó la espada de luz del cinturón, cogió las gafas y se las puso. Las necesitaría, porque cuando los quemadores especiales entraran en acción para impulsar al barredor con toda su potencia, el vehículo podría llegar a alcanzar los seiscientos kilómetros por hora. A esa velocidad, el impacto con un insecto podía sacarte un ojo. Luke esperó que el dueño del barredor lo hubiera sometido a revisiones periódicas.

«Cañón del Mendigo, allá voy...»

En realidad el Cañón del Mendigo estaba formado por una serie de cañones interconectados. En un pasado ya muy lejano, Tatooine tenía mucha agua y una gran parte de ella había fluido bajo la forma de ríos.

El Cañón del Mendigo había sido la confluencia de un mínimo de tres ríos y, junto con millones de años de viento, lluvia y luz del sol, el fluir del agua había ido tallando profundos y sinuosos valles en las rocas.

Luke llevaba algunos años sin volar por los cañones. Eso no importaba, por supuesto, ya que no habían cambiado nada desde su última visita. Luke y otros muchachos de aquella parte del desierto habían jugado a ser grandes pilotos y habían fingido librar terribles batallas, utilizando inofensivos haces de luz como rayos láser. Luke también había cazado ratas womp, algunas de ellas de hasta tres metros de longitud, pero resultaba bastante difícil acertarles con un desintegrador deportivo de baja potencia cuando estabas volando a tales velocidades.

Sus perseguidores seguían detrás de él cuando Luke descendió por debajo del nivel del suelo. No habían logrado reducir la distancia que los separaba de él salvo por un piloto, que se encontraba a sólo cien metros de Luke. Pero el grupo tampoco había perdido mucha distancia: estaban a escasos centenares de metros detrás del piloto vestido de azul, y se iban aproximando lentamente.

Luke sonrió. «Vamos a averiguar si les gusta jugar en mi territorio.»

La ruta conocida con el nombre de Gran Avenida avanzaba más o menos en línea recta durante casi dos kilómetros antes de torcer bruscamente hacia la derecha. Aquel lugar era conocido como la Curva del Muerto, y había una buena razón para ello. Luke fue reduciendo la velocidad mientras se aproximaba a la intersección: quien tratara de tomar esa curva

demasiado deprisa acabaría convertido en un montón de puré orgánico esparcido sobre la pared rocosa.

Conectó los retrocohetes y ajustó los turbos para un rápido viraje hacia la derecha. El barredor se bamboleó en el aire y empezó a desviarse hacia la izquierda, pero los turbos enseguida corrigieron el movimiento con un potente empujón.

Era tan fácil como estornudar.

El jinete que le perseguía, y que al parecer no estaba familiarizado con el desfiladero, no redujo la velocidad a tiempo.

Luke oyó el estrépito cuando el barredor chocó con el otro muro rocoso de la curva. La célula de energía estalló, y hubo un cegador destello blanco anaranjado seguido por una bola de llamas que se extendieron velozmente en todas direcciones.

No había tiempo para preocuparse por eso. Se estaba aproximando a otra curva —un largo *zigzag* que empezaba torciendo hacia la izquierda y luego se desviaba hacia la derecha para volver a torcer hacia la izquierda—, y Luke tenía que mantenerse en el centro del pasillo, que se volvía más estrecho hacia la mitad de aquella larga Z.

No veía al resto de barredores detrás de él, pero si querían capturarlo, entonces tendrían que estar por alguna parte. Podían mantenerse a bastante altura por encima del suelo, pero si querían verle deberían estar tan arriba que entonces no podrían alcanzarle. Y si se alejaban tanto, Luke podría encontrar algún saliente rocoso debajo del que esconderse y nunca darían con él.

«Cuatro eliminados, y quedan ocho.»

Unos segundos después un uniforme gris apareció en el retrovisor de Luke.

Que hubiera reducido la distancia tan deprisa indicaba que aquel tipo era bastante bueno..., o bastante estúpido.

El uniforme gris cada vez se encontraba más cerca. Ya sólo estaba a sesenta o setenta metros de Luke.

Bien, había llegado el momento de enhebrar la aguja. Allí estaba, justo delante de él.

El Ojo de la Aguja era una cañada muy angosta recubierta de afilados dientes de roca.

Luke dio todavía más potencia a los turbocohetes y atravesó la cañada. Pasó tan cerca de una pared que sintió cómo un saliente rocoso se enganchaba en su chaqueta y la desgarraba.

«¡Por los pelos, chico...!»

Aquel piloto estaba decidido a atraparlo, y trató de seguirle.

No lo consiguió.

Boom....

Los demás seguían persiguiéndole, y las probabilidades seguían estando en contra de Luke. La tarde podía ser muy larga..., o muy corta.

Luke estaba reduciendo la velocidad para tomar una curva muy cerrada cuando oyó un grito detrás de él.

—¡Tiene ayuda! ¡No lo conseguiremos, Spiker! ¡Venga, larguémonos de aquí!

«¿Eh? ¿Qué quiere decir con eso de que tengo ayuda?»

Luke miró por encima de su hombro.

Un barredor estaba descendiendo silenciosamente desde las alturas, en caída libre y con los motores apagados. El hombre que lo pilotaba iba totalmente vestido de negro. Su cabeza quedaba oculta por un casco de vuelo y un protector polarizado, y su mano derecha empuñaba un desintegrador que emitía parpadeos luminosos. Estaba disparando contra los barredores.

Si aquel tipo no conectaba sus motores pronto, conseguiría que tanto aquel vehículo tan caro como su persona se convirtieran en un enorme cráter humeante.

Y, como si su piloto hubiera captado los pensamientos de Luke, los motores del barredor se encendieron en ese mismo instante. El pequeño vehículo siguió cayendo, pero más despacio.

Al parecer no había conectado los repulsores a tiempo después de todo.

El hombre de negro siguió disparando mientras caía, fallando pero haciendo que los barredores se dispersaran en todas direcciones. ¿Quién...?

El barredor llegó a un palmo del suelo y se detuvo, quedando totalmente inmóvil para flotar grácilmente sobre las rocas.

«Chico, eso sí que es volar...»

Los barredores se fueron. Unos momentos después, el desconocido dirigió su vehículo hacia el sitio en el que Luke había detenido su barredor, que seguía con el motor en punto muerto.

El hombre se quitó el casco y el protector facial.

¡Era Dash Rendar!

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Luke. Dash se encogió de hombros.

—Pues parece ser que estoy evitando que esos desgraciados de los barredores te hagan picadillo.

—Ya sabes qué quiero decir, Dash. ¿Por qué estás aquí? —Luke contempló a los atacantes caídos—. ¿Y bien?

—De acuerdo, te lo explicaré. Leia, y debo decir que esa chica nunca acepta un no por respuesta... Bien, el caso es que Leia quería que no te quitara los ojos de encima hasta su regreso.

—¿Que Leia qué?

—Calma, chico. No te lo tomes así o se te fundirán los fusibles.

—¡Oye, amigo, no necesito una niñera!

—Oh, sí, y habrías podido acabar con todos esos idiotas tú solito, ¿verdad?

—No lo estaba haciendo tan mal.

—No, tienes razón, no lo estabas haciendo tan mal. Pero al final te habrían vencido.

Luke intentó controlar su mal genio. Aquel fanfarrón no le caía nada bien, pero Dash tenía razón. Habría hecho falta un milagro, y de una especie que él todavía no era capaz de producir, para poder vencer a todos los enemigos sin ayuda. Le gustara o no —y no le gustaba en lo más mínimo—, Dash le había salvado el pellejo.

—Gracias —murmuró.

—Disculpa, pero no he oído lo que has dicho.

—No abuses, Dash.

Dash Rendar sonrió.

Luke se juró que tendría una larga conversación con Leia cuando volviera. Por muy atraído que se sintiera hacia ella y aunque pensara que era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida, ¿qué le daba derecho a enviar a aquel tipo para que cuidara de él? Y Luke sabía que Dash no era la clase de hombre que hacía las cosas gratis, lo cual quería decir que Leia tenía que haberle pagado.

Dash dijo algo, y Luke parpadeó y alzó la mirada hacia él.

—¿Eh?

—He dicho que si te has fijado en sus tatuajes. Esa banda trabaja para Jabba.

Luke le miró fijamente. Ésa era la razón por la que aquella insignia le había parecido tan familiar: la había visto en los uniformes de los hombres de Jabba.

Dash siguió hablando.

—Estaba en Mos Eisley, digamos que... dando vueltas por ahí, cuando les oí hablar. Tenían órdenes de matarte.

¿Matarle? Sí, ya se lo había parecido. Dash siguió hablando, y Luke volvió a prestar atención a lo que estaba diciendo.

—... Vader ya no es tu admirador número uno.

—Nunca lo fue. Suponiendo que sea él quien está detrás de todo esto, claro.

¿Estaba realmente Vader detrás de aquellos ataques? Luke meneó la cabeza. Seguía sin entender nada.

—Nos estamos aproximando al asteroide rebelde, lord Vader.

Vader giró sobre sus talones, dando la espalda al visor para contemplar al oficial al que le había correspondido el temible deber de informarle.

—Excelente. Que el almirante Okins se reúna conmigo en el puente.

—Inmediatamente, lord Vader.

Vader ajustó los controles de su armadura para incrementar el suministro de oxígeno y fue hacia el puente. Aquel ataque sorpresa contra unas naves indefensas no era su misión favorita, pero aun así lo haría todo a la perfección.

—Ah, príncipe Xizor —dijo el Emperador—. Es un placer volver a veros.

Xizor asintió y se inclinó.

—El placer es mío, mi señor.

—Entrad, entrad... ¿Qué os trae a mis aposentos?

—Simple curiosidad, mi señor. ¿Qué tal se está desarrollando el ataque contra el astillero rebelde del sector de Bajji mandado por lord Vader?

El rostro consumido y lleno de arrugas del Emperador no reveló ninguna emoción, pero Xizor estaba seguro de que su pregunta le había sorprendido.

—Realmente he de hacer algo para convencer a vuestros espías de que os abandonen y trabajen para mí —dijo el Emperador—. Especialmente después de que me robarais a mi mejor horticultor... Lástima que el pobre hombre muriese en ese lamentable accidente de ascensor antes de que pudiera empezar a prestaros sus servicios.

—Sí, fue una lástima —replicó Xizor—. Sin embargo, no fueron mis espías los que me proporcionaron esta información.

—Bien. Entonces decidme cómo habéis llegado a enteraros.

—Me sorprende que lord Vader no os lo dijera, pero lo que mis espías sí descubrieron fue la localización de ese astillero rebelde. Ofrecí inmediatamente esa información a lord Vader, por supuesto.

—Por supuesto —dijo el Emperador, y las palabras parecieron surgir de sus labios en un deslizamiento tan lento e implacable como el de un chorro de lubricante arrojado sobre una plancha de transpariacero—. Estoy esperando recibir un informe de la flota de un momento a otro. Tal vez querríais tomar algo y esperar conmigo...

—Me sentiría muy honrado.

Xizor reprimió la tentación de sonreír. Vader no le había dicho al Emperador quién le había

revelado la situación del astillero rebelde. Eso no era ninguna sorpresa, desde luego. Además, Vader se las había arreglado para manipular de alguna manera los registros del celestial del Emperador a fin de que éste no se enterase. Xizor hubiese hecho exactamente lo mismo si hubiera estado en el lugar de Vader..., y ésa era la razón por la que se encontraba allí en aquel momento, naturalmente. Quería asegurarse de que el Emperador supiese a quién había que atribuir el mérito de haber hecho posible aquella operación.

Y a quién había que culpar que se le hubiera ocultado su identidad, naturalmente.

Ah, sí: Xizor iba a disfrutar mucho viendo cómo Vader descubría que su pequeño truco no había dado resultado.

Iba a pasarlo maravillosamente bien.

—¿Almirante?

—Pronto estaremos lo suficientemente cerca para abrir fuego, lord Vader —dijo Okins.

—Excelente. Empiecen a disparar en cuanto estemos a la distancia óptima. No quiero que haya ningún error.

Vader estaba inmóvil delante del visor principal de la nave y contemplaba la gran masa rocosa del asteroide que flotaba en el vacío delante de ellos. El asteroide era tan grande como una pequeña luna, y su superficie estaba repleta de cráteres causados por las colisiones con sus hermanos pequeños. Parecía estar formado por níquel y hierro, una combinación muy común en aquella región del espacio.

Dos naves surgieron de repente de detrás del asteroide.

—Son dos fragatas de escolta de la clase Nebulon-B —dijo un oficial a la izquierda de Vader.

Vader clavó la mirada en las naves. Las fragatas eran largas y esbeltas, con módulos de control y armamento situados delante y unidos mediante un tubo largo y relativamente delgado a los enormes motores y cubiertas de los cazas TIE de la parte de atrás.

—¡Esas naves eran nuestras! —exclamó con irritación. Nadie dijo nada.

Durante los primeros momentos de la rebelión, varias fragatas habían sido capturadas o se habían pasado a la Alianza.

—Por lo menos no tendrán ningún caza TIE en condiciones de actuar —dijo el almirante.

Y como si sus palabras hubieran sido una señal, una docena de alas-X despegó de una fragata y empezaron a acelerar hacia la flota imperial.

—Veo que han sido modificadas para transportar alas-X —dijo Vader en un tono amenazadoramente seco—. Al parecer el astillero no va a ser un objetivo tan fácil de destruir después de todo.

Okins se volvió hacia el jefe de operaciones de los TIE.

—Lancen nuestros cazas. No quiero desperdiciar nuestra potencia de fuego aplastando a esas... moscas con nuestras baterías de gran calibre.

—De inmediato, almirante.

Vader vio que una tercera nave aparecía por detrás del asteroide, moviéndose mucho más

deprisa que las fragatas, y la identificó en el mismo momento en que hablaba el oficial.

—Se aproxima una corbeta corelliana.

Vader sonrió dentro de su máscara. «Estupendo...» Una batalla siempre era infinitamente preferible a una carnicería de pájaros lisiados atrapados en su nido.

—Que preparen mi interceptor —ordenó, volviéndose hacia el oficial de operaciones.

Los ojos del almirante fueron del jefe de operaciones a Vader.

—Lord Vader, ¿cree que es...?

—¿... prudente? —dijo Vader, terminando la pregunta por él—. Llevo demasiado tiempo sin combatir, almirante. Necesito ejercitar esos músculos. Usted puede encargarse del astillero, y yo borraré esos cazas del espacio.

El almirante inclinó la cabeza en un rígido asentimiento militar.

Después de todo, no podía hacer otra cosa.

Vader llevaba tanto tiempo sin pilotar su interceptor que ya había olvidado lo mucho que disfrutaba haciéndolo. Su mente y sus músculos enseguida habían recuperado sus viejas habilidades.

Pero el placer no duró mucho rato. Vader destruyó casi sin esfuerzo tres, cuatro, cinco naves rebeldes, convirtiéndolas en restos humeantes.

Resultaba... decepcionante. La llama de la Fuerza no ardía en ninguno de ellos, y acabar con esos pilotos no suponía ningún auténtico desafío. Algunos eran muy hábiles, cierto, pero la mera habilidad humana no podía derrotar al lado oscuro. Vader había esperado unos rivales más difíciles de vencer.

Pero aquellos pilotos ni siquiera podían ser considerados como rivales.

Un ala-X que ascendía a toda velocidad intentó atacarle desde abajo Pero Vader describió un rapidísimo viraje y cayó sobre su cola, envolviéndolo con el fuego de sus cañones láser y reduciéndolo a un montón de chatarra.

Vio cómo los destructores disparaban contra las fragatas, dejando fuera de combate a una y manteniendo a raya a la otra. Una fragata no podía enfrentarse al orgullo de la Armada Imperial.

Mientras perseguía a otro ala-X y acababa con él, captó la perturbación producida en la Fuerza cuando la flota cayó sobre el astillero, lanzando un diluvio de destrucción contra los pilotos, soldados y naves indefensas atrapadas en la superficie del asteroide. Haces de luz multicolor consumieron cuanto tocaban.

Otro ala-X giró vertiginosamente por el espacio, acelerando mientras intentaba esquivar sus disparos. El piloto rebelde era bueno, pero no tenía ninguna posibilidad de escapar.

Vader permitió que el lado oscuro guiara sus reflejos. Sintió cómo las miras de sus sistemas de armamento se centraban en el blanco...

Y no disparó.

Interrumpió el ataque y dejó que el ala-X escapara, sintiéndose repentinamente lleno de disgusto. Aquello era indigno de él. Desde que había luchado con Luke en el balcón de la

ciudad que flotaba entre las nubes, ningún otro oponente le había ofrecido una verdadera competición digna de ese nombre. Aunque... Bueno, Xizor tal vez le ofreciese algo, pero eso era distinto: no era el desafío de un guerrero, sino un enfrentamiento con un criminal. Xizor era meramente artero y sutil, y nunca se atrevería a enfrentarse cara a cara con el Señor Oscuro del Sith.

Vader contempló la veloz huida del ala-X. La batalla había terminado. El astillero rebelde ardía, con su propia atmósfera y su combustible alimentando la conflagración. Centenares de naves y millares de soldados habían desaparecido, y el Imperio había obtenido una gran victoria.

Vader meneó la cabeza. Una gran victoria... Hubo un tiempo en el que eso le habría llenado de orgullo, pero de repente todo parecía haber cambiado. La victoria le parecía tan hueca y carente de significado como aplastar a esos insignificantes pilotos de los alas-X. Un guerrero necesitaba enfrentarse a adversarios que estuvieran a su altura. Obi-Wan ya no existía y ya sólo quedaba un Jedi, que era el más fuerte de toda su orden extinguida..., su propio hijo.

Le había dicho al Emperador que Luke Skywalker se uniría a ellos o moriría. La verdad era levemente distinta: Luke se uniría a Darth Vader o moriría.

Sería algo digno de verse y por lo que valía la pena esperar.

Vader sabía que sería el duelo de su vida. Aquello, en cambio, ni siquiera llegaba a ser un ejercicio.

Inició el regreso a la nave.

Vader entró en el campo holográfico y conectó el canal de comunicaciones. La holored creó su atajo a través del hiperespacio y estableció sus conexiones, actuando a una velocidad considerablemente superior a la de la luz. El aire tembló y destelló, y la imagen del Emperador surgió de la nada.

Vader hincó una rodilla en el suelo.

—Mi señor... —dijo.

—Ah, lord Vader. ¿Cuál es vuestro informe?

—El astillero rebelde ya no existe. Ofrecieron resistencia, pero fue de breve duración. Hemos destruido centenares de naves y a millares de enemigos dentro de ellas.

—Excelente, excelente.

El Emperador movió la mano, y su imagen se empequeñeció mientras la holocámara de su extremo de la conexión alteraba el ángulo del enfoque para agrandarlo.

El nuevo ángulo reveló a Xizor, inmóvil a un par de metros del Emperador.

La reacción involuntaria de Vader desconectó su respirador mecánico. Enseguida se dio cuenta de que el Emperador podría oír su respiración, y se obligó a permitir que el respirador reanudara sus funciones normales.

—El príncipe Xizor me estaba contando qué gran satisfacción supuso para él poder proporcionar la localización de la base rebelde al Imperio —dijo el Emperador—. Parece ser que debemos estarle muy agradecidos, ¿no os parece?

Vader apretó los dientes. Hubiese preferido arrancarse la lengua de un mordisco y engullirla antes que agradecer sus servicios a Xizor, y especialmente delante del Emperador, pero no tenía elección. Al Emperador le gustaba hacer chasquear el látigo de vez en cuando para demostrar que seguía empuñándolo..., y que estaba dispuesto a utilizarlo siempre que fuese necesario hacerlo.

Vader miró a Xizor. Era una suerte que no pudieran ver su cara mientras hablaba.

—El Imperio ha contraído una deuda de gratitud con vos, príncipe Xizor.

El Emperador sonrió.

Cuando sonrió a su vez, la sonrisa de Xizor fue todavía más ancha que la del Emperador.

—Oh, no es nada, lord Vader. Siempre me complace poder ser de utilidad.

Si el Príncipe Oscuro hubiera querido ser más rastrero y servil, habría tenido que pronunciar aquellas palabras mientras apartaba la lengua de las botas del Emperador. Era una suerte que se encontrase a años luz de distancia, porque Vader se sintió invadido por una ira tan terrible que, de haber tenido a Xizor al alcance de sus poderes, quizá habría perdido el control de sí mismo y habría destruido al líder del Sol Negro a pesar de las admoniciones del Emperador.

—Espero veros pronto, lord Vader.

—Sí, mi señor. Ya hemos iniciado el regreso.

—Excelente.

La imagen se convirtió en un remolino de colores y se desvaneció. Vader se levantó y giró sobre sus talones para salir de la cámara holográfica.

Un suboficial fue hacia él mientras salía.

—Lord Vader...

No consiguió decir nada más. Vader apretó el puño e invocó el poder del lado oscuro.

El suboficial cayó al suelo, aferrándose la garganta con las manos.

—No deseo ser molestado —dijo Vader, bajando la mirada hacia el hombre caído sobre la cubierta—. ¿Ha quedado claro? Vader abrió el puño. El suboficial hizo una ruidosa inspiración de aire.

—Sí, lo—lord Vader —dijo cuando fue capaz de volver a hablar. Y el Señor Oscuro del Sith, lleno de furia, se fue a sus aposentos para meditar.

Xizor estaba sintiendo la gloria de su triunfo sobre Vader de una manera casi tangible, como si fuese un diluvio de placer que empapaba su cuerpo y lo impregnaba de un cálido resplandor.

—Debéis venir a verme con más frecuencia —dijo el Emperador—. Disfruto enormemente con nuestras conversaciones. Estoy seguro de que a lord Vader también le gustará veros cuando volváis.

Xizor se inclinó ante el Emperador. Era altamente improbable que a Vader fuera a gustarle eso.

—Mi señor...

Salió de la cámara privada, pero la sensación de poder no disminuyó por ello. El Emperador estaba al corriente de lo que Xizor le acababa de hacer a Vader, por supuesto, y de hecho

había disfrutado formando parte del proceso, enfrentando a sus dos servidores el uno contra el otro y contemplando el curso que seguía la partida. El Emperador era como un hombre que poseyera una manada de gatos-lobo medio salvajes. Le encantaba lanzar un solo hueso al centro de la manada para ver qué animal vencía a los demás y se hacía con él. El Emperador podía llegar a ser increíblemente astuto y peligroso, y Xizor decidió tener mucho cuidado mientras iba poniendo en práctica el resto de su plan.

Sí, tendría muchísimo cuidado...

Xizor se recostó en su sillón mórfico y contempló la pequeña proyección holográfica que flotaba sobre su escritorio.

—Aumenta la imagen hasta el máximo de la escala —dijo.

El ordenador obedeció, y el simulacro se volvió seis veces más grande.

Suspendida encima de su escritorio había una mujer impresionantemente hermosa que no sospechaba que su imagen había sido capturada por una cámara holográfica oculta.

—Desplaza la imagen hasta la holoplaca del suelo. El ordenador volvió a obedecer sus órdenes. Xizor asintió.

—Así que ésta es la princesa Leia Organa. Vaya, vaya... Qué interesante.

Sabía quién era, naturalmente, aunque hasta aquel momento jamás se había tomado la molestia de inspeccionar su aspecto con verdadera atención. Siempre había dado por supuesto que sería una arpía desagradable y endurecida por las batallas, la típica mujer que había renunciado a todo por la Causa: Xizor se imaginaba a Leia Organa como una de esas feas fanáticas andróginas que no podían dedicar ni un solo segundo a preocuparse de su aspecto. Al parecer había estado muy equivocado.

—Se ha puesto en contacto con el propietario de uno de nuestros casinos protegidos del complejo de juegos de azar de Rodia —dijo Guri, que estaba inmóvil a su espalda—. Quería concertar una reunión con alguien que ocupara una posición importante dentro del Sol Negro.

El Príncipe Oscuro formó un puente con los dedos y contempló la imagen.

—¿Y qué razón puede tener una gran líder de la Alianza para interesarse por nuestra organización? Los rebeldes han rechazado repetidamente todos nuestros intentos de establecer algún tipo de relación porque no desean manchar sus limpias manos revolucionarias con la suciedad criminal. ¿Han cambiado de parecer repentinamente? No, no lo creo.

Xizor no le había hecho ninguna pregunta directa, por lo que Guri permaneció en silencio.

Xizor siguió hablando.

—Debe de ser algo importante. Me parece que será mejor que descubramos qué quiere, ¿no? Ve y averígualo.

Guri siguió sin decir nada, pero Xizor detectó cierta incomodidad en su postura.

—¿Hay algún problema?

—La tarea no parece ser particularmente difícil. Xizor se rió. Guri tenía muy pocos rasgos de carácter propios, pero el deseo de que siempre se le exigiera el máximo era uno de ellos.

—Quizá no. Aun así, es importante por otra razón. Si nuestro servicio de inteligencia y el del Imperio están en lo cierto, la princesa Organa sólo se relaciona con muy pocas personas. Luke

Skywalker es una de ellas. Es posible que sepa dónde está. Averigua qué quiere e infórmame personalmente. Leia Organa quizá sea la manera más fácil de localizar a Skywalker. En cualquier caso, es posible que pueda... encontrarle alguna utilidad. Pero antes ocúpate de ese otro asunto del que estuvimos hablando. Creo que eso debería presentarte un... desafío más considerable.

—Como deseéis.

Xizor se llevó un dedo a la frente y le dirigió una parodia de saludo militar.

Guri se fue.

Xizor volvió a clavar la mirada en el simulacro de Leia Organa.

—Rotación de la imagen a velocidad normal, ordenador.

El holograma empezó a girar sobre un eje invisible.

Vista desde atrás, Leia Organa resultaba tan atractiva como desde delante.

Xizor respiró hondo y dejó escapar el aire en una lenta exhalación. No cabía duda de que se encontraba ante una mujer muy interesante: Leia Organa era atractiva, inteligente y peligrosa. Según los bancos de datos, también era muy buena con un desintegrador.

El Príncipe Oscuro sintió el comienzo de una repentina agitación dentro de él. Se dio cuenta de que su piel estaba cambiando de color, pasando del verde oscuro a un naranja claro más cálido. Xizor sonrió. Acababa de despedir a su última amante. La idea de la compañía femenina no le resultaba nada repulsiva..., especialmente en el caso de una hembra que podía ofrecerle algo más aparte de la simple belleza. Xizor se preguntó qué estaría haciendo Leia Organa en aquellos instantes. Probablemente estaría disfrutando de una magnífica cena, o gastando dinero en diversiones muy caras. A las hembras les encantaba hacer aquel tipo de cosas.

Leia estaba viendo cómo Chewie jugaba otra partida holográfica, esta vez contra un twi'lek cuya cabeza tentaculada teñida de un color bastante chillón estaba adornada por un montón de joyas baratas. Chewie movió una pieza y se recostó en su asiento.

—¡Muy bien, Chewbacca! —exclamó Cetrespeó—. Una jugada excelente.

El twi'lek miró a Cetrespeó y obsequió al androide de protocolo con una sonrisa más bien abatida y llena de dientes.

Leia se acercó un poco más a Cetrespeó.

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó en voz baja—. Vi cómo este twi'lek ganaba cuatro partidas seguidas jugando contra jugadores mucho mejores que Chewbacca.

Cetrespeó la miró.

—Ah, bueno —dijo, empleando un tono de voz tan bajo como el de Leia—. Antes de que empezara la partida, me tomé la libertad de explicar al twi'lek lo que les pasa a los wookies cuando son derrotados en este tipo de entretenimientos.

Leia le miró con cara de no entender nada.

—Supongo que recordará lo que dijo el amo Solo sobre lo de arrancar brazos, ¿no?

Leia meneó la cabeza. Cuando hizo ese comentario, Han únicamente quería poner nervioso a Cetrespeó. Chewie era terrible en la batalla, pero en realidad tenía un temperamento muy

estable y tranquilo. Leia nunca se había creído lo de los brazos..., aunque al parecer el twi'lek sí lo había creído.

Si el Sol Negro no hacía acto de presencia pronto, Leia no tardaría en sufrir un serio ataque de claustrofobia.

Guri compartía una mesa con sus tres interlocutores. Dos eran humanos, y el otro era un quarren. Un par de guardaespaldas gamorreanos montaban guardia detrás de Guri, que iba desarmada.

—Sus fuentes están equivocadas —dijo uno de los hombres.

Se llamaba Tuyay, y era el jefe de operaciones de Transportes Ororo. También era un fanático del ejercicio físico, y los enormes bultos de sus músculos resultaban visibles incluso debajo del carísimo traje a medida de piel de zeyd que llevaba. Se suponía que Tuyay era capaz de sostener cuatro veces su peso sobre los hombros sin sudar demasiado. No parecía muy contento. De hecho, parecía como si le fuera a estallar una vena de un momento a otro.

—¿De veras? —replicó Guri.

Se recostó un poco más en el asiento, ofreciendo un aspecto general de completa relajación.

—El señor Tuyay tiene razón. Ororo jamás se atrevería a enfrentarse con el Sol Negro.

Quien acababa de hablar era Dellis Yuls, el cabeza de calamar y jefe de seguridad de la organización.

El otro hombre, que era bajito y delgado y de apariencia nerviosa, asintió.

—No, por supuesto que no. Nunca nos atreveríamos a introducirnos en el territorio del príncipe Xizor.

Se llamaba Z. Limmer, y era el director financiero de Ororo.

—Bien —dijo Guri—, entonces debería decirle al príncipe Xizor que todo esto ha sido un error..., y que nuestros agentes son unos idiotas que no podrían encontrarse el trasero ni aunque usaran las dos manos, ¿verdad?

—Yo no lo expresaría exactamente de esa manera —dijo el quarren. Tuyay le miró y después miró a Yuls y soltó un bufido despectivo.

—¡Ya es suficiente! Estoy harto de servirle de felpudo a su jefe. ¡Sí, dígame que sus agentes son unos idiotas! ¡Dígame que él también es un idiota! ¡Ororo no tiembla de miedo ante el terrible y poderoso Príncipe Oscuro! Estamos en el Borde, muy lejos de una cama blanda y de los placeres decadentes del Centro Imperial, donde Xizor adorna su nido con nuestros tributos. ¡Aquí nos ganamos la vida con nuestro esfuerzo, y nos merecemos cada decicrédito que entra en nuestros bolsillos! Dígame que si eso no le gusta, entonces puede venir aquí y hacer algo al respecto.

Limmer tragó saliva y palideció.

—Yo... Eh... Creo que lo que el señor Tuyay pretende decir es que...

—¡Cierra el pico, Limmer! Maldito gusano evolucionado... ¡No intentes hacerte el diplomático! —Tuyay fulminó a Guri con la mirada—. Vete a casa, pequeña. Vete ahora mismo,

mientras todavía te lo permito..., y no vuelvas. Si lo haces, tal vez encuentre alguna manera de utilizarte que no te gustaría nada.

Sonrió, y la sonrisa no fue nada agradable de ver.

Guri sonrió y se puso en pie. Seguía pareciendo como si acabara de despertar de una larga siesta.

Cuando se movió, lo hizo a una velocidad increíble. Subió de un salto a la mesa, ejecutó una voltereta y aterrizó delante de Tuyay, giró sobre sus talones y lo alzó en vilo con el asiento incluido. Después lo arrojó contra la pareja de guardaespaldas gamorreanos antes de que ninguno de los dos pudiera desenfundar su desintegrador. El impacto hizo que los dos alienígenas de aspecto porcino cayeran al suelo.

Dellis Yuls extrajo un pequeño desintegrador de un bolsillo interior de su chaqueta, pero los dedos de Guri rodearon su muñeca antes de que pudiera alzarlo, se la rompieron y le quitaron el arma de la mano. Guri la arrojó a un lado y volvió a sonreír.

Limmer intentó levantarse y Guri le hundió las yemas de los dedos en la garganta. A continuación hizo girar el cuello de Yuls entre sus manos hasta que crujió con un chasquido de rama mojada, y después saltó por encima de la mesa.

Tuyay se levantó y se volvió hacia ella. Las manos de Guri se cerraron sobre su garganta en el mismo instante en el que las manos de Tuyay lo hacían sobre la suya. Los dos permanecieron totalmente inmóviles durante un momento, como si estuvieran atrapados en una zona de éxtasis temporal.

Tuyay se derrumbó, el rostro lleno de horror ante la fuerza de Guri. Después perdió el conocimiento en cuanto la terrible presa impidió que la sangre continuara llegando a su cerebro.

Guri dejó que cayera al suelo, se inclinó, cogió el desintegrador del cinturón de uno de los aturdidos gamorreanos y lo utilizó para matar a los dos guardaespaldas. Cada uno recibió un haz de energía letal en la cabeza.

Guri se subió a la mesa de un salto, se inclinó sobre Limmer y Yuls y les disparó en la base del cráneo.

Después volvió al sitio donde yacía Tuyay, quien estaba intentando introducir algo de aire en su dolorida garganta. Guri se acuclilló junto a él y esperó hasta que Tuyay volvió en sí y alzó la mirada hacia ella.

—Transmitiré tu mensaje al príncipe Xizor —murmuró.

Guri sonrió. Después apoyó el cañón del desintegrador en el globo ocular izquierdo de Tuyay, presionándolo con un movimiento casi distraído, y apretó el gatillo.

Y luego se incorporó, fue hasta el lugar en el que una cámara de seguridad oculta en la pared había registrado toda la escena y la arrancó de su hueco.

La pantalla se oscureció.

—Ya es suficiente —dijo Xizor.

Suspiró y meneó la cabeza. La grabación le había mostrado lo que ya sabía. Guri era el arma más mortífera de su arsenal. Xizor se preguntó qué tal lo haría en un enfrentamiento

individual con Vader: probablemente mejor que él mismo, desde luego, aunque Xizor estaba prácticamente seguro de que Vader, quien había perseguido y matado a adeptos Jedi, podía acabar con Guri.

Aun así, sería algo digno de verse.

Y teniendo en cuenta que Guri le había costado nueve millones de créditos, la diversión le saldría carísima en el caso de que acabara siendo derrotada.

—Vuelve a pasar la grabación —dijo.

Le encantaba ver a una auténtica profesional en acción.

—Bueno, ¿y dónde está Leia? —preguntó Luke.

Él y Dash habían vuelto a la casa de Ben, pilotando un barredor cada uno. Los dos vehículos estaban escondidos debajo de la lona de camuflaje junto con el ala-X. La nave de Dash estaba en el espaciopuerto de Mos Eisley.

—Fue a Rodia para ponerse en contacto con el Sol Negro.

Luke casi dejó caer el cilindro de agua fría que tenía en las manos.

—¡Él Sol Negro! ¿Es que se ha vuelto loca? Dash sonrió.

—Oh, así que eres todo un experto en organizaciones criminales, ¿verdad?

—No, pero pasé muchas horas hablando con Han mientras aguantábamos las frías noches de tormenta de Hoth dentro de un refugio. Han había hecho algunos negocios con ellos. Dijo que eran más peligrosos que el Imperio. —Luke guardó silencio durante un momento—. ¿Qué razón puede tener Leia para querer establecer contacto con el Sol Negro?

Dash se encogió de hombros.

—Ahí me has pillado. Tal vez ellos sepan quién quiere verte muerto. La princesa te aprecia, aunque no entiendo por qué. Oye, ¿te importaría soltar el agua antes de que se evapore?

Luke bajó la mirada hacia el cilindro. Se había olvidado por completo de él.

—Oh —dijo—. Lo siento.

Le pasó el agua a Dash, quien llenó un gran tazón y bebió ruidosamente de él.

La idea de que Leia estuviera tratando de establecer contacto con una peligrosísima organización criminal clandestina no le había hecho ninguna gracia. Aun así, ¿qué podía hacer al respecto? Leia ya era adulta, y había estado cuidando de sí misma con bastante éxito desde antes de que se conocieran. Bueno, siempre que no incluyeras en eso el haber sido capturada por Vader... Luke, Han y Chewie la habían rescatado, desde luego, pero tampoco se podía decir que se hubieran cubierto de gloria mientras lo hacían. De hecho, habían acabado cubiertos por los restos malolientes de aquel pozo lleno de basuras...

—Bien, chico, ¿qué hacemos?

—¿Eh?

—¿Vamos a quedarnos sentados aquí y a esperar a que vuelvan? ¿O tal vez quieres ir a preguntar a nuestro amigo el hutt por qué envió a esa pandilla de payasos para que te liquidaran?

—Jabba no tiene ninguna razón para querer eliminarme.

—A menos que alguien le haya dado algún motivo para ello. Por eso estoy aquí, ¿recuerdas? Este sitio es muy tranquilo y solitario, así que tal vez podría enseñarte cómo hay

que pilotar esos barredores.

—Oye, nunca habrían conseguido atraparme en el Cañón del Muerto... Erredós empezó a emitir frenéticos trinos y silbidos.

—No me gusta nada cómo suena eso —dijo Luke.

—¿Qué pasa? —preguntó Dash.

Erredós soltó una nueva tanda de pitidos.

Dash desenfundó su desintegrador y echó un vistazo al indicador del nivel de carga.

Luke bajó la mano hacia su espada de luz y la rozó para asegurarse de que seguía colgando de su cinturón.

Erredós, que seguía produciendo ruidos electrónicos, empezó a rodar hacia la puerta.

Cuando estuvieron fuera de la casa, vieron las llamaradas de la maniobra de frenado de un cohete reluciendo sobre sus cabezas.

—Parece un androide mensajero —dijo Luke.

El pitido de Erredós fue claramente afirmativo.

Dash soltó un resoplido y volvió a guardar su desintegrador dentro de la funda.

Que un androide mensajero descendiera del cielo delante de ti no era algo que ocurriese todos los días. Los androides mensajeros se utilizaban cuando la rapidez en la entrega resultaba esencial y no querías correr el riesgo de emplear la holored y sus relés, pero costaban mucho dinero y sólo servían para entregar un único mensaje: a menos que tuvieras un nuevo propulsor preparado, no podrías volver a utilizarlos.

Erredós emitió una nueva serie de silbidos.

—Viene a una velocidad terrible —dijo Luke—. Espero que hayan protegido el núcleo con un buen blindaje.

Dash ya había echado a andar hacia la puerta.

La nave correo era muy pequeña, pero ya resultaba visible mientras caía hacia el suelo del desierto a medio kilómetro de distancia de ellos.

—¿Quién sabe que estás aquí, chico? Luke meneó la cabeza.

—Leia, Lando, Chewie y Cetrespeó.

—Y Jabba —dijo Dash—. Aunque si quería hablar contigo, no creo que se haya gastado el montón de dinero que cuesta ese androide cuando podía hacer una llamada local. Y ya no hablemos de si lo único que quiere es matarte, claro...

—Quizá el mensaje sea para ti —dijo Luke.

—Lo dudo. Nunca dejo una dirección para que me envíen la correspondencia. Nadie sabe que estoy aquí aparte de tus amigos, y ellos no tienen ninguna razón para enviarme un mensaje.

Luke siguió contemplando el vertiginoso descenso de la pequeña nave correo. El androide mensajero empezó a disparar sus retrocohetes y fue reduciendo la velocidad, pero seguía bajando muy deprisa. El androide debía de haber subestimado la gravedad o algo por el estilo.

Quizá fuese para Ben. Tal vez fuera un mensaje enviado por alguien que llevaba mucho tiempo sin tener contacto con él y que no sabía que Ben se había... ido.

El androide mensajero chocó con el suelo, y el impacto fue lo bastante violento para levantar una nube de arena y producir un estampido que pudieron oír a pesar de que se hallaban a quinientos metros de distancia.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Dash.

Luke apretó los dientes. Había estado a punto de preguntarle por qué se creía con derecho a dar órdenes, pero se contuvo. Se suponía que los Caballeros Jedi nunca perdían el control de sí mismos. Luke tendría que mejorar bastante en ese aspecto.

Fueron hacia la nave.

Xizor, que había estado dormitando en su santuario privado, despertó cuando su comunicador personal pronunció su nombre en voz baja y suave.

—Tenéis una llamada, príncipe Xiiiiizor.

¿Era su imaginación, o el chip vocal realmente acababa de deformar su nombre exactamente igual que el del sillón que había sustituido?

Las cosas ya no duraban nada. Todo empezaba a averiarse antes de que estuviera realmente averiado. El Imperio se dirigía hacia la entropía a velocidades lumínicas.

—Pásamela. Ah, y lleva a cabo un autodiagnóstico de tu chip vocal. La proyección holográfica a pequeña escala apareció encima de su escritorio. Era uno de sus espías locales.

—¿Sí?

—Me pedisteis que os informara inmediatamente en cuanto lord Vader volviera a su castillo, príncipe. Acaba de llegar. El Príncipe Oscuro asintió.

—Muy bien. Mantén los procedimientos de vigilancia habituales.

El espía asintió y cortó la conexión. Su imagen se esfumó con un parpadeo luminoso.

Bien, así que Vader había vuelto de la guerra después de haber jugado su papel involuntario en los planes de Xizor hiriendo a Ororo allí donde más podía dolerles..., en el balance empresarial. Entre eso y la pequeña exhibición que Guri había llevado a cabo ante sus altos ejecutivos, Ororo se portaría bien, por lo menos en el futuro inmediato.

Sería mejor que esperase un poco antes de hablar con Vader. El Señor Oscuro del Sith indudablemente necesitaría algún tiempo para calmarse después del cachete asestado por el Emperador. El gran problema de Vader era que siempre se dejaba gobernar por sus emociones. Eso era un legado de su herencia de mamífero, algo que ocurría en muchas especies y que casi siempre resultaba altamente perjudicial para ellas. La frialdad permitía actuar con precisión, mientras que el apasionamiento prescindía de la cautela y se lanzaba al ataque sin pensar en nada. La frialdad implicaba el proceso de la deliberación y la planificación, mientras que la pasión carente de frenos sólo producía torpeza y errores. La pasión era útil, cierto, pero sólo cuando se hallaba adecuadamente controlada y canalizada.

Como en el caso de la princesa Leia, por ejemplo. Leia le atraía, pero Xizor la iría conduciendo hasta él despacio y con mucho cuidado, y nunca se lanzaría a alguna clase de loca persecución que le obligara a prescindir de todos sus anclajes intelectuales para navegar a ciegas por el mar del deseo. Ah, no, los falleens nunca obraban de esa manera: los falleens

siempre obraban despacio y con calma.

El frío de la calma era preferible al calor de la pasión.

Siempre.

Darth Vader estaba contemplando al espía a través de la holocámara oculta en la cabeza de un androide del servicio de limpieza callejera. El androide avanzaba por la avenida como una gigantesca babosa mecánica, dejando detrás de sí un rastro no de viscosidad sino de limpieza a medida que iba lavando la dura superficie con potentes chorros de líquido limpiador que la dejaban reluciente.

El espía de Xizor estaba sentado en la terraza de un bar, fingiendo leer un noticiario impreso y haciendo durar al máximo un ponche que ya se había enfriado hacía mucho rato.

Vader suspiró e hizo desaparecer la imagen con un gesto de la mano. El espionaje y la intriga eran asuntos realmente retorcidos y complejos, desde luego. Vader había aprendido a jugar a ese juego: era un excelente jugador, como tenían que serlo todas las personas que debían vivir en aquel mundo, pero no disfrutaba con él. Hombres como Xizor y el Emperador extraían un intenso placer de sus manipulaciones, pero Vader siempre se sentía vagamente... manchado cuando tenía que abrirse paso por aquel barrizal de engaños dobles o triples. Era un guerrero, y como tal, hubiese preferido interponerse en el camino de un ejército invasor para enfrentarse a él en solitario antes que perder el tiempo con aquel interminable despliegue de fingimientos y sonrisas mientras tramaba la ruina de un enemigo que formaba el núcleo de la actividad política del

Centro Imperial. Abatir a un hombre con tu hoja de energía era una acción limpia y honorable. Dispararle por la espalda desde la oscuridad de un callejón y salir corriendo después para colgarle el muerto a otro era algo muy distinto.

Dio la espalda a los monitores. Sí, podía hacerlo y, sí, era necesario hacerlo: aun así, eso no significaba que tuviera que gustarle.

Tarde o temprano conseguiría las pruebas que necesitaba contra Xizor. Cuanto más se enredase la telaraña, más probabilidades habría de que el tejedor terminara atrapado en ella. Xizor acabaría cometiendo algún error fatal, y cuando lo hiciera, Vader golpearía y eliminaría a Xizor..., y después le explicaría al Emperador por qué había tenido que obrar de aquella manera.

Era una idea francamente agradable.

El androide mensajero, una sólida caja de ángulos redondeados provista de una unidad antigravitatoria que le permitía flotar y moverse a un par de metros del suelo, no parecía haber sido dañado por su violenta llegada al suelo del desierto. La caja, que tenía la mitad del tamaño de Erredós, estaba suspendida en el aire delante de Luke y Dash dentro de la casa de Ben.

Pero aunque no pareciese dañado, la sacudida debía de haber afectado algún circuito en su interior.

—Tengo un mensaje para la princesa Leia Organa —dijo el androide por quinta vez.

—¿Cuántas veces he de repetirte que no está aquí? —replicó Luke—. Erredós, ¿puedes hablar con este trasto?

Erredós se acercó un poco más al androide y emitió unos cuantos pitidos y silbidos, a los que siguió un rápida sucesión de parpadeos luminosos surgidos de su holoprojector.

Hubo una pausa mientras algún sistema oculto dentro del androide llevaba a cabo unos cuantos ajustes.

—En ausencia de la princesa Leia Organa, puedo entregar el mensaje a algún representante autorizado suyo —dijo por fin.

—Vaya, parece que por fin estamos llegando a alguna parte —dijo Luke—. Entrégame el mensaje. Soy su..., eh..., su representante autorizado.

Sonrió a Dash, quien meneó la cabeza.

—¿Cuál es la contraseña? —preguntó el androide. «¿Contraseña? ¿Qué contraseña podría utilizar Leia?»

—Eh... Luke Skywalker.

—Esa contraseña es incorrecta. Dash se rió.

—Eh... ¿Han Solo?

—Esa contraseña es incorrecta.

—Me parece que nos podríamos pasar muchísimo tiempo aquí mientras le vas soltando todos los nombres que conoces, Luke.

—Cállate, ¿quieres? Estoy pensando.

—Ah, bueno. Y no queremos interferir con esos delicados procesos mentales tuyos, ¿verdad?

Luke siguió devanándose los sesos. Supuso que tenía que ser algo sencillo, algo que Leia no pudiera olvidar en ninguna circunstancia. ¿Qué era lo primero que le venía a la cabeza cuando pensaba en ella?

No, eso no.

—Eh... ¿Alderaan?

—La contraseña es correcta.

Una pequeña plancha se hizo a un lado en un flanco del androide y reveló un proyector holográfico. Una proyección holográfica surgió de él un segundo después.

Un bothano bajito, barbudo y de largos cabellos apareció ante ellos, vestido con una túnica corta y pantalones color verde bosque. Calzaba botas y llevaba un largo rifle desintegrador de modelo militar sujeto a su cintura y su pierna derecha.

—Saludos, princesa Leia. Aquí Koth Melan, hablándoos desde mi mundo natal de Bothawui. Nuestra red de espionaje ha obtenido información vital para la Alianza, y la naturaleza de esos datos es lo suficientemente significativa como para justificar el envío de este androide mensajero. Debéis venir a Bothawui inmediatamente. No estoy exagerando la importancia de esta información, creedme, ni lo apremiante de las circunstancias. El tiempo es esencial. Estaré en la Misión de Comercio Intergaláctico durante cinco días. La Alianza debe actuar dentro de ese plazo, o la información tal vez se pierda.

La proyección llegó a su fin.

—Vaya, vaya —dijo Dash—. Alguien tiene mucha prisa. Podríamos llegar a Bothawui antes de que expire su plazo si le exigiera el máximo a mi nave. Incluso ese viejo ala-X tuyo tal vez podría conseguirlo, aunque no apostaría por ello.

—Tenemos que transmitir esa información a Leia —dijo Luke.

—Ni lo sueñes, chico. No podemos usar la holored porque no sabemos dónde se encuentra exactamente. No podemos limitarnos a llamar y preguntar, ¿verdad? «Disculpe, por favor, ¿podría decirme dónde se encuentra uno de los enemigos más buscados del Imperio?»

—De acuerdo, ya lo he entendido.

—Sí, bueno... Si volvemos a Rodia, localizamos a Leia y ella va a Bothawui, habrá pasado una semana estándar como mínimo.

Luke clavó la mirada en el androide mensajero. ¿Qué iban a hacer? Aquello parecía realmente muy, muy serio.

—Bien, supongo que entonces tendremos que ir en su lugar —dijo.

—¿Por qué? El mensaje era para ella.

—Soy su representante designado. Di con la contraseña, ¿no? Sea lo que sea lo que ha averiguado ese tal Koth Melan, puede decírmelo.

—No me parece muy buena idea. ¿Crees que un súper espía bothano te va a recibir con los brazos abiertos y que te pasará toda su información secreta, así como si tal cosa? Y además hay algo en su nombre que tampoco me gusta mucho... ¿«Melan»? No es un nombre bothano.

—Nadie te ha preguntado tu opinión. Se supone que eres un guardaespaldas, ¿no? La Alianza no te importa en lo más mínimo.

—No a menos que quieran contratar mis servicios, en eso tienes toda la razón.

—Perfecto. Yo iré a Bothawui. Tú haz lo que quieras. Dash sonrió.

—Bueno, bueno. En lo que a mí concierne, vales más vivo que muerto..., así que será mejor que proteja mis honorarios. Iré a Mos Eisley en uno de los barredores y volveré con mi nave. Me reuniré contigo en órbita.

Luke asintió. Dash no le caía muy bien, pero aquel tipo era un excelente tirador, y además sabía volar. Dada su situación actual, eso contaba mucho.

—Vamos al ala-X, Erredós. Iremos a dar un paseo.

Erredós tampoco parecía pensar que fuese una idea particularmente buena.

«Pues lo siento», pensó Luke. Un Caballero Jedi nunca se quedaría tranquilamente sentado en un rincón cuando el destino de la Alianza podía pender de un hilo, ¿verdad? No. No lo haría.

—Lo ziento —dijo Evaro—. El Zol Negro no tiene por qué venir corriendo zólo porque yo ze lo diga.

Leia meneó la cabeza, sintiéndose cada vez más disgustada. Ella y Che-wie estaban en el despacho de Evaro, y el encargado del casino volvía a darles largas. Lando era tan feliz como un cerdo de los pantanos que hubiera encontrado un hermoso estanque de barro caliente, ya que estaba ganando casi todas las partidas de cartas en las que tomaba parte. Incluso Chewie parecía pasarlo bien en el casino, pero si no ocurría algo pronto, Leia no tardaría en empezar a arrancarse los cabellos. Nunca había sido el tipo de persona capaz de estar sentada mucho tiempo sin hacer nada.

—De acuerdo —dijo—. Voy a decirte qué haremos: si a finales de la semana que viene no ha venido nadie, probaremos suerte en otro sitio. Evaro se encogió de hombros.

—Como queráis.

«Por desgracia, no hay muchas probabilidades de que pueda hacer lo que quiero», pensó Leia. Lo que quería era ponerse en movimiento, estar haciendo algo, averiguar quién quería acabar con Luke y por qué. Haber preparado aquella intentona de asesinato mediante la jefe de mecánicos de tal manera que el hilo pudiera ser seguido con tanta facilidad hasta el Señor Oscuro del Sith parecía una muestra increíble de torpeza por parte de Darth Vader. Leia no tenía ninguna otra idea en cuanto a quién podía querer ver muerto a Luke, aunque era consciente de que había ocasiones en las que el que algo pareciese demasiado obvio no significaba que estuvieras ante una trampa.

Pero también había ocasiones en que ocurría todo lo contrario.

Se levantó y salió del despacho de Evaro. No tenía mucho donde elegir. Esperaría, pero no lo iba a pasar nada bien haciéndolo.

Guri se disponía a partir hacia Rodia cuando Xizor decidió hablar con ella.

—Antes de que te vayas, tengo otro trabajo para ti. En mis archivos personales hay un documento secreto identificado mediante la clave «Ruta». Ya sabes de qué se trata.

—Sí.

—Haz un duplicado de ese documento y asegúrate de que llega a las manos de nuestro agente doble bothano en Bothawui. También debes asegurarte de que sepa que somos responsables de su entrega.

Guri no dijo nada, pero Xizor pudo percibir su reluctancia.

—No lo apruebas —dijo.

—No me parece que eso sea conveniente para vuestros intereses —dijo Guri.

—Ah, pero sí lo es. Que el Sol Negro ponga esa brizna de información en las manos de la Alianza sin pedir nada a cambio hará que estén mucho más dispuestos a confiar en nosotros. En el improbable supuesto de que el Imperio llegara a perder esta guerra, la Alianza nos recordaría como amigos en vez de como enemigos.

Guri asintió. Lo entendía, tanto si estaba de acuerdo como si no.

—Alteza... —dijo, y se fue.

Xizor reflexionó en la preocupación de Guri mientras volvía a repasar su plan. La nueva información suponía una adición a los datos que ya había hecho que fuesen descubiertos por los bothanos. Existía un pequeño riesgo, desde luego, pero no era muy grande..., por lo menos teniendo en cuenta el beneficio que se podía obtener con él. El Imperio era muy poderoso, y en realidad Xizor no creía que la Alianza acabara triunfando, pero sólo los idiotas se permitían el lujo de no tomar en consideración las posibilidades más remotas. Después de todo, habían ocurrido cosas todavía más extrañas. La gente era fulminada por un rayo; los meteoritos surgían de un cielo despejado y se precipitaban sobre tu cabeza; el batir de las alas de una mariposa en la costa norte podía crear la brisa que ayudaba a girar a un tornado en la costa sur. Un jugador prudente no corría riesgos innecesarios, pero había momentos en los que era preciso dar un salto cuidadosamente calculado por encima de un gran abismo. Ése era uno de aquellos momentos y, como de costumbre, el hacerlo significaba empuñar una espada de doble filo. Si se la usaba con cuidado, heriría en ambos sentidos...

... exactamente tal como se suponía que debía hacer.

Llegar a Bothawui no resultó tan difícil, aunque las cosas se pusieron un poco complicadas cuando volvieron al espacio real. Una patrulla imperial estaba orbitando el planeta, y Luke y Dash tuvieron que llevar a cabo algunas maniobras bastante sofisticadas para poder esquivarla.

No parecía haber ninguna cuarentena en vigor, y llegaron a la superficie de Bothawui sin más problemas. Después cogieron un deslizador del transporte público para ir del puerto a la ciudad.

Luke nunca había estado en Bothawui, y le interesó mucho lo limpio y bien conservado que estaba todo en comparación con su mundo natal.

Hacía un soleado día de primavera. Había una fuerza casi simbólica de soldados de las tropas de asalto imperiales esparcida en pequeños grupos visibles aquí y allá, pero parecía como si los bothanos controlaran el puerto. Las calles eran muy espaciosas y muchos de los edificios, casi todos de gran altura, relucían con los destellos de alguna variedad de piedra natural. La mayoría de las personas que vio eran nativas del planeta, por supuesto, pero también había un considerable número de alienígenas. Teniendo en cuenta que la galaxia estaba en guerra, todo tenía un aspecto muy cosmopolita. Luke así se lo dijo a Dash.

—Sí, claro, pero no debes olvidar que aquí hay mucha actividad de espionaje —replicó Dash—. Y Bothawui es uno de los lugares de reunión favoritos de los agentes de toda la

galaxia. El Imperio tiene sus propios espías aquí, al igual que la Alianza, y entre una cosa y otra, supongo que se podría decir que han acabado decidiendo permitir que el planeta se convierta en una especie de territorio neutral.

Llegaron a la Misión de Comercio Intergaláctico, pagaron el precio de la admisión y fueron hacia la puerta.

Entrar para ver a Koth Melan resultó un poco más difícil.

El guardia bothano quería ver un pase, y no disponían de él. Luke era un hombre buscado, por lo que no le pareció que fuese muy buena idea revelar su identidad al guardia.

Quizá debería tratar de utilizar la Fuerza sobre el bothano. Luke ya había empleado los trucos de Ben en un par de ocasiones, y habían dado resultado. Además, así podría impresionar un poco a Dash.

Pero antes de que Luke pudiera recurrir a la Fuerza para influir sobre el guardia, Dash se llevó al bothano a un lado, dijo unas cuantas palabras y le metió algo en la mano.

El guardia sonrió y les saludó mientras entraban en el edificio.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Luke.

—Poca cosa. Pero esa moneda de cien créditos que le di le dijo: «Eh, tienen cara de buenas personas... ¿Qué te parece si les dejas entrar?».

—¿Has sobornado a ese guardia?

—No sales mucho de casa, ¿verdad? Así es como funcionan las cosas en la galaxia, chico: el dinero es el lubricante que hace moverse todos los engranajes. Estamos dentro, así que podemos decir que hemos empezado bien el día. El guardia le puede comprar un bonito regalo a su esposa o a su amiguita, así que él también ha empezado bien el día. Nadie ha salido perjudicado. Si nos pillan, el guardia no nos ha visto nunca. Es el precio de hacer negocios.

Luke meneó la cabeza. Pero tal vez Dash tuviera algo de razón. Luke se preguntó si dar aquellos créditos era peor que nublar la mente del guardia mediante la Fuerza. Sí, era por una buena causa y habría estado perfectamente justificado, pero ¿acaso el dar unos cuantos créditos no estaba igualmente justificado?

Tendría que pensar en ello cuando tuviera algo de tiempo.

Dash, mientras tanto, fue hacia el androide de información estacionado en el vestíbulo del edificio.

—¿Dónde podríamos encontrar a Koth Melan? —le preguntó. El androide tenía una melodiosa voz de bajo.

—Nivel dieciséis, número siete —dijo.

—Gracias.

Fueron hacia los turboascensores.

Otro androide, en esta ocasión un modelo de protocolo muy parecido a Cetrespeó, estaba sentado detrás del escritorio en la antesala del despacho donde se les había dicho que podrían encontrar a Melan. La piel metálica del androide había sido meticulosamente frotada hasta conseguir que brillara con destellos dorados.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el androide.

—Se supone que la princesa Leia ha de ver a Koth Melan —dijo Luke.

—¿Usted es la princesa Leia? Luke frunció el ceño.

—No, no soy la princesa Leia. Soy su..., su representante. Me llamo Luke Skywalker. No es que tengamos concertada una cita, al menos no exactamente, pero Melan quiere ver a la princesa Leia, así que querrá vernos.

—No creo que eso sea un corolario lógico —dijo el androide.

—Oye, límitate a decirle que estamos aquí, ¿de acuerdo?

—Me temo que no puedo dejarles entrar sin una cita. El amo Melan es un bothano muy ocupado, y no puedo molestarle por cada pequeño problema que surge. Tal vez podría concertarles una cita digamos que para... Eh... ¿Quizá dentro de una semana estándar? ¿Me dan sus nombres, por favor?

Luke estaba empezando a irritarse. ¿Cómo podían convencer a aquel androide de que debía dejarles entrar? No podían sobornarle, la Fuerza no serviría de nada...

Dash sonrió, desenfundó su desintegrador y apuntó al androide con él.

—De acuerdo, lata dorada —dijo—. Soy el Hombre Armado con un Desintegrador que Está a Punto de Freírte. O abres la puerta, o tu ocupadísimo amo bothano va a tener que buscarse un nuevo recepcionista.

—¡Oh, cielos! —exclamó el androide.

—Y nada de alarmas de seguridad —añadió Dash—. Te estoy observando con muchísima atención. Levanta, y abre la puerta manualmente.

—Muy bien, Hombre Armado con un Desintegrador que Está a Punto de Freírte —dijo el androide.

Luke y Dash intercambiaron una mirada sarcástica. A veces los androides podían tomarse las cosas excesivamente al pie de la letra.

El androide tecleó un código en el panel de control colocado al lado de la puerta interior. La plancha metálica se hizo a un lado.

—Adentro —ordenó Dash.

El androide precedió a Luke y Dash al interior de un despacho de grandes dimensiones. Sentado detrás de un escritorio, y con un muro de transpariacero a su espalda, estaba el bothano que había enviado aquel mensaje a Leia.

O por lo menos Luke pensó que era el mismo. En realidad, todos los bothanos le parecían bastante iguales.

—Lamento interrumpirle, amo Melan, pero...

—No importa, R-Cero-Cuatro. Vuelve a tu escritorio. Yo atenderé a estos caballeros.

—No tienen nada de caballeros, amo Melan —dijo el androide llamado RO-4—. Me dijeron que eran la princesa Leia. ¡Me amenazaron con infligirme graves daños físicos!

—Olvídalo, R-Cero-Cuatro. —El bothano se volvió hacia Dash—. Guarde la ferretería, Rendar. No la necesita.

Dash parpadeó, sorprendido, pero enfundó su desintegrador. El androide se fue, cerrando la puerta detrás de él. Luke dio un paso hacia adelante.

—Disculpe nuestra manera de entrar, pero teníamos que verle. Melan sonrió.

—Lo sé. Usted es Luke Skywalker, y él es Dash Rendar. Les estaba esperando. Tengan la bondad de sentarse.

Luke y Dash intercambiaron una rápida mirada.

—Tal vez debería darles alguna explicación —dijo Melan—. Hace poco me enteré de que la princesa Leia Organa ya no estaba en Tatooine, pero entonces ya era demasiado tarde para hacer volver al androide que había enviado. Su presencia en este despacho me hace suponer que conocían nuestra contraseña.

Miró a Luke.

—Conozco su reputación, y sé lo que ha hecho por la Alianza. Después se volvió hacia Dash.

—También conozco su reputación, señor Rendar, aunque me sorprende verle trabajando para la Alianza. Dash se encogió de hombros.

—No estoy trabajando para la Alianza —dijo—. Estoy trabajando para la princesa.

—Ah, bueno. Da igual. Están aquí, y ahora podemos ocuparnos de los asuntos que realmente importan.

—Ha corrido un riesgo bastante grande al dejarnos entrar de esta manera, especialmente teniendo en cuenta que ya ha visto mi desintegrador —dijo Dash—. Podríamos haber sido asesinos imperiales disfrazados.

Melan les obsequió con otra sonrisa.

—No, en realidad no. He sabido que estaban aquí desde que llegaron al espaciopuerto. Fueron sometidos a un primer examen en la entrada del edificio por el guardia al que «sobornaron», y después volvieron a ser examinados en el turboascensor e identificados sin lugar a dudas. Si hubieran sido asesinos disfrazados, habrían llegado a un nivel en el que se habrían encontrado con una docena de guardias armados cuyos desintegradores les habrían estado apuntando en cuanto se abrieran las puertas del turboascensor.

Luke y Dash volvieron a intercambiar otra rápida mirada.

—Tengo muchos enemigos —siguió diciendo Melan—. He aprendido a ser cauteloso.

Luke fue hacia uno de los sillones y se sentó en él. Dash le imitó.

—¿Y cuál es ese asunto tan importante como para que enviara un androide a Leia? —preguntó Luke.

—El Imperio se ha embarcado en un nuevo proyecto militar —dijo Melan—. Todavía no sabemos en qué consiste ni dónde se está llevando a cabo, pero sí sabemos que es algo enorme: el Emperador ha asignado inmensas cantidades de dinero, material y hombres a esta empresa secreta.

—¿Cómo ha llegado esa información a sus manos? —preguntó Luke.

—La red de espionaje bothana es la mejor de toda la galaxia —dijo Melan, y pareció como si hubiera una sombra casi imperceptible de orgullo en su voz—. Tal como ustedes pensaron

que habían hecho con el guardia de la calle, sobornamos a un alto oficial imperial. Usamos los datos que nos proporcionó para tratar de infiltrar a un androide decodificador en el complejo principal de ordenadores de Coruscant para que localizara y copiase los planos de ese proyecto secreto. Desgraciadamente, esa parte del plan fracasó.

»Lo que hemos averiguado como resultado de ese fracaso es que los planos se encuentran en ordenadores especiales superprotegidos que carecen de conexiones con el exterior. En consecuencia, no hay forma alguna de obtener esa información desde lejos mediante un sistema de comunicación, y no se puede acceder a esos sistemas salvo a través del contacto manual directo.

»A juzgar por lo poco que hemos podido averiguar sobre él, este proyecto puede suponer un gravísimo peligro para la Alianza.

Luke asintió.

—Bien, ¿y qué se supone que hemos de hacer al respecto?

—Nuestros agentes han conseguido reunir algunos datos que indican que uno de los ordenadores especiales protegidos va a ser enviado a Bothawui desde Coruscant. Creemos que hacerse con ese ordenador y extraer la información para averiguar qué anda tramando el Imperio supondría prestar un gran servicio a la Alianza.

Luke volvió a asentir.

—Sí, parece una idea muy razonable.

—Discúlpeme, pero... Bueno, ¿por qué tiene tantas ganas de ayudar a la Alianza? —preguntó Dash—. Creía que la red de espionaje bothana se limitaba a acumular y vender información, y que nunca se involucraba en los asuntos de táctica y estrategia.

El rostro de Melan se ensombreció de repente.

—Hace veinte años el Imperio ejecutó a mi padre por espionaje.

—Ése es uno de los riesgos de esta profesión, ¿no?

—Sí, y es un riesgo que asumo y acepto. Pero no todos los bothanos son espías, señor Rendar. Mi padre era profesor. Su único delito fue tratar de enseñar a sus estudiantes cómo era realmente el Imperio. Supongo que no se le habrá pasado por alto que mi nombre no termina con el «y'lya» honorífico habitual. Hasta que el Imperio haya sido derrotado, nunca podré conocer el verdadero honor.

Dash asintió.

—Eso responde a mi pregunta.

Luke pensó en sus tíos, que habían acabado convertidos en dos cadáveres humeantes entre las ruinas de la granja de Tatooine. Podía comprender sin ninguna dificultad lo que sentía Melan.

—Y yo diría que usted también tiene algunos motivos para odiar al Imperio —siguió diciendo el bothano—. Después de lo que el Emperador le hizo a usted y a su familia...

Dash apretó los dientes, y Luke vio tensarse los músculos de sus mandíbulas.

—Eso no es asunto suyo —dijo.

Luke no dijo nada, aunque la pregunta saltó inmediatamente al primer puesto de su lista

mental: «¿Qué te hicieron, Dash?».

—Si el Imperio está dispuesto a tomarse tantas molestias, será mejor que averigüemos por qué —dijo, decidiendo que no era el mejor momento para satisfacer su curiosidad—. ¿Cómo podemos llegar hasta ese ordenador?

Melan asintió.

—Nuestros agentes han logrado averiguar que el Imperio planea enviar esos planos de la manera más discreta posible: van a utilizar una nave sin escolta que fingirá ser un carguero lleno de fertilizante. Piensan que una nave de esas características no atraerá la atención de la Alianza de la forma en que lo haría un convoy fuertemente armado.

—¿Un carguero lleno de fertilizante? —preguntó Dash—. Parece un buen truco. ¿Quién querría llevarse semejante cargamento?

—Nuestros agentes nos han informado de que pronto podrán obtener la ruta de la nave. Cuando lo hagan, la nave llegará en un par de días. Hay algunos bothanos que simpatizan con la Alianza y que están dispuestos a colaborar en la captura del carguero, pero carecen de experiencia en ese tipo de operaciones. Tener un comandante con alguna experiencia en batallas espaciales al frente de su escuadrilla durante la misión les ayudaría considerablemente.

Luke sonrió.

—Ése soy yo. —Se volvió hacia Dash—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Quieres tomar parte en esto?

—¿Arriesgar mi nave y mi cuello? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Creía que querías mantenerme con vida.

—No vales tanto.

—¿Un carguero? Contra una escuadrilla de bothanos y yo pilotando mi ala-X? ¿Hasta qué punto puede resultar peligroso? Será sencillísimo. Dash pareció reflexionar en lo que acababa de oír.

—Además, si la información del ordenador es tan valiosa como parece ser, la Alianza muy bien podría estar dispuesta a entregarte una bonificación por haber ayudado a obtenerla. Podría valer unos cuantos miles de créditos, y tal vez más.

Dash le miró.

—De acuerdo. De momento no tengo otras cosas que hacer. ¿Por qué no?

Luke volvió a sonreír. Aquel tipo cada vez le recordaba más a Han.

Normalmente el Emperador se comportaba de una manera muy inteligente. Rara vez hacía algo que Darth Vader considerase particularmente desaconsejable, y mucho menos estúpido.

Pero mientras Vader permanecía inmóvil ante su dueño y señor en el castillo del Emperador, estaba pensando que su última muestra de retorcimiento encajaba perfectamente dentro de aquella última categoría: era una estupidez..., y además podía llegar a ser muy peligrosa. Nunca se atrevería a decirlo en voz alta, desde luego —ni a la cara del Emperador ni a su espalda—, pero el Emperador no era tan poderoso como para ser capaz de leer los pensamientos. Eso era una suerte, porque de haber podido hacerlo entonces seguramente destruiría a Vader allí mismo para castigar la opinión que le merecía su locura.

«Aunque después de todo —pensó Vader mientras contemplaba a su señor—, si pudiera leer los pensamientos, el Emperador probablemente nunca habría llegado a concebir este plan.»

—¿Lo desaprobáis, lord Vader?

—No soy quién para hacerlo, mi señor.

—Muy cierto.

Más tarde, mientras volvía caminando a su castillo, Vader empezó a pensar en cuál iba a ser su respuesta a aquel nuevo gambito. Parecía haber muy poco que pudiera hacer salvo estudiar la situación. Tendría que permanecer inactivo y observar.

Y eso no mejoró en nada su estado de ánimo, que ya era considerablemente sombrío.

Luke y Dash viajaron con Koth Melan a bordo de su deslizador de superficie particular hasta una base escondida en las montañas que se encontraba a dos horas estándar de trayecto desde la ciudad. Allí conocieron a los pilotos y oficiales de armamento de la escuadrilla bothana e inspeccionaron sus naves.

La escuadrilla estaba formada por una docena de aparatos del modelo BTL-S3: eran alas-Y de dos asientos, la nave de ataque más común en la Alianza. No podían alcanzar velocidades tan elevadas como los alas-Y o los TIE y no tenían tanta potencia de fuego, pero eran muy sólidos y podían aguantar un considerable castigo. No eran ni las naves más modernas disponibles ni las que mejor se comportaban en el vacío espacial, pero aun así no deberían tener ningún problema a la hora de capturar a un carguero sin escolta. Todos los aparatos llevaban los colores y los códigos de identificación de la Alianza.

—Un montón de antiguallas —dijo Dash—. Si quieres ir un poco más deprisa que un androide con una pierna rota, probablemente tendrás que bajarte y empujar.

Luke le ignoró.

—¿Cuentan con unidades de astronavegación para todos esos aparatos? —le preguntó al jefe de la escuadrilla.

El jefe, un bothano que parecía tan joven para su especie como Luke lo era para la suya, asintió.

—Sí, disponemos de androides. Y todas las naves cuentan con cañones láser Taim & Bak IX-Cuatro alimentados por generadores No-valdex estándar. Por desgracia, no disponemos de torpedos protónicos para los lanzadores Arakyd.

Luke se encogió de hombros.

—No importa. De todas maneras no deseamos destruir el carguero, sino que queremos capturarlo intacto y de una sola pieza. ¿Cuántas horas de vuelo ha acumulado su escuadrilla?

—Me temo que no muchas. La mayoría de nosotros somos relativamente novatos, y sólo hemos volado unas cien horas o menos en esos pájaros. Pero los chicos aprenden deprisa y los artilleros son bastante buenos, aunque no hemos tenido ocasión de practicar demasiado.

No era una buena noticia.

—Disponemos de unos cuantos días antes de que nos proporcionen las coordenadas de nuestro objetivo —dijo Luke—. Quizá podamos encontrar un sitio donde llevar a cabo algunas maniobras.

—Nos encantaría, comandante Skywalker. La escuadrilla está a su disposición.

Luke sonrió. «Comandante Skywalker...» Seguía gustándole cómo sonaban esas dos palabras. Ya podía ver cómo se convertían en coronel Skywalker y general Skywalker. Luke se dijo que ser general seguramente no interferiría demasiado con su adiestramiento Jedi. Después de todo, Ben había sido general, ¿no?

Pero ese camino tendría que ser recorrido más tarde. Primero había que ocuparse del carguero, y luego había que rescatar a Han. Eso podía ser bastante duro, pero capturar un carguero lleno de estiércol... Bueno, Luke estaba seguro de que un par de días bastarían para poder poner en forma a aquellos chicos.

Leia estaba pensando en introducir una moneda de crédito dentro de una de las máquinas de apuestas trucadas. Estaba tan aburrída que se sentía dispuesta a probar suerte.

Evaro fue hacia ella.

—Acabo de recibir una transmisión de fuera del planeta —dijo—. La representante del Sol Negro viene hacia aquí. Llegará dentro de tres días.

Leia se sintió invadida por un inmenso alivio. «Gracias al cielo...» Y un instante después, mientras Evaro se alejaba con su caminar pesado y bamboleante, pensó en lo que acababa de decirle. ¿La representante llegaría dentro de tres días?

¿Una mujer?

Bueno, ¿y por qué no? No había ninguna regla que dijera que una mujer no podía ser una criminal.

En cierta manera, que el Sol Negro pudiera estar representado por una mujer casi hizo que Leia sintiera una especie de perverso placer. Y además, ya iba siendo hora de que llegara de

una vez.

El agente al que estaban esperando llegó a la base secreta de Bothawui tres días después de que lo hicieran Luke y Dash. Koth Melan acompañó al agente hasta una sala privada, y los cuatro se sentaron alrededor de la mesa.

—Aquí están las coordenadas del plan de vuelo —dijo el agente, sacando un diminuto ordenador de su bolsillo y colocándolo sobre la mesa.

—¿Han obtenido algún dato más sobre la naturaleza del proyecto? —preguntó Melan.

—Ni siquiera rumores. Parece que de repente todo el mundo ha decidido mantener la boca más cerrada que las valvas de una almeja corelliana.

—Lástima.

El agente parecía idéntico a todos los bothanos que Luke había visto hasta aquel momento: bastaría con introducirlo en una multitud para que desapareciese.

—¿Cree que esas coordenadas son válidas? —preguntó Melan, señalando el pequeño ordenador con una inclinación de cabeza.

—Sí. Las recibí de nuestro contacto del bajo mundo. Nunca nos ha entregado información falsa.

—¿Su contacto del bajo mundo? —preguntó Luke.

—Me refiero al Sol Negro —dijo el agente. Luke y Dash intercambiaron una rápida mirada.

—¿El Sol Negro? —exclamó Luke.

—Parece ser que esa organización está intentando quedar bien con la Alianza —explicó Melan—. Ya nos han proporcionado datos bastante valiosos en varias ocasiones. Creo que piensan que la Alianza ganará la guerra contra el Imperio.

—Deben de ser los únicos —dijo Dash.

Melan le miró fijamente durante unos momentos, pero por lo demás ignoró sus palabras.

—Al igual que ocurre en la política, a veces la guerra crea extraños compañeros de cama —dijo después—. Hay que utilizar las herramientas de que dispones.

Luke meneó la cabeza.

—No me gusta —dijo—. Deben de esperar algo a cambio.

Y el que Leia estuviera tratando de establecer contacto con el Sol Negro casi en el mismo instante en que la organización criminal decidía entregarles una información que no tenía precio parecía una coincidencia bastante increíble. Había algo que no encajaba en todo aquello.

—No han pedido nada.

—Todavía —dijo Dash.

—De acuerdo —replicó Luke—. Olvidémonos de eso por ahora. Si esta información es correcta, ¿cuánto falta para que debamos iniciar los preparativos del despegue?

—Su escuadrilla de voluntarios ya ha sido puesta en estado de alerta —dijo Melan—. Estaremos en posición dentro de menos de tres horas estándar para establecer contacto con el carguero.

—¿«Estaremos»?

—Yo iré con ustedes —dijo Melan—. Si Dash Rendar tiene espacio a bordo de su nave, podría...

Dash obsequió al bothano con una lánguida sonrisa llena de malicia.

—No hay problema. ¿Sabe cocinar? Quizá me apetezca un bocado cuando nos hayamos apoderado del carguero.

—Dudo que vayamos a tener tiempo de comer —dijo Luke.

—Tú tal vez no, chico, pero yo puedo pilotar y comer al mismo tiempo.

Luke no tuvo más remedio que sonreír. Aquel tipo era tan vanidoso que cualquier día reventaría en una explosión de puro orgullo y acabaría esparcido por toda la galaxia.

—Será mejor que vayamos a nuestras naves —dijo. Dash se llevó la mano a la frente en una sarcástica parodia del saludo militar.

—A sus órdenes, mi comandante.

Había llegado el momento de entrar en acción.

Luke guió a la docena de alas-Y en una trayectoria de alejamiento del planeta que los llevaría hacia la zona de sombra para los sensores proyectada por la luna local, lo que les ayudaría a esquivar a las patrullas imperiales. La formación estaba un poco dispersa, pero los bothanos volaban bastante bien para ser un grupo de pilotos que sólo había pasado un tiempo mínimo a bordo de sus aparatos. Si hubiesen tenido que enfrentarse a la mejor ala de cazas TIE de la flota imperial, Luke habría estado mucho más nervioso, desde luego, pero deberían ser capaces de ayudar a rodear un carguero y detenerlo.

Las coordenadas y el momento del encuentro se estaban aproximando, y Luke concentró toda su atención en la emboscada.

Dash pilotaba su nave cromada detrás de él, casi invisible contra el telón de fondo del espacio desprovisto de aire, con Koth Melan como pasajero.

—Mantened la formación, chicos —dijo Luke por su comunicador—. Ya casi hemos llegado. Y ahora quiero oír vuestras voces, Escuadrón Azul.

Los pilotos de los alas-Y fueron acusando recibo de sus órdenes. Luke había decidido no complicar las cosas: cada nave tenía un número, y había bautizado al escuadrón con un color.

—Recibido —dijo Luke—. Ya hemos llegado. Adoptad las posiciones prefijadas.

El Escuadrón Azul obedeció y las naves se detuvieron en el vacío. Los alas-Y quedaron suspendidos en el centro de la nada, esperando. Si la información era correcta, el carguero debería surgir del hiperespacio a menos de cien kilómetros delante de ellos...

El piloto del carguero no debía de haber oído la alarma de su cronómetro. La nave volvió al espacio real, sí, pero a sólo cincuenta kilómetros de distancia.

Era un carguero ligero corelliano de un modelo muy corriente, aunque su configuración era distinta de la del *Halcón Milenario*. En vez de la estructura principal en forma de plato con el morro doble y la carlinga de control sobresaliendo de ella, aquella nave era un óvalo alargado con los extremos recortados y un compartimiento de carga rectangular que podía desprenderse

suspendido debajo del casco. Su forma general sugería el esquema simplificado de un desintegrador gigante.

—Abrid bien los ojos, Escuadrón Azul: allí está nuestro objetivo. ¡Formación de ataque!

La nave surgió del hiperespacio moviéndose a una velocidad relativamente reducida, pero al estar más cerca de lo previsto no dispondrían de mucho tiempo. Luke sintonizó un canal de operaciones estándar y dirigió el haz de transmisión hacia el carguero.

—Atención, carguero *Suprosa*, atención: aquí el comandante Skywalker de la Alianza —dijo—. Apaguen sus motores y prepárense para ser abordados.

Si todo iba según lo planeado, Koth Melan, que llevaría un traje de vacío, sería escoltado a bordo del carguero por un par de guardias y unos técnicos que también viajaban en la nave de Dash. Entrarían y saldrían en cuestión de minutos. "

—Aquí el capitán del carguero *Suprosa*. ¿Están locos? —llegó la contestación a través del comunicador—. ¡Transportamos fertilizante! ¿Qué clase de piratas son ustedes?

—No somos piratas. Como ya le he dicho, somos combatientes de la Alianza..., y quizá tengamos un jardín muy grande que abonar. Apague los motores y nadie saldrá herido, capitán.

Hubo un largo silencio. Cabía la posibilidad de que el piloto no supiera qué transportaban, pero Luke no lo creía. Si no lo sabía, no tendría ninguna objeción a ser abordado. Si lo sabía...

—Oiga, amigo, tengo un contrato con los chicos de STX y he recibido órdenes de entregar mi cargamento al agente de Bothawui. ¿Por qué no se va a estropearle el día a alguien que esté haciendo contrabando de armas, especia o lo que sea?

—O apaga los motores ahora mismo o lo haremos nosotros por usted y a cañonazos, capitán. Algunos de mis artilleros son capaces de arrancar una mosca de una pared con sus baterías láser.

Bueno, siempre cabía la posibilidad de que pudieran hacerlo..., aunque Luke nunca había visto disparar tan bien a ninguno de ellos durante las maniobras. Aun así, el piloto del carguero no lo sabía,

Y de repente el carguero se desprendió de su módulo de transporte, aceleró y viró hacia estribor.

Iba a tratar de huir.

Luke volvió a utilizar el canal de operaciones interno.

—Tendremos que hacerlo al viejo estilo, chicos —dijo—. ¡Disparad únicamente contra los motores! Si no estáis seguros de que acertaréis, no abráis fuego: no queremos que ese carguero acabe hecho pedazos. ¡Adelante!

La distancia que se interponía entre el Escuadrón Azul y el carguero fue disminuyendo muy deprisa. Aquel intento de huida era una auténtica estupidez: su objetivo estaba desarmado, y además era mucho más lento que los alas-Y. Si querían freír al capitán, éste ya podía resignarse a ser su cena..., y el capitán tenía que saberlo.

El carguero intentó seguir una trayectoria en ángulo recto con los cazas que se aproximaban, pero ya casi estaban encima de él. Luke encabezaba la formación: su nave era más rápida que los alas-Y y sólo harían falta un par de andanadas para destruir los motores,

siempre suponiendo que el carguero no contara con escudos más potentes de lo habitual.

Dos segundos más...

Erredós emitió un estridente silbido electrónico.

«Oh, oh...»

Lo que acababa de oír no le había gustado nada.

—Ponlo en la pantalla, Erredós —dijo.

La imagen del carguero apareció en la pantalla de Luke.

Unas luces rojas que se encendían y se apagaban habían aparecido de repente allí donde antes sólo había cuatro secciones de casco perfectamente lisas. Dos puntos luminosos más brillaban con destellos azules. Unas planchas acababan de hacerse a un lado en los flancos del carguero para revelar armas ocultas.

—¡Atención todo el mundo: ese trasto tiene dientes! Hay cañones láser a proa y a popa, y estoy viendo dos protuberancias que parecen lanzadores de cohetes ventrales y dorsales. ¡Tened mucho cuidado!

Luke hizo virar su ala-X en el mismo instante en que el láser de proa del carguero abría fuego. El haz de energía pasó lo bastante cerca de él para saturar de estática su comunicador.

Un ala-Y, el Azul Cuatro, se lanzó sobre el carguero y centró sus miras en el compartimiento motriz. Luke vio cómo el haz disparado por el caza se esparcía sobre el objetivo, pero la nube de claridad azulada que surgió de la nada en el punto del impacto reveló que el carguero poseía escudos reforzados.

Aquella nave no iba a ser una presa tan fácil después de todo.

El haz del cañón láser del carguero logró centrarse en el Azul Cuatro, y la nave estalló en el vacío.

¡Esas malditas baterías láser debían de tener muchos vatios detrás de ellas!

—¡Romped la formación, trazad un círculo y reagrupaos! —gritó Luke por su comunicador.

Azul Dos interrumpió su trayectoria de ataque cuando ya casi estaba encima del carguero.

Demasiado tarde. Azul Dos pasó a ser historia entre un estallido de restos metálicos.

Cuatro naves bothanas se alejaron en una formación bastante bien organizada, con Dash pilotando el *Jinete del Espacio* junto a ellas.

Luke estaba lo bastante cerca del carguero para poder ver cómo el lanzador dorsal emitía una nube de gas que se cristalizó en el espacio y empezó a relucir bajo la luz del sol local.

—¡Ha lanzado un cohete! —gritó Luke.

—Lo veo —dijo Dash—. Voy a convertir en chatarra a ese clavo.

Luke vio cómo la nave de Dash giraba y oscilaba por el espacio, y sus cañones robóticos empezaron a escupir haces coherentes de energía. Luke no podía ver el cohete, pero vio cómo Dash proseguía su ataque y el deslumbrante rociado de lanzas de luz concentrada que brotaban de sus cañones.

—¡Condenación! —dijo Dash—. ¡Tengo que estar dándole! ¿Por qué no se para?

—¡Sal de ahí, Dash! —gritó Luke.

—Oh, calla, lo tengo, detente, maldito montón de chatarra, detente...

—¡Lárgate de ahí!

—¡No, acabaré con él!

—¡Impacto inminente! —chilló Azul Seis—. ¡Dispersaos!

Los cuatro cazas intentaron disolver su formación, separándose como dedos de un puño que se abriera.

Pero ya era demasiado tarde.

El cohete estalló entre ellos, y cuando el resplandor de la detonación se hubo disipado, las cuatro naves, con ocho bothanos a bordo, habían desaparecido.

—No puedo haber fallado —dijo Dash con incredulidad—. No puedo haber fallado, es imposible...

La ira se adueñó de Luke. Hizo virar el ala-X y lo lanzó en un vector directo hacia el carguero. Seis naves de su escuadrón habían sido destruidas en cuestión de segundos... Y Dash, el gran piloto Dash, había metido la pata hasta el fondo de un agujero negro. Si no hubiera sido por el precio pagado en vidas, Luke habría pensado que aquel fanfarrón acababa de recibir su merecido. Si había dudado de que los tripulantes del carguero supiesen qué transportaban, esas dudas ya se habían esfumado por completo.

Luke estaba demasiado enfurecido para utilizar la Fuerza. Ignoró los haces de energía que venían hacia él, ignoró la cacofonía de silbidos y gemidos electrónicos producida por Erredós... Luke lo ignoró todo salvo el compartimiento motriz del carguero que tenía debajo de las miras de sus cañones. Disparó. Disparó una y otra vez. Vio cómo el campo de energía iba cediendo bajo su ataque. Después vio cómo el compartimiento motriz se iba agrietando poco a poco, para acabar escupiendo humo y un fogonazo rojo y púrpura cuando sus haces láser lo consumieron hasta dejarlo totalmente inutilizado.

—No puedo haber fallado —dijo Dash.

Parecía aturdido, como si no entendiera qué había pasado.

—Basta ya, Dash —le ordenó Luke—. Ya es demasiado tarde para preocuparse por eso. Prepárate para acercar tu nave al carguero. Después cambió de canal.

—Sus motores han quedado destruidos, capitán, y si disparan otro cohete o lanzan otra andanada láser, usted y su tripulación compartirán su destino —le dijo al carguero—. ¿Ha recibido mi transmisión?

Hubo una breve pausa.

—Sí, la he recibido.

—A partir de ahora se les considerará prisioneros de guerra. Prepárense para ser abordados. Si valoran en algo sus vidas, será mejor que se mantengan alejados de su verdadero cargamento. Si le ocurre algo, lo pagarán.

Luke cortó la comunicación. Oh maldición... Había perdido a la mitad de su escuadrón. Tendría que haber comprendido que aquello era demasiado fácil para ser verdad. Una docena de bothanos habían muerto para que pudieran hacerse con aquella nave y el ordenador que transportaba. Tendría que haber estado preparado para enfrentarse a alguna clase de trampa. Tendría que haber sabido que no se podía confiar en el Imperio. Tendría que haberse dado

cuenta de que a Dash se le daba mucho mejor el hablar que el actuar.

Era un pésimo comandante. Cada vez que salía al espacio, perdía a alguien..., y no había nadie más a quien poder culpar de aquello. Sí, Dash le había fallado, pero la responsabilidad recaía en Luke porque él era el comandante de la misión. Había creído que todo sería tan fácil... «Resultará sencillísimo», le había dicho a Dash.

Sí. Demasiado orgullo, demasiada confianza en sí mismo... Estaba excesivamente seguro de que la Fuerza le mostraría el camino adecuado. No podía estar más equivocado.

A cierto nivel, eso le enfurecía. La Fuerza no siempre venía cuando la necesitaba.

Pero si lo necesitabas, el lado oscuro estaría allí. Siempre estaría allí...

«Oh, no, nada de eso. Olvídalo. Ni se te ocurra pensar en ir por ese camino.»

Pero resultaba muy tentador. Todo ese poder... Luke lo había sentido.

Meneó la cabeza. Fuese lo que fuese, esperaba que lo que hubiera en el ordenador que transportaba ese carguero valiera el precio que habían tenido que pagar por él. Más valdría que así fuera.

Evaro envió a un ayudante para avisarles de que la representante del Sol Negro ya había llegado. Se ofreció a proporcionarles una sala de reuniones, y Leia rechazó cortésmente su oferta. Había hecho que Lando alquilara unas habitaciones a dos casinos de distancia de allí, y Lando y el androide las habían inspeccionado meticulosamente hacía poco en busca de sistemas de espionaje. Su confianza en Evaro estaba severamente limitada.

—Dile que se reúna con nosotros en el Próxima Vez —le dijo al ayudante, quien se fue después de hacerle una reverencia.

Leia fue en busca de Chewie, que estaba jugando una partida con Cetrespeó en un tablero holográfico después de que los otros jugadores del casino hubieran sido convencidos de que era mucho más prudente dejar ganar al wookiee que derrotarlo.

—Vamos, chicos. Tenemos compañía.

Chewie y Cetrespeó se levantaron, y los tres salieron del casino.

Lando ya estaba yendo hacia sus habitaciones alquiladas para llevar a cabo otra rápida inspección y adoptar algunas medidas elementales de seguridad. Estaría escondido y con su desintegrador desenfundado cuando apareciera la representante del Sol Negro. Chewie vigilaría la puerta desde el pasillo, y Cetrespeó se quedaría con Leia.

El día ya se había ido oscureciendo con el comienzo del anochecer, aunque seguía casi tan cálido y húmedo como antes, y las fachadas de los casinos tal vez no habrían parecido tan viejas y sucias de no ser por la potente iluminación instalada en los exteriores. Tubos de plástico transparente llenos de gases electrorreactivos que relucían con una docena de colores distintos, la mayoría de ellos chillones, proyectaban sombras y reflejos multicolores en todas direcciones. Las luces encajaban a la perfección con el resto del lugar: todo lo que había en aquel complejo parecía artificial, e incluso el césped y los matorrales creados mediante la bioingeniería tenían aspecto de ser falsos.

Alguien gritó en algún lugar de la oscuridad. Leia oyó un estrépito de botas lanzadas a la carrera al que siguieron más gritos enronquecidos. Acarició la culata de su desintegrador, escondido en una funda debajo de la cinturilla de sus pantalones. Incluso con la imponente presencia de Chewie alzándose sobre ella, Leia se sentía mejor sabiendo que tenía un arma. Las noches de aquel lugar eran tan peligrosas como una escaramuza con el Imperio. A veces quienes habían perdido grandes sumas de dinero en los casinos se dejaban dominar por la desesperación. El noticiero local informaba del número de asesinatos cada mañana en su última página: un asesinato tenía que ser particularmente horripilante o espectacular para lograr aparecer en primera plana.

Aun así, consiguieron llegar al Próxima Vez sin ningún incidente y fueron directamente a sus habitaciones.

Lando les recibió en la puerta, el desintegrador en la mano, apenas llamaron al timbre.

—¿Todo listo?

—Sí —dijo Lando, y movió la mano en un gesto que abarcó toda la sala de reuniones. Había un escritorio con un ordenador colocado en un extremo de la habitación, dos sofás, tres sillas y una mesita. Un bar y una pequeña nevera ocupaban el rincón de enfrente de la puerta. Dos puertas correderas llevaban a la unidad sanitaria y el dormitorio contiguo—. Estaré detrás de la puerta del dormitorio —siguió diciendo Lando—. He decidido esconderme allí por si la representante del Sol Negro necesita usar la unidad sanitaria.

—Muy bien. Tú te ocuparás del pasillo, Chewie. Chewbacca asintió y salió al pasillo, con su arco de energía a la espalda.

—Y en cuanto a ti, Cetrespeó, te pondrás al lado del bar.

Leia fue hacia el escritorio y se sentó detrás de él, pensando que sería mejor que intentara mantener la impresión general de que aquello era un asunto de negocios. Se sentó, hizo una profunda inspiración y dejó escapar el aire.

Había conocido a altos cargos, generales y líderes planetarios de la Alianza, así como a gobernadores imperiales y senadores, por lo que el rango no la asustaba. Pero nunca había mantenido una reunión cara a cara con una figura tan importante del bajo mundo..., o por lo menos, no que ella supiera. Estaba un poco nerviosa. No tenía una idea muy clara de con qué iba a encontrarse.

Chewie emitió un gruñido wookiee desde el pasillo.

Al parecer su visitante acababa de llegar.

—Hazla entrar —dijo Leia. La puerta se abrió.

El ordenador tenía el tamaño de un maletín. Era negro y casi totalmente liso salvo por un panel de control que se extendía a lo largo de un canto. Kofh Melan podía sostenerlo sobre las palmas de sus manos sin ninguna dificultad.

Se encontraban a bordo del *Jinete del Espacio*, en la sala de descanso de la nave. Dash estaba recostado en un sillón, con los ojos clavados en la pared y sin decir nada. Aún no había superado el no haber podido detener el cohete que había destruido a cuatro alas-Y. Por mucho que Luke hubiera deseado ver cómo le bajaban los humos, ésa no era la forma en que habría querido que se hiciera. Por mucho que le hubiera afectado el descubrir que no era tan bueno como creía ser, al menos Dash estaba vivo..., algo que no se podía decir de más de la mitad de su unidad de ataque.

Luke también guardaba silencio, pero su mirada estaba clavada en el pequeño ordenador. No sabía qué información contenía pero, fuera la que fuese, esperaba que mereciese haber pagado un precio tan elevado en vidas.

—¿Puede acceder al programa? —preguntó. Melan meneó la cabeza.

—No. Estará codificado y protegido por un sistema de destrucción automático. Sólo un

experto puede abrirse paso a través de ese tipo de defensas. Nuestro mejor equipo se encuentra en Kothlis, un mundo-colonia bothano a unos cuantos años luz de aquí. Lo llevaremos allí y averiguaremos qué tenemos entre manos.

—Me gustaría ir —dijo Luke.

—Por supuesto. Le daré las coordenadas, y no tendrá ninguna dificultad para llegar hasta allí en su ala-X.

—¿Dash?

Dash no respondió y siguió con los ojos clavados en la nada. Lo ocurrido parecía haberle afectado terriblemente. Luke incluso sintió pena por él.

—Dash... —repitió.

Dash parpadeó, como si saliera de un trance.

—¿Eh?

Luke ya lo había visto antes: fatiga de combate.

—¿Cree que tendremos algún problema con los imperiales durante el trayecto hasta Kothlis? —preguntó, volviéndose hacia Melan. Melan se encogió de hombros. \

—¿Quién puede saberlo? Es posible.

—Me estaba preguntando si su organización podría localizar a la princesa Leia.

—Ayer estaba en el casino de Evaro, el Gran Sook, en el complejo de juegos de azar de Rodia.

Luke meneó la cabeza. Aquellos tipos eran realmente buenos. Miró a Dash. No podía llevárselo consigo..., no en su estado actual. Estaba demasiado trastornado.

—Dash...

—Lo tenía en mis puntos de mira —dijo Dash—. No puedo haber fallado.

—¡Dash!

—¿Eh? ¿Qué?

—Ve a Rodia. Encuentra a la princesa Leia y cuéntale lo del ordenador y los planos secretos. ¿Lo has entendido?

—Debería ir contigo.

—No, es más importante que encuentres a la princesa. Luke tenía la sensación de estar hablando con un niño. Dash parpadeó y miró fijamente a Luke.

—Muy bien. Rodia. Planos. Lo he entendido.

—Nos reuniremos luego —dijo Luke—. ¿De acuerdo?

—Me reuniré contigo luego. Aja.

—Podrás hacerlo, ¿verdad?

—Sí.

Luke se volvió hacia Melan, que estaba contemplando a Dash con una mezcla de tristeza y simpatía.

—Es la guerra —dijo Melan—. Siempre hace que ocurran cosas terribles.

Luke asintió. El Imperio también tendría que responder de aquello.

Fuera lo que fuese lo que hubiera estado esperando, Leia pensó que Guri no se parecía en nada a ello.

La mujer del Sol Negro era asombrosa e impresionantemente hermosa, con una larga cabellera rubia y una silueta esbelta y elegante. Llevaba una corta capa negra sobre unas mallas negras y unas botas de media caña, con un cinturón de rugoso cuero rojizo colocado bastante bajo sobre sus caderas. Si llevaba algún arma, Leia no consiguió localizarla. Se movía con la gracia de una bailarina profesional.

Guri se sentó delante de Leia y sonrió. Cuando habló, lo hizo en un tono de voz fríamente impasible.

—¿En qué podemos serle útiles, princesa?

Leia contuvo una sonrisa. Aquella mujer no se andaba con rodeos. Pero Leia llevaba demasiado tiempo en el mundo de la diplomacia para revelar lo que deseaba a una desconocida en los primeros momentos de la conversación. Antes tenía que haber unos cuantos movimientos rituales, algunas fintas y pistas falsas. Nadie saltaba de un acantilado a unas aguas desconocidas, porque podía haber criaturas muy peligrosas acechando debajo de la superficie. Examinar cuidadosamente el sitio en el que ibas a meterte antes de hacerlo siempre era una buena idea. Leia no sabía nada sobre aquella rubia de aspecto gélido: ignoraba cuál era su posición dentro de la organización, cuáles eran sus objetivos y qué quería el Sol Negro de aquellos con los que trataba. La Alianza no estaba dispuesta a establecer ningún tipo de asociación con unos criminales, Pero Leia estaba decidida a emplear todos los ojos y los oídos que necesitara para mantener con vida a Luke sin importarle a quién pertenecieran, y además en aquella reunión no representaba a la Alianza..., aun-que eso se lo guardaría para sí misma.

—Tengo entendido que el Sol Negro posee un servicio de inteligencia de primera categoría —dijo.

Los labios de Guri se curvaron en una fugaz sonrisa.

—Nos enteramos de algunas cosas de vez en cuando.

—¿Desea tomar algo? —preguntó Leia, señalando a Cetrespeó y el bar con una inclinación de cabeza.

Guri volvió la mirada en esa dirección.

—Té, si no es demasiada molestia. Caliente. Leia miró a Cetrespeó.

—Y lo mismo para mí, por favor.

—De inmediato —dijo Cetrespeó, y empezó a preparar el té.

—¿Ha tenido un viaje agradable? —preguntó Leia. Guri volvió a sonreír.

—Mucho. Confío en que Evaro habrá hecho que su estancia aquí resultara igualmente agradable.

Bueno, por lo menos Guri sabía cómo jugar a aquel juego. Durante los últimos meses Leia siempre había estado rodeada de hombres y alienígenas del sexo masculino, por lo que llevaba bastante tiempo sin tener ocasión de sentarse a charlar con otra mujer. Tomarían el té, bailarían su danza diplomática y, poco a poco, irían avanzando cautelosamente hacia los

asuntos realmente importantes de los que debían hablar. Al igual que ocurría en las partidas de Lando, siempre era más prudente mantener escondida tu mano hasta que tuvieras una cierta idea de qué cartas tenían los otros jugadores.

El té llegó y fue consumido y la conversación siguió siendo insustancialmente cortés y, aunque no había nada que Leia pudiera identificar claramente, empezó a tener la impresión de que había algo extraño en Guri. No sabía por qué, pero Guri la ponía nerviosa. Era cortés y muy educada, y estaba dispuesta a seguir los movimientos de Leia en el juego al que estaban jugando y, a pesar de todo eso, Leia descubrió que quería librarse de su visitante lo más pronto posible.

¿A qué podía deberse eso?

Hasta el momento ni siquiera se habían aproximado al tema de Luke y Leia tendría que acabar llegando a él..., pero todavía no. No hablaría de Luke hasta que tuviese un poco más claro qué era lo que encontraba tan vagamente inquietante en aquella mujer del Sol Negro.

—Estamos más que dispuestos a ayudar a la Alianza —dijo Guri, recostándose en su sillón. Parecía tan relajada... De hecho, estaba mucho más relajada de lo que se sentía Leia en aquellos momentos—. No nos disgustaría que el Imperio perdiese esta guerra y que la Alianza se hiciera con el poder.

—La Alianza podría ser peor que el Imperio en lo que concierne a las organizaciones criminales —dijo Leia. «Vamos a ver qué me responde a eso...» Guri se encogió de hombros.

—La verdad es que el Sol Negro siente cada vez menos interés por las actividades ilegales. Actualmente la mayor parte de nuestros ingresos procede de inversiones en industrias y actividades estrictamente legales. Dentro de nuestra organización hay muchas personas que desearían convertir el Sol Negro en una corporación respetuosa de la ley que pueda prescindir por completo de la clandestinidad. Pero eso resultará bastante difícil mientras sigamos teniendo que cargar con el peso que supone el Imperio. Con la Alianza, la transición tal vez sería más fácil de llevar a cabo.

«Buena contestación», pensó Leia.

—Y, como ya he dicho, simpatizamos con la Alianza. Les... Les hemos ayudado en un cierto número de ocasiones. De hecho, hace poco ayudamos a la Alianza a obtener los planos de un proyecto de construcción imperial supersecreto a través de la red de espionaje bothana.

—¿De veras? No lo sabía.

—Es algo muy reciente. Las noticias todavía no han tenido tiempo de llegar hasta aquí.

«Hmmm.» Leia se recostó en su asiento e intentó imitar la postura relajada y segura de sí misma de Guri. Aquello merecía ser investigado. Estaba prácticamente segura de que si el Sol Negro había entregado algo de gran valor a la Alianza, pediría alguna cosa a cambio..., y si no lo hacía inmediatamente, lo haría dentro de algún tiempo.

Guri se inclinó hacia adelante.

—Siento tener que preguntarle si sería posible continuar con esta reunión más tarde —dijo—. Tengo asuntos urgentes que atender en una de las lunas locales, y me temo que falta muy poco para mi ventana de lanzamiento.

—Por supuesto —respondió Leia.

Que Guri realmente tuviera asuntos urgentes que atender o no carecía de importancia. Si esos asuntos existían, entonces podría ocuparse de ellos. Si no existían, entonces el acortar la reunión era un gambito, y Leia aceptaría la jugada para averiguar adonde acababa llevando.

—Quizá podríamos volver a hablar dentro de... ¿Digamos tres o cuatro días?

—Esperaré con impaciencia ese momento —dijo Leia, sonriendo.

Guri se levantó, incorporándose con un movimiento tan fluido como el de una acróbata en perfecta forma física. Sonrió, se despidió de Leia con una inclinación de cabeza casi tan rígida como una reverencia militar y se fue.

Lando y Chewie entraron en la habitación después de que la mujer del Sol Negro se hubiera ido.

—¿Qué opináis? —preguntó Leia.

—Que esa mujer es realmente increíble y conoce muy bien su oficio —dijo Lando—. Podrías ponerle un montón de cubitos de hielo encima de la cabeza y no se derretirían. Iba desarmada, a menos que llevara escondida un arma en algún sitio donde no la he podido detectar. Y también es muy atractiva, pero había algo en ella que no me ha gustado demasiado..., aunque no sé qué es.

Leia asintió. Se alegraba de que Lando lo hubiera notado.

—¿Cetrespeó?

—No he podido identificar su acento —dijo el androide de protocolo—, lo cual resulta decididamente extraño, dada mi amplia experiencia en lenguajes. Su básico era impecable y su dicción muy precisa, pero me temo que no puedo decirles cuál es su planeta de origen.

Chewie dijo algo.

Nadie habló durante unos momentos.

—Bueno, ¿alguien va a decirme qué ha dicho? —acabó preguntando

Leia. »

Cetrespeó fue el primero en hablar.

—Chewbacca dice que la mujer le ha puesto muy nervioso.

—No ha dicho que le pusiera muy nervioso —intervino Lando—. Sólo ha dicho que le ponía nervioso.

—Discúlpeme —dijo Cetrespeó—. He inferido el modificador a partir de su tono de voz. La lengua de los wookies permite ese tipo de matices.

—Oye, ¿estás diciendo que no hablo bien el wookie? —preguntó Lando.

—No volváis a empezar. Con «muy» o sin «muy», hay poquísimas cosas que puedan poner nervioso a un wookie..., y las mujeres normales no son una de ellas, desde luego. Bien, tendremos que pensar en esto.

Cuando la mujer del Sol Negro volviera a visitarles, tal vez deberían preparar un poquito mejor su recepción.

La princesa Leia se recostó en su sillón y sonrió. Tenía un aspecto relajado y seguro de sí mismo, como si se sintiera muy cómoda y controlara la situación.

Guri se inclinó hacia adelante, y le dijo a Leia que tenían que interrumpir la reunión.

Leia no mostró ni la más mínima contrariedad.

—Por supuesto —dijo.

Sus labios volvieron a curvarse en aquella leve sonrisa llena de cortesía.

—Congela la imagen —dijo Xizor.

La proyección holográfica de Leia se detuvo, bastante más nítida en la imagen individual que cuando se hallaba en movimiento. Quizá haría instalar aquel fotograma como duplicado holográfico permanente en una de las paredes de su cámara privada. Tal vez habría sido mejor si Leia hubiese estado desnuda, pero de todas formas la imagen ya era magnífica. Capturaba a la perfección la esencia de aquella mujer. Xizor ya conseguiría el desnudo más tarde.

—¿Qué opinas de ella? —preguntó, sin apartar la mirada de la imagen tridimensional a tamaño natural que flotaba sobre el suelo delante de sus ojos.

Guri estaba inmóvil detrás de él.

—Domina el arte de hablar mucho rato sin decir nada significativo, como es de esperar en una experta diplomática. No reveló nada de lo que quiere en realidad, salvo por la referencia a que tal vez tuviese algo que ver con la obtención de información. Físicamente, resulta atractiva para los individuos de su especie y las especies que estén lo suficientemente próximas a ella. Es inteligente.

—¿Y...?

—Y el hecho de que esta mujer, de la que se sabe que mantiene una relación de amistad íntima con Luke Skywalker, esté intentando establecer contacto con el Sol Negro, parece algo más que una simple coincidencia.

Xizor apartó la mirada de la proyección holográfica y clavó los ojos en su lugarteniente más fiable y eficaz. Las palabras de Guri encerraban un seco reproche, desde luego. Un hombre que creía en semejantes coincidencias era un estúpido. De alguna manera inexplicable, Leia — y Xizor ya estaba empezando a utilizar únicamente su nombre cuando pensaba en ella— había logrado descubrir bastantes más cosas de las que hubiese debido poder descubrir. Xizor se había esforzado al máximo para eliminar cualquier tipo de conexión entre su persona y el plan para asesinar a Skywalker, pero Leia había detectado la existencia de la conspiración y había conseguido establecer contacto con el Sol Negro. Eso era una mala noticia, pero también resultaba un poco asombroso. Otro punto en favor de Leia.

—¿Qué sugieres?

—Matarla. Matar al wookiee y a su compañero el jugador. Borrar la memoria del androide de protocolo y fundirlo. Como precaución adicional, también habría que eliminar a Evaro y a cualquier persona del casino que pueda haberla reconocido.

Xizor sonrió. Guri era implacable y eficiente, y en eso radicaba una gran parte de su encanto. Si tenía que incendiar un edificio para eliminar a las termitas que lo infestaban... Bueno, entonces lo incendiaría. Si, Xizor le daba permiso para proceder, Guri haría exactamente todo lo que acababa de sugerir.

—No creo que sea conveniente —dijo—. Vuelve y habla con ella. Deberíamos averiguar con toda exactitud qué es lo que sabe y a quién se lo ha contado, si es que se lo ha contado a alguien.

—Puedo obtener esa información antes de eliminarla.

—No. Preferiría llevar a cabo ese interrogatorio personalmente.-Quiero que me la traigas. Guri guardó silencio.

—Adelante, Guri: dime qué estás pensando.

—Experimentáis una atracción romántica hacia esa mujer.

—¿Y?

—Se conocen casos en los que ese tipo de atracción ha trastornado considerablemente los procesos mentales de seres que por lo demás eran muy racionales.

Xizor rió, algo que no hacía muy a menudo en aquellos días. Sólo Guri podía atreverse a hablarle de aquella manera. Era otro de esos rasgos de carácter por los que tanto le gustaba.

—No temas, mi querida Guri. Ella nunca podrá sustituirte en mi afecto.

Guri no dijo nada. Xizor no creía que esa idea hubiera pasado por su cabeza. Por lo que había podido determinar, Guri era inmune a los celos. Guri se mantendría a un lado e iría recogiendo la ropa de la amante de Xizor mientras el Príncipe Oscuro hacía lo que quisiera con ella, sin parecer afectada en lo más mínimo por nada de lo que viese.

—De una manera u otra, la princesa Leia seguramente nos será de utilidad para localizar a Skywalker. Después podrás ocuparte de ella.

Guri asintió.

—Y ahora vete.

Cuando se hubo marchado, Xizor pensó en lo que le acababa de decir y acabó decidiendo que no tenía ninguna importancia. El Príncipe Oscuro caminaba por el camino helado, y su pasión siempre permanecía bien sujeta hasta el momento en que él le permitía liberarse. Guri se preocupaba por todo: era su trabajo y la forma en que Xizor la había programado, para que le protegiese a toda costa incluso si esa protección tenía que extenderse a su vida amorosa. Pero Xizor no necesitaba ser protegido en aquella faceta de su existencia. Un falleen era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo en ese tipo de asuntos.

Y además, en aquel caso el hacerlo sería un placer.

El ala-X surgió del hiperespacio en los alrededores del planeta Kothlis. Aquel mundo tenía

tres pequeñas lunas, era el cuarto de siete planetas que orbitaban el primario local y no parecía estar rodeado por ningún enjambre de naves imperiales, por lo menos desde la posición actual de Luke. Llevó a cabo un rápido barrido de las bandas de comunicación locales y sólo captó el tráfico normal, sin que hubiera nada alarmante.

—Fija un curso para el punto de cita que nos ha dado Melan, Erredós.

El androide asintió con un trino electrónico.

Los espías de Darth Vader le informaron de que Xizor había vuelto a ver al Emperador. Vader estaba seguro de que aquel hombre se hallaba involucrado en algo peligroso para el Imperio, pero necesitaba tener pruebas de ello antes de hablar con el Emperador. De momento Xizor gozaba del favor imperial, y si Vader deseaba poner fin a aquella situación, entonces debía averiguar con toda exactitud qué estaba tramando el Príncipe Oscuro. Necesitaba evidencias que fueran irrefutables.

—Haz venir a uno de mis androides de duelo —le dijo al vacío—. No, espera... Que sean dos.

El escuadrón de cazas rebeldes llegó a toda velocidad, una docena de alas-Y guiados por un ala-X, y se lanzó sobre un navío poderosamente armado, más grande y no identificado.

El objetivo del ataque inició una rápida acción evasiva y abrió fuego.

El combate fue muy encarnizado, pero no duró mucho tiempo. El piloto del ala-X emprendió un vertiginoso ataque y dejó indefenso al carguero, haciendo estallar sus motores después de que éste hubiera destruido a la mitad de sus atacantes.

—Creo que ya hemos visto suficiente —dijo el Emperador. La grabación del ataque, que había sido tomada desde el interior del carguero y carecía de sonido, se interrumpió bruscamente.

—Veo que todo fue exactamente tal como habíamos planeado —dijo Xizor—. Tuvieron que esforzarse un poco para hacerse con el ordenador, naturalmente. No queríamos que pareciese demasiado fácil.

Hubo un largo silencio antes de que el Emperador hablara.

—Espero que sepáis lo que estáis haciendo, príncipe Xizor. Accedí a permitir que los planos de la nueva Estrella de la Muerte cayeran en manos de los rebeldes siguiendo vuestros consejos. Más os vale tener razón.

—La tengo, mi señor. En cuanto los rebeldes hayan logrado averiguar qué es lo que se les ha entregado, su confianza en mí será total y absoluta. Atraer a los líderes de la Alianza hasta vuestra trampa resultará sencillísimo. Os entregaré a la Rebelión, y luego podréis aplastarla a voluntad.

El Emperador no dijo nada, pero Xizor oyó la amenaza que no había llegado a enunciar en voz alta: «Si te equivocas, lo lamentarás enormemente».

Para un observador exterior, la posición de Xizor habría parecido precaria incluso en el caso de que supiera la mayor parte de lo que sabía Xizor. El desastre parecía inminente, como si el

Príncipe Oscuro fuese un malabarista que tenía media docena de bolas en el aire. Pero Xizor poseía la habilidad y, lo que era todavía más importante, la decisión necesarias para mantener el fluido revoloteo de las bolas. Todo formaba parte del juego, y eso era lo que hacía que resultara tan interesante. Cualquiera persona podía hacer malabarismos con un número inferior de objetos..., pero había que ser un auténtico maestro para hacer lo que estaba haciendo Xizor.

i

—¿Estás seguro de que este trasto va a funcionar? —preguntó Leia.

Chewbacca, que estaba muy ocupado haciendo algo en el quicio de la puerta con un diminuto taladro, respondió en un tono que Leia pensó parecía un tanto despectivo.

Cetrespeó se apresuró a traducir lo que acababa de decir el wookiee.

—Dice que si no funciona, no será porque esté mal instalado. Leia se volvió hacia Lando, que se encogió de hombros.

—El tipo que me lo vendió dijo que era el último modelo —le explicó—. Cuenta con un sensor de gama amplia, el detector de rayos doppel-magno más avanzado del mercado y una fuente de energía de un año de duración. Más vale que funcione, porque me ha costado una buena cantidad de dinero.

—Me imagino que eso apenas habrá supuesto un pequeño arañazo para tus ganancias —dijo Leia.

—Oh, fue un auténtico zarpazo. Espero que valga la pena.

«Yo también», pensó Leia.

Chewie soltó un gorgoteo en wookiee.

—Dice que ya está listo para ser probado —tradujo Cetrespeó. Leia fue hacia el escritorio y se sentó detrás de él. El ordenador instalado en el escritorio estaba apagado, y Leia lo conectó.

—El nombre del fichero de la unidad es «Examen biológico» —dijo Lando.

Leia accedió al programa. Un holograma apareció encima del escritorio.

—Modalidad no holográfica —dijo Leia—. Pasa a pantalla plana.

La imagen se desvaneció. Leia bajó la mirada hacia el escritorio. Las palabras «Sensor preparado» aparecieron en la pantalla, que resultaría invisible desde el sillón situado delante del escritorio.

—Activar examen biológico —dijo Leia.

La pantalla mostró un ojo, una oreja, una nariz. Oh, qué monada.

—De acuerdo, todo el mundo fuera. Vamos a probarlo. Cetrespeó, Lando y Chewie salieron al pasillo.

—Cerrad la puerta. Lo hicieron.

—¡Muy bien! —gritó Leia—. Tú primero, Lando.

La puerta se abrió. Lando entró en la habitación y giró sobre sí mismo como si estuviera haciendo un pase de últimos modelos de alta costura de Coruscant.

—Aquí me tienes: venga, disfruta del espectáculo.

Leia sonrió. Lando era un bribón, pero aun así no se podía negar que era un bribón muy

simpático. Volvió a bajar la mirada hacia la pantalla.

El sensor recién instalado en el marco de la puerta captó la imagen de Lando, y ésta apareció en la pantalla. Una barra de información fue subiendo lentamente junto a la imagen a medida que el sensor examinaba a Lando e iba pasando los resultados del examen al ordenador: humano, varón, armado con un desintegrador y un pequeño cuchillo vibratorio en el bolsillo izquierdo del pantalón, pulso, respiración, índice de tono muscular, altura, peso, temperatura corporal... Incluso había un índice refractivo indicando la edad de su piel, con un error posible de un año estándar más o menos.

Según aquel aparato, Lando era un poco más viejo de lo que aparentaba.

No había bombas, gases venenosos o material comactivo escondido en su persona. Tampoco había holocámaras o sistemas de grabación ocultos.

—Parece que contigo ha funcionado —manifestó Leia—. Adelante, Chewie.

El sensor volvió a entrar en acción e informó de los resultados obtenidos. Leia no sabía cuáles eran las lecturas normales para un wookiee, pero el programa que iba incluido con el sensor al parecer sí las conocía, y le dijo que Chewie se encontraba dentro de los límites normales para su especie.

Estaba segura de que a Chewie le alegraría saberlo.

Leia hizo entrar a Cetrespeó. El programa no tuvo ninguna dificultad para identificarlo como un androide.

—Bueno, parece que funciona a la perfección —dijo.

—¿Por qué no lo probamos contigo? —sugirió Lando.

—No creo que sea necesario —replicó Leia—. Basta y sobra con vosotros.

El comunicador de Lando emitió un pitido y Lando lo descolgó de su cinturón. Leia le miró.

—Tengo un espía en el espaciopuerto —dijo Lando, y se llevó el comunicador a los labios—. Adelante.

—Acaba de llegar una nave —dijo una vocecita metálica—. Es el *Jinete del Espacio*, pilotado por...

—... Dash Rendar —dijo Leia, terminando la frase por el informador—. ¿Qué está haciendo aquí? ¡Se supone que debe estar cuidando de Luke!

—Gracias —dijo Lando, y desconectó el comunicador—. Quizá será mejor que vayamos a averiguarlo —añadió, volviéndose hacia Leia.

Se encontraron con Dash a medio camino. Iba en un vehículo de transporte público procedente del espaciopuerto. Chewie hizo girar su deslizador alquilado en un brusco viraje, y no tardaron en alcanzar al vehículo de Dash y le hicieron señas para que se detuviera.

Cuando Dash salió del vehículo, vieron que tenía un aspecto realmente horrible.

—¿Y Luke? ¿Está bien? —se apresuró a preguntar Leia.

—Sí, está estupendamente.

—¿Por qué estás aquí? Se supone que debes estar protegiéndole. Dash la miró fijamente.

—Luke está estupendamente. No necesita mi ayuda.

—No tienes muy buen aspecto —intervino Lando en un tono conciliador—. ¿Ha habido problemas?

—Es una historia muy larga —dijo Dash.

—Sube al deslizador —dijo Leia—. Puedes contárnosla mientras volvemos al casino.

Dash subió al deslizador, y se fueron.

Cuando hubo terminado de contarles lo ocurrido, Leia meneó la cabeza. Luke estaba bien, y eso era lo importante. Y al parecer Guri había dicho la verdad, por lo menos en lo referente a los planos secretos.

—¿Tienes alguna idea de qué contienen esos planos? —preguntó Lando.

—No. Los bothanos disponen de unos especialistas en Kothlis, y esos supertécnicos van a extraerlos del ordenador.

La voz de Dash se había convertido en un zumbido monocorde casi totalmente desprovisto de inflexiones.

—Eh, Dash, ánimo —dijo—. Cualquiera puede fallar...

—¡Yo no! No fallé. ¡Tendría que haber detenido ese cohete! Esos bothanos murieron porque no conseguí detenerlo, ¿entiendes?

Leia guardó silencio. Dash Rendar no le caía demasiado bien: era un fanfarrón y estaba demasiado seguro de sí mismo, pero al menos parecía que también era capaz de sentir algo por los demás. Eso quizá tuviera algo que ver con el hecho de que su confianza en sí mismo había quedado totalmente destruida, pero Leia ya se había dado cuenta de que lo sucedido le había afectado muchísimo. Creer que eres el piloto más temible de todos los cielos y descubrir de repente que no eres tan bueno como pensabas debía de ser realmente terrible.

Nadie dijo nada durante un rato.

En cuanto hubieran terminado aquel asunto con el Sol Negro, irían en busca de Luke y darían con él. No sabía cómo, pero todo acabaría arreglándose de una manera u otra.

Luke dejó a Erredós al lado del ala-X para que vigilara el caza y fue hasta la sala en la que se suponía que debía encontrarse con Koth Melan.

El bothano le estaba esperando.

—¿Ha habido algún problema? —preguntó Melan.

—No. ¿Y ahora qué?

—Tenemos una casa a unos cuantos kilómetros de aquí: está en las afueras de la ciudad, y allí estaremos seguros. El ordenador ya se encuentra allí, y los técnicos están trabajando en él. Iremos a esa casa y esperaremos hasta que hayan terminado.

—¿Cuánto tardarán?

Melan se encogió de hombros.

—¿Quién puede decirlo? Horas, tal vez, si tenemos un poco de suerte; días si no la tenemos. Los técnicos son muy buenos y no correrán ningún riesgo. Después del precio que tuvimos que pagar para conseguir ese ordenador, sería terrible que cometieran un error por ir demasiado deprisa y perdieran la información.

—Sí, sería terrible.

—Tengo un deslizador esperando fuera.

—Pues vamos —dijo Luke.

El aire estaba impregnado de un olor bastante extraño, y Luke necesitó un momento para identificarlo. Olía a calor y a queso mohoso. Luke sonrió para sus adentros. Sabía que se acostumbraría al olor rápidamente y que muy pronto ya ni lo notaría. Eso era algo de lo que casi nunca hablaban en los folletos turísticos: nunca te decían que cada planeta tenía sus propios olores, y que no había ningún mundo exactamente idéntico a otro. Allí la luz era un poco más rojiza que en Tatooine y hacía un poco más de frío que en Bothawui, y además estaba aquel olor. Lo más sorprendente de los mundos alienígenas —y no había que olvidar que sólo eran considerados como tales por quienes no habían nacido allí, pues para los nativos eran pura y simplemente su hogar— era que no había dos iguales.

El queso mohoso no era tan terrible. Luke había tenido que aguantar olores mucho peores.

Fueron hasta el deslizador de Melan y subieron a él. Ya iba siendo hora de que averiguaran qué era aquello que el Imperio consideraba tan valioso.

Luke enseguida se dio cuenta de que quien había concebido aquel refugio clandestino sabía lo que se hacía. Lo que parecía una hilera de viejas unidades de almacenamiento y espacio para oficinas abandonado en un parque industrial había resultado ser algo muy distinto una vez se atravesaba esa fachada. Más allá de un control de seguridad con tres guardias armados y muy corpulentos había un moderno complejo de unidades interconectadas, excelentemente iluminado y en el que todo parecía brillar con los destellos de los ordenadores y equipos electrónicos más modernos, así como un numeroso equipo de técnicos para manejarlos. La mayoría eran bothanos, pero también había unos cuantos alienígenas de otras especies trabajando en el complejo.

Era un camuflaje muy astuto. Si lo veías desde fuera, nunca esperarías encontrarte con todo aquello.

—Por aquí —dijo Melan.

Luke siguió al espía bothano por un pasillo de blancura casi cegadora hasta una sala en la que había otro guardia armado apostado delante de la puerta. Melan mostró una identificación, y se les permitió entrar.

En la sala había media docena de técnicos bothanos. Uno de ellos estaba ocupándose de unos cables conectados al ordenador que había traído Melan, y otros estaban sentados delante de consolas moviendo los dedos sobre sus teclados o utilizando controles voxax. La información bailaba en el aire a medida que las imágenes holográficas se formaban y cambiaban incesantemente.

—Me temo que no hay mucho que ver —dijo Melan—. A menos que seas un experto en esto, la información parece un simple montón de números y letras carentes de sentido.

Luke asintió.

—¿Qué significan? —preguntó, señalando una de las pantallas con un gesto de la mano.

—Confieso mi ignorancia —respondió Melan—. Me dedico al espionaje. Todo lo que sé sobre programación podría ser inscrito en un microdiodo de plomo con una espada que hubiera perdido el filo.

Luke sonrió.

—¡Eh, eh, eh! —exclamó uno de los técnicos bothanos—. ¡Mirad esto, chicos! Echad un vistazo al sector Lona-Duro-Xenón.

Luke oyó el sonido de las teclas pulsadas a toda velocidad y las órdenes de los voxax.

—¡Uf! —dijo otro técnico.

—Oh, hermana —murmuró otro—. No puedo creerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Luke—. ¿Qué es?

Antes de que nadie pudiera responderle, una repentina explosión hizo que la puerta saliera despedida hacia el interior de la sala y alguien entró disparando.

Leia sonrió a Guri, que volvía a estar sentada delante del sillón que ella ocupaba detrás de su escritorio, en sus habitaciones. Pero la sonrisa sólo era un intento de ocultar su perplejidad.

Según la pantalla del ordenador incrustado en el escritorio y el sensor que lo alimentaba con sus datos, Guri no era humana.

En cuanto a qué era en realidad, el programa del ordenador no podía decirlo.

—¿Desea tomar algo? —preguntó Leia.

—Un té me iría estupendamente.

—Cetrespeó, ¿tendrías la bondad de preparar dos tazas del té especial?

Leia apartó la mirada del androide de protocolo y volvió a sonreír a Guri. Podía ver la pantalla del ordenador por el rabllo del ojo mientras contemplaba a la representante del Sol Negro. Según el sensor, la piel de Guri tenía unos diez años estándar de edad.

Eso era realmente interesante, ¿no? '

—Confío en que sus asuntos habrán ido bien.

—Sí, muy bien.

Leia no tendría ninguna dificultad para mantenerla hablando durante unos minutos, hasta que el «té especial» que estaba preparando Cetrespeó surtiera su efecto. La poción narcótica que estaba introduciendo en el tazón de Guri la dejaría inconsciente durante un par de horas sin causarle ningún daño adicional, y durante ese tiempo Leia y los demás podrían llevar a cabo un examen más a fondo de la persona de Guri y sus pertenencias. Aquél era el plan que habían acordado si el examen del sensor daba algún resultado que se saliera de lo normal. Guri despertaría pasadas un par de horas —si la poción obraba el efecto que se esperaba de ella—, sin recordar haberse quedado dormida. Ese período de tiempo tal vez bastaría para que pudieran averiguar quién y qué era Guri. Por lo menos los instintos de Leia no se habían equivocado: había algo muy, muy extraño en la representante del Sol Negro.

Cetrespeó trajo el té. Leia esperaba que el androide hubiera introducido la droga en el tazón correcto. Resultaría bastante embarazoso que Lando o Chewie tuvieran que entrar para ocuparse de Guri mientras Leia se echaba una siesta.

Cetrespeó le estaba dando la espalda a Guri. Leia le miró. El iluminador del ojo izquierdo del androide de protocolo se apagó y volvió a encenderse.

Leia cogió su tazón de té y sonrió.

Cuando un hombre viene hacia ti con un desintegrador que escupe haces de alta energía, no te quedas quieto haciendo preguntas estúpidas. Luke empuñó la espada de luz que colgaba de su cinturón, la activó y la movió en un veloz bloqueo hacia la derecha mientras se hacía a un lado.

Un haz desintegrador chocó con la hoja y quedó convertido en un diluvio de chispas rojas y

anaranjadas. Una repentina pestilencia a ozono impregnó el aire.

Los técnicos estaban desarmados, y Luke vio cómo dos de ellos recibían sendos impactos del desintegrador y caían al suelo. Los otros se apresuraron a buscar algún refugio.

Koth Melan extrajo un arma de pequeño calibre de un bolsillo y devolvió el fuego. Su disparo acertó al primer atacante justo entre los ojos. El hombre se desplomó sobre la espalda.

Había más detrás de él, y ya estaban entrando por el agujero en que había quedado convertida la puerta.

Luke saltó hacia adelante, movió su espada de luz en un vertiginoso mandoble horizontal y acabó con el segundo atacante en el mismo instante en que cruzaba el umbral.

Melan volvió a disparar. El haz de energía pasó siseando junto a la oreja izquierda de Luke y chocó contra el tercer atacante.

Luke vio que había como mínimo una docena de hombres armados más detrás del que acababa de caer, y todos corrían hacia la puerta. De hecho, quizá hubiese más de una docena. Dadas las circunstancias, no disponía de tiempo para hacer un recuento muy exacto.

Más haces de energía recalentaron el aire, pasando junto a Luke para atravesar a las consolas de ordenador y los técnicos que se interponían en su camino.

—¡Son demasiados! —gritó Melan—. ¡Por aquí!

Luke tejió una cortina de luz coherente con su hoja de energía, desviando haces desintegradores y haciendo retroceder a los atacantes durante unos instantes. Saltó hacia un lado y Melan disparó repetidamente por el hueco, dejándolo momentáneamente despejado.

—¡Vamos!

Luke giró sobre sus talones y echó a correr. En aquella situación no cabía duda de que la prudencia era la parte más importante del valor. ¿Quiénes eran aquellos tipos? Vestían de negro, pero Luke no había podido ver ninguna insignia. ¿Serían alguna clase de nuevo grupo de ataque imperial? ¿Eran mercenarios?

«Olvídate de eso ahora. Ya pensarás en quiénes son más tarde. Esta fiesta se ha acabado, Luke, ¡y es hora de irse!»

Echó a correr detrás de Melan.

Después de veinte minutos de charla, Leia comprendió que la poción narcótica no iba a surtir efecto. Se suponía que tardaba cinco minutos, ocho como máximo en el caso de que tuvieras la constitución de una roca.

Guri seguía cumpliendo impecablemente con su parte en el cortés intercambio de palabrería diplomática sin que la potente poción hubiera producido ningún efecto aparente en ella.

Leia se preguntó si Cetrespeó habría cometido algún error. ¿Y si no había introducido la droga en el tazón de Guri?

El ordenador seguía procesando información y mostrándola para Leia. La... persona sentada delante de ella respiraba aire y su corazón bombeaba sangre, pero los pulmones no eran normales, y el corazón tampoco lo era. Los músculos que había debajo de esa piel a la que el programa atribuía diez años de edad no estaban hechos de ningún tejido que el sensor

podiera reconocer. Su temperatura corporal era un diez por ciento inferior a la normal. Un ser humano que estuviese tan frío estaría muerto.

Si se la sometía a una inspección visual, Guri parecía una mujer de veintipocos años totalmente normal y muy atractiva. Pero según el sensor y el ordenador, Guri no era humana; y tampoco pertenecía a ninguna de las ochenta y seis mil especies alienígenas que había sido diseñado para identificar; y tampoco mostraba las características de ninguno de los modelos de androide estándar. Y, al parecer, era inmune a una poción narcótica que hubiese debido surtir efecto sobre cualquier ser humano.

¿Qué estaba ocurriendo?

Aquello planteaba un serio problema, desde luego, y se trataba de un problema que Leia no había previsto.

¿Qué iban a hacer?

Guri la ayudó a resolverlo.

—Muy bien, Leia Organa —dijo—. Me parece que esto ya ha durado lo suficiente.

—Perdone, pero creo que no la he enten...

Guri alzó el tazón vacío delante de los ojos de Leia. Después curvó los dedos alrededor de la gruesa cerámica. Su mano tembló un poco, pero el tazón quedó hecho añicos. Guri sonrió.

—Si lo deseo, también puedo hacerle lo mismo a tu cabeza. Probablemente tienes un arma escondida en algún sitio, pero te advierto que soy mucho más rápida que tú, y si intentas llegar hasta tu arma, yo podré llegar hasta ti antes de que lo hayas conseguido. Leia decidió ganar tiempo.

—Supongamos que te creo. ¿Qué quieres?

—Vas a salir de aquí conmigo. Le dirás al wookiee del pasillo que se quede allí mientras nos vamos: convéncele de que lo haga, porque de lo contrario morirá.

—¿Adonde vamos?

—No te preocupes por eso. Límtate a hacer lo que se te diga y sobrevivirás para llegar hasta allí.

—No lo creo —dijo Leia—. Quienquiera o lo que quiera que seas, apuesto a que no eres más rápida que un haz desintegrador. ¿Lando? ¿Dash?

La puerta del dormitorio se deslizó sobre sus guías. Lando y Dash aparecieron en el umbral, con sus desintegradores apuntando a Guri. Los dos entraron en la sala.

—Quizá estés equivocada —dijo Guri.

La puerta del pasillo también se abrió, y Chewie apareció en el hueco con su arco de energía apuntando a la espalda de Guri.

—Podría ser —dijo Leia—. Pero tendrías que ser realmente muy rápida para esquivar tres haces de energía.

Guri volvió la cabeza unos centímetros para mirar a Chewie, y después la volvió nuevamente hacia Leia.

—Bien, parece que estás en una situación de superioridad —dijo—. ¿Qué te propones hacer ahora?

Era una buena pregunta. ¿Qué iban a hacer?

Un técnico bothano se levantó de un salto, agarró el ordenador y lo arrancó de las conexiones. Las pantallas que todavía estaban intactas se oscurecieron.

—¡Adelante! —le gritó Melan al técnico—. ¡Te cubriremos!

El técnico echó a correr hacia el otro extremo de la sala. Una sección del muro se deslizó sobre guías ocultas para revelar una salida de emergencia. El técnico que había cogido el ordenador se metió corriendo por ella.

Mientras tanto, Melan agotó el suministro de energía de su desintegrador, disparándolo una y otra vez contra los atacantes que volvían a lanzarse a la carga. El arma emitió un chasquido metálico, y Melan la arrojó a un lado.

—¡Corred! —gritó.

Luke no necesitó que se lo dijeran dos veces. Pero un haz desintegrador hirió a Melan antes de que hubiera podido dar un solo paso. El bothano cayó al suelo. Luke se arrodilló junto a él.

—¡Váyase! —logró decir Melan—. Déjeme aquí... ¡Escape!

Los atacantes vestidos de negro estaban entrando en tromba por la puerta, pero dejar abandonados a tus camaradas heridos en la batalla era algo sencillamente impensable. Luke se interpuso entre Melan y la marea de figuras negras que venía hacia él.

—¡Idiota! Váyase...

Luke arrancó el desintegrador de la mano del primer hombre que llegó hasta ellos. Se preguntó durante una fracción de segundo por qué no los había dejado fritos de un disparo, pero no tuvo tiempo para seguir pensando en ello porque cinco o seis atacantes más venían hacia ellos.

—Luke... —dijo Melan—. Gracias... Yo...

Luke bajó la vista hacia él. El cuerpo de Melan se aflojó de repente y sus ojos rodaron en las órbitas, mostrando sólo el blanco de la esclerótica. Una última y temblorosa exhalación escapó de sus labios, y después se quedó totalmente inmóvil.

Había muerto.

El número de hombres que entraban corriendo en la sala se incrementó. Ya había diez, quince, y todos ellos apuntaban sus desintegradores hacia Luke pero no disparaban. ¿Qué...?

—Desconecta tu espada de luz —le ordenó uno de ellos con voz áspera—. No puedes vencer.

Luke miró al atacante que acababa de hablar. La silueta estaba envuelta en sombras, y resultaba difícil de distinguir hasta que salió de ellas y entró en la luz.

El alienígena de aspecto reptiliano tenía más o menos su altura y una boca llena de dientes muy puntiagudos, y estaba cubierto de escamas negras. No había duda de que era carnívoro. Luke creyó reconocer la especie y pensó que se encontraba ante un barabel, pero no había visto muchos barabels y no pudo estar totalmente seguro de haberla identificado correctamente. Los barabels no salían de su mundo natal con demasiada frecuencia.

Luke comprendió que no tenía ninguna posibilidad, ni siquiera usando la Fuerza, y desactivó

su espada de luz.

—Sabía decisión —dijo el barabel—. Mi pueblo siente un gran respeto por los Caballeros Jedi y lamento tener que hacer esto, pero es un asunto de negocios. Quitadle el arma.

Uno de los atacantes fue hacia Luke y le quitó la espada de luz de entre los dedos.

Luke volvió la mirada hacia el barabel.

—¿Qué queréis?

—Lo siento, Skywalker..., pero te queremos a ti.

Chewie dijo algo. Parecía bastante preocupado. —Chewie opina que no es una buena idea —dijo Lando—. Estoy de acuerdo con él.

—Oye, sé que estás en deuda con Han y que quieres cuidar de mí, pero tenemos que hacer esto —dijo Leia.

Dash estaba apoyado en una pared con su desintegrador apuntando a Guri, que estaba sentada en una silla y había sido inmovilizada mediante cable de acero y unas esposas. No iban a correr ningún riesgo con ella.

—¿Realmente piensas que podrás infiltrarte en el corazón del Imperio? —preguntó Dash.

—Tengo algunas conexiones en Coruscant —dijo Leia—. Nuestra amiga ha venido de allí— añadió, dirigiendo una inclinación de cabeza a la silenciosa Guri—. Alguien está jugando a un juego que no me gusta nada. Luke corre peligro. Esta... Esta persona que dice representar al Sol Negro es nuestra única conexión con ellos.

—Oye, hace algunos años circularon ciertos rumores sobre unos androides que eran réplicas exactas de seres humanos —dijo Lando—. Creo recordar que le oí decir a alguien que habían perfeccionado el método, y que habían conseguido que fueran lo suficientemente perfectos para que, a simple vista, no pudieras encontrar ninguna diferencia entre una de las réplicas y un ser humano de verdad. De eso hace diez, tal vez doce años... Esos rumores encajarían con la edad que el sensor nos da para ella —concluyó, mirando a Guri.

Guri sonrió, pero no dijo nada.

—¿Y qué más da que sea una androide? —preguntó Dash—. ¿De qué te sirve saberlo? Leia meneó la cabeza.

—No me sirve de mucho —dijo—. Pero si podemos llegar hasta las personas que la han enviado, eso tal vez sí nos ayude en algo. Guri tiene que valer mucho para ellos.

Chewie gimió algo en wookiee.

—Chewbacca dice que si el ama Leia va a Coruscant, él también irá —dijo Cetrespeó.

Leia le fulminó con la mirada.

—No me culpe. Me limito a traducir lo que ha dicho.

—Estupendo. Puedes venir conmigo, Chewie. Lando, tú y Dash esperaréis a Luke aquí. Nos llevaremos a Guri con nosotros. Quienquiera o lo que quiera que sea, es nuestro salvoconducto.

—¿Cómo vais a llegar hasta allí? —preguntó Dash—. ¿Vais a reservar un camarote en una nave de pasajeros? Siempre inspeccionan todas las naves que llegan a Coruscant, ¿sabes?

—Me pondré en contacto con la Alianza y haré que nos proporcionen una nave ligera.

—No me gusta —dijo Lando.

—¿Por qué no os limitáis a ir en su nave? —preguntó Dash—. Tiene que estar autorizada a entrar y salir de Coruscant.

—¿Y acabar hechos pedacitos, tal vez? Ya hemos averiguado que no es el ser más digno de confianza de la galaxia, ¿verdad? ¿Crees que alguien podría robar tu nave? Dash se rió.

—Si lo intentaran, no llegarían muy lejos.

—Sigue sin gustarme —dijo Lando.

—No te estoy pidiendo que te guste, Lando: te estoy pidiendo que lo hagas.

Después de que hubiera dicho eso, todos parecieron dar por terminada la conversación.

Leia intentaba producir la impresión de que controlaba la situación y de que sabía con toda exactitud lo que estaba haciendo, pero la realidad era un poco distinta. Si Guri era una réplica humana androide, seguramente debía de ser muy valiosa para la persona que la había enviado. Esa persona tal vez estuviera dispuesta a hablar para recuperarla. La sabiduría popular afirmaba que normalmente los mejores planes siempre eran los más simples, y si eso era verdad, entonces Leia había tenido una idea magnífica.

Pero, sabiduría popular aparte, seguía sin ser gran cosa. Aun así, Leia no disponía de otro plan, e iría siguiéndolo lo mejor que pudiera.

—Disculpa —dijo Guri. Leia se volvió hacia ella.

—¿Cómo dices?

—Hay una forma más sencilla.

Leia la contempló en silencio durante unos momentos y después se volvió hacia los demás.

—¿De qué estás hablando?

—Quieres ir al Centro Imperial y hablar con el líder del Sol Negro, ¿verdad?

—Ésa era la idea general, sí.

—Fui enviada precisamente por eso..., para proporcionarte escolta durante semejante viaje.

—¿Y entonces a qué venían las amenazas?

—Era la manera más rápida.

—Yo no confiaría en ella, Leia —dijo Lando.

—No confío en ella, pero estoy dispuesta a escuchar. Sigue hablando.

—Si intentas abrirte paso a través de los puestos de guardia dispuestos alrededor del Centro Imperial, correrás un gran riesgo. Yo puedo hacer que ese riesgo disminuya considerablemente.

—No te ofendas, pero Lando tiene razón. ¿Por qué deberíamos confiar en ti?

—Porque trabajo para el príncipe Xizor.

Tanto Lando como Dash tragaron aire con un siseo claramente audible.

Leia les miró.

—Xizor es el jefe del Sol Negro —dijo Dash.

—Si lo deseas, puedo conseguir que hables con él. Leia frunció el ceño.

—¿Está aquí?

—Dispongo de sus códigos de comunicación particulares.

—Esto no me gusta —dijo Lando, y agitó el desintegrador. Últimamente a Lando no había casi nada que le gustara. Chewie gruñó. A Chewie tampoco parecía gustarle mucho la idea.

—El Imperio te busca, al igual que busca a tus compañeros. Puedo disfrazaros, conseguir que paséis por las aduanas y llevaros directamente hasta el príncipe —dijo Guri—. Eso eliminaría una gran parte del riesgo.

Leia suspiró. Parecía bastante lógico, a pesar del intento de capturarla llevado a cabo por Guri.

—Muy bien. Por lo menos podemos escuchar lo que tu amo tenga que decir.

Leia movió una mano, pidiendo silencio antes de que los demás pudieran protestar demasiado.

—¿Puedo levantarme? —preguntó Guri.

—Sí.

Guri se incorporó con un movimiento lleno de ágil fluidez.

—Desátala, Dash —ordenó Leia.

—No es necesario —dijo Guri, sonriendo.

Flexionó los brazos y las bandas metálicas que rodeaban sus muñecas se partieron tan fácilmente como si estuvieran hechas de plástico barato. Después respiró hondo y distendió los músculos del torso, y el cable que envolvía sus hombros emitió un gemido metálico, se puso tenso y acabó partiéndose.

—Oh, chico —dijo Lando.

Guri fue hasta el comunicador de la habitación y pasó las manos por delante de él. Transcurrieron unos momentos.

—¿Sí? —preguntó una voz masculina, grave y musical.

—Soy Guri, alteza. Tengo aquí a la princesa Leia Organa. Le gustaría hablar con vos.

—¿Dónde está la imagen? —preguntó Lando.

—Mi amo prefiere no difundirla, ni siquiera por un canal protegido —dijo Guri, y miró a Leia.

—Os saludo, príncipe Xizor —dijo Leia.

—Ah, princesa Leia. Me complace inmensamente poder conoceros por fin.

Xizor tenía la voz de un hombre acostumbrado a hacerse obedecer, de eso no cabía duda.

—Vuestro... androide dice que deseáis verme.

—Cierto. Tengo alguna información que tal vez podría seros de utilidad.

—¿Concerniente a...?

—Al plan que tiene como objetivo asesinar a Luke Skywalker. Es amigo vuestro, ¿no?

Leia necesitó todo el control de sí misma que poseía para reprimir el jadeo ahogado que intentó escapar de sus labios. ¡Xizor conocía la existencia de aquella conspiración!

—Somos camaradas, sí —dijo—. ¿Cómo os habéis enterado de esos intentos de matar a Luke Skywalker?

—No voy a hablar de ello por el comunicador —dijo Xizor—. Estos asuntos deben ser discutidos cara a cara. Si permitís que Guri os escolte, os lo explicaré todo cuando lleguéis.

Leia recorrió la habitación con la mirada. Aquello era realmente inesperado, desde luego.
¿Qué debía hacer?

El edificio al que habían llevado a Luke se encontraba a sólo unos cien kilómetros, o eso creía, del complejo secreto de los bothanos —que no había seguido siendo secreto durante mucho tiempo, desde luego—, y Luke se hallaba encerrado en una celda sólidamente reforzada. El nivel de tecnología de aquel lugar era bastante más bajo que el del complejo de los bothanos. Los muros grises estaban totalmente desnudos, y habían sido construidos con alguna sustancia muy dura. La gruesa puerta estaba recubierta con planchas de duracero, y una ventanilla situada a la altura de los ojos estaba protegida por una rejilla metálica cuyas hebras eran tan gruesas como el dedo meñique de Luke. Un guardia que medía dos metros de altura y parecía tener casi un metro de anchura estaba inmóvil al otro lado del pasillo, empuñando un rifle desintegrador y sin apartar los ojos de la puerta. Dentro de la celda había un pesado catre de plástico atornillado al suelo, con una delgada colchoneta y una manta encima de él. Una tenue luz incrustada en el techo proyectaba sombras borrosas y no muy bien definidas. En un rincón de la celda había una pequeña depresión en el suelo, con un agujero redondo del tamaño de un puño en el centro de ella. Luke ya tenía bastante claro para qué se utilizaba.

Dejando aparte esas cosas y su persona, no había nada más en la celda.

«Bueno, podría ser peor. Podría haber bichos.»

Luke se sentó en el catre. Le habían quitado su comunicador y su espada de luz, pero no había sido maltratado ni torturado..., por lo menos todavía no.

¿Quiénes eran? ¿Qué querían?

Como en respuesta a sus preguntas, la cerradura de la puerta emitió un chasquido y la puerta se abrió hacia dentro. La barabel —porque Luke ya estaba casi seguro de que se trataba de una hembra— apareció en el umbral. Luke no podía verla muy bien, porque la alienígena siempre parecía encontrar las sombras más oscuras de una manera tan instintiva como si fuese una más de ellas. Bueno, eso tampoco tenía importancia: podía oírla sin ninguna dificultad.

—Supongo que no querrás explicarme qué está pasando, ¿verdad?

La barabel hizo un gesto que Luke interpretó como un encogimiento de hombros.

—No hay ninguna razón por la que no deba hacerlo. ¿Por qué ser descortés? No puedes hacer nada al respecto. Una idea muy tranquilizadora, desde luego.

—Me llamo Skahtul. Me gano la vida como cazadora de recompensas, al igual que los demás. Parece ser que hay una gran recompensa, una recompensa muy, muy grande, ofrecida a quien entregue a Luke Skywalker, vivo y en buen estado físico, y que no se hará ninguna

pregunta. Siendo conscientes de la dificultad del trabajo, un grupo de cazadores de recompensas decidió unir sus fuerzas: una parte de ese montón de créditos siempre es preferible a ningún crédito. Por suerte para nosotros, tú y esos malditos bothanos habéis incrementado considerablemente el tamaño de las porciones que obtendrán los supervivientes del ataque. El pastel sigue siendo el mismo, pero ahora somos menos en el reparto.

Skahtul siguió hablando antes de que Luke tuviera tiempo de abrir la boca.

—Por sorprendente que pueda parecer, hay una segunda recompensa ofrecida por Luke Skywalker..., pero se pagará a quien lo entregue muerto.

»Afortunadamente para ti, la segunda cantidad queda bastante por debajo de la primera, por lo que planeamos mantenerte en perfecto estado de salud hasta que podamos cobrarla.

—Hay una tercera opción —dijo Luke—. ¿Qué te parece si te doy más dinero que en cualquiera de esos dos casos a cambio de que me dejes marchar?

Skahtul se rió, un sonido seco y cortante que chocó con los sólidos muros y rebotó en ellos para volver a los dos ocupantes de la celda.

—Oh, puedo asegurarte que tanto mis colegas como yo estaríamos dispuestos a tomar en consideración semejante oferta.

Era una posibilidad. Luke podía pedir prestados los créditos a Leia y devolvérselos más tarde.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? Skahtul respondió con una cifra.

—¡Eh, con todos esos créditos podrías comprar la mitad de una ciudad!

—Y todavía sobraría lo suficiente para que tú y seis o siete de tus amigos pudieran jubilarse y vivir felices para siempre —dijo la cazadora de recompensas—. ¿Se nos ha pasado por alto algo cuando te registramos? ¿Llevas en tu bolsillo un indicador de crédito por esa cantidad, quizá?

—Ojalá.

Aun suponiendo que Leia tuviera tanto dinero, Luke nunca viviría lo suficiente para devolvérselo ni aunque llegase a general. No a menos que saliera a dar un paseo y tropezara con una montaña de platino que no perteneciera a nadie, y no había muchas probabilidades de que eso pudiera ocurrir. Skahtul se rió.

—Es bueno que conserves tu sentido del humor. —Después su voz recobró la seriedad anterior—. Pero te advierto de que cualquier intento de escapar será resistido al máximo. Sabemos que los Caballeros Jedi tenéis muchos recursos. Vales unos cuantos miles de créditos más vivo que muerto, pero cobrar la recompensa más pequeña siempre es preferible a perder todo el dinero. ¿Te resulta comprensible?

—Sí. Lo he entendido.

—Me alegro. No es nada personal, ¿sabes? Algunos de nosotros incluso admiramos lo que has hecho contra el Imperio, y sentimos ciertas simpatías por vuestra causa, pero los negocios son los negocios. Pórtate bien y se te tratará bien. Permanecerás encerrado en esta celda, pero se te alimentará y no se te molestará hasta que hayamos hecho los arreglos necesarios para que nuestro benefactor nos pague y se te lleve.

—¿Te importaría decirme quién es ese «benefactor»?

—No te preocupes por ello, porque pronto lo averiguarás.

Después de haber dicho eso, Skahtul desapareció por la puerta con la fluidez de una sombra y la cerró detrás de ella.

Luke permaneció inmóvil con los ojos clavados en la puerta. Bueno, aquello era lo único que le faltaba: había sido capturado por una pandilla de cazadores de recompensas y sería vendido al mejor postor. Era una suerte que el que le quería muerto —¿y quién podía ser?— no fuese tan generoso como el que le quería vivo, quienquiera que fuese. Dada la cantidad de dinero involucrada, Luke no tenía ni idea de quién podía ser.

Si las historias que se contaban sobre él eran ciertas, Darth Vader podía tirar todos esos créditos por una ventana y no echarlos en falta nunca. Según lo que había oído decir, si la fortuna personal de Vader pudiera ser convertida en monedas de crédito y se hiciera un montón con ellas, te podrías pasar el resto de tu vida cavando en él con una pala sin llegar al fondo.

Leia no tenía tanto dinero. Probablemente ni toda la Alianza tenía tanto dinero.

Sería mejor que encontrara alguna forma de salir de aquel lío, y pronto. Luke sospechaba que si se enfrentaba a Vader desarmado, no tendría muchas probabilidades de sobrevivir a aquel encuentro.

«Buena idea, Luke. Vamos, piensa en algo...»

¿Qué?

El androide que parecía una mujer había escondido su nave en un pequeño claro en el centro de una vasta selva que se extendía a doscientos kilómetros del casino de Evaro. El trayecto no exigió mucho tiempo en el deslizador de superficie, y Guri, Chewie y Leia fueron los únicos ocupantes del vehículo.

Nubes de tormenta se estaban acumulando en capas púrpuras y grises cuando llegaron. El gruñido del trueno llegó de repente, pisándole los talones a los cegadores destellos de los rayos que se aproximaban. El aire estaba impregnado por el típico olor a humedad que precedía a un aguacero.

Leia y Chewie contemplaron la nave.

Era esbelta e inexplicablemente femenina, y su forma general recordaba un poco a la de un ocho acostado sobre el suelo. El casco estaba erizado de cañones en la proa y la parte central, y había cuatro motores de aspecto muy potente instalados en la popa.

—Mi nave, el *Aguijón* —dijo Guri.

—Muy bonita.

—El nombre fue elegido por mi amo —dijo Guri—. Resulta muy adecuado.

—Será mejor que subamos a bordo antes de que la tormenta llegue hasta aquí —dijo Leia.

El trío fue hacia la nave. Dash y Lando no habían parecido aceptar muy bien el que se los excluyera del viaje, pero Leia no quería arriesgar más vidas que las estrictamente necesarias. Chewie era más que suficiente. Si aquello resultaba ser lo que Guri y el misterioso Xizor afirmaban que era, todo iría estupendamente..., suponiendo que logran atravesar el perímetro

de vigilancia establecido alrededor de Coruscant y las aduanas planetarias. En otro caso, meterlos a todos en un lío —o por lo menos en un lío todavía más grande que aquel en el que ya estaban metidos— no serviría de nada.

Empezó a llover con bastante intensidad, y echaron a correr hacia la nave. Aun así, acabaron empapados.

Habían transcurrido un par de días, eso como mínimo. Luke había perdido la noción del tiempo, dado que allí no había ninguna fuente de luz aparte de la tenue claridad de la celda y los muros carecían de ventanas de transpariacero que le permitieran contemplar el exterior.

Luke estaba practicando la levitación y flotaba en el aire a unos centímetros por encima del catre cuando oyó pasos que se aproximaban. Dejó que su cuerpo volviera a caer sobre el catre. No quería revelar que sabía levitar. No había podido detectar la existencia de ninguna holocámara oculta en la celda, y normalmente el guardia permanecía al otro lado del pasillo.

La puerta emitió un chasquido metálico, y Skahtul entró en la celda sin hacer ningún ruido.

—Bien, ¿ha pagado ya mi comprador?

—No exactamente.

Luke se levantó del catre y se encaró con la barabel, que era un poco más baja que él.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que después de una discusión con mis... colegas, hemos comprendido que tal vez fueras todavía más valioso de lo que pensábamos.

—¿Más valioso? Explícate.

—Hay dos facciones que quieren hacerse contigo. Se sugirió que tal vez pudiéramos hacer subir el precio enfrentándolas entre sí. Luke parpadeó.

—¿Vais a hacer que pujan por mí? ¿Como si fuera un esclavo?

—Algo por el estilo.

—¿Quiénes son esas personas?

La espalda de Skahtul ejecutó un movimiento bastante parecido a un encogimiento de hombros.

—Si he de serte sincera, la verdad es que no lo sabemos. Nuestros contactos han sido..., eh..., muy tortuosos. Agentes de agentes de agentes, ya sabes.

A Luke no se le ocurrió nada que decir.

—Debemos ser muy..., ah..., muy cautelosos y discretos en este asunto, desde luego. Las personas que poseen la clase de riquezas de las que estamos hablando tienen que ser muy poderosas. Un paso en falso podría resultar muy peligroso..., fatal, de hecho.

—Así que les pedís ofertas más elevadas. ¿Y qué pasa si el que acaba ofreciendo más créditos es el que me quiere muerto?

—Como ya he dicho antes, no es un asunto personal: sólo son negocios.

Luke miró fijamente a la barabel.

—Espero que me disculparás si me lo tomo de una manera personal.

La sequedad de su tono no tuvo nada que envidiar a la que se había extendido repentinamente por su garganta.

Xizor sonrió en su cámara privada. Guri tenía a la princesa, e iban hacia allí. Perfecto.

Se recostó en su sillón y formó un puente con los dedos. A veces la facilidad con que alcanzaba sus objetivos resultaba casi decepcionante. Le habría encantado encontrarse con un desafío de vez en cuando, como en los viejos tiempos antes de llegar a tener tanto poder, cuando había tenido que esforzarse un poco...

Oh, bueno. Vencer con facilidad siempre era preferible a perder.

El Emperador estaba sentado en su trono favorito, el que se alzaba un metro por encima del resto de la habitación. Vader entró y apoyó una rodilla en el suelo.

—Mi señor...

—Levantaos, lord Vader.

Vader así lo hizo. No sabía por qué deseaba verle el Emperador, pero fuera lo que fuese esperaba que se tratara de algo no muy complicado y que no exigiera mucho tiempo. Sus agentes acababan de informarle de que Luke había sido encontrado. Al parecer sus captores eran un grupo de cazadores de recompensas unidos en una alianza temporal que estaban exigiendo más dinero. Los agentes de Vader conocían sus identidades, pero no sabían con exactitud dónde se estaban escondiendo..., y al parecer además había otro postor que también quería a Luke. Vader haría que sus hombres ofreciesen la cantidad que hiciera falta: el dinero no significaba nada en comparación con el lado oscuro, y Vader estaba decidido a empujar al muchacho en esa dirección. Incluso había pensado en ir a recoger personalmente a Luke a Kothlis, donde se le había informado de que estaba prisionero, pero abandonar el Centro Imperial en aquellos momentos sería demasiado peligroso. Tenía que estar allí para vigilar a Xizor. Aquel criminal había conseguido involucrar al Emperador en sus retorcidos planes, y salir del planeta muy bien podía acabar siendo un error fatal...

—Iréis a Kothlis y recogeréis al joven Skywalker —dijo el Emperador.

Vader volvió a alegrarse de que su rostro estuviera cubierto por una máscara. No se esperaba aquello. ¿Cómo se había enterado el Emperador? ¿Qué miembro de su organización había traicionado a Vader? No había forma alguna de que el Emperador pudiera haber accedido a tal información..., todavía no. Sólo un puñado de los agentes de más confianza de Vader la conocían.

A menos... A menos que el Emperador también estuviera tomando parte en la puja por Luke.

No. Eso no tenía ningún sentido. El Emperador había encargado esa tarea a Vader, y nunca entraría en una guerra de pujas contra sí mismo.

—Ya he enviado a mis agentes en su busca —dijo, intentando convencer al Emperador de que no era necesario que fuera allí personalmente.

—No podemos confiar en los agentes. La llama de la Fuerza arde con más intensidad dentro de Skywalker a cada día que pasa. Os recuerdo que ese muchacho podría llegar a destruirnos. Sólo vuestro poder es lo bastante grande para capturarlo.

—Sí, mi señor.

Discutir con el Emperador una vez que había tomado su decisión no le serviría de nada.

La sucia mano del príncipe Xizor tenía que estar metida en todo aquel enigma. Pero hablar de ello no sería prudente, pues el Emperador había dejado muy claro que el Príncipe Oscuro era asunto suyo, y revelar que Vader tenía sus propios planes para Xizor no sería muy buena idea.

—Hay otra razón. Ya sabéis que el plan del príncipe Xizor para permitir que los planos de la Estrella de la Muerte cayeran en manos de los rebeldes ha sido puesto en práctica.

—Sí, mi señor. El plan fue llevado a cabo a pesar de mis objeciones.

—Esas objeciones han sido escuchadas y registradas, lord Vader. Bien, pues se da el caso de que los planos han sido sacados del carguero capturado en Bothawui y llevados a Kothlis. Es toda una coincidencia, ¿no os parece?

¿Se podía llamar coincidencia al hecho de que Luke y los frutos del retorcido plan de Xizor estuvieran en el mismo planeta al mismo tiempo? Parecía muy dudoso que se tratara de una coincidencia.

—Debemos crear la impresión de que intentamos recuperar esos planos —siguió diciendo el Emperador—, para así convencer a los rebeldes de que los planos son auténticos y de que estamos muy preocupados por su pérdida. En consecuencia, vuestro viaje servirá a dos propósitos distintos. Podréis traer a Skywalker, y podréis destruir una parte del paisaje local para que los rebeldes crean que el robo nos ha afectado muchísimo.

Bien, Vader no tenía más remedio que intentarlo.

—Cualquiera de vuestros almirantes podría ir allí para agitar la bandera y ordenar que disparen los cañones, mi señor. Tengo muchos asuntos urgentes que atender aquí.

—¿Más urgentes que obedecer mis órdenes, lord Vader? Adiós a esa idea.

—No, mi señor.

—Ya me lo imaginaba. Quiero que Skywalker esté con nosotros o que sea destruido, y cuanto más pronto mejor. Y el fin de la Rebelión se aproxima... Si dirigís personalmente el ataque, los rebeldes quedarán convencidos de que damos un gran valor a esos planos.

—Sí, mi señor.

Vader salió de los aposentos privados del Emperador y, una vez más, la ira que hervía en su interior amenazó con estallar y adueñarse de él. El roce de Xizor era como una espesa neblina nocturna: oscuro, viscoso, capaz de infiltrarse en las grietas más diminutas para helar y empapar... Una vez más, Xizor había conseguido manipular al Emperador para que alejara a su rival del centro de la acción. Con Vader en Kothlis, ¿quién sabía qué pegajosas telarañas sería capaz de tejer aquella araña reptiliana para atrapar al Emperador en ellas?

Vader decidió que iría a Kothlis y volvería lo más deprisa posible.

La transmisión procedía del perímetro de vigilancia formado por Destruidores Estelares y fragatas imperiales que rodeaba el planeta.

—¿Código de entrada? —preguntó una voz llena de aburrimiento. Guri respondió con un número desde el *Aguijón*. Transcurrió un momento.

—Adelante. Diríjase hacia la parrilla de descenso y ponga los sistemas en automático.

Guri manejaba la nave con una distraída habilidad que resultaba altamente impresionante. Sus manos bailotearon velozmente sobre los controles.

Leia y Chewie intercambiaron una mirada.

—Cuando lleguemos a las aduanas registrarán la nave en busca de contrabando —dijo Guri, como si le estuviera leyendo los pensamientos a Leia—. El Sol Negro tiene contactos allí, pero debemos hacer todo lo posible para que no resulte demasiado obvio que os halláis bajo nuestra protección. Es hora de cambiarse de ropa.

Chewie dijo algo. La idea no parecía gustarle mucho.

—Recuerda que fuiste tú el que quiso venir —replicó Leia.

Chewie no se tomó demasiado bien su contestación, pero se levantó y fue al cubículo sanitario.

Cuando los sistemas de la nave estuvieron bajo el control del piloto automático, Guri se levantó y fue hacia un compartimiento mural. Sacó de él unas cuantas prendas y un gran casco provisto de máscara facial, y se lo arrojó todo a Leia.

—Toma. Póntelo.

La ropa apestaba. Leia arrugó la nariz al percibir su hedor.

—Perteneían a Boushh, un cazador de recompensas ubés —dijo Guri—. Boushh era bastante bueno. Ejecutó muchos contratos para el Sol Negro. Se... retiró hace poco.

—Da la casualidad de que hablo un poco el ubés —dijo Leia.

—Lo sabemos. El disfraz no es una coincidencia. Leia examinó las ropas.

—¿Y qué ha sido de ese tal Boushh? ¿Decidió abandonar su profesión, quizá?

—Sí, y de una manera enormemente repentina. Intentó chantajear al Sol Negro para que pagara más créditos a cambio de una entrega sobre la que ya existía un contrato previo. No fue... nada prudente por su parte.

El tono en que había pronunciado las últimas palabras hizo que Leia sintiera un escalofrío. Se levantó y se dispuso a ponerse la ropa. Tenía el presentimiento de que Boushh no volvería a necesitar aquellas prendas malolientes.

Chewie volvió unos minutos después, y Leia tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para mantener la seriedad. Su pelaje, que antes había sido marrón y gris, estaba salpicado por grandes manchas negras. Sus ojos estaban rodeados por dos círculos negros que le daban un curioso aspecto de mapache, y el pelaje de su cabeza había sido rasurado hasta dejarlo muy corto, como era habitual entre los navegantes espaciales. Leia se volvió hacia Guri.

—Te presento a Snoova, un cazador de recompensas wookiee muy conocido —dijo Guri.

Chewie estaba francamente disgustado, y su irritación resultó claramente perceptible en lo que dijo a continuación..., fuera lo que fuese.

—Deja de quejarte —dijo Leia—. El tinte se puede quitar con un buen lavado, y el pelaje ya volverá a crecer. Dentro de un par de semanas habrás vuelto a la normalidad.

Leia se puso el casco y comprobó el sistema de alteración vocal incorporado a él. Cuando habló, su voz fue modificada por un circuito electrónico. Conocía lo suficientemente bien el

ubés para arreglárselas sin demasiadas dificultades, y no debería tener problemas a menos que se tropezara con un nativo de aquel planeta. Sus palabras quedaron convertidas en una sucesión de chasquidos y crujidos, e incluso ella misma tuvo la impresión de que habían surgido de la garganta de un alienígena.

Chewie emitió una rápida serie de gorgoteos y gemidos, y Guri asintió.

—Sí, servirá —dijo—. No tardaremos en bajar. Leia asintió y se quitó el casco. Esperaba que Guri supiera lo que estaba haciendo.

Un hombre bastante delgado se encargaba de alimentar a Luke dos veces al día. Luke había comido cosas peores, y también las había comido bastante mejores. Normalmente la rutina que acompañaba la llegada del desayuno o la cena siempre era la misma. El hombre delgado se presentaba delante de la puerta con una bandeja. El guardia abría la puerta, apuntaba a Luke con su rifle desintegrador y le obligaba a retroceder hasta el catre. El hombre delgado dejaba la bandeja encima del suelo, justo al otro lado del umbral, y después el guardia y él se marchaban.

Esta vez, Luke le preguntó al hombre delgado qué hora era.

—¿Qué te importa qué hora pueda ser? —respondió el hombre delgado.

—¿Y a ti qué te importa que me importe?

El hombre delgado soltó un resoplido, pero le dijo la hora y se fue.

Acababa de traerle la cena, tal como había sospechado Luke.

Le había hecho aquella pregunta por una razón muy simple. Estaba haciendo planes para marcharse, y quería contar con la protección de la oscuridad. En cuanto hubiera salido del edificio tendría que hacer todo lo posible para que no pudieran verle, y así podría utilizar la noche como camuflaje.

Luke comió. El líquido marrón tenía un sabor dulce y era un poco espumoso, y la comida era más bien insípida —costillas de sopyro, una variedad de verdura anaranjada, algo verde que crujía cuando lo mordías—, pero no había ninguna necesidad de escapar con el estómago vacío. En cuanto hubiera conseguido llegar a su ala-X y despegar, no había forma de saber cuánto tiempo transcurriría antes de que volviera a tener una ocasión de comer.

Cuando consiguiera llegar a su ala-X...

Luke sonrió mientras masticaba un bocado de aquella sustancia verde. ¡Como si ésa fuera a ser la parte más fácil!

Guri explicó a Leia que era preferible que no los viesan juntos. —Reuníos conmigo en estas coordenadas en cuanto hayáis pasado por las aduanas.

Leia y Chewie le dijeron que así lo harían.

Pero después hubo algunos momentos de tensión en las aduanas.

Un guardia sentado detrás de una mesa examinó la holotarjeta de identificación en la que se afirmaba que Leia era Boushh, y después empezó a repiquetear en el tablero con un canto del documento.

—¿Cuál es el propósito de su visita?

—Asuntos de negocios —dijo Leia en ubés.

Su voz salió de la máscara convertida en una serie de chasquidos y crujidos.

—Veo que tiene licencia para llevar encima esa arma, pero la gente que usa armas en el Centro Imperial no nos cae muy bien. Leia no dijo nada.

—Me parece que tendrá que quitarse ese casco —dijo el guardia—. Sólo para estar seguro de que no hay discrepancias con el holograma, ¿entiende? —Volvió a golpear suavemente la mesa con la tarjeta y le echó otro vistazo—. Nunca se es demasiado precavido.

—Respirar este aire sin mis filtros causará lesiones en mis pulmones

—dijo Leia.

—Podemos proporcionarle una sala de atmósfera controlada...

—empezó a decir el guardia..., y se interrumpió de repente.

Chewie fue hacia el guardia y Leia, y gruñó algo en wookie.

Mientras contemplaba su disfraz, Leia se dio cuenta de cómo se había acostumbrado a su presencia. El bueno de Chewie era tan fiable como el amanecer, y no había nadie que le superase en cuanto a lealtad.

—¿Qué problema tiene? —preguntó el guardia. Chewie respondió con un gorgoteo lleno de irritación.

—Me da igual que llegue tarde a una cita —dijo el guardia. Pero la cola de los que esperaban pasar por la aduana se iba alargando un poco más a cada momento que transcurría, y de repente el guardia alzó la identificación de Leia y se la arrojó—. Muévase, cazador de recompensas. Tengo otros pasajeros a los que procesar.

En cuanto Chewie hubo pasado el control, él y Leia se alejaron rápidamente del área de aduanas.

—Bien, ahora iremos a ver a mi contacto. Esta parte del Submundo es relativamente segura —dijo Leia—, pero aun así no es el tipo de sitio en el que puedas permitirte el lujo de bajar la guardia.

Chewie asintió y dio unas palmaditas a su arco de energía. Después dijo algo.

—Si acabas de preguntarme por qué no vamos directamente a reunimos con Guri, te diré que es porque antes quiero averiguar si puedo mejorar un poco las cartas que nos han correspondido en esta partida.

Vader estaba a bordo del *Ejecutor* y pensaba en su inminente encuentro con Luke. Desde que se vieron por última vez, el muchacho había dispuesto del tiempo suficiente para ir asimilando y aceptando lo que se le había dicho. A cierto nivel, tenía que saber la verdad: Luke tenía que ser consciente de que Vader era su padre. Eso había ocurrido en otra vida, naturalmente, cuando Vader todavía era Anakin Skywalker, pero seguía siendo un hecho que había que tomar en consideración.

Vader le convencería. Sabía que podía hacerlo, porque había sentido cómo el lado oscuro se agitaba dentro de Luke y había percibido el poder de su ira. El muchacho la había dejado libre en una ocasión, y se podía conseguir que volviera a hacerlo. El lado oscuro era un camino

que se iba volviendo más ancho y más fácil de recorrer cada vez que ponías los pies en él. Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, Luke ya no tendría que hacer ningún esfuerzo para permitir que el lado oscuro lo gobernara todo.

Y el Emperador tenía razón. Luke poseía un gran poder. Era un poder en estado bruto, todavía no canalizado ni adiestrado, pero era muy vasto. Su potencial era más grande que el del Emperador, más grande que el de Vader.

Pero aun así, seguía siendo un potencial y no energía concentrada. Cuando volvieran a encontrarse, Vader seguiría siendo más hábil en el uso de la Fuerza, y todavía sería superior a Luke. Derrotaría al muchacho y lo arrastraría hasta el lado oscuro. Padre e hijo por fin estarían de acuerdo.

Y cuando eso ocurriera, no habría nada en toda la galaxia que pudiera detenerlos. Nadie se atrevería a oponerse a ellos. Todos se inclinarían ante ellos. Los planetas temblarían cuando sintieran su proximidad.

Vader sonrió debajo de su máscara.

Luke hizo varias inspiraciones muy profundas para relajarse, tal como le habían enseñado, al mismo tiempo que intentaba enviar sus pensamientos hacia el exterior. Ben —Obi-Wan— podía introducir sugerencias en la mente de un soldado de las tropas de asalto sin ningún esfuerzo aparente, pero a Luke no le resultaba tan fácil. Había conseguido hacerlo en un par de ocasiones, pero establecer un contacto de naturaleza tan íntima con la Fuerza era algo que requería muchísima concentración. No podías estar preocupado por si iba a dar resultado o no, ni por lo que podía ocurrir si perdías el control de tu sujeto antes de que hubiera hecho lo que deseabas que hiciera. De hecho, el gran problema era que prácticamente no podías pensar en ninguna otra cosa que no fuese la orden mental que estabas enviando —bueno, al menos Luke no podía pensar en nada más—, y eso hacía que todo resultara muy complicado..., especialmente porque si el truco no funcionaba o si la orden dejaba de surtir efecto antes de haber sido completada, Luke podía acabar muerto.

«No. No hay lugar dentro de tu mente para ese tipo de pensamientos. Recuerda que la Fuerza está de tu lado. Puedes hacerlo.»

Volvió a respirar hondo, dejó escapar la mitad del aire que había inhalado y permitió que la Fuerza conectara su mente con la del guardia del pasillo.

La sensación resultaba muy extraña, como siempre. En realidad no se trataba de que Luke tuviera la impresión de estar en dos sitios al mismo tiempo, sino más bien como si una parte de su mente estuviera parcialmente desconectada del resto y no le fuera del todo accesible. Era como estar entre dormido y mareado.

Luke fue consciente de que al guardia le dolían los pies, de que necesitaba hacer una visita al cubículo sanitario y de que estaba muy harto de permanecer de pie en aquel lugar, sosteniendo un rifle desintegrador y vigilando una maldita puerta cuando estaba clarísimo que nadie podía escapar de aquella celda, y no había ninguna...

—Abre la puerta.

—¿Eh? ¿Quién está ahí?

—Debes abrir la puerta.

—Debo... abrir la puerta.

—Debes dejar tu rifle en el suelo y abrir la puerta ahora mismo.

—Debo... dejar mi rifle en el suelo. He de abrir la puerta ahora mismo.

Luke estaba observando al guardia a través de la ventana protegida por el enrejado metálico. Vio cómo el guardia dejaba su rifle en el suelo.

«Ya es mío.» Luke sonrió. Eso fue un error.

—¿Qué...?

«Lo estoy perdiendo. Concéntrate, Luke...»

—Abre la puerta.

Luke expulsó de su mente los pensamientos de victoria y pérdida de control. Lo único que importaba era el guardia.

—Abre la puerta.

—Sí. Abrir... la... puerta...

La tarjeta-llave del guardia entró en la ranura. La cerradura hizo *clic*.

Era uno de los sonidos más maravillosos que Luke había oído en toda su vida. Procuró no pensar en él.

—Estás muy cansado. Tienes que entrar, acostarte en el catre y echarte una buena siesta.

—Catre. Echar una siesta...

El guardia entró en la celda y pasó junto a Luke. Luke le quitó la tarjeta magnética de la mano. Después echó un vistazo al pasillo. No había nadie. Salió de la celda, cerró la puerta evitando hacer ruido, dejó caer la tarjeta-llave al suelo y cogió el rifle desintegrador. Miró hacia atrás. El guardia roncaba sobre el catre.

Bueno, eso ya estaba un poco mejor.

Echó a andar por el pasillo. Se sentía bastante seguro de sí mismo. Aquel guardia había resultado mucho más fácil de controlar que el de la feria ambulante cuando había hecho aquellos ejercicios de equilibrio caminando sobre el alambre. Dadas las circunstancias, Luke no debería tener demasiados problemas para librarse de cualquier enemigo con el que se pudiera tropezar, ya fuese usando el rifle desintegrador o mediante la Fuerza. Y hablando de deber... Bueno, lo que debía hacer era ir a la salida más próxima sin perder ni un segundo y largarse. Con un poco de suerte, pasarían varias horas antes de que alguien se enterase de que se había ido.

Pero antes quería averiguar si podía encontrar su espada de luz. Había invertido mucho tiempo en construirla, y dado que la fuga había resultado tan fácil, Luke estaba razonablemente seguro de que podría recuperar su arma Jedi y salir de allí con idéntica facilidad. La Fuerza estaba de su parte. Podía hacerlo.

Estaba seguro de ello.

Leia y Chewie estaban avanzando por un pasadizo oscuro y serpenteante que llevaba al

corazón del Submundo del Sur, y Leia meneaba la cabeza. El complejo de casinos de Rodia había conseguido que Mos Eisley pareciera un lugar muy agradable. Pero al parecer, y por muy espantoso que fuese un sitio, siempre había otro que era todavía peor.

El Submundo del Sur hacía que el complejo de casinos pareciera un paraíso para turistas.

Había mendigos por todas partes, hombres y mujeres flaquísimos y vestidos con harapos que pedían limosna de una manera casi imperiosa. Leia no sabía qué los había impulsado a huir al mundo subterráneo, pero si aquella era su única opción... Bueno, entonces debía de ser algo realmente terrible.

Les hicieron toda clase de ofertas ilícitas mientras seguían internándose por el laberinto de túneles subterráneos. Los moradores de los pasillos podían venderles lo que quisieran, fuera lo que fuese, y los detalles hicieron que Leia empezara a sentir que se le revolvió el estómago.

Sí, esa clase de personas siempre había existido, pero el Imperio había hecho que su número se incrementara enormemente. Lo que sólo había sido una pequeña mancha en la alegría de la República era una llaga en el cuerpo hinchado del Imperio.

Chewie le soltó un feroz gruñido a una mujer medio desnuda que sonreía mientras iba hacia ellos. La mujer se apresuró a retroceder.

El corredor por el que avanzaban estaba bastante mal iluminado. Había montones de pintadas en media docena de lenguajes y sistemas pictográficos distintos, y las mismas paredes se hallaban perladas de líquido, como si sudaran.

Un planeta cuya superficie había sido totalmente edificada necesitaba unos cimientos enormes. En algunos lugares, el vasto complejo de túneles y cavernas artificiales tenía un kilómetro de profundidad y todavía seguía creciendo hacia abajo. Había sitios a los que nunca llegaban los rayos del sol, donde el moho gris azulado podía formar una capa de diez centímetros de grosor sobre los muros y el techo, donde aquella atmósfera tan húmeda que era un auténtico caldo de cultivo para los microorganismos siempre estaba impregnada por el hedor a podredumbre de los hongos..., y de cosas todavía peores.

Una silueta encapuchada y envuelta en una túnica negra surgió de la oscuridad bajo el vacilante resplandor de una varilla luminosa, y una mano verde de cuatro dedos se extendió hacia ellos en busca de una limosna.

Chewie dijo algo, y la figura se alejó. Una potente vaharada del olor corporal que desprendía aquella criatura, evidentemente muy poco aficionada a lavarse, se unió a los otros olores.

Chewie arrugó la nariz.

La pestilencia era peor que la del compactador de basuras dentro del que había tenido lugar el primer encuentro entre Leia, Han, Luke y Chewie.

Por suerte para Leia, los filtros de su disfraz de cazador de recompensas la protegían de los peores olores. Pobre Chewie. Leia esperó que el sitio al que iban tuviera un buen sistema de filtración del aire, o por lo menos generadores de ozono y purificadores ambientales.

Una varilla luminosa parpadeó de repente delante de ellos, pintando el pasillo con fognazos de una claridad cada vez más débil hasta que se apagó.

En algún lugar del corredor, alguien —o algo— gritó detrás de ellos. El grito se fue

debilitando rápidamente hasta que se extinguió entre un gorgoteo líquido.

Leia puso la mano sobre la culata de su desintegrador y la mantuvo allí.

—¿Cuánto falta para que salgamos del hiperespacio? —preguntó Vader.

—Sólo unas horas, lord Vader —respondió su capitán.

—Estaré en mis habitaciones. Envíe a alguien para que me avise cuando llegemos al sistema.

—Sí, lord Vader.

«Pronto estaré allí, hijo mío...»

Mientras cogía su espada de luz de la mesa, Luke pensó que aquello casi estaba resultando demasiado fácil. El pequeño almacén estaba vacío, nadie parecía estar despierto o haciendo la ronda por los pasillos, y su comunicador estaba allí mismo, encima de la mesa. Enviaría una transmisión en código a Erredós, y le pediría que calentara los motores del ala-X y que le enviara una señal de guía. En cuanto hubiera llegado a su nave, aquellos idiotas nunca conseguirían volver a capturarlo.

Dejó el rifle desintegrador encima de la mesa y alargó la mano hacia su comunicador.

—¿Quién está ahí? ¡No se mueva o dispararé!

«Oh, oh...»

El corredor seguía avanzando por las profundidades del Submundo del Sur para acabar convirtiéndose en una enorme cámara hemisférica tan grande como una plaza de ciudad y dotada de un techo muy alto, buena iluminación y un círculo de tiendas que se extendía alrededor del perímetro. Allí la pestilencia era menos perceptible. Humanos y alienígenas iban y venían de un lado a otro, protegidos por guardias armados y uniformados que resultaba obvio estaban allí para mantener un cierto nivel de orden. Aquel lugar podría haber sido un área de compras en una pequeña ciudad de prácticamente cualquier planeta civilizado.

La parte del círculo en la que se encontraban contenía una panadería, una armería, un kiosco donde vendían ropas y un gran bazar especializado en sistemas electrónicos. También había un restaurante y una cantina, y una tienda de plantas. Leia suspiró y sintió un gran alivio. El lugar había cambiado desde la última vez que estuvo allí, pero su destino seguía donde había estado siempre.

—Es allí —le dijo a Chewie.

El interior de la tienda de plantas olía muy bien y la mezcla de perfumes, que habría resultado deliciosa en cualquier sitio, lo era todavía más en aquel entorno. Había bandejas llenas de musgo stik gris, macetas con plantas y flores de todas clases cuyos colores iban del rojo al violeta, y gruesas láminas ondulantes de hongos amarillos cubrían las paredes y el techo. Los hongos amarillos no necesitaban la luz del sol para producir oxígeno, lo que hacía que fuesen particularmente adecuados para los habitáculos subterráneos. Había tanto oxígeno en el aire que Leia se sintió un poco mareada en cuanto empezó a respirarlo.

Entre el techo y el suelo había cuatro metros de distancia, lo que en aquel caso era una necesidad porque el propietario de la tienda de plantas era un anciano ho'din llamado Spero. Los ho'din habitualmente alcanzaban los tres metros de altura, contando esa «cabellera» vermiforme tan peculiar suya, una masa de pequeños tentáculos carnosos que parecía un nido de serpientes recubiertas de brillantes escamas rojas y violetas.

Leia miró a su alrededor y enseguida vio al alienígena, una silueta alta y flaca que iba y venía detrás de un gran macizo de árboles-pluma cuyas copas rozaban el techo. El viejo Spero aún vivía. La suerte seguía estando de su lado.

—Que este encuentro sea feliz para todos —dijo Spero—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Hemos venido a solicitar el pago de una deuda pendiente, gran jardinero.

Muchos ho'din eran famosos por sus increíbles dotes naturales para todos los trabajos ecológicos, especialmente con las plantas, por lo que «gran jardinero» era considerado un título altamente honorífico entre ellos. Spero se había ganado su título creando la variedad de hongo amarillo que recubría sus paredes, y que era utilizada en toda la galaxia.

—No recuerdo tener ninguna deuda con nadie —dijo el anciano ho'din—. Y, ciertamente, no con desconocidos. Spero parecía levemente divertido.

—¿Ni siquiera con Leia Organa? Spero sonrió.

—Ah, sí. La princesa... Le debo mi vida, y la de toda mi familia.

—Ella querría que nos ayudarais.

—¿Y cómo sé que habéis venido aquí enviados por la princesa Organa?

—¿De qué otra forma podríamos saber que tenéis una deuda con ella?

Spero asintió.

—La respuesta me parece convincente. ¿Qué queréis de mí?

—Necesitamos saber todo lo posible sobre el Sol Negro: quién es su jefe, cómo podemos ponernos en contacto con ellos... Spero suspiró.

—Iba a preparar el té. ¿Os apetece un poco?

—En otra ocasión, quizá.

—Bien, en ese caso... El líder del Sol Negro es Xizor, el falleen. También es conocido como el «Príncipe Oscuro» y, en algunas ocasiones, como «Señor Oculto del Bajo Mundo». También es propietario y presidente de STX, Sistemas de Transporte Xizor, una empresa más o menos legal cuyo volumen de negocios asciende a miles de millones de créditos. Xizor rara vez sale de Coruscant, y vive en un palacio cuya opulencia es comparable a la de las residencias del Emperador y Darth Vader. —Spero señaló el techo—. Está en la superficie, aunque algunas partes de él se extienden hasta una gran distancia por debajo del suelo.

Leia y Chewie intercambiaron una rápida mirada. Aquello confirmaba lo que les había dicho Guri. Era cuanto necesitaba saber. Leia asintió y empezó a girar sobre sus talones.

—Gracias, gran jardinero —dijo.

—No hay por qué darlas, princesa.

Leia se quedó inmóvil durante unos momentos, y después se volvió lentamente hacia el anciano alienígena.

—¿Cómo habéis dicho?

—Los ho'din cuentan con algo más que sus ojos y sus oídos, princesa. —La abundante «cabellera» carnosa que cubría la cabeza de Spero se agitó y onduló, y los zarcillos que la formaban relucieron bajo las luces de la sala—. Nunca olvidamos a nuestros amigos.

Leia se inclinó ante él.

—Entonces considerad saldada nuestra deuda. El ho'din le devolvió la reverencia.

—Tonterías. Los nietos de mis nietos nunca podrán llegar a vivir lo suficiente para pagar esa deuda. Pero me alegra haberos podido prestar un pequeño servicio. Tened mucho cuidado, princesa... El Sol Negro es un enemigo formidable.

—Así lo haré. Gracias de nuevo, mi buen Spero. Cuando volvieron a la explanada, Leia miró a Chewie.

—Bien, al parecer esa parte de la historia de Guri es cierta. Será mejor que vayamos a reunimos con ella.

Chewie gruñó, y Leia no estuvo segura de si asentía o de si le estaba diciendo que no le parecía una buena idea.

La mano derecha de Luke seguía empuñando su espada de luz. Aferró el arma con más fuerza, y puso el pulgar encima del control mientras giraba lentamente sobre sus talones para enfrentarse al propietario de la voz que acababa de oír a su espalda.

—Lo siento, pero creí que el cubículo sanitario estaba por aquí —dijo.

Bueno, tenía que intentarlo..., y además siempre había una pequeña posibilidad de que diera resultado.

El alienígena que tenía delante era un nikto, y la respuesta de Luke parecía haberle dejado perplejo, al menos durante un segundo. Pero sus ojos rodeados de protuberancias córneas enseguida se desorbitaron en cuanto reconoció a Luke. El desintegrador que empuñaba se alzó hacia Luke.

Luke presionó el control de la espada de luz. La hoja resplandeciente añadió su claridad a la tenue iluminación de la pequeña sala.

El nikto disparó, y un haz rojizo surgió del cañón de su desintegrador. Luke permitió que la Fuerza fluyera a través de él y el disparo rebotó en su hoja de energía..., e hirió en un pie a quien lo había disparado. El nikto dejó caer su arma, se agarró la extremidad herida y empezó a chillar mientras iba dando saltitos sobre el otro pie.

—¡Ay, ay, ay, ay!

De no haber sido por el peligro que corría, Luke lo habría encontrado muy divertido.

Bien, ya podía ir despidiéndose de su idea de escapar sin ser detectado...

Luke corrió hacia el nikto herido, golpeándole con un hombro al pasar junto a él y haciendo que cayera al suelo.

Un instante después, igual que habían hecho los pilotos de los barredores, el nikto demostró que se le daba mucho mejor maldecir que disparar.

Las puertas empezaron a abrirse por todo el pasillo, y cazadores de recompensas armados salieron por ellas. A juzgar por cómo iban vestidos, muchos de ellos ya se habían acostado.

Luke estaba metido en un buen lío.

Alzó su espada de luz e intentó abrirse camino hacia la libertad.

Leia y Chewie fueron al sitio en el que habían acordado reunirse con Guri. Su guía les estaba esperando en un parque público de la superficie, una pequeña cuña de verdor rodeada de plasticreto y duracero.

—Habéis tardado más de lo previsto —dijo Guri cuando los vio llegar.

—Hemos estado haciendo un poco de turismo —respondió Leia.

Guri la miró fijamente, y Leia percibió con una intensidad casi física la aguda antipatía que aquella mujer..., no, aquella androide sentía hacia ella.

—Seguidme —dijo Guri. ¡

Un diluvio horizontal de haces de energía cayó sobre Luke.

La Fuerza le permitió moverse más deprisa de lo que jamás habría creído posible, y Luke tejió un tapiz defensivo con su espada de luz para desviar aquella terrible lluvia. Los haces rebotaron en su hoja de energía y atravesaron las paredes, los cazadores de recompensas, el techo y el suelo. Estar allí resultaba muy peligroso fuera cual fuese tu posición.

Por muy asombrado que se sintiera ante su velocidad y sus habilidades, Luke sabía que no podría seguir haciendo aquello durante mucho rato. Bastaría con que fallase un solo bloqueo y estaría muerto. Tarde o temprano acabarían con él.

Echó a correr pasillo abajo, y los tiradores que tenía delante se apartaron para esquivar sus propios disparos reflejados.

El tiroteo estaba acompañado por un considerable griterío.

—¡Mira hacia dónde disparas, idiota!

—Está allí, acabad con él...

—¡Eh, cuidado, cuidado!

—¡Estoy herido!

Luke no sabía qué distancia tendría que recorrer antes de llegar a la salida, pero era consciente de que no conseguiría escapar a menos que ésta se encontrara bastante cerca de él.

Pero siguió el fluir de la Fuerza y continuó bloqueando disparos y lanzando mandobles, apartando haces de energía, carne y huesos mientras los cazadores de recompensas intentaban detenerle. No tenía mucho donde elegir, y no podía pararse a pensar en lo que iba a hacer.

Y entonces el muro estalló hacia dentro por delante de él y a su izquierda.

Restos humeantes salieron disparados en todas direcciones. Algunos de los cazadores de recompensas sufrieron el impacto de la onda expansiva de la explosión y volaron por los aires, y otros huyeron. Una gran humareda llenó el pasillo, y Luke enseguida notó la quemadura de aquellos vapores acres en sus fosas nasales.

El caos general se incrementó.

¿Qué...?

—¿Luke?

Luke conocía aquella voz.

—¿Lando? ¡Estoy aquí!

Otro desintegrador se unió a la refriega, pero los disparos de éste no iban dirigidos contra Luke. Varios cazadores de recompensas cayeron al suelo.

—¡Reagrupaos! —gritó alguien—. ¡Nos atacan!

La confusión era cada vez más grande.

Luke vio cómo Lando avanzaba a través de la humareda y la nube de vapores malolientes, y le vio disparar con distraída precisión e ir derribando a varios de los confusos cazadores de recompensas.

—Es como disparar contra un montón de serpientes atrapadas en una caja de zapatos — dijo Lando, y sonrió—. ¿Has pedido un taxi?

—¿Quién, yo? ¿Qué te hace pensar que quiero irme? Me estoy divirtiendo mucho.

Luke giró sobre sus talones y su hoja de energía separó el cañón de un desintegrador del resto del arma. El desintegrador empezó a sisear y escupir chispazos, y su sorprendido propietario lo dejó caer y huyó.

—Sí, tienes razón. Ven por aquí.

Lando le precedió, con su desintegrador disparando sin cesar. Luke le siguió, bloqueando los disparos dirigidos contra sus espaldas.

Se metieron por el agujero de la pared y salieron a la noche.

Los cazadores de recompensas no tardarían mucho en recuperarse de su aturdimiento, y sería mejor que estuvieran lejos de allí antes de que eso ocurriera.

—Tengo un..., eh..., un deslizador de superficie que tomé prestado aparcado ahí—dijo Lando, y se volvió para disparar una ráfaga de energía contra el edificio que se alzaba detrás de ellos—. ¿Qué te parece si vamos a dar un paseo?

Alguien soltó un grito de sorpresa y dolor cuando el haz desintegrador disparado por Lando chocó con su cuerpo en el agujero de la pared.

—El *Halcón* está en un parque público a cinco minutos de aquí. Dejé a Cetrespeó vigilándolo.

—¿Cetrespeó? ¿Dónde están Leia y Chewie?

—Es una historia bastante larga. Será mejor que volvamos a la nave antes de que te la cuente.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Dash me dijo en qué planeta estabas. Llegué aquí y me enteré del ataque contra el complejo secreto de los bothanos. Conocía a unos cuantos nativos que me debían algunos favores, y ellos me dijeron dónde se habían instalado esos idiotas.

Lando se agachó. Un haz desintegrador pasó siseando sobre su cabeza, fallando el blanco por más de dos metros.

—Bien, ¿podemos dejar el juego de las preguntas y respuestas para más tarde y salir de aquí de una vez?

—Buena idea.

Echaron a correr.

Los cazadores de recompensas siguieron disparando detrás de ellos.

Xizor estaba observando con gran atención las ramas inferiores de su espino de fuego en miniatura, un ejemplar que tenía seiscientos años de edad. La pequeña planta había sido un regalo de un antiguo rival que quería hacer las paces con el Sol Negro después de..., de una

pequeña discusión por motivos de negocios. El diminuto árbol, cuya altura no llegaba al medio metro, era una réplica casi perfecta de los espinos de fuego de cien metros que sólo crecían en un bosquecillo de la selva irugiana de Abbaji. El árbol enano había pertenecido a la familia del antiguo rival del Sol Negro durante diez generaciones y, para alguien que conociera el valor de aquellos especímenes, era un tesoro inapreciable. Incluso si algún día su fortuna se evaporaba y quedaba completamente arruinado, Xizor seguiría negándose a vender aquella planta ni aunque le ofrecieran un decamillón de créditos por ella.

Había quienes podían ofrecer esa cantidad, y todavía más dinero. Arbolillos como el que tenía delante habían sido un vínculo de unión entre ellos y muchísimos años de historia.

Xizor movió las diminutas tijeras mecánicas con gran precisión. Centró meticulosamente la rama, que era casi tan fina como un cabello, entre las hojas..., cortó...

Ah. Perfecto. Aquel corte prácticamente invisible era la única poda necesaria para ese año. Cuando llegara el cambio de estación, quizá eliminaría aquel brote que surgía de la rama superior y que se iba extendiendo en un ángulo obtuso. Disponía de un año para pensar en ello. Xizor apartó con mucho cuidado las tijeras del arbolillo y contempló el espino de fuego. Era precioso. De hecho, era lo suficientemente hermoso como para excusar las equivocaciones de su antiguo propietario. Aquel hombre había cometido algunos errores de juicio, desde luego, pero ese regalo demostraba que también era inteligente y tenía muy buen gusto. Los errores podían ser perdonados si existían circunstancias atenuantes. Después de todo, Xizor era un ser civilizado y no un matón que actuaba de manera puramente refleja.

Permitiría que la princesa Leia descubriera todo eso acerca de él. De la misma manera en que permitiría que descubriera otras cosas, éstas mucho más íntimas, sobre su persona...

—Me alegra mucho ver que está bien, amo Luke.

—Yo también me alegro de verte, Cetrespeó —dijo Luke. Lando pasó corriendo junto a ellos para ir a la cabina de control del *Halcón*.

—¡Venga, Luke! —gritó—. No sólo tenemos que preocuparnos de los cazadores de recompensas, sino que además todo un convoy imperial viene hacia aquí. Acaban de salir del hiperespacio y han entrado en el sistema.

Luke se apresuró a seguirle. Llegó al asiento de control, se dejó caer en él y se puso el arnés de seguridad.

—Ah, ¿sí? ¿Es alguien que conozcamos? —preguntó. Ya estaba alargando las manos hacia los controles para llevar a cabo las comprobaciones previas al despegue.

—No me acerqué lo suficiente para leer los nombres de sus placas de identificación, pero la nave que encabeza la formación es un Destructor Estelar.

—¿De la clase Victoria?

—Más grande.

—¿De la clase Imperial?

—Haz otro intento.

Luke apartó la mirada de los controles, y sus ojos desorbitados se clavaron en Lando.

—No.

—Sí. Clase Súper.

—¿Es el... *Ejecutor!*

—Tal como te he dicho, no me acerqué tanto. Pero ¿cuántas naves de esas dimensiones hay en la galaxia? No construyen monstruos semejantes sólo para divertirse, ¿sabes?

Luke tenía la mirada perdida en el vacío. ¿Sería Darth Vader? ¿Qué podía estar haciendo allí?

—Venga, terminemos las comprobaciones lo más deprisa posible —dijo Lando—. Creo que deberíamos largarnos de aquí inmediatamente.

—Ya te he oído, Lando. Pero... Erredós está en mi ala-X.

—Lo sé. Lo vimos al venir. Tengo un rayo tractor con su nombre escrito en él. Pasaremos por encima del ala-X y lo recogeremos, y usaremos las agarraderas del casco para llevárnoslo con nosotros. —Lando señaló la pantalla de control—. Saldremos de aquí utilizando la gravedad para que nos impulse como una piedra lanzada por una honda, y luego conectaremos la impulsión lumínica lo más pronto posible. Aun suponiendo que Vader no vaya a bordo de ese monstruo, no quiero buscarle las cosquillas.

Luke asintió y alargó la mano hacia el comunicador.

—¿Adonde vamos?

—Volvemos a Tatooine. Leia quiere que vayamos allí.

—¿Dónde está Leia?

—Ya hablaremos de eso más tarde, ¿de acuerdo? Las manos de Lando bailaron sobre los controles y los motores de la nave empezaron a zumbar.

—¡Será mejor que te sientes, chico de oro! —gritó Lando, volviendo la cabeza hacia la sala de descanso—. ¡Vamos a despegar!

Cien soldados de las tropas de asalto rodearon el edificio, con sus desintegradores preparados para freír a quien moviese un solo músculo.

Darth Vader permaneció inmóvil entre la oscuridad y contempló la brecha que la explosión había abierto en el muro del edificio. Los insectos nocturnos zumbaban a su alrededor, y el aire olía a aislante quemado. No necesitaba entrar para saber que Luke no estaba allí: si el muchacho estuviera en cualquier lugar dentro de un radio de cincuenta kilómetros, Vader no habría podido dejar de captar su presencia.

Aquellos cazadores de recompensas habían capturado a Luke..., y luego habían permitido que se les escapara.

Vader estaba muy disgustado.

El comandante de los soldados de las tropas de asalto estaba inmóvil junto a él, visiblemente nervioso y aguardando órdenes. Vader se encargó de proporcionárselas.

—Tráigame al superviviente de rango más elevado.

—De inmediato, lord Vader.

El comandante movió una mano, y un pelotón de soldados entró en el edificio. Hubo un intercambio de disparos y pasó algún tiempo.

Dos soldados salieron del edificio, arrastrando a un hombre entre ellos. Lo llevaron ante Vader y lo soltaron. El prisionero se tambaleó, pero logró mantenerse en pie.

—¿Sabes quién soy?

—S-S-Sí, lord Vader.

—Bien. ¿Dónde está Skywalker?

—Escapó.

Vader apretó el puño, y el hombre se llevó las manos a la garganta.

—Ya sé que ha escapado, imbécil.

El hombre tosió y balbuceó, y los ojos empezaron a salirse de las órbitas. Vader esperó unos segundos y después abrió la mano.

—Yo estaba dor-dormido, mi se-señor —jadeó mientras hacía frenéticas inspiraciones de aire—. Unos disparos de desintegrador me despertaron. Salí de mi habitación y vi a Skywalker en el pasillo. Fue como..., como un sueño. Había una docena de nosotros disparando contra él y Skywalker movía esa espada de luz de un lado a otro, ¡y detenía los haces de energía!

Vader se sintió complacido a pesar de su ira. Las capacidades y el poder del muchacho seguían aumentando a cada momento que pasaba.

—Sigue.

—Llegaron más de los nuestros. Estábamos seguros de que podríamos con él, pero entonces la pared estalló. Fuimos atacados. No sé cuántos eran... Quince, tal vez veinte. Nos superaban en número. Cuando el combate terminó, Skywalker había desaparecido.

Vader alzó la mirada hacia el espacio. Luke ya no estaría en el planeta, evidentemente. Decidió volver de inmediato al *Ejecutor* en su lanzadera: tal vez todavía no fuese demasiado tarde para capturarlo.

Después bajó nuevamente la mirada hacia el cazador de recompensas.

—Tengo entendido que había alguien más que también quería a Skywalker. ¿Quién era?

—No... No lo sé, lord Vader...

Vader volvió a alzar la mano y empezó a curvar los dedos.

—¡Esperad! ¡No, por favor! No lo sé... Tratamos... Tratamos con agentes.

Vader miró fijamente al cazador de recompensas y percibió algo más que no le estaba diciendo.

—Sospechas algo —dijo. No era una pregunta.

—Yo... Algunos de nosotros oímos rumores. No sé si eran verdad.

—Habla.

—Decían que..., que se trataba del..., del Sol Negro. Vader le contempló en silencio. Por supuesto.

—¿Y ese otro... postor quería a Skywalker vivo y en buen estado?

—N-N-No, lord Vader. Le querían muerto.

Vader giró bruscamente sobre sus talones, olvidándose por completo del prisionero. Por supuesto. Lo había sospechado durante todo el tiempo sin ser realmente consciente de ello. La verdad por fin había salido a la luz, y todo encajaba. Xizor quería obstaculizar los planes de Vader de todas las maneras posibles. ¿Qué manera mejor que matar al hijo de Vader y, mediante el mismo acto, dejarle en ridículo delante del Emperador?

—Volvamos a la lanzadera —le dijo al comandante.

—¿Qué hacemos con esta escoria? —preguntó el comandante, moviendo la mano en un gesto que abarcó el edificio y al prisionero.

—Olvídese de ellos. No nos sirven de nada. Vader ya se estaba alejando.

El *Halcón* flotaba en una órbita de gran altura alrededor del planeta, preparado para utilizar el empujón de su gravedad en una veloz huida. Erredós ya se encontraba a bordo, y el ala-X había quedado adherido al casco. Luke no confiaba demasiado en las agarraderas de aspecto bastante improvisado que unían el caza a la nave, pero por lo menos su ala-X se encontraba lo suficientemente lejos de los cañones y las sujeciones deberían aguantar..., o eso esperaba.

—¡Erredós! ¡Creía que nunca volvería a verte! —dijo Cetrespeó. Erredós dirigió una rápida serie de silbidos al androide de protocolo.

—Sí, nosotros también hemos tenido muchas aventuras. Debo decir que todo esto no me gusta en lo más mínimo. ¿No podríamos encontrar algún planeta tranquilo y agradable y disfrutar de unas vacaciones? Algún sitio donde hiciera calor y hubiese un gran lago de lubricante...

Luke sonrió. Erredós y Cetrespeó siempre conseguían divertirlo.

Lando salió de la órbita y entró en el espacio interplanetario.

—¿Cuánto falta para que podamos saltar al hiperespacio, amo Lando?

—Un par de minutos —replicó Lando—. Y parece que nuestra suerte ha mejorado por fin, porque no hay ni un solo navío imperial pisándonos los talones. Ya iba siendo hora de que la fortuna decidiera ponerse de nuestra parte aunque sólo sea para variar, ¿no?

Luke asintió.

—¿Qué tal está Dash? —preguntó mientras esperaba a que Lando conectara la hiperimpulsión—. Después del ataque al carguero parecía bastante afectado.

—No muy bien. Está francamente deprimido. No puede creer que haya fallado. Tenía que ocurrir más tarde o más temprano, pero no está acostumbrado a ello.

—Son cosas que suelen ocurrir en la guerra —dijo Luke—. Siempre te llevas alguna desilusión.

Como por ejemplo la que él se había llevado con Dash... Bien, era una lástima.

—Sí. Bueno, ¿y qué era eso tan importante que había dentro del ordenador?

Luke se encogió de hombros.

—No lo sé. Los bothanos acababan de abrirse paso a través de los códigos de protección cuando los cazadores de recompensas atacaron su complejo secreto.

—¿Sabes si los cazadores de recompensas se llevaron el ordenador?

—No lo creo. Me parece que ni siquiera sabían que estaba allí. Venían a por mí. Cuando lo vi por última vez, el ordenador estaba en las manos de un técnico bothano. Creo que escapó con él.

—Si consiguió escapar, entonces los bothanos harán que llegue a manos de la Alianza —dijo Lando—. Son gente en la que se puede confiar, ¿sabes? Bueno, supongo que algún día averiguaremos de qué se trataba.

—Sí.

—Preparados para el salto al hiperespacio. Lando pulsó el botón. No ocurrió nada. Luke se volvió hacia él.

—¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó—. Parece ser que hay un problema.

—¡Debe de ser alguna de las modificaciones de Han! —dijo Lando—. ¡Se suponía que mi gente le dio un buen repaso a este trasto en Bepin! ¡No es culpa mía!

—Estupendo. ¿Qué hacemos ahora?

—Buscar un sitio donde podamos escondernos y arreglar la avería antes de que nos tropecemos con la Armada Imperial.

—Parece una idea excelente —dijo Cetrespeó. Erredós emitió un entusiástico silbido de asentimiento.

Guri volvió a llevarles al Submundo. Estuvieron caminando durante horas, dando vueltas y más vueltas por pasillos que se iban volviendo cada vez más estrechos. Acabaron llegando a una gruesa verja provista de una cerradura especial que Guri abrió. Después cerró la verja

detrás de ellos, y entraron en lo que parecía una pequeña estación de trenes repulsores.

Había un hombre esperándoles allí. Era bajito, corpulento y calvo, y tenía la constitución típicamente robusta de un estibador procedente de algún planeta de alta gravedad. Vestía un mono gris, y un desintegrador colgaba de su cadera izquierda. El hombre sonrió, revelando una dentadura recubierta por lo que parecía una capa de cromo negro.

—Id con él —dijo Guri.

—¿Y tú? ¿Adonde vas?

—No es asunto vuestro. Haced lo que se os dice y no tardaréis en ver al príncipe Xizor.

Guri giró sobre sus talones y se alejó sin decir ni una sola palabra más.

El calvo se plantó delante de Leia.

—Por aquí —dijo.

Después guió a Leia y Chewie hasta un pequeño vehículo motorizado aparcado en el exterior. El compartimento de pasajeros era tan pequeño que apenas había espacio suficiente para los tres. Por suerte, el vehículo tenía un techo del tipo convertible, y bajarlo permitió que Chewie pudiera estar sentado sin golpearse la cabeza con él. Entraron en un túnel que se encontraba hacia la mitad del círculo de tiendas. El calvo rozó un control del vehículo y una gruesa verja metálica que cubría la boca del corredor desapareció dentro del techo. El túnel estaba limpio, bien iluminado y sin moho o pintadas en las paredes, y el suelo estaba totalmente libre de basuras o suciedad.

Fueron por el túnel durante bastante rato, y probablemente recorrieron diez o doce kilómetros. El túnel acabó desembocando en una gran cámara, en cuyo centro había un vehículo en forma de bala que flotaba encima de un riel metálico gracias a sus haces repulsores.

Leia no tenía ni idea de adonde iban, pero fuera donde fuese debía de estar bastante lejos: los vehículos de [evitación magnética podían cubrir distancias muy largas en muy poco tiempo, y eran capaces de recorrer trescientos o cuatrocientos kilómetros en una hora, especialmente dentro de un túnel tan bien equipado como aquél. Nadie se tomaba la molestia de utilizar un vehículo de esas características a menos que tuviese que recorrer una distancia relativamente grande.

Chewie y Leia siguieron al calvo y entraron en el vehículo de levitación magnética.

—Adelante —dijo el calvo en cuanto estuvieron sentados y se hubieron puesto los arneses de seguridad.

El vehículo salió de la cámara sin una sola sacudida y entró en un túnel muy oscuro, y fue adquiriendo velocidad muy deprisa. Una hilera de pequeñas lámparas de mantenimiento amarillas cubría la curvatura del túnel a cada doscientos o trescientos metros, y no transcurrió mucho tiempo antes de que el círculo amarillo pareciera estar parpadeando sobre sus cabezas en todo momento.

Fuera cual fuese su destino, llegarían allí bastante pronto incluso suponiendo que se encontrara a medio planeta de distancia.

Leia miró a Chewie y deseó poder interpretar mejor sus expresiones. El wookiee parecía

tranquilo. De hecho, parecía estar mucho más tranquilo de lo que se sentía Leia en aquellos momentos.

Esperaba estar haciendo lo correcto, aunque... Bueno, en realidad ya era un poco tarde para preocuparse por eso, ¿no?

—¿Cuál es el problema? —preguntó Luke.

La voz de Lando subió hasta él desde el acceso de mantenimiento en el que se había metido, y su tono no dejaba lugar a dudas acerca de la irritación que sentía.

—¡El condenado problema es que Han y Chewie no han dejado ni un condenado circuito por tocar, modificar y recablear en toda esta condenada nave! ¡Estoy contemplando un enredo de cables que están justo donde se supone que tendría que haber un tablero de circuitos estándar! Si estuviera en su sitio, podría sacarlo y sustituirlo por un repuesto, ¿entiendes? ¡Pero cualquier parecido entre los planos y lo que me he encontrado aquí dentro es pura coincidencia!

—Bueno, ¿y puedes arreglarlo?

—¡Estoy intentando arreglarlo! Pásame el conector de polaridades.

Luke cogió el conector de polaridades, que consistía en una barra con dos protuberancias afiladas que formaban una V en un extremo. Después tuvo que arrastrarse sobre el estómago para poder llegar hasta Lando.

Lando expuso de manera altamente enérgica y abigarrada su opinión sobre los antepasados de Han, y afirmó que sus costumbres personales dejaban mucho que desear.

Estaban metidos en un buen lío y corrían un gran peligro, pero Luke no tuvo más remedio que sonreír.

—Dile a Erredós que eche un vistazo: quizá sepa para qué se supone que sirve este cable azul.

Erredós ya había oído a Lando, y rodó rápidamente hacia la entrada del acceso de mantenimiento. Después se «inclinó» hacia adelante, examinó el cableado y soltó unos cuantos silbidos y trinos electrónicos.

—¡Ay! —chilló Lando.

—Probablemente será mejor que no lo toques.

—Tu aviso llega un poco tarde, ¿no te parece? ¿Qué me dices de ese cable amarillo?

Erredós silbó.

Luke estaba empezando a tener la impresión de que deberían pasar algún tiempo allí.

Habían conseguido encontrar los restos de una pequeña luna, o quizá un asteroide de gran tamaño, que se movían en una órbita parabólica alrededor del planeta y habían metido el *Halcón* entre las rocas más grandes y habían igualado su velocidad. Desde lejos, y con la mayor parte de sus sistemas de energía desconectados, la nave debería parecer un peñasco más de aquel amasijo de restos rocosos. La gravedad de aquella zona era demasiado pequeña para volver a reunirlos, por lo que los peñascos suponían un riesgo para la navegación y probablemente serían evitados por todas las naves. Ni siquiera un Destructor Estelar de la

clase Súper querría que un montón de rocas del tamaño de edificios chocaran con sus escudos a gran velocidad: el impacto produciría tanta energía cinética que resultaría bastante difícil absorberla y librarse de ella en un instante.

Por lo menos eso esperaban Luke y Lando.

—Pásame las pinzas especiales, esas que tienen las puntas de aguja —dijo Lando.

Luke hizo lo que le pedía.

—¿Necesitas que te eche una mano ahí abajo? Soy bastante bueno con las herramientas.

—Eh, te recuerdo que hubo un tiempo en que fui propietario del *Halcón* —dijo Lando—. No sé cómo, pero acabaré consiguiendo averiguar qué demonios le ha hecho Han. Se le tendría que caer la cara de pura vergüenza, ¿sabes?

—Se lo diré cuando hayamos logrado sacarle de ese bloque de carbonita —dijo Luke.

—Y yo también: bien alto y varias veces, para que se entere.

El vehículo-bala se detuvo, y el parpadeo de las bandas amarillas que se extendían a su alrededor se fue volviendo menos rápido. Cuando el vehículo quedó totalmente inmóvil, vieron que estaban dentro de una cámara enorme que parecía tan grande como la sala de baile de un palacio. El andén delante del que se había detenido contenía seis guardias muy corpulentos: todos llevaban corazas grises e iban armados con rifles desintegradores. El calvo salió del vehículo y volvió a obsequiarles con su reluciente sonrisa negra.

—Por aquí —dijo.

Dos guardias se separaron de los demás y se colocaron detrás de Chewie y Leia.

—Quítese el casco —dijo el calvo—. Ya no lo necesitará.

Después los llevó hasta una puerta que parecía tan gruesa como la compuerta de una bóveda bancaria de alta seguridad. El calvo puso la mano encima de un lector, y la puerta giró sobre sus goznes con un chasquido metálico. Detrás de ella había un pasillo de techo arqueado lo bastante ancho para que una docena de hombres pudieran caminar por él sin que sus codos tuvieran que rozarse. La enorme puerta volvió a cerrarse detrás de ellos. Hacía mucho frío, el suficiente para que su aliento fuera visible bajo la forma de pequeñas nubes de vapor blanquecino.

Unos cuantos metros más adelante había otra puerta, y otros seis guardias con coraza inmóviles delante de ella. No era tan gruesa como la puerta anterior, pero seguía siendo muy sólida y también contaba con un lector de huellas dactilares, y cuando hubieron cruzado el umbral se encontraron con otro grupo de guardias.

Al parecer el dueño de aquel lugar no aguantaba las compañías inesperadas.

Llegaron a una hilera de cuatro turboascensores. El calvo introdujo un código en un teclado, y la puerta del ascensor de la izquierda se abrió. Los tres entraron en él, dejando a los dos guardias fuera.

—¿Ya ha aprendido a confiar en nosotros? —preguntó Leia mientras el turboascensor empezaba a subir, y señaló con una inclinación de cabeza a los guardias que no habían entrado con ellos.

El calvo sonrió. El turboascensor se detuvo y abrió la puerta, y Leia vio que había otro par de guardias esperándoles.

Bueno, quizá todavía no confiaba en ellos después de todo.

Delante de los turboascensores había una serie de pasillos que se alejaban en varias direcciones, y el calvo los guió por uno que terminaba en un nuevo laberinto de pasillos. Leia intentó acordarse de todas las vueltas y giros —tenía bastante memoria para ese tipo de cosas—, pero las luces se apagaron de repente cuando estaban a mitad de una compleja cadena de corredores que se desviaban continuamente hacia la derecha y hacia la izquierda.

—Sigán caminando —dijo el calvo—. Ya les diré cuándo hay que girar.

Avanzaron por entre la oscuridad durante cinco minutos, con el calvo gritando instrucciones de vez en cuando. «A la izquierda.» «Ahora hay que girar a la derecha.» «Cuarenta y cinco grados hacia la izquierda durante cinco pasos, y luego girar a la derecha.»

Cuando las luces volvieron a encenderse —¿cómo se las había arreglado para guiarles?—, Leia ya no tenía ni idea de qué camino habían seguido.

Fuera cual fuese la gorda araña que se agazapaba en el centro de aquella tela, estaba claro que no quería que nadie le hiciera una visita sin ser anunciado previamente.

El calvo acabó llevándoles a un pasillo. Al final del pasillo había dos grandes puertas de madera tallada, y dos guardias más inmóviles junto a ellas. Aquellos guardias no llevaban coraza y no tenían rifles, pero estaban armados con desintegradores que colgaban de sus cinturones. Eran hombres muy altos y robustos que daban la impresión de saber utilizar sus manos. Uno de ellos extendió los brazos hacia los picaportes y abrió las puertas cuando les vio llegar.

—Ahí dentro —dijo el calvo, y después giró sobre sus talones y se fue.

Leia miró a Chewie, y se dio cuenta de que el corazón le estaba latiendo a toda velocidad y de que notaba un aleteo de inquietud en el estómago. Respiró hondo y dejó escapar un poco de aire.

Después entró en la sala, y Chewie la siguió.

Un hombre muy alto —no, no era un hombre, sino un alienígena de aspecto exótico— se puso en pie detrás de un gran escritorio y le sonrió.

—Ah —dijo—. La princesa Leia Organa y Chewbacca... Bienvenidos. Soy Xizor.

Era la voz que había oído por el comunicador del hotel.

El pulso se le aceleró todavía más. Sintió una especie de mareo repentino, como si una extraña neblina se estuviera extendiendo por su cerebro. Allí estaba por fin, enfrentándose a la persona que dirigía la mayor organización criminal de toda la galaxia. Por sí solo eso ya era suficientemente extraño, pero había algo que lo hacía todavía más extraño: Xizor era totalmente... ¡soberbio!

—¿Qué tal va todo por ahí abajo? —preguntó Luke.

—No me lo preguntes.

—Voy a ver qué encuentro en la cocina. ¿Te apetece algo?

—Sí. ¿Qué me dirías de una jarra bien grande llena de ácido de baterías e insecticida?

Luke meneó la cabeza, se levantó y fue hacia la cocina.

Y se detuvo tan de repente como si acabara de sentir el roce de una mano helada.

—¿Amo Luke? ¿Se encuentra bien?

Luke ignoró a Cetrespeó. Había una perturbación en la Fuerza, una mancha oscura que enturbiaba su perfección. Le resultaba vagamente familiar...

«Oh, oh.»

Luke giró sobre sus talones y volvió corriendo al acceso de mantenimiento.

—Más vale que arregles esos circuitos enseguida, Lando.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Creo que vamos a tener compañía de un momento a otro. Lando sacó la cabeza del acceso de mantenimiento.

—¿Qué estás diciendo? Es imposible, Luke: estamos tan bien escondidos que nadie podrá encontrarnos.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres apostar algo?

—Oh, chico. No me digas lo que estás pensando, ¿de acuerdo? —murmuró Lando.

—¿Eh?

—No se te ocurra decir que esto te huele mal.

Luke le miró fijamente.

Lando volvió a desaparecer dentro del acceso de mantenimiento.

—¡Oye, me estoy dando toda la prisa posible!

Luke fue hacia la cabina para echar un vistazo a los sensores. Si se trataba de quien creía, esconderse entre un montón de rocas no les iba a servir de mucho. Por mucho que corrieras, había algunas cosas de las que no podías escapar.

Xizor estaba muy complacido. La joven sentada delante de su escritorio, con su peludo guardaespaldas inmóvil detrás de ella, era tan deliciosa como había esperado..., y quizá todavía más. Hasta el momento sólo habían hablado de asuntos triviales y de meras generalidades. Xizor fingía sentirse enormemente honrado por aquella visita de una gran líder de la Alianza, y ella fingía que no le repugnaba que Xizor fuese un criminal. Y, de hecho, en realidad lo que sintiera Leia carecía de importancia, porque por fin la tenía en su poder.

El problema en el que debía concentrar toda su atención era cómo descubrir cuál sería la manera más efectiva de cortejarla..., suponiendo que pudiera pensar en tales términos.

Xizor ya había permitido que algunas de sus potentes feromonas impregnaran la atmósfera de la habitación. Había hecho considerables esfuerzos para evitar que el color de su piel se alterase excesivamente, pero aun así no cabía duda de que ya había adquirido un cierto brillo más claro. El wookie no parecía haberlo notado, pero Leia había respondido de una forma muy clara a la atracción química que estaba exudando Xizor. Se sentía atraída hacia él, y Xizor lo sabía gracias a su larga experiencia con las mujeres. Xizor era apuesto y muy agradable a los ojos y, teniendo en cuenta la atracción añadida de sus feromonas, una hembra humanoide necesitaría poseer un control de sí misma enorme y una voluntad de hierro para poder resistírsele.

Cuando era joven, Xizor había sentido la misma atracción irresistible que Leia estaba experimentando en aquellos momentos. Las mujeres de su especie poseían su propia versión particular del arsenal de feromonas masculino, y cuando una de ellas... florecía para ti, resultaba muy difícil ignorarla. Era como si una flor de invernadero saturase el aire con su fragancia. Las feromonas de los falleens revoloteaban por el aire y atrapaban en su apremiante abrazo a cualquiera que se hallase lo bastante cerca de ellas. Y su presa era tan poderosa como la de unas tenazas de duracero...

Si Leia poseía aunque sólo fuese la más mínima sensualidad, sólo podía fingir que no se sentía atraída por él..., como estaba intentando hacer en aquel instante. Xizor tuvo que reconocer que estaba ocultando muy bien lo que sentía. Pero el leve rubor de sus mejillas, su respiración ligeramente más acelerada y su..., su anhelo, porque no había otra palabra con la que explicar lo que sentía, resultaban obvios para alguien que ya había detectado todas esas señales en un millar de ocasiones anteriores. Quien supiera captar esas señales podría utilizarlas en beneficio propio..., tal como estaba dispuesto a hacer Xizor.

—Debéis de estar muy cansada después del viaje —dijo Xizor—. Deberíais daros un baño, cambiaros de ropa y descansar un poco antes de que pasemos a ocuparnos de asuntos realmente serios.

—No he traído mi guardarropa conmigo.

Xizor movió una mano y sus labios se curvaron en una impecable sonrisa de hombre acostumbrado a viajar por toda la galaxia.

—Esos pequeños problemas son muy fáciles de solucionar. Haré que Howzmin os acompañe a vuestros aposentos. Tenemos visitantes de vez en cuando, y un buen anfitrión siempre sabe atender las necesidades de sus huéspedes. Quizá haya algunas prendas que puedan pareceros aceptables en vuestra habitación... Y ahora, tengo asuntos urgentes que atender. Descansad, y ya volveremos a hablar dentro de un par de horas.

Leia miró a su guardaespaldas, y después se volvió nuevamente hacia Xizor.

El líder del Sol Negro la obsequió con su sonrisa más deslumbrantemente atractiva.

Leia tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no ruborizarse.

—Sí. De acuerdo. Estamos un poco cansados.

Xizor movió un pie debajo del escritorio, y un sensor transmitió el movimiento invisible a un comunicador implantado en Howzmin. La puerta se abrió, y el sirviente calvo entró en la habitación.

—Acompaña a la princesa Leia y a Chewbacca a las habitaciones que hemos preparado para ellos.

—Inmediatamente, príncipe Xizor.

Después de que se hubieran ido, Xizor siguió inmóvil detrás de su escritorio, respirando con inspiraciones profundas y regulares y disfrutando la sensación de la victoria inminente. Antes de su próxima reunión con Leia, llevaría a cabo la sesión de meditación y los ejercicios que provocaban el máximo despliegue de sus esencias hormonales. Un falleen excitado que empleara todo su arsenal de feromonas era, a todos los propósitos prácticos, irresistible para un miembro del sexo opuesto. Las opiniones sobre la fidelidad que tuviera la mujer o el que hubiera sido una fiel compañera de otro hombre durante años no importaban en lo más mínimo. Las feromonas de un falleen eran más poderosas que la especia más potente. Leia tal vez quisiera resistírsele con su mente, pero su cuerpo desearía a Xizor con un anhelo incontenible. Sólo había un antídoto para esa atracción.

Xizor sonrió. Disfrutaría enormemente administrando ese único antídoto a Leia. Oh, sí, iba a ser un verdadero placer...

Leia estaba bastante afectada. Mientras Howzmin los guiaba por otro pasillo lleno de curvas y giros, tuvo que hacer varias profundas inspiraciones de aire para calmarse. ¿Qué demonios era todo aquello? ¿Qué era aquella..., aquella atracción emocional que había caído sobre ella con la brusquedad de una ola tropical? Oh, sí, Xizor era considerablemente apuesto dentro de un estilo más o menos exótico, desde luego, pero hasta entonces Leia nunca había sido el tipo de mujer que se queda boquiabierta ante una cara bonita. Lo que había sentido y lo que había deseado hacer... Bueno, eso no resultaba nada propio de ella. Además, estaba enamorada de Han. Eso no era algo que te pudieras limitar a guardar dentro de un cajón cuando veías a un hombre atractivo..., no, a un falleen atractivo. Sencillamente no era correcto, y punto.

Pero, aun así, no podía negar lo que había sentido. El alienígena la atraía de alguna manera inexplicable. Había sido como un puñetazo asestado en el plexo solar, y la había dejado sin respiración.

Bueno, daba igual. Leia suspiró. Había vuelto a la normalidad, y seguiría concentrada en su objetivo. Había ido hasta allí para ayudar a Luke. Cuando ese problema estuviera resuelto, irían a rescatar a Han. Leia expulsaría de su mente lo que fuese que había sentido por el misterioso Xizor, y jamás volvería a pensar en ello.

La parte de su ser que se ocultaba en algún lugar de las profundidades de su cerebro y se dedicaba a escuchar y observar, y que se negaba a dejar pasar nada que no fuese la verdad, pareció soltar una suave risita.

«Oh, ¿de veras? Tal vez no llegues a hacer nada para averiguar qué era exactamente lo que has sentido por él, hermana, pero no serás capaz de olvidarlo con tanta facilidad.»

«Cierra el pico —le dijo mentalmente Leia a la vocecita—. Ya tengo bastantes problemas sin necesidad de buscarme más.»

«Puede que sí, hermana, pero ya has encontrado uno nuevo.»

—Ésta es su habitación —dijo Howzmin—. El wookiee estará en la suite contigua.

Leia interrumpió bruscamente su diálogo interior y dirigió un asentimiento de cabeza a Howzmin.

Chewie dijo algo que sonaba a pregunta.

—No te preocupes por mí —dijo Leia—. Si Xizor quisiera hacernos daño, ya nos lo podría haber hecho hace mucho tiempo. Anda, vete. Ah, y ya no necesitamos ese tinte, así que puedes quitártelo. Ven a buscarme en cuanto hayas terminado.

Chewie asintió y siguió a Howzmin, que ya iba hacia la puerta contigua.

La puerta se abrió delante de Leia, y entró en la habitación.

Enseguida se dio cuenta de que acababa de entrar en el reino de la más discreta y exquisita elegancia.

La alfombra era tan gruesa que Leia se hundió en ella casi hasta los tobillos. Supuso que sería de neocel negro, y mantenerla limpia resultaría espantosamente difícil. Había un sofá de cuero blanco, probablemente clonado, que creaba un agudo contraste con la alfombra, y una cama redonda con colcha y sábanas negras sobre la que se *alzaba* un dosel blanco transparente sostenido por seis postes tallados. Un escritorio blanco encima del que había un ordenador y un sillón negro pulcramente pegado al escritorio ocupaban una pequeña alcoba al lado de la cama.

Todo era sencillo y elegante, y probablemente tan caro como la suite reservada a un Gran Moff en el mejor hotel de la galaxia.

Leia cedió al impulso de quitarse las botas y andar descalza sobre la alfombra: o el neocel poseía un suave calor natural o lo mantenían caliente de alguna manera, y el contacto con los dedos de sus pies resultaba realmente delicioso.

Había un espacioso cuarto de baño al otro lado de una puerta cerrada, con el blanco y el negro predominando también allí por todas partes, desde las baldosas hasta las piletas y la bañera: todo había sido moldeado en suaves formas redondeadas que eliminaban los ángulos.

Encontró un armario al fondo de la habitación y lo abrió.

El armario estaba lleno de ropa, naturalmente. A diferencia de la habitación, las prendas eran un muestrario de todos los colores del arco iris: había trajes, camisas, pantalones, chaquetas, monos... Leia sacó del armario un colgador con un traje sorprendentemente diáfano de una tela verdosa casi transparente y tan ligera que apenas pesaba nada. Lo contempló. Lo tocó. Leia no gastaba grandes cantidades de dinero en ropa, pero sabía reconocer la calidad en cuanto la veía incluso sin echar un vistazo a la etiqueta que la confirmaba. Aquel traje era un modelo original de Melanani y había sido confeccionado con hebras de las mariposas loveti, y en cuanto a lo que costaba... Bueno, costaba más o menos lo mismo que un deslizador de superficie recién salido de la fábrica.

Un rápido examen del resto de las prendas le reveló que también eran modelos originales

de primera categoría. Xizor sabía cómo atender a sus huéspedes, desde luego. El contenido de aquel armario probablemente había costado los créditos suficientes para comprar y amueblar casas en muchos planetas, y todavía habría sobrado lo suficiente para contratar cocineros y jardineros.

Leia se dispuso a cerrar el armario, pero no llegó a hacerlo. Volvió a meter las manos dentro de él y examinó la etiqueta del primer vestido que había atraído su atención.

Vaya, vaya. Qué curioso... Era justo de su talla.

Una idea pasó repentinamente por su cabeza, y Leia empezó a inspeccionar las otras etiquetas.

Todos los vestidos eran de su talla.

Parpadeó y contempló el armario. ¿Podía ser una coincidencia? ¿Realmente era posible que el líder del Sol Negro tuviera un armario lleno de ropas de su talla..., meramente por casualidad?

No lo creía. Howzmin tal vez le había tomado las medidas mediante un sensor en algún punto del trayecto, y luego había hecho las compras más rápidas de toda la historia de la humanidad. Xizor tenía tantos créditos que incluso podía permitirse el lujo de quemarlos. Quizá había una docena de habitaciones como aquella, cada una con ropas para una visitante de una talla distinta. No era probable, pero siempre entraba dentro de lo posible.

Después de todo, Xizor sabía que Leia iba a venir. Tal vez se estaba limitando a ser un anfitrión muy considerado.

Leia meneó la cabeza. Estaba cansada. Quizá sería mejor que se diera un baño y se acostara durante unos minutos. En cuanto a toda esa ropa tan cara... Bueno, fuera cual fuese la explicación, estaba claro que Xizor se había tomado considerables molestias por ella. Si ese tipo de prendas le parecían atractivas, entonces Leia quizá debería ponerse alguno de esos vestidos y utilizar esa atracción en beneficio suyo. Eso podía distraerle y ponerle un poquito nervioso. Si Xizor estaba muy ocupado mirándola, tal vez habría más probabilidades de que le diera lo que necesitaba.

«Venga, hermana... —dijo su vocecita interior—. ¿A quién crees que estás engañando? Quieres estar lo más guapa posible para él, así que admítelo.»

De acuerdo, se trataba exactamente de eso. ¿Y qué más daba? No estaba casada. No había ninguna ley que prohibiera coquetear un poquito, ¿verdad? Leia no iba a entablar ningún tipo de relación seria con el líder de una organización criminal. ¿Qué podía haber de malo en acicalarse un poco? Leia no había podido disfrutar de demasiados vestidos elegantes desde que había decidido unir su destino al de la Alianza —no es que los echara mucho de menos, desde luego—, pero dada la situación... Bueno, un par de preciosos modelos de alta costura no le harían ningún daño a nadie.

«Ten cuidado, hermana. Te estás metiendo en aguas muy peligrosas. Mantén bien abiertos los ojos, porque puedes encontrarte con alguna serpiente de mar.»

«Oh, déjame en paz. Ya soy mayorcita. Puedo cuidar de mí misma, ¿de acuerdo?»

Fue al cuarto de baño y abrió el grifo del agua caliente de la bañera.

—Bien, creo que ya está —dijo Lando mientras salía del acceso de mantenimiento.

—¿Sólo lo crees?

—No lo sabremos con seguridad hasta que conectemos los hiperimpulsores.

—¡Amo Lando, amo Lando!

Cetrespeó entró con paso tambaleante, agitando los brazos y proyectando reflejos dorados en todas direcciones.

—¿Qué pasa?

—¡Los sensores indican que se aproxima una nave! ¡Es una nave de dimensiones muy grandes! ¡En realidad, es una nave enorme! Lando miró a Luke.

—Me pregunto quién puede ser.

—Espero que hayas reparado el sistema de impulsión —dijo Luke—. Bueno, enseguida lo averiguaremos.

Los dos pasaron corriendo junto al androide y fueron a la cabina de control.

Mientras corría por el pasillo, Luke percibió aquel roce helado que llegaba hasta él a través de la Fuerza. Sabía quién era. La única pregunta a responder era si Darth Vader también podía percibir su presencia.

—¿Lord Vader?

Vader mantenía los ojos clavados en el visor y contemplaba la masa de rocas que se extendía delante de ellos. No se molestó en alzar la mirada hacia su capitán.

—¿Qué ocurre?

—Nos estamos aproximando al campo de asteroides. Vader se volvió lentamente para mirar al capitán.

—¿Quiere decir que ese campo de asteroides se encuentra directamente delante de nosotros? —preguntó, y señaló el visor. El capitán, visiblemente nervioso, se apresuró a responder.

—Sí, lord Vader. Nuestros sensores no captan nada que indique la presencia de una nave en esta zona del espacio.

—Aun así, hay algo en el campo de asteroides —dijo Vader—. No puedo indicar con precisión dónde se halla, pero hay un potente foco de la Fuerza entre esas rocas..., y tengo intención de encontrarlo.

—Por supuesto, lord Vader. Ah... ¿Puedo sugerir que enviemos cazas? Entrar en el campo de asteroides siguiendo un vector de ángulo recto sometería a una gran tensión a los escudos de la nave.

—Muy bien. Díganles que busquen cualquier cosa que se salga de lo corriente, sea lo que sea. Si encuentran algo, que vuelvan inmediatamente para informar sin haber emprendido ningún tipo de acción ofensiva.

—Sí, lord Vader. Los enviaré de inmediato.

Vader se volvió nuevamente hacia el visor. ¿Era Luke? Aún no podía estar seguro. El lado

oscuro tal vez no tuviera límites, pero él sí los tenía, y lo único que podía saber con certeza a esa distancia era que había un potente foco de la Fuerza en algún lugar de aquel grupo de peñascos que se extendía delante de ellos. Creía que sólo podía ser Luke, pero no estaba seguro. Tenía que actuar con cautela. Con las manipulaciones de Xizor envenenando el pozo en el Centro Imperial, el capturar a Luke con vida se había vuelto más importante que nunca. Bastaría con aproximarse un poco más y las dudas se desvanecerían por sí solas. Vader estaba demasiado cerca para volver a perder a su hijo: tarde o temprano encontraría a Luke y conseguiría que abrazase el lado oscuro. Estaba seguro de ello. Era Darth Vader, y había exterminado a todos los otros Jedi con sus propias manos. Había acabado con todos los Caballeros Jedi, salvo con aquel simple estudiante que aun así era el más fuerte de todos ellos..., su propio hijo.

Tarde o temprano se enfrentaría al último candidato a convertirse en Jedi. De una manera o de otra, Vader también eliminaría ese último problema.

Leia utilizó los chorros de aire caliente para secarse después de haberse dado un baño y se cepilló los cabellos y tuvo que admitir que llevaba bastante tiempo sin sentirse tan bien. Últimamente no tenía muchas ocasiones de relajarse dentro de una bañera llena de agua caliente. En la mayoría de sitios en los que había estado y en las naves a bordo de las que había viajado para llegar hasta allí, podías considerarte afortunada si disponías de una cantidad de agua reciclada más o menos grisácea lo suficientemente grande para mojar el cuerpo, enjabonarte y quitarte la espuma luego con unos cuantos litros antes de que el contador automático cerrara el grifo. Era mejor que nada, desde luego, pero no podía compararse con el placer de estirarse dentro de una bañera de mármol negro llena de agua humeante y tan caliente que te enrojecía la piel. Eso tenía que ser uno de los lujos más maravillosos de la civilización.

Leia fue al armario y lo abrió. Un cajoncito incrustado en la pared atrajo su atención, y vio que estaba lleno de prendas de ropa interior. Bueno, bueno... Xizor pensaba en todo.

Muy bien. ¿Qué traje resultaría más adecuado?

Xizor estaba contemplando el lugar en el que aparecería la proyección holográfica si conectaba el sistema. Había holocámaras esparcidas por todo el castillo, naturalmente, y casi todas las habitaciones tenían alguna.

Incluida la habitación en la que habían alojado a Leia.

Xizor jugueteó con la idea de pulsar la tecla de grabación y averiguar si Leia había empleado todos los servicios que podía ofrecerle la habitación.

Pero... No. No quería ir demasiado deprisa. Ya podría verla más tarde.

Y, después de todo, la presencia física era infinitamente preferible a una imagen holográfica.

El *Halcón Milenario* salió del campo de asteroides siguiendo un vector opuesto al de la meganave que se aproximaba a él y se preparó para dar el salto al hiperespacio.

Luke echó un vistazo a sus sensores.

—Tenemos cazas TIE acercándose, y yo diría que hay como tres docenas de ellos. Cuando quieras, Lando.

—Allá vamos —dijo Lando—. Si crees en la suerte, ve pidiéndole que esté de nuestro lado.

Alargó la mano hacia el botón de control de la hiperimpulsión, lo presionó...

Y no ocurrió nada.

Lando soltó un chorro de juramentos dirigidos contra la nave, mascullando una retahíla de frases malsonantes que incluía varias descripciones muy gráficas —si bien altamente improbables— de lo que le gustaría que el *Halcón Milenario* pudiera hacerse a sí mismo.

—Será mejor que vaya al pozo artillero —dijo Luke, y empezó a levantarse.

—No, espera...

—No disponemos de tiempo para esperar, Lando. Dentro de diez segundos estaremos rodeados de cazas TIE, y...

Lando pulsó otro botón e hizo un ajuste en los controles.

—¡Ahora!

El *Halcón Milenario* salió disparado hacia adelante. El espacio se volvió repentinamente borroso alrededor del carguero, sufriendo la familiar alteración que acompañaba a la entrada en el hiperespacio.

—¡Aja! —exclamó Lando.

Luke, que ya estaba medio incorporado, fue lanzado hacia atrás y chocó con el respaldo de su asiento. Cuando se hubo recuperado, fulminó con la mirada a Lando.

—Parece que te gusta mucho hacer las cosas en el último segundo, ¿eh?

Lando se encogió de hombros.

—Mira, chico, si querías disfrutar de una vida aburrida tendrías que haberte quedado en Tatooine. —Sonrió, muy complacido consigo mismo—. Sabía que podía arreglarlo.

Luke meneó la cabeza, pero al final no tuvo más remedio que devolverle la sonrisa. Estaban a salvo, al menos de momento. ¿Qué importancia podía tener lo que casi había ocurrido pero no había llegado a suceder? En realidad, apenas ninguna.

—Bueno, si alguna otra modificación especial marca Solo no acaba lanzándonos al centro de una estrella, nuestra próxima parada debería ser Tatooine. En cuanto Leia y Chewie hayan terminado con sus asuntos, podremos volver a concentrarnos en el rescate de Han.

—Por mí estupendo —dijo Luke—. ¿Todavía no han terminado? Lando se encogió de hombros.

—Tuvieron que dar un pequeño rodeo.

Luke tenía la sensación de que Lando le estaba ocultando algo, pero decidió no insistir. Estaba cansado. Necesitaba descansar y comer algo, y habría tiempo de sobra para reanudar su conversación en cuanto lo hubiera hecho.

Vader mantuvo los ojos clavados en el espacio mientras el capitán iba hacia él.

—Lord Va-Vader, yo... —tartamudeó el capitán, visiblemente nervioso.

Vader reprimió un suspiro.

—No hace falta que me lo diga, capitán. Sus pilotos no han conseguido capturar la presa que estaban persiguiendo.

—La nave salió del campo de asteroides y entró en el hiperespacio mientras iban hacia ella. No pudieron hacer nada.

—¿Y consiguieron identificar la nave?

—Era un pequeño carguero corelliano.

Vader no dijo nada. La nave de Solo, sin duda: *el Halcón Milenario*. Quizá iba acompañado por la joven princesa y por aquel jugador traicionero, Calrissian.

—Fije un curso hacia el Centro Imperial, capitán.

—Pero ¿no se suponía que debíamos...?

—Deje que yo me ocupe de eso, capitán.

Vader guardó silencio durante unos momentos antes de volver a hablar. El capitán tenía razón, desde luego. El Emperador le había enviado allí por razones que no tenían nada que ver con recoger a Luke.

—Muy bien —dijo por fin—. Se sospecha que hay una base rebelde en una de las lunas de Kothlis.

—No sé nada sobre ninguna base, lord...

Vader volvió la cabeza hacia el capitán, y éste se apresuró a callarse.

—Como acabo de decir, se sospecha que hay una base rebelde en una de esas lunas. Antes de que nos marchemos, permitirá que sus hombres demuestren su puntería bombardeando esa base.

—Sí, lord Vader.

Luke había escapado al hiperespacio, esfumándose allí donde no podían seguirle, y Xizor continuaba tratando de atrapar al Emperador en la compleja red de sus retorcidos planes. Vader ya localizaría a su hijo más tarde, y mientras tanto sería mejor que volviera al Centro Imperial para ocuparse de Xizor. Vader se acordó de un antiguo proverbio sithiano: «Aunque estés luchando con el gran gato dientes de sable, nunca debes dar la espalda a la serpiente». La mordedura de una diminuta víbora escupidora podía dejarte tan muerto como los colmillos de un brazo de longitud de un depredador gigante..., y además el beso de la serpiente traería consigo una muerte mucho más lenta y dolorosa.

—Dese prisa, capitán. No quiero perder ni un segundo más de lo estrictamente necesario.

—Bien, lord Vader.

Leia se puso unas mallas oscuras para cubrir su cuerpo antes de introducirse en aquel vestido verde casi transparente. El que la ropa interior elegida por su usuaria eliminara el efecto de transparencia de la tela probablemente era una eventualidad que no entraba en los planes del modisto, pero Leia no quería obsequiar a Xizor con una exhibición tan descarada de su persona.

Llevar encima varios miles de créditos en ropa hizo que Leia se sintiese vagamente decadente. Era algo que no había hecho desde su adolescencia en Coruscant.

Entró en el cuarto de baño y se inspeccionó en el espejo. Había utilizado el cajón repleto de productos de maquillaje que había al lado del espejo, aunque había procurado no abusar de ellos, y después había conseguido recogerse los cabellos de manera que no pareciesen el nido de una rata espacial enloquecida por la claustrofobia. Bueno, al menos estaban limpios... Le sonrió al espejo para hacerse una idea del efecto general.

Chewie ya estaría a punto de llegar.

Fue hasta la puerta de la habitación, y frunció el ceño cuando ésta no se abrió automáticamente ante ella. Encontró el control manual, pero cuando intentó accionarlo, la puerta siguió negándose a hacerse a un lado.

Ah. Al parecer el gran príncipe Xizor no quería que sus invitados vagabundearan por su castillo.

Pero un instante después la puerta se abrió justo cuando Leia estaba empezando a darse la vuelta. Chewie apareció en el umbral, ya sin el tinte. El corte de pelaje de su cabeza seguía dándole un aspecto un poco raro, pero la desaparición del tinte había hecho que el wookiee recupera^{se} una apariencia más familiar.

Howzmin estaba detrás de él.

Leia quería decirle a Chewie que necesitaba ver a Xizor a solas.

—¿Puede dejarnos solos durante unos momentos, por favor? —le preguntó a Howzmin.

El sirviente asintió con una rígida inclinación de cabeza que resultaba casi militar.

Chewie entró en la habitación. La puerta se cerró detrás de él.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Leia—. Me he puesto ropa limpia, nada más.

Chewie no dijo nada.

Leia sintió una repentina punzada de culpabilidad. Chewie y Han eran como hermanos. No había hecho nada malo, pero se sentía como si lo hubiera hecho, por lo que intentó explicarse.

—Oye, necesitamos la ayuda de Xizor. No hay ninguna razón por la que no pueda tratar de tener el mejor aspecto posible, ¿entiendes? Así quizá me resulte más fácil convencerle.

Chewie, que seguía sin decir nada, enarcó una ceja.

Leia notó que se estaba ruborizando.

—Y, de todas maneras, ¿quién entiende de negociaciones diplomáticas aquí? Yo no te digo cómo has de pilotar tu nave, así que no me digas cómo he de prepararme para una reunión de

gran importancia.

El wookiee por fin dijo algo, y acompañó su comentario con un gesto de la mano que abarcó primero a la puerta y luego a Leia. Leia no le entendió, pero tenía una idea bastante clara de lo que estaba intentando decirle: Chewbacca no aprobaba su indumentaria, y le estaba preguntando si creía que Han la hubiese aprobado.

No, evidentemente.

—¡Lo que yo elija ponerme o dejar de ponerme no es asunto tuyo!

La réplica salió de sus labios en un tono quizá un poco más seco del que habría debido emplear. Leia se dispuso a disculparse, pero cambió de parecer. Ella y Han no estaban casados, y en realidad ni siquiera habían tenido tiempo de establecer ninguna clase de compromiso. Sí, Leia le amaba y creía que Han la amaba, pero nunca se lo había dicho. Cuando había tenido oportunidad de hacerlo, Han se había limitado a decir «Lo sé». ¿Qué clase de compromiso era ése? ¿Por qué había dicho «Lo sé» en vez de «Te amo»? ¿Qué terrible esfuerzo suplementario podía suponer una letra más?

No había nada de malo en intentar estar lo más guapa posible para un hombre apuesto..., especialmente si se trataba de un nombre que podía ayudarles a salvar la vida de Luke. ¡Después de todo, no era como si realmente fuese a haber algo entre ellos! ¿A qué venían todos esos reproches tontamente moralistas por parte de Chewie? Leia no tenía absolutamente nada de qué avergonzarse.

«Y entonces ¿por qué te sientes tan culpable, hermana?»

Xizor estaba sentado sobre una colchoneta en la más secreta y privada de sus habitaciones, una cámara de paredes desnudas que carecía de muebles, y mantenía los ojos cerrados y los dedos entrelazados sobre su regazo. Su respiración era profunda y regular, y su mente estaba totalmente relajada. Xizor se concentró y se dispuso a utilizar sus capacidades hormonales especiales.

Los atractores químicos ya estaban empezando a acumularse dentro de su organismo, y no tardaron en brotar de sus poros. Sus feromonas fueron impregnando la atmósfera de la habitación, incoloras e inodoras salvo para los receptores generados por los cuerpos de las hembras humanoides. Aquellos atractores resultarían irresistibles para cualquier portadora de esos diminutos organuelos casi invisibles escondidos en el interior de los canales olfativos, y transmitirían una compulsión más poderosa que una orden hipnótica.

No había ninguna manera de evitar que el color de su piel se fuese oscureciendo hasta rozar el rojo. Bueno, daba igual. En cuanto sintiera la llamada de Xizor, a Leia no le importaría en lo más mínimo cuál fuera el color de su piel.

Antes sólo le había proporcionado una breve muestra de esa atracción para que la saborease durante unos momentos. Xizor no tardaría en desplegar todo un banquete ante ella, y Leia no podría rechazarlo.

Respiró hondo y dejó escapar el aire. Ya casi estaba preparado. La frialdad estaba allí, pero pronto, muy pronto... Sí, la pasión no tardaría en quedar liberada.

Xizor sonrió.

Erredós y Cetrespeó estaban manteniendo una conversación en la sala. Luke, que iba a la cocina para preparar esa cena en la que aún no había tenido tiempo de pensar, se detuvo y miró a los androides.

—¿Ocurre algo?

—Erredós está un poco preocupado por la princesa Leia —dijo Cetrespeó—. Yo le he dicho que la princesa es una mujer llena de recursos. Estoy seguro de que se encuentra bien.

Luke se encogió de hombros y entró en la cocina. No sabía dónde se encontraba Leia en aquel momento, pero tenía el presentimiento de que corría un gran peligro.

Su apetito se había desvanecido. Ya no sentía ningún deseo de comer. Quizá sería mejor que fuera a tener esa conversación con Lando..., y enseguida.

—Lo siento, amigo, pero se supone que no puedo contártelo —dijo Lando después de que Luke hubiera entrado en la cabina de control y le hubiera preguntado en qué consistían exactamente esos asuntos tan urgentes de los que había ido a ocuparse Leia.

—¿Cómo has dicho?

—La princesa quiere que estés en Tatooine, y dijo que cuando me preguntaras por qué debería decirte que ella ya sabía cuidar de sí misma antes de que os conocierais, y que sigue siendo capaz de cuidar de sí misma.

Luke le fulminó con la mirada.

—Y además, está con Chewie. Ese wookiee no permitirá que le ocurra nada, y tú lo sabes.

—Sí..., tal vez.

—Oye, Leia probablemente llegará a Tatooine antes que nosotros. Y es la que manda, ¿recuerdas?

Luke asintió. Pero seguía sin estar convencido. Algo andaba mal.

Cuando la puerta de la cámara privada de Xizor se abrió ante ella, faltó poco para que Leia dejara escapar un gemido ahogado. El señor del crimen llevaba una larga y holgada túnica de delicados tonos rojizos que parecían reflejar aquel color sobre su piel. La prenda muy bien podría haber sido confeccionada por las manos del mismo modista que había creado el vestido de Leia..., y Xizor no llevaba nada debajo de ella. La delgada tela revelaba la poderosa musculatura de su cuerpo, y si había alguna diferencia anatómica visible entre él y el tipo humano básico, Leia no pudo percibirla.

Xizor sonrió.

—Adelante, princesa.

Chewie dijo algo detrás de ella. Xizor debió de entenderle, porque su sonrisa se esfumó durante un momento antes de que fuera capaz de recuperarla.

—Quizá vuestro amigo querría aprovechar este rato para cenar mientras nosotros negociamos —dijo.

A juzgar por el tono que empleó Chewie al responder, no tenía el más mínimo deseo de hacerlo.

Leia había acabado poniéndose tan a la defensiva respecto a su ropa que se le había olvidado decírselo en su habitación.

—Espera fuera, Chewie —dijo. Y eso sí que no le gustó nada. Leia se encaró con el wookiee.

—Han confiaría en mí en estas circunstancias, y tú también deberías hacerlo.

Chewie no parecía muy seguro de si podía confiar en ella, pero no dijo nada más. El wookiee retrocedió un paso y faltó poco para que derribara a Howzmin.

—Todo irá bien. La puerta se cerró entre ellos.

Cuando se volvió hacia Xizor, Leia vio que había ido hasta un pequeño bar colocado detrás del sofá de cuero.

—¿Deseáis beber algo? ¿Brandy luraniano? ¿Champán verde?

—Preferiría un té, alteza.

Leia estaba dispuesta a no beber nada mínimamente potente mientras estuviera cerca de Xizor.

—Llamadme Xizor, por favor. Ahora que estamos solos podemos prescindir de los títulos.

Leia le contempló mientras Xizor le servía el té que había pedido. El líder del Sol Negro casi parecía... brillar, y Leia empezó a sentirse levemente mareada. Fue hasta el sofá y se sentó en un extremo. Intentó relajarse, pero se sentía dominada por una extraña tensión.

Cuando pasó por detrás del sofá para traerle su té, la cadera de Xizor le rozó la nuca.

El fugaz contacto provocó una oleada de sensaciones que se extendieron velozmente por todo el cuerpo de Leia. Era como estar cayendo en el vacío, como si hubiera un millón de mariposas enloquecidas aleteando dentro de su estómago... ¡Uf, aquello era increíble!

Xizor le alargó su taza de té. Después fue hasta el otro extremo del sofá y se sentó.

Leia sintió una breve punzada de desilusión al ver que se sentaba tan lejos de ella.

Y un instante después se sorprendió de haber sentido aquella inexplicable desilusión, y empezó a preocuparse. ¿Qué le estaba pasando?

Intentó hacer acudir a su mente la imagen de Han, pero descubrió que era repentinamente incapaz de ver su rostro. Era como si hubiera olvidado qué aspecto tenía.

«¡Basta ya!»

—Bien, así que la Alianza tal vez esté interesada en establecer algún tipo de relación comercial con el Sol Negro, ¿eh? —dijo Xizor, y tomó un sorbo de lo que se había servido, fuera lo que fuese.

Leia pensó que estaba absolutamente fascinante mientras bebía, e intentó poner algo de orden en sus pensamientos.

—Eh..., sí... Nosotros... Es decir... Bueno, la Alianza... Sí, hemos estado pensando en la posibilidad de una alianza de ese tipo.

«¿Que la Alianza ha estado pensando en una alianza? ¿Qué te ocurre, Leia? ¿Es que te has vuelto idiota de repente?»

Xizor no pareció haberse percatado de hasta qué punto Leia había logrado escoger mal sus palabras.

—No cabe duda de que esa... relación tendría sus ventajas —dijo.

Leia estaba empezando a tener mucho calor, y deseó no haberse puesto aquellas mallas debajo del vestido. Tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no excusarse y salir corriendo en busca de un cubículo sanitario donde pudiera quitarse aquella molesta prenda de ropa interior. Sentir el roce del vestido sobre su piel desnuda resultaría tan agradable...

¿Y qué sentiría si la mano de Xizor se deslizaba sobre su piel desnuda?

Meneó la cabeza, intentando disipar la extraña neblina mental que estaba empezando a impedirle pensar con claridad. ¿Qué clase de locura era aquella? ¡Ni siquiera le conocía! Pero Xizor era tan..., tan..., tan algo...

—Yo... Eh... Nosotros... Bien, el caso es que la Alianza piensa que podemos considerar al Imperio como nuestro enemigo común a pesar de que los objetivos del Sol Negro difieran un poco de los nuestros.

—Sí. La guerra crea extraños compañeros de cama, ¿verdad? —dijo Xizor, y sonrió.

Compañeros de cama... s

—Permítame que le caliente el té —dijo Xizor.

—No, así ya está muy...

Pero Xizor ya se había levantado. Se inclinó, le levantó suavemente la mano con la suya y le quitó la taza de entre los dedos.

Su contacto fue eléctrico, e hizo que todo el cuerpo de Leia fuese recorrido por una descarga tan intensa como si acabara de agarrar un nódulo capacitador. Leia dejó escapar un jadeo ahogado.

Una vez más, Xizor pareció no enterarse de nada.

El tiempo parecía transcurrir con tanta lentitud como si se hubiera atascado en un lodazal. Xizor se apartó de ella infinitamente despacio, y todos los sonidos parecían sonar curiosamente apagados. Leia se sentía... Bueno, se sentía demasiado bien. Era como si el estar allí fuese lo más maravilloso que podía llegar a esperar del universo o..., bueno, prácticamente lo más maravilloso. Xizor tenía que olvidarse del té y volver a su lado, y lo verdaderamente maravilloso empezaría en cuanto lo hubiera hecho.

«¡Leia! ¿Qué te está ocurriendo? Vas a tener problemas, hermana, y de los gordos. Será mejor que te vayas ahora mismo..., y deprisa.»

Pero el marcharse era lo último que deseaba hacer en aquellos momentos.

Vader pensaba en cuál debía ser su próximo movimiento mientras su nave seguía viajando por el hiperespacio. Había llegado demasiado tarde para recoger a Luke, pero había agitado la bandera imperial y había destruido un pequeño espaciopuerto. Que aquella base tuviera algo que ver con los rebeldes o no era algo que carecía de importancia, porque lo único que importaba era que ellos pensaran que Vader así lo creía y, en consecuencia, llegaran a la conclusión de que el ordenador que habían robado era muy importante para el Imperio.

La mitad de su misión había sido llevada a cabo, aunque para Vader era la mitad de menor importancia.

No tenía ninguna prueba contra Xizor, y sólo contaba con especulaciones y rumores. Las informaciones de tercera mano procedentes de un cazador de recompensas que no tardaría en ser ejecutado difícilmente bastarían para condenar a uno de los seres más poderosos de la galaxia. Vader estaba seguro de que Xizor era culpable, pero el Emperador no se dejaría convencer con tanta facilidad. Necesitaba contar con algo más antes de poder actuar contra el Príncipe Oscuro.

Bien, daba igual. Si había algo más que pudiera ser utilizado contra él, Vader lo descubriría y lo utilizaría..., porque por fin sabía qué estaba buscando exactamente.

Xizor se inclinó sobre Leia y la besó. Al principio el beso fue casi imperceptible, un mero roce de sus labios sobre los suyos.

Delicioso. Era asombroso. Leia se abrió por completo a aquel beso, fascinada por su contacto.

Xizor aumentó levemente la presión que estaban ejerciendo sus labios.

Y Leia se encontró respondiendo a su beso. Estaba devolviéndolo...

Se apartó.

—No. No, esto no está bien —dijo.

Pero mantuvo la mano sobre el hombro de Xizor. Aquel hombro era tan sólido, tan fuerte, estaba tan deliciosamente caliente debajo de sus dedos... No. No podía hacerlo.

—¡He venido... a hablarle de... Luke Skywalker!

—A su debido tiempo. Antes tenemos cosas más importantes que hacer.

Xizor se inclinó sobre ella y volvió a besarla. Leia sintió el fuego que ardía en su interior.

Rodeó a Xizor con los dos brazos y le devolvió su fuego con el suyo. ¿Realmente sería tan terrible? Si le dejaba continuar, sólo para salvar a Luke... ¿Acaso estaría haciendo algo tan espantoso?

Y no sólo para salvar a Luke, desde luego, sino para disfrutar al máximo de aquella experiencia. ¿Quería hacerlo?

No quería hacerlo. No.

Pero al mismo tiempo quería hacerlo.

Las manos de Xizor se movieron lentamente sobre el cuerpo de Leia. Oh, sí...

Xizor puso los labios sobre el hombro desnudo de Leia y sintió cómo se estremecía de placer. Ya había sucumbido a su poder. Leia era suya..., si no en mente y en espíritu, sí ciertamente en cuerpo. Todo había resultado tan fácil que se sentía un poquito desilusionado. Ah, bueno.

Alargó la mano hacia el cierre magnético de su vestido...

Y entonces alguien llamó a la puerta.

¿Qué...? ¿Quién se atrevía a molestarle, y precisamente en aquellos momentos?

Leia se levantó de un salto, se apartó de él y se apresuró a alisar las arrugas de su vestido. Estaba respirando muy deprisa, y tenía el rostro enrojecido.

Alguien empezó a rugir al otro lado de la puerta. Los golpes se volvieron más enérgicos.

¡Aquel maldito wookiee! ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo había podido permitir Howzmin que llegara hasta su puerta?

—Será... Será mejor que vaya a ver qué quiere —dijo Leia, todavía bastante sonrojada.

—No es necesario. Me libraré de él —dijo Xizor, y empezó a levantarse del sofá.

—N-No. Yo lo haré.

Xizor sonrió. Podía sentir con cuánta intensidad le deseaba.

—Como quieras.

La contempló mientras iba hacia la puerta, y se dio cuenta de que se tambaleaba ligeramente. Aquello sólo era un inconveniente temporal. Leia le diría al wookiee que se fuera y volvería con él lo más deprisa posible. En cuanto una mujer caía bajo el hechizo de Xizor, le pertenecía para siempre.

Leia rozó los controles de la puerta —Xizor la había cerrado—, y el panel se deslizó sobre sus guías invisibles.

El wookiee le dirigió un rápido gorgoteo. Xizor no dominaba su lengua a la perfección, pero consiguió entender lo que aquella enorme criatura peluda estaba diciendo. El wookiee quería que Leia se fuera con él..., inmediatamente.

—Estamos... Estamos discutiendo un asunto muy importante —replicó Leia—. ¿No puede esperar?

Xizor sonrió.

El wookiee dijo algo más. Quizá era más inteligente de lo que parecía: sabía que allí dentro estaba ocurriendo algo que suponía una amenaza para Leia, aunque no supiera de qué se trataba exactamente. Un ser humano —por lo menos un ser humano que tuviera un mínimo de cerebro— lo habría sabido con sólo mirar a Leia.

Leia se volvió y miró a Xizor.

—Parece estar muy preocupado por algo —dijo—. Quizá sería mejor que fuera con él para averiguar qué quiere.

Leia ya se hallaba bajo su control, y Xizor podía hacer lo que deseara con ella. Durante un momento jugueteó con la idea de ordenarle que cerrara la puerta y se desnudara antes de volver al sofá. Pero... No. Xizor estaba tan seguro de que su poder era irresistible que se limitó a encogerse de hombros.

—Como desees. Estaré aquí —dijo, e hizo una pausa deliberada antes de seguir hablando—. Durante un rato más...

Que pensara que Xizor podía irse si no se daba prisa en volver. Era una pequeña crueldad, cierto, pero también era una demostración de su poder. «Quizá me canse de esperarte y me vaya —le estaba diciendo—. ¿Quieres correr ese riesgo?»

—Yo... Volveré enseguida, y...

Leia se calló y meneó la cabeza, como si estuviera intentando librarse de su influencia.

«Necesitarás algo más que eso para escapar a mi magia biológica, pequeña.»

Xizor la despidió con un gesto de la mano y sin sentir la más mínima preocupación.

Leia volvería.

Una vez fuera de la cámara privada de Xizor, Leia fulminó con la mirada a Chewie. El wookie se la sostuvo sin inmutarse.

—¡Más vale que sea algo importante!

Howzmin yacía en el suelo. A primera vista, Leia no pudo saber si estaba muerto o sólo inconsciente. Chewie la agarró por el brazo y empezó a arrastrarla a lo largo del pasillo.

—¡Suéltame, maldito peluche hipertrofiado! Chewie no prestó la más mínima atención a sus protestas. Cuando llegaron a una pequeña alcoba, Chewie la metió dentro de ella de un empujón y entró detrás de Leia.

—Vas a lamentar todo esto, condenado...

Chewie puso una manaza peluda sobre su boca y señaló el techo con la otra.

Leia alzó la vista y vio un pequeño micrófono parabólico incrustado en el techo.

—¿Alguien está escuchando? —murmuró. Chewie asintió.

—¿Y también nos están observando?

Chewie meneó la cabeza, y Leia comprendió que por eso la había traído hasta allí. Debían de estar en un punto ciego de la vigilancia visual. De alguna manera inexplicable, Chewie estaba al corriente de lo que Leia y Xizor habían estado haciendo dentro de la cámara privada del Príncipe Oscuro. Chewie la estaba protegiendo..., y también estaba protegiendo a Han.

El deseo incontenible que había estado sintiendo hasta aquel momento se evaporó de repente, y fue sustituido por una arrolladura oleada de vergüenza.

¿Cómo había podido permitir que las cosas llegaran tan lejos? Amaba a Han. Acababa de conocer a Xizor. Nunca le había ocurrido nada semejante. No sólo estaba mal, sino que no era..., no era natural. Aquello no era propio de ella. Leia nunca se comportaría de aquella

manera, ¡y ciertamente no con un desconocido!

¿Habría utilizado alguna clase de droga..., introducida en su té, quizá? Eso explicaría muchas cosas. ¿Y si Xizor, por la razón que fuera, había querido seducirla?

Eso sería terrible. Y, al mismo tiempo, hizo que Leia se sintiera mucho mejor. Por lo menos entonces había una auténtica excusa para las sensaciones que se habían adueñado de ella. En ese caso, tendría una excusa para su comportamiento. Había estado al borde del desastre. ¿Y Luke...?

Y entonces Leia lo comprendió todo de repente: no era Vader quien quería ver muerto a Luke.

—Me parece que será mejor que empecemos a trazar un plan alternativo —dijo—. Voy a explicarte lo que debes hacer, Chewie...

Cuando el *Ejecutor* entró en el sistema de Coruscant, Vader ya ardía en deseos de volver al Centro Imperial. La paciencia nunca había sido una de sus virtudes, y estaba impaciente por empezar a edificar su acusación contra Xizor.

Mientras la nave gigante avanzaba velozmente hacia el planeta, Vader pensó en lo que iba a hacer. Discutió consigo mismo si debía esperar algún tiempo antes de hablar con el Emperador. Por una parte, y dado que en aquellos momentos Xizor gozaba del favor imperial, cualquier comentario negativo sobre él podía ser considerado como un simple fruto de la envidia..., a pesar de que el Emperador debería ser lo suficientemente perspicaz como para no caer en ese error. Por otra parte, y si Vader no decía nada, después el Emperador podía enfurecerse y hacerle pagar caro su silencio. El Emperador siempre quería saberlo absolutamente todo sobre todos..., salvo cuando había decidido que no quería escuchar la verdad.

Tal como Vader esperaba, sus argumentos no lograron convencer al Emperador.

—Me decepcionáis, lord Vader. Percibo que vuestro juicio sobre esta cuestión se halla oscurecido por..., digamos que por un pequeño agravio personal.

—No, mi señor. Estoy muy preocupado por las posibles traiciones futuras que pueda llegar a cometer ese criminal, nada más. Si realmente está intentando matar a Skywalker, entonces...

El Emperador le interrumpió.

—Vamos, lord Vader, vamos... No cabe duda de que necesito más pruebas que un simple rumor procedente de un cazador de recompensas antes de decidirme a actuar contra un aliado tan valioso. ¿Acaso no nos entregó en bandeja esa base rebelde? ¿Acaso no ha puesto su vasta flota a nuestra disposición?

—No he olvidado todas esas cosas —dijo Vader, tratando de mantener un tono de voz lo más firme y tranquilo posible—. Pero tampoco he olvidado mi promesa de apartar a Luke Skywalker del lado de la luz. Un Skywalker que hubiese abrazado la causa del lado oscuro sería mucho más importante para el Imperio que Xizor.

—Desde luego que lo sería..., si podéis conseguir que renuncie al lado de la luz.

—Puedo hacerlo, mi señor. Pero no si Skywalker es asesinado antes de que pueda llegar hasta él.

—El joven Skywalker ha conseguido seguir con vida hasta el momento. Si la llama de la Fuerza realmente arde dentro de él con tanta intensidad como suponemos, ¿no os parece que seguirá arreglándose para sobrevivir hasta que demos con él? Y si no es tan poderoso como creemos, entonces no nos es de ninguna utilidad.

Vader apretó los dientes. Cuando tuvo su último encuentro con Luke, había pensado más o menos lo mismo. Si Luke podía ser destruido con facilidad, entonces no tenía ningún valor para el lado oscuro. Aun así, el que sus ideas fueran utilizadas como argumento contra él era algo que no le gustaba nada.

Nada de todo aquello era inesperado, pero eso no impedía que resultara considerablemente molesto. Que el Emperador depositara tanta fe en el Príncipe Oscuro, una criatura que no podía ser más rastreramente astuta e inmoral, era altamente inquietante.

—Dado que os parece tan importante, de momento os doy permiso para que busquéis a Skywalker. Durante algún tiempo, desde luego, pues hay otras misiones que quiero encargaros... ¿Os parece una solución satisfactoria?

En realidad no se lo parecía, pero... Bueno, ¿qué podía hacer salvo inclinarse ante la voluntad del Emperador?

—Sí, mi señor.

Vader quería encontrar a su hijo, pero también tenía que obtener pruebas sólidas con las que poder acusar a Xizor. Por sí sola, cualquiera de esas dos tareas ya bastaría para absorber una gran parte de su atención: ocuparse de las dos al mismo tiempo resultaría extremadamente difícil.

Pero Vader era el Señor Oscuro del Sith y el poder del lado oscuro fluía por sus venas. Lo conseguiría.

Leia respiró hondo, exhaló la mitad del aire que había inhalado y abrió la puerta de la cámara privada de Xizor.

El líder del Sol Negro estaba sentado en el mismo extremo del sofá donde le había dejado, con su copa en la mano.

—Ya estaba empezando a preocuparme por ti —dijo Xizor, y le sonrió.

Leia le devolvió la sonrisa, esperando que no le saliera demasiado falsa. Todavía podía sentir el carisma que exudaba Xizor, pero podía resistirlo. No hubiese podido explicar con exactitud cómo lo conseguía, pero Leia acababa de darse cuenta de que poseía una extraña fortaleza interior que le había pasado desapercibida hasta entonces. Quizá su ira se había convertido en un escudo, y la atracción que surgía de Xizor chocaba con él y era repelida. Quizá los efectos de la droga habían acabado por disiparse. El porqué no tenía importancia..., siempre que siguiera dando resultado.

Tendría que mantener ocupado a Xizor el tiempo suficiente para que Chewie tuviera una probabilidad de escapar o, por lo menos, para que acumulara una buena ventaja inicial.

Chewie no había acogido con demasiado entusiasmo su idea, pero Leia había conseguido

convencerle de que podía serle más útil escapando y volviendo con ayuda.

—Ven aquí y siéntate a mi lado —dijo Xizor.

No era una petición, sino una orden. El Príncipe Oscuro no parecía sentir ninguna curiosidad acerca de la repentina aparición de Chewie y del porqué estaba tan impaciente por verla.

En vez de obedecer su orden, Leia fue hacia el bar.

—Antes deja que me prepare un poco de té —dijo—. Tengo calor, y me ha entrado mucha sed.

Percibió la mezcla de emociones que desfilaron velozmente por el rostro de Xizor, pero sólo gracias a que estaba observándolo con gran atención. Le enfurecía no haber sido obedecido al instante —su frente se arrugó en un fruncimiento de ceño casi imperceptible—, pero también le complacía que Leia estuviera tan visiblemente trastornada. ¿O quizá le excitaba verla así? La fugacísima flexión con que sus labios formaron una sonrisa, que sólo duró un segundo antes de esfumarse, hizo que Leia comprendiera que no se había equivocado a la hora de interpretar sus emociones.

Leia preparó su té sin darse ninguna prisa. Cuando hubo terminado, tomó un sorbo de la taza, pero siguió donde estaba y no fue a reunirse con él.

—Ven aquí —dijo Xizor. No cabía duda de que era una orden. Leia dejó la taza de té encima de una mesita y fue hacia él. La sonrisa volvió a aparecer en los labios de Xizor. Creía tenerla bajo su control.

—Has dicho que tenías calor. ¿Por qué no te... quitas la ropa para estar más cómoda?

Leia estaba tratando de caminar lo más despacio posible.

—Ya no tengo tanto calor —dijo.

—Quítatela de todas maneras. —Un núcleo de duracero había aparecido repentinamente debajo de sus palabras—. Eso me complacería. Quieres complacerme, ¿verdad?

«No. En realidad, lo único que quiero es proporcionarle unos cuantos minutos más a Chewie.»

Leia se detuvo. Levantó un pie y se quitó la zapatilla. Sonrió a Xizor y arrojó la zapatilla a un lado. Después puso el pie descalzo en el suelo y levantó el otro pie. Se quitó la segunda zapatilla y la arrojó hacia la pared.

Xizor volvió a sonreír y tomó un sorbo de su bebida. Fuera lo que fuese, era de color verde.

Leia se llevó las manos a la espalda y encontró el cierre magnético de su traje. Tiró de él, lo retorció y frunció el ceño mientras lo manipulaba.

—¿Qué estás haciendo?

—Se ha atascado —dijo. Xizor se inclinó hacia adelante.

—Ven aquí. Yo lo abriré.

—Espera. Ya está.

Leia abrió el cierre magnético. Las mallas cubrían todo su cuerpo y quitarse aquel traje transparente no aumentaría su desnudez, pero le serviría para ganar un poco más de tiempo.

Xizor se recostó en el sofá.

Leia retrasó los movimientos todo lo que pudo antes de dejar caer el vestido verde al suelo alrededor de sus tobillos. Hasta el momento, la única parte de su cuerpo invisible con anterioridad a la que Xizor había conseguido echar un vistazo eran sus pies.

—Y ahora el resto —dijo Xizor, y agitó la copa que tenía en la mano. Leia esperaba que Chewie hubiera dispuesto del tiempo suficiente para escapar, porque no iba a permitir que aquel juego fuera más lejos.

—No lo creo —dijo.

Xizor dejó su copa en el suelo y se levantó.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Quitarse la ropa delante de un desconocido es una grave falta de educación —replicó Leia.

Xizor fue hacia ella, la agarró por los hombros y la sacudió. Estar tan cerca de él hizo que Leia se sintiera envuelta por su poderosa atracción. Era algo que surgía del interior de Xizor, alguna clase de sustancia atractora producida por su organismo. El efecto era mucho más intenso que antes, pero saber de qué se trataba le permitió resistirlo. Su cuerpo quería una cosa, pero Leia era una mujer civilizada y su comportamiento estaba controlado por su mente, no por sus hormonas.

Xizor se inclinó sobre ella para besarla.

Y Leia le incrustó la rodilla entre las piernas.

Xizor gimió, la apartó de un empujón y retrocedió con paso tambaleante.

Leia se había quedado inmóvil y estaba observándole. «Eso no te ha gustado nada, ¿verdad?», pensó mientras le sonreía con dulzura.

Xizor tardó unos momentos en poder erguirse. Su rostro estaba impasible, y sus facciones se habían convertido en una máscara inexpresiva. Si sentía algún dolor, ya no era visible; y si estaba furioso, la ira tampoco resultaba evidente. La ardiente pasión de hacía tan sólo unos instantes se había esfumado, o por lo menos había pasado a estar muy bien oculta.

Leia se dio cuenta de que el color de la piel de Xizor parecía haber cambiado de repente. Estaba más pálido, y su piel se había vuelto de un curioso color verde ceniciento.

—Bien, bien... Así que te resistes a mi voluntad, ¿eh?

—Exacto —dijo ella. Xizor asintió.

—Fue por algo que dijo el wookie. No era una pregunta. Leia sonrió.

—En algunas ocasiones los wookies son muy listos..., y siempre son muy leales.

Xizor meneó la cabeza.

—Ah. Las mujeres inteligentes y de carácter firme tienen un gran defecto: a veces demuestran su inteligencia y su firmeza de carácter justo en el momento en que menos lo deseas. —Se inclinó ante Leia—. Me complace que seas una adversaria digna de mí. Guri... —añadió mientras se incorporaba.

Un panel se abrió en la pared detrás de él, y la androide de aspecto humano entró en la habitación.

Leia la saludó con una seca inclinación de cabeza.

—Al parecer tenías razón —dijo Xizor, volviéndose hacia Guri—. Llévala a su habitación y enciérrala. Ya continuaremos esta discusión más tarde —añadió, mirando a Leia—. Creo que acabarás descubriendo que no soy una compañía tan desagradable.

—No apuestes por ello —replicó Leia.

Guri fue hacia ella y la cogió del brazo. La piel de sus dedos era muy suave, pero su presa era tan sólida como el apretón de unas tenazas de acero.

Leia esperaba que Chewie hubiera conseguido una buena delantera en su huida.

Después de que Guri se hubiera llevado a Leia, Xizor se sirvió otra copa de champán verde y tomó un sorbo de ella. La bebida quizá aliviaría un poco el dolor de su ingle.

Pasado un rato, llamó a su jefe de seguridad.

—¿Y el wookiee? ¿Ha escapado?

—Sí, alteza.

—Espero que no habréis permitido que pensara que su fuga resultaba demasiado fácil.

—Dejó inconscientes a cinco de nuestros hombres, príncipe Xizor, y además le chamuscamos un poco el pelaje con un haz desintegrador mientras corría por un pasillo. Estoy seguro de que no le habrá parecido demasiado fácil.

—Excelente.

Xizor cortó la conexión y contempló el verde líquido burbujeante con una sonrisa en los labios. La estrecha vigilancia a que había mantenido sometido al wookiee le había informado inmediatamente del intento de fuga. Antes de que Leia volviera a reunirse con él, Xizor ya había activado su plan alternativo. Siempre había tenido intención de dejar marchar al wookiee, aunque no tan pronto. Bueno, daba igual. El wookiee se pondría en contacto con Skywalker, y el muchacho vendría corriendo para tratar de rescatar a la princesa. Los agentes de Xizor probablemente podrían capturar a Skywalker mucho antes de que llegara al castillo.

Sería sencillísimo. Ah, los temperamentos apasionados resultaban tan predecibles...

Su canal privado le anunció que acababa de recibir un mensaje de alta prioridad procedente del espacio. Xizor no sentía deseos de hablar con nadie en aquellos momentos, pero sólo unas cuantas personas tenían acceso a aquella conexión directa, y si una de ellas había decidido utilizarla, entonces probablemente se trataría de algo que no le convenía ignorar.

La conexión era únicamente vocal, y no había imagen de la persona que deseaba hablar con él. Eso resultaba comprensible, teniendo en cuenta la situación en la que podían llegar a encontrarse algunos de sus agentes en lo concerniente a su seguridad. A Xizor tampoco le gustaba transmitir su imagen. Era una de sus pequeñas rarezas. Siempre podías codificar la transmisión, naturalmente, pero el nivel de paranoia del bajo mundo era bastante elevado. Muchos agentes pensaban que si una conexión protegida era interferida pese a todo y los códigos de protección acababan siendo descifrados, siempre sería preferible que no hubiese ninguna imagen que pudiera ser unida a su persona.

El ordenador de Xizor ya había confirmado la identidad de su misterioso comunicante mediante sus pautas vocales, pues de lo contrario no le habría pasado la transmisión.

—¿Sí?

—Hay noticias de Skywalker, príncipe Xizor.

—¿Y está...?

—Al parecer ha sido capturado por un grupo de cazadores de recompensas. No quisieron revelar su situación exacta, pero hemos averiguado que se encuentran en Kothlis. Esperamos poder verificar y ampliar la información de un momento a otro. Pero hay un problema.

—Comprendo. ¿Y en qué consiste ese problema?

—Los cazadores de recompensas dicen que hay otra persona interesada en su prisionero. Parece ser que su oferta supera a la nuestra y que dicha persona tiene... conexiones con el Imperio.

Hmmmm. Vader acababa de ir a esa zona. En principio su viaje tenía como objetivo otorgar más credibilidad al robo del ordenador, pero pensándolo bien... Bueno, ¿quién podía tener tantos deseos de hacerse con Skywalker como Xizor? Vader, por supuesto. Aun así, Vader ya había vuelto a Coruscant y había ido a ver al Emperador, y hasta el momento no había ninguna indicación de que hubiera traído consigo a Skywalker. La información quizá le había llegado demasiado tarde para que Vader pudiese utilizarla en su beneficio..., o quizá nunca había llegado hasta él.

En consecuencia, cabía la posibilidad de que su pequeño ardid con la princesa no fuese necesario después de todo.

—Diles que doblaremos cualquier oferta que pueda llegar a hacer el otro postor.

—Alteza, si estamos pujando contra el Imperio... Bueno, en ese caso ni siquiera podemos igualar sus ofertas.

—Ya lo sé. Pero eso no importa, dado que no tendremos que pagar la suma que hayamos ofrecido. En cuanto sepamos dónde tienen prisionero a Skywalker, enviaremos un equipo de agentes especiales y nos llevaremos a Skywalker sin tener que pagar ni un solo crédito. No necesitamos que respire: nos basta con su cadáver.

—Muy bien, alteza... Un momento. Disculpadme, pero estoy recibiendo una transmisión de uno de nuestros agentes concerniente a este asunto. Tal vez se trate de las coordenadas que necesitamos...

Xizor dio permiso al agente para que respondiera a la transmisión.

Después se recostó en su sillón, disponiéndose a esperar. Xizor se permitió una breve meditación sobre la implacabilidad de la entropía. ¿Cuánto tiempo había tenido que llegar a esperar para recibir la información que necesitaba? Meses, probablemente, y quizá más aún. Eso ocurría con mucha menos frecuencia que en el pasado, naturalmente, pero...

Cuando volvió a hablar por el canal privado, la voz de su agente sonó mucho más temblorosa que antes. Parecía tener ciertas dificultades para hablar, y necesitaba tragar saliva a cada momento.

—Gran prín-príncipe, ha habido u-una... complicación.

El miedo acechaba en las palabras de su agente, como un carroñero del desierto que trazara lentos círculos alrededor de un animal agonizante.

—Una complicación —repitió Xizor.

—Parece ser que..., que Skywalker ha logrado escapar de su confinamiento. Y Darth Vader ha pasado a estar personalmente involucrado en el asunto: estuvo en el lugar de la fuga pocas horas después de que ésta se produjera.

En su calidad de portador de lo que consideraba unas noticias muy malas, el agente temía por su vida. Muchas personas habían sido ejecutadas por comunicar malas nuevas a sus príncipes, y aquel hombre lo sabía..., y sabía que Xizor había puesto fin a algunas vidas con sus propias manos. A esas alturas indudablemente ya sabría cuál había sido el castigo infligido a Green, el traidor.

Xizor se echó a reír.

—¿P-Príncipe?

Por fin recibía una buena noticia. Vader no había conseguido capturar a Skywalker. El muchacho estaba libre, y mientras Leia se encontrara a buen recaudo en su palacio, Skywalker acabaría presentándose delante de la puerta de Xizor más tarde o más temprano. El wookie se aseguraría de que así fuera.

—No te preocupes por la fuga de Skywalker —dijo el Príncipe Oscuro—. Esa situación está controlada.

Algún día tal vez permitiría que toda aquella historia se hiciera pública..., en cuanto dominara la galaxia.

«Ah —dirían todos—, qué astuto y retorcido es el Príncipe Oscuro. ¡Es un adversario realmente temible!»

Y estarían en lo cierto.

Leia intentó abrir la puerta de su habitación, pero naturalmente estaba cerrada. Miró a su alrededor. Al parecer el último ocupante no se había dejado olvidado ningún desintegrador de repuesto encima de la mesita de noche. No había herramientas con las que abrir la puerta, y tampoco pudo encontrar ninguna escotilla de emergencia que permitiera salir de allí. Tampoco pudo ver ninguna holocámara, pero dado lo que había averiguado sobre Xizor, estaba segura de que la habitación contaba con un sistema de vigilancia. Si tenía que permanecer allí el tiempo suficiente para verse obligada a desnudarse, lo haría a oscuras y con la esperanza de que la lente de la holocámara no dispusiera de un intensificador lumínico..., aunque probablemente ya era un poco demasiado tarde para preocuparse por el pudor.

Suspiró. Esperaba que Chewie hubiera conseguido huir. Su fuga no le serviría de mucho a Leia, desde luego, pero si Chewie había logrado huir por lo menos podría informar a Lando y Luke de lo ocurrido, y así sabrían que Luke debía mantenerse lo más alejado posible del Sol Negro. Luke querría venir corriendo a rescatarla, pero Lando era un hombre muy realista y debería ser capaz de convencerle de que no podía correr ese riesgo. Lando y Luke tenían que permanecer en libertad para rescatar a Han. Eso era lo único que importaba.

«Perdóname por lo que estuve a punto de hacer, Han... Xizor me había administrado una droga, ya lo sé, pero lamento haber sido tan débil.»

Cuando volviera a verle —bueno, si volvía a verle—, quizá se lo contaría todo. O...

Pensándolo bien, tal vez no se lo contaría. ¿Qué iba a conseguir con ello, aparte de hacerle mucho daño?

La idea de volver a ver a Han hizo que se sintiera mejor durante unos instantes, pero Leia enseguida tuvo que admitir que su situación no parecía demasiado buena.

Se sentó en la cama y empezó a examinar sus opciones. De momento no parecía haber demasiadas.

Se estiró sobre la cama y se desperezó. Una de las cosas que había aprendido mientras trabajaba con el personal militar de la Alianza era que si no tenías nada mejor que hacer, siempre podías echarte una siesta. En ese tipo de situaciones, nunca sabías cuándo volverías a tener la ocasión de dormir un rato.

Leia no se creía *capaz* de dormir, por supuesto..., no teniendo en cuenta todo lo que estaba ocurriendo. Se limitaría a seguir acostada e intentaría relajarse un poco durante un rato.

Y unos momentos después se sorprendió a sí misma sumiéndose en un sueño muy profundo casi de inmediato.

Lando quería seguir adelante, pero Luke insistió en que debían interrumpir el viaje.

—Oye, confío en la Fuerza y me está diciendo que Leia corre peligro. Así pues, vamos a hacer un par de llamadas y lo comprobaremos, ¿de acuerdo?

—¿No puede esperar hasta que llegemos a Tatooine?

—No.

Lando suspiró.

—De acuerdo —dijo—. Pero no olvides que ha sido idea tuya. Me debes una.

El *Halcón* salió del hiperespacio.

—Bueno, ¿cómo podemos hacer esas llamadas? —preguntó Luke. Lando sonrió.

—Tengo una pequeña sorpresa para ti. Han no es el único que sabe modificar los sistemas del *Halcón*.

—¿Qué quieres decir?

Lando conectó el piloto automático y precedió a Luke hasta el compartimento de carga trasero, donde señaló un panel instalado en una pared.

—Parece una unidad de comunicaciones.

—Qué chico tan listo. Adelante: haz tu llamada.

Luke tecleó los códigos de transmisión que le fue recitando Lando mientras el jugador utilizaba la tarjeta electrónica de alta prioridad para asegurarse de que la comunicación no era interferida.

Dash no respondió, pero había una respuesta grabada en su ordenador.

Luke se volvió hacia Lando.

—¿Disponemos del código de acceso para solicitarle que transmita el mensaje?

—Sí —dijo Lando, y se lo pasó.

La imagen que surgió de la nada ante ellos sorprendió considerablemente tanto a Luke como a Lando: estaban contemplando a un wookiee que lucía un corte de pelo particularmente

incompetente. Al principio Luke no le reconoció, y no se dio cuenta de que se trataba de Chewie hasta que éste empezó a hablar..., o más bien a gritar.

—¡Chewie!

—¿Cómo? —exclamó Lando.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Oh, no!

—¡Lando!

Lando tradujo lo que acababa de decir Chewie.

—El Sol Negro tiene prisionera a Leia en Coruscant. Intentaron matar a Chewie, pero consiguió escapar. La princesa le obligó a irse. No fue idea suya...

La transmisión se interrumpió de repente.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Parece que los códigos han dejado de surtir efecto de golpe. Alguien debe de haber informado del robo del transmisor de alta prioridad.

Lando sacó la tarjeta electrónica de la ranura de la unidad comunicadora y la arrojó al suelo.

—Vamos —dijo Luke.

—A Tatooine, ¿verdad?

—Respuesta equivocada.

—No te lo vas a creer, pero sabía que ibas a decir eso. ¡No podemos ir a Coruscant! Es demasiado peligroso.

—Si quieres puedes quedarte aquí.

—Luke...

—Leia necesita mi ayuda. Iré a Coruscant.

Lando contempló el techo durante unos momentos y acabó meneando la cabeza.

—¿Por qué me tienen que pasar siempre estas cosas?

El tiempo y el espacio temblaron, y el *Halcón Milenario* **salió del** hiperespacio y entró en el espacio real.

Luke echó un vistazo a las pantallas de los controles.

—Todavía estamos bastante lejos —dijo—. Harán falta días para llegar hasta allí.

—Sí, bueno... Verás, hay una *razón* para eso —dijo Lando—. No estamos hablando de un planeta perdido en algún rincón de la galaxia, con sólo dos ciudades y un pueblecito en toda su superficie. Coruscant es un gigantesco complejo de edificios que cubre casi todo el planeta. Los alrededores están llenos de celestiales, mundos-rueda, satélites de energía y todo un río de tráfico comercial y particular, por no mencionar una considerable fracción de la Armada Imperial. Es como un gigantesco dosel, y los pocos agujeros existentes en él son realmente diminutos. No creas ni por un momento que podemos atravesar alegremente todos esos perímetros a bordo de esta nave. Sospecho que el diagrama del *Halcón* está parpadeando en todos los monitores de los sistemas de búsqueda de forajidos de esta galaxia y, tan seguro como que a los lagartos les gusta la luz del sol, en cada sensor de seguridad del centro del

Imperio. No creo que un simple código de seguridad borrado baste para permitirnos pasar. Que acabemos encerrados en una prisión imperial no le servirá de mucho a Leia.

—Sí, entiendo lo que quieres decir.

—Así pues, nos iremos acercando muy despacio y esperaremos a que se nos ocurra un buen plan. ¿Tienes alguna idea realmente luminosa? Luke se lo pensó durante unos momentos antes de responder.

—Bueno... Pues la verdad es que sí. Lando parpadeó.

—¿Sí? Oigámosla. Luke le expuso su idea.

—No sé si saldrá bien —dijo Lando.

—Eh, Han lo hizo..., y además con un Destructor Estelar, no con un simple carguero robotizado. —Luke guardó silencio durante un momento antes de seguir hablando—. Si quieres, yo pilotaré.

Lando enarcó las cejas.

—Oye, yo le enseñé ese truco a Han.

Luke sonrió.

En teoría debería dar resultado. Estaban bastante cerca de las rutas mercantiles de entrada y salida a Coruscant. Los gigantescos cargueros y navíos especiales para contenedores avanzaban lentamente por ellas, siguiendo los canales restringidos. Para poder estar allí, tenías que pilotar una nave que transportara doscientas toneladas métricas de peso o más. La ley decía que debía haber algo más que androides a bordo de las grandes naves, pero normalmente esa ley era ignorada y casi nunca se intentaba hacerla respetar..., especialmente cuando se trataba de alguien que traía mercancías para el Imperio. Un androide programado para introducir y sacar mercancías de los pozos gravitatorios no podía prestar demasiada atención a lo que ocurría a su alrededor en cuanto se había metido dentro de las calzadas especiales: el sistema de control de tráfico en el vacío se ocupaba de todo eso, por lo que acercarse cautelosamente al casco de un gran carguero y mantenerse pegado a él debería resultar tan fácil como chasquear los dedos. Después de eso, lo único que debías hacer era seguir dentro de su sombra durante todo el trayecto de bajada hasta que hubieras salido de la parrilla y hubieras entrado en el doppler planetario. El *Halcón* disponía de generadores de interferencias especiales para los que eso no debería suponer ningún problema: después de todo, cualquier chaval de diez años que estuviese un poco dotado para la mecánica podía construir un generador de interferencias mínimamente decente con un microondas y un par de rejillas repulsoras desintonizadas.

Lo realmente difícil era calcular correctamente la velocidad y la trayectoria del carguero para poder mantenerte exactamente en la misma posición relativa con respecto a él. Un buen piloto debería ser capaz de conseguirlo, pero si iba hacia la derecha cuando debía ir hacia la izquierda... Bueno, eso podía significar acabar vaporizado por una nave de perímetro imperial o una batería de defensa planetaria. Pero si eras lo bastante hábil y decidido, podías hacerlo. Tendría que funcionar..., en teoría.

Sí, el Imperio tenía varios anillos de naves desplegados alrededor del planeta, pero habían

sido concebidos para detener una fuerza atacante. El espacio era demasiado grande para que pudieran verlo todo, ¿y qué daños iba a ser capaz de causar una sola nave cuando el objetivo era nada menos que todo un planeta, especialmente si de todas maneras —como hacía la Alianza— tu enemigo se negaba a atacar y destruir objetivos civiles?

—¿Preparado? —preguntó Lando.

—Preparado —respondió Luke.

—Nosotros también estamos preparados —dijo Cetrespeó—. Suponiendo que a alguien le interese saberlo, claro.

Lando sonrió.

—Agarraos. Vamos allá...

El carguero que se les aproximaba lentamente era de gran tamaño, y en realidad se trataba de un remolcador modificado que tiraba de una serie de contenedores de carga cilíndricos unidos entre sí para formar un gran anillo. Cada contenedor era tan grande como el *Halcón*, y cada uno de ellos estaba provisto de cohetes de frenado orbital. Parecía un poco pequeño para ser un supertransporte, pero el cargamento que remolcaba la nave probablemente ascendía a ochocientas o novecientas toneladas métricas, lo cual no era exactamente una brizna de paja. El carguero emitía continuamente una señal de rebote que lo identificaba como el *Tuk Prevoz*, un navío PNV —Propietarios de Naves Independientes— registrado en el Centro Imperial que estaba cumpliendo un contrato con Sistemas de Transporte Xizor.

Lando fue acercando el *Halcón* en un largo arco de gran amplitud, casi un giro hemisférico de ciento ochenta grados, primero alejándose del carguero y después poniéndose detrás de él y deslizándose debajo de su casco.

—Bueno, esto debería ser más o menos el centro de la zona de sombra de sus sensores —dijo.

Luke asintió. Las naves realmente grandes tenían montones de puntos ciegos, especialmente las que transportaban mucho cargamento. Si podían mantenerse dentro de la zona de sombra de los sensores durante la aproximación al planeta, la tripulación no podría detectar su presencia. En cuanto estuvieran cerca de uno de los contenedores de carga, nadie podría verles desde el carguero y, a menos que pasaran lo suficientemente cerca de alguna de las naves de perímetro para poder alcanzarla con un escupitajo, ningún ojo imperial podría divisarles.

Luke echó una rápida mirada a los sensores. Lando estaba siguiendo su plan de vuelo al pie de la letra. Uno o dos grados hacia un lado o hacia otro y la tripulación del carguero tal vez pudiera ver un contacto en sus sensores, pero hasta el momento todo iba bien.

Los contenedores se iban agrandando delante de ellos. El gran problema del pilotaje visual en aquellas regiones del espacio estribaba en la perspectiva, y en que el movimiento se volvía considerablemente subjetivo. Relativamente hablando, o se estaban acercando o el carguero estaba cayendo sobre ellos, y en realidad daba igual que se tratara de una cosa o de la otra..., siempre que se mantuvieran en una trayectoria que estuviera dentro de la zona de sombra de los sensores.

Las manos de Lando se movieron con tanta precisión como las de un microcirujano que estuviera uniendo un par de nervios. El *Halcón* fue reduciendo la velocidad... hasta que se detuvo.

La superficie del módulo de carga más cercano se encontraba a tres metros de distancia.

—Buen trabajo —dijo Luke.

A pesar de que siempre se estaba metiendo con Lando, debía reconocer que era un gran piloto.

—Sí, pero ésta era la parte más fácil. Ahora tenemos que seguir pe-gaditos a este monstruo hasta que llegemos a la atmósfera y lance su cargamento en una órbita de entrada en espiral. Voy a desconectar el transductor y todos los sistemas que no sean estrictamente esenciales. No queremos que nadie vea nuestras luces o capte emisiones de algún sensor activo. A partir de ahora, habrá que pilotar por instinto y a ojo.

—¿Has pensado en qué vamos a hacer cuando llegemos? Lando soltó un bufido.

—¿Qué te parece si antes nos preocupamos de cómo vamos a bajar? Conozco a unas cuantas personas y tengo algunos contactos. No te preocupes, Luke: ya nos las arreglaremos.

Luke asintió. Esperaba que Lando no estuviera equivocado.

Naturalmente, siempre cabía la posibilidad de que se desviaran del curso correcto durante la aproximación al planeta y el haz de luz coherente de una batería acabara convirtiendo el *Halcón* en un plato de asado espacial, y entonces Luke ya no tendría que preocuparse por nada más. Eso no hizo que se sintiera mejor, desde luego.

Desplegó sus pensamientos e intentó encontrar a Leia a través de la Fuerza. Se esforzó hasta el límite de sus capacidades...

Nada. Si estaba allí, Luke se encontraba demasiado lejos para poder establecer contacto con ella.

Bueno, pronto estarían más cerca. Si sobrevivían, lo volvería a intentar.

Si sobrevivían...

Darth Vader, desnudo e inmóvil en el centro de su cámara, estaba haciendo sus ejercicios de meditación curativa cuando frunció el ceño de repente. Había una perturbación en la Fuerza. Envió su mente hacia ella, impulsándola con el poder del lado oscuro...

Fuera lo que fuese, no pudo establecer contacto con aquella extraña alteración.

La sensación se desvaneció enseguida, y la casi imperceptible ondulación que había agitado la Fuerza se esfumó.

El lado oscuro todavía le reservaba muchas sorpresas. Igual que un fuego, podía calentar o quemar, y había que proceder con mucha cautela para no tropezar y caer en su negro abismo. Vader ya había visto lo que un uso prolongado del lado oscuro le había hecho al Emperador: su terrible poder había acabado consumiéndolo físicamente. Pero eso no le ocurriría a Vader, porque tenía intención de aprender a controlar el lado oscuro. Había hecho grandes progresos. Todo se reducía a una cuestión de cuánto tiempo tardaría en alcanzar su meta: era un asunto de «cuando», no de «si». Y cuando por fin lograra atraer a Luke hacia el lado oscuro, el

proceso avanzaría mucho más deprisa. Dos imanes de gran potencia podían atraer mucha más energía oscura que uno solo. Juntos manipularían la Fuerza mucho más deprisa de lo que hubiera podido hacerlo cualquiera de los dos en solitario.

Cuánto poder tenía aquel muchacho... ¿Quién habría podido imaginárselo? Luke Skywalker, su hijo, muy bien podía llegar a ser el hombre más poderoso de toda la galaxia.

Vader se permitió una sonrisa, a pesar de que sonreír tensaba el tejido cicatricial y resultaba bastante doloroso. Podía soportar el dolor.

Darth Vader era el Señor Oscuro del Sith, y podía soportar cualquier cosa.

—Realmente creo que no es una buena idea, amo Luke. Me parece que sería mucho mejor que Erredós y yo fuéramos con usted y con el amo Lando.

Erredós emitió un estridente trino electrónico para indicar que estaba totalmente de acuerdo con Cetrespeó.

—Oye, si os quedáis dentro de la nave estaréis perfectamente —dijo Luke—. Os necesitamos aquí por si nos hace falta ayuda. Además, ahí fuera correréis mucho más peligro que a bordo del *Halcón*.

—Ah. Bueno, en ese caso... Sí, en ese caso tal vez deberíamos quedarnos aquí.

Erredós protestó vehementemente.

—No, Erredós, ya has oído al amo Luke: necesita que nos quedemos en la nave por si algo va mal.

—¿Mal? ¿Qué puede ir mal? —exclamó Lando—. ¿Sólo porque hasta el mundo más remoto de la galaxia sabe que ofrecen enormes recompensas por nosotros, vivos o muertos, y porque se nos ha ocurrido ir a dar un paseo por el negro y maléfico corazón del Imperio?

Luke meneó la cabeza.

—Vamos, Lando... ¿Cuál sería el último sitio en el que nos buscarías si fueras un agente imperial o un cazador de recompensas?

—Sí, supongo que tienes razón. Estarán convencidos de que nadie puede llegar a ser tan estúpido, ¿verdad? Por suerte para nosotros, ellos no saben que podemos llegar a ser tan estúpidos.

Luke volvió a menear la cabeza. Toda aquella charla sólo era un intento de tomarse la situación de una manera lo menos dramática posible. En realidad aquello iba a ser muy peligroso, y los dos lo sabían.

—Oye, te seré sincero —dijo, volviéndose hacia Cetrespeó—. Hay una probabilidad de que no volvamos y... Bueno, en realidad hay bastantes probabilidades de que las cosas no salgan bien. Si no volvemos, no se te ocurra pedir ayuda a la Alianza. Arriesgar más naves de la flota no serviría de nada.

—Comprendo —dijo Cetrespeó.

Erredós soltó una rápida serie de silbidos y pitidos. Parecía bastante preocupado.

Luke se volvió hacia el pequeño androide. Después se puso en cuclillas delante de él y colocó una mano encima de su cúpula.

—No os alejéis del comunicador, ¿de acuerdo? Si os necesitamos os llamaremos. Si tenemos problemas, siempre podéis tratar de venir a rescatarnos. Cetrespeó tiene las manos y

los pies, y tú tienes tu programación de capacidades astronavigacionales. Estoy seguro de que entre el uno y el otro podríais pilotar el *Halcón* en una situación de emergencia.

—¡Menuda idea! —dijo Lando—. Si Han te pudiera oír, se pondría tan rojo de furia que derretiría ese bloque de carbonita más deprisa que un soplete láser.

Lando seguía intentando bromear, pero Luke supuso que el jugador estaría tan nervioso como él. Los dos sabían que iban a correr un riesgo terrible.

Erredós tampoco parecía haberse tomado demasiado bien la idea de que pudieran llegar a tener que pilotar el *Halcón*.

—No seas grosero —dijo Cetrespeó—. No siempre he sido un androide de protocolo, ¿sabes? He programado conversores, y en una ocasión estuve manejando una pala mecánica durante todo un mes. He visto en acción al amo Han, al amo Lando y a Chewbacca en muchas ocasiones. Me atrevería a decir que puedo pilotar esta nave bastante mejor que tú.

Erredós respondió con una nueva serie de sonidos sarcásticos.

—Oh, ¿de veras? ¡Bueno, pues por lo menos yo no parezco un cubo de basuras con ruedas!

—Vamos, Luke —dijo Lando—. Si queremos hacerlo, hemos de ponernos en movimiento. Podemos conseguir unos disfraces, y si nos damos un poco de prisa podremos estar en los niveles subterráneos antes de que haya amanecido. Estos dos payasos se pasarán toda la noche discutiendo.

—De acuerdo. —Luke se incorporó—. Ya nos veremos.

—Tenga mucho cuidado, amo Luke. Erredós secundó su recomendación.

—Lo tendremos —dijo Luke, esperando que su rostro no estuviera tan sombrío como su estado de ánimo.

Lando ya se había puesto el disfraz. Su cabeza estaba envuelta en el chal y el capuchón de un mendigo, y sus ropas normales habían quedado ocultas debajo de una túnica harapienta. Luke se vistió de manera similar y también ocultó la parte inferior de su rostro.

Una vez fuera del enorme edificio, Luke y Lando empezaron a avanzar por una zona relativamente poco poblada. No había muchos sitios totalmente vacíos de ocupantes, pero aquel área se encontraba en el hemisferio sur y no muy lejos del polo..., y hacía mucho frío. Al parecer había sitios donde resultaba más cómodo vivir y trabajar. Lando tenía un «socio comercial» que le debía un favor, y lo había pagado permitiéndoles que escondieran el *Halcón Milenario* en un almacén que estaba medio lleno de una sustancia muy parecida a las algas secas que olía de una manera muy similar a los basureros de Tatooine durante los días más cálidos del verano.

—Oye, ¿cuánta gente te debe favores?

Lando le obsequió con una de sus sonrisas más deslumbrantes.

—Montones de personas que nunca habrían debido sentarse a una mesa de juego —respondió—. Por suerte para mí, lo hicieron.

—Bien, ¿y ahora qué?

—Ahora iremos al Submundo del Sur. Mantén oculta esa espada de luz, pero procura que

no esté muy lejos de tu mano: los niveles subterráneos no son el tipo de sitio al que resulte aconsejable llevar a tu abuelita para que se tome un té, ¿comprendes?

—¿Son tan malos como Mos Eisley?

—Algunas secciones son peores.

—Estupendo. Oye, ¿y por qué tenemos que ir a una parte tan deliciosa de este planeta recubierto de planchas cromadas?

Lando estaba avanzando por un angosto callejón lleno de curvas. Luke se fijó en que mantenía la mano sobre la culata de su desintegrador mientras caminaban. El aire estaba helado: garras de hielo arañaban la chaqueta que llevaba Luke, le mordisqueaban las orejas y convertían su aliento en una mezcla de escarcha y neblina blanquecina a cada paso que daban.

Lando se detuvo al final del callejón, echó un vistazo al exterior y siguió avanzando hacia el pasadizo siguiente.

—Bueno, resulta un poco complicado de explicar... ¿Has oído hablar alguna vez del famoso salteador de naves Evet Scy'rrep?

—Claro. De pequeño veía *Bandidos galácticos* en el holoprojector. Basaron toda una serie en él. Asaltó algo así como quince cruceros de gran lujo y se llevó millones de créditos y montones de joyas, pero acabaron atrapándole.

—Exacto. Pues durante su juicio, alguien le preguntó por qué había elegido como objetivo esos cruceros para ricachones, y Scy'rrep respondió que porque era el sitio en el que estaban los créditos.

Luke sonrió y meneó la cabeza.

—Vamos a meternos en una cloaca por la sencilla razón de que mis contactos están allí — dijo Lando.

—De acuerdo, guíame. Espero que haga más calor que aquí.

Xizor disfrutaba de un baño. El Príncipe Oscuro estaba inmóvil dentro de una enorme bañera tallada a partir de un descomunal bloque de negra piedra de jardín que era lo suficientemente grande para acoger cómodamente a diez personas. Xizor dedicaba una considerable parte de su tiempo a bañarse, una actividad que formaba parte de la herencia de su especie. Los falleens eran hijos del agua, y volver a ella siempre resultaba muy agradable. Nubéculas de vapor brotaban del agua caliente y traían consigo el olor del aceite de eukaminto, que flotaba dentro de la bañera en perezosas ondulaciones. Pequeñas toberas ocultas producían olas relajantes y hacían circular chorros de burbujas a través del líquido. Su bañera era un lugar en el que Xizor se permitía relajarse por completo. Allí no había holoprojector ni comunicador, y nadie podía entrar en su cuarto de baño salvo él mismo y los invitados a los que deseara acoger en él..., y Guri, naturalmente. A veces le apetecía escuchar música, pero aparte de esos momentos en los que encontraba agradable la discreta compañía de las notas, Xizor no quería que nada perturbara su paz mientras iba permitiendo que el estar sumergido en la bañera fuese disipando las tensiones del día.

Se apoyó en la piedra calentada por el agua y tomó un sorbo de un humeante combinado de ajeno y extracto de especias, una bebida con el grado justo de potencia alcohólica necesario para añadir un suave fuego interior al calor del agua que le rodeaba. La vida siempre tenía mucho mejor aspecto vista desde allí. Todo parecía volverse casi perfecto.

Xizor había invitado a Leia a reunirse con él, pero su invitación había sido rechazada.

Todo iba perfectamente..., o casi.

Guri entró en el cuarto de baño y se detuvo junto a la bañera.

—Ya sabes que no me gusta que me molesten aquí —dijo Xizor.

Todavía no acababa de pronunciar aquellas palabras cuando comprendió que no habría debido decirlas. Guri nunca le habría molestado si lo que la traía hasta allí, fuera lo que fuese, hubiera podido esperar.

Guri le alargó un comunicador de bolsillo.

—El Emperador —dijo.

Xizor se irguió y cogió el comunicador.

—Mi señor... —dijo.

—Abandonaré el planeta dentro de poco para inspeccionar algunas partes de cierto... proyecto de construcción cuya existencia ya conocéis —dijo el Emperador—. Debemos vernos a mi regreso. Hay algunos asuntos de los que me gustaría hablaros.

—Por supuesto, mi señor.

—Han llegado a mis oídos ciertas historias concernientes a un joven rebelde llamado Luke Skywalker. Parece ser que estáis interesado en él, ¿no?

—¿Skywalker? He oído mencionar su nombre, pero no puedo decir que sienta ningún interés por él.

—Ya hablaremos de todo esto a mi regreso.

La conversación llegó a su fin y el Emperador cortó la conexión. Rara vez se molestaba en perder el tiempo con saludos o despedidas.

Xizor dejó el pequeño cilindro del comunicador encima del borde de la bañera y permitió que su cuerpo se hundiera un poco más en la tranquilizadora caricia del agua. Bien... El Emperador por fin empezaba a ser consciente de que Xizor estaba tramando algo, como era de esperar que ocurriera más tarde o más temprano. Eso no tenía por qué afectar al desarrollo de los planes de Xizor, siempre que siguiera actuando tan cautelosamente como lo había hecho hasta entonces. Los rumores no constituían ninguna prueba.

Guri se inclinó, cogió el comunicador y se fue.

Mientras la seguía con la mirada, Xizor pensó que quizá debería decirle que se desnudara y se metiese dentro de la bañera con él. Ya le había ordenado que lo hiciera en algunas ocasiones, cuando quería una compañía en la que pudiera confiar sin ninguna clase de reservas, y en cada una de aquellas ocasiones Guri le había demostrado de la forma más satisfactoria imaginable que podía pasar por una mujer en prácticamente todos los aspectos.

Pero... No. Estaba guardando sus energías para Leia. Xizor sabía que Leia acabaría aprendiendo a verle bajo una luz más favorecedora. Podía esperar. La paciencia era una de

sus máximas virtudes.

Respiró hondo y se sumergió en la bañera. Su capacidad pulmonar era muy grande —ése era otro de los vestigios de su herencia reptiliana—, y podía permanecer mucho tiempo sumergido. El agua le calentó la cara, y Xizor disfrutó de aquella sensación tan agradable.

En conjunto, la vida era realmente maravillosa.

Dentro del Submundo no hacía tanto frío, pero el hedor era casi tan terrible como el del almacén donde habían dejado el *Halcón...*, o por lo menos Luke tuvo esa impresión. Los humanos y alienígenas con los que se cruzaban no parecían percibir aquella pestilencia. Una de las cosas que más preocupaban a Luke era el hecho de que para que pudieras oler algo, antes tu sistema olfativo tenía que inhalar diminutas partículas invisibles de ese algo y someterlas a sus distintos exámenes químicos. Fuera cual fuese la causa de aquel horrible olor a podredumbre, la idea de que fragmentos microscópicos de ella estuvieran introduciéndose a cada momento en su nariz no le hacía ninguna gracia.

Entraron en una estación del tren de levitación magnética que se encontraba a poca distancia de la superficie. El andén estaba atestado, y había soldados de las tropas de asalto imperiales con coraza y oficiales uniformados yendo y viniendo por la inmensa cámara.

—Creo que ya va siendo hora de que nos consigamos un disfraz mejor que el que llevamos —dijo Lando—. No quiero que alguna cámara de vigilancia nos grabe con estos harapos encima.

—¿Qué habías pensado?

Un cabeza de calamar pasó junto a ellos, pareciendo tener mucha prisa por llegar a algún sitio. El alienígena no tenía tiempo que perder con un par de mendigos.

—He estado pensando en cuál sería el disfraz más adecuado. La solución ideal es que tengamos el aspecto de alguien a quien nadie presta atención.

—¿Soldados de las tropas de asalto? Lando asintió.

—Sí. O quizá los soldados de élite serían todavía más aconsejables. Llevan la cara tapada, y están tan bien considerados que nadie se atreve a meterse con ellos.

Luke miró a su alrededor.

—Veo uno más o menos de mi talla..., allí, junto al androide que vende los billetes.

—Sí, y al lado del dispensador de periódicos hay uno que parece tener exactamente mi altura y pesar lo mismo que yo. Quizá deberíamos cumplir con nuestro deber hacia el Imperio e informar de que está ocurriendo algo raro en uno de los cubículos sanitarios, ¿no te parece?

—Es justo lo que haría cualquier ciudadano leal —respondió Luke, e intercambió una rápida sonrisa con Lando.

Leia despertó sintiéndose bastante aturdida. Por lo que podía ver, no disponía de ninguna forma de mantenerse al corriente del paso del tiempo. Había estado durmiendo durante un buen rato: Xizor había usado el comunicador interior para preguntarle si quería bañarse con él—¡bañarse con él, nada menos!—, y Leia se había vuelto a quedar dormida.

Se levantó y fue hacia la consola del ordenador.

—¿Qué hora es?

El ordenador se lo dijo.

Vaya, vaya. Había dormido casi seis horas estándar: toda una siesta, desde luego.

Y además tenía hambre.

La puerta se abrió en el mismo instante en que Leia cobraba conciencia de que tenía mucho apetito, y Guri entró en la habitación trayendo consigo una gran bandeja cubierta por una gran tapadera en forma de cúpula.

—Comida —dijo, dejando la bandeja sobre la mesa del ordenador delante de Leia, y después giró sobre sus talones y se fue.

Leia levantó la tapadera. Una cena de siete platos había sido artísticamente repartida en una serie de recipientes y bandejitas: había una ensalada, dos clases distintas de pastelillos de sojapro, verduras hervidas, fruta, pan y varios cilindros con distintas bebidas. Todo tenía un aspecto soberbio, y también olía estupendamente.

Leia cogió un panecillo y lo probó. Estaba caliente, crujía y tenía un suave sabor a levadura amarga. Excelente. Bueno, ya que se habían tomado la molestia de traerle la cena, sería mejor que comiera. Si Xizor hubiese querido matarla, ya podría haberlo hecho varias veces a esas alturas, y probablemente no planeaba envenenarla. Al igual que el dormir cuando podías hacerlo, el comer era otra de esas cosas que debías hacer cuando se te ofrecía la posibilidad. Y si además la comida sabía tan bien como los distintos platos de aquella cena... Bueno, eso era como una bonificación añadida.

El teniente que medía y pesaba lo mismo que Luke frunció el ceño cuando entró en el cubículo sanitario, con Luke pisándole los talones.

—¿De qué estás hablando? No veo ningún... ¿Eh? ¿Qué...?

Fue la última palabra que salió de sus labios antes de que Luke utilizara la Fuerza para asumir el control de sus pensamientos. Lo lógico habría sido suponer que el cerebro de un soldado de élite al servicio del Imperio estaría bastante más desarrollado que el de aquel tipo. Aunque... Bueno, pensándolo bien, en ese caso probablemente no estaría en el ejército imperial, sino que estaría trabajando para la Alianza.

Luke le ordenó que se desnudara, y cuando hubo terminado le dijo que se sentara en un retrete y disfrutara de una larga siesta. Después se quitó la ropa y se apresuró a ponerse el uniforme prestado. Conservó el desintegrador, se metió la espada de luz debajo de la cinturilla tapándola con la chaqueta, entró en la zona comunal del cubículo y se examinó en el espejo. No estaba mal.

Lando salió de un retrete detrás de él, vestido con un uniforme similar. Luke le contempló mientras Lando se ponía bien el cinturón del que colgaba su nuevo desintegrador y se sacudía unas motilas de polvo de la manga derecha.

—Las mujeres siempre han tenido debilidad por los hombres que llevan uniforme —dijo Lando, levantando el casco y poniéndoselo.

—Esperemos que no vean al hombre que hay detrás de la armadura —dijo Luke.

Los dos irguieron los hombros, abombaron el pecho y adoptaron el orgulloso contoneo típico de los soldados imperiales mientras salían del cubículo sanitario.

Vader estaba inmóvil al pie de la rampa de acceso de la lanzadera personal del Emperador. Su elevada estatura hacía que tuviera que bajar la vista hacia él.

—Espero volver dentro de tres semanas —le dijo el Emperador—. Confío en que podréis evitar que el planeta se desintegre mientras estoy fuera.

—Sí, mi señor.

—Es lo mínimo que espero de mi fiel servidor, lord Vader. ¿Hay alguna noticia de Skywalker?

—Todavía no, pero encontraremos a Skywalker.

—Y tal vez más pronto de lo que esperáis.

Vader miró al Emperador, cuya media sonrisa revelaba el deterioro de sus dientes. ¿Habría tenido algún atisbo del futuro? Su grado de sintonía con el poder del lado oscuro era todavía más elevado que el alcanzado por Vader. ¿Habría obtenido alguna nueva información sobre Luke?

De ser así, no estaba dispuesto a revelarla, pues el Emperador giró sobre sus talones y se dejó escoltar rampa arriba por un pelotón de la Real Guardia Imperial ataviado con sus capas ceremoniales rojas y sus armaduras del mismo color.

El golpeteo del bastón lleno de nudos del Emperador resonó estrepitosamente en el silencio mientras subía por la rampa.

En toda la galaxia no había nadie en quien el Emperador confiara más que en Darth Vader —por lo menos, eso era lo que le gustaba creer a Vader—, y por lo que había podido determinar, la confianza del Emperador terminaba allí donde lo hacía su capacidad de mantener rígidamente controlado a Vader.

Daba igual. El Emperador tenía razón en una cosa: más tarde o más temprano, Luke volvería a emerger de la oscuridad en la que se había desvanecido. Una luz tan brillante no podía permanecer escondida durante demasiado tiempo. Su misma naturaleza hacía que el muchacho tuviera que arder con un resplandor lo suficientemente intenso para que fuese visible a los ojos de quien contara con el poder y el conocimiento necesarios para saber dónde había que buscarle. En cuanto un Jedi había empezado a desarrollar sus capacidades para el uso de la Fuerza, el proceso ya no podía ser detenido con facilidad. En el caso de Luke, Vader incluso dudaba de que pudiera ser detenido.

Volverían a encontrarse. Dentro de una semana, de un mes, de un año... En realidad no importaba cuándo ocurriera, porque acabaría ocurriendo.

Mientras tanto, Vader vigilaría atentamente todas y cada una de las acciones de un enemigo que se encontraba demasiado cerca de él. En esos mismos instantes, los agentes de Vader estaban buscando afanosamente hasta la última brizna de información que todavía no habían acumulado sobre el Líder Oculto del Sol Negro. Cuando sabías qué dirección debías seguir, el

viaje se volvía mucho más fácil..., y Xizor acabaría cometiendo un error. Tropezaría, y caería.
Y cuando lo hiciera, Vader estaría esperando para atraparlo.

—Bueno —dijo Luke—, esta zona tiene mejor aspecto que el sitio en el que estuvimos antes, pero ¿adonde vamos exactamente? Lando señaló con un dedo.

—Ahí.

—¿A una tienda de plantas?

—No te dejes engañar por eso. Esa tienda pertenece a un viejo ho'din llamado Spero. Tiene un montón de conexiones, algunas con el Imperio, otras con la Alianza y otras más con los criminales.

—Deja que lo adivine: te debe un favor.

—No exactamente. Pero hemos hecho algunos negocios juntos en el pasado, y no le importa ganar unos cuantos créditos pasándome información.

Fueron hacia la tienda.

—Hay mucha gente que nos está mirando como si no les gustara nada nuestra presencia —dijo Luke.

—Es por los uniformes. El Imperio no tiene muchos amigos por aquí abajo. Casi toda la gente de estos niveles probablemente está huyendo de algo, y se encuentra a sólo un paso por delante del arresto. No nos molestarán..., siempre que no metamos las narices en el sitio equivocado, claro. No quieren que los imperiales hagan ningún despliegue de fuerza en su escondite.

Cuando entraron en la tienda, no vieron ni rastro del ho'din al que pertenecía. Salvo por Luke y Lando, el local estaba vacío.

—No hay nadie en casa —dijo Luke—. Eso es un poco extraño, ¿verdad?

—Sí, lo es. Creo que...

Alguien dijo algo detrás de ellos. Luke no entendió nada, pero reconoció el lenguaje: acababan de hablarles en wookie.

—Calma, amigo —dijo Lando—. Nadie va a hacer ningún movimiento repentino.

Levantó las manos separándolas del cuerpo, y le dijo a Luke que hiciera lo mismo.

El wookie dijo algo más.

Había algo en aquella voz...

—Date la vuelta, y procura moverte muy despacio —le dijo Lando a Luke.

Se dieron la vuelta.

Y, naturalmente, se encontraron contemplando a un wookie que había sido objeto de un corte de pelo especialmente horrible.

—¡Chewie! —exclamó Lando.

Chewie reconoció a Luke y Lando en el mismo instante a pesar de los cascos, y bajó el desintegrador que empuñaba.

Lando sonrió mientras él y Luke iban hacia Chewie para darle un abrazo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te has hecho en el pelaje?

Chewie intentó responder al mismo tiempo que Lando disparaba más preguntas, y Luke no entendió casi nada. Pero se alegraba mucho de ver al wookiee.

Lando acabó acordándose de que Luke no entendía el lenguaje de los wookies, y empezó a traducirle lo que habían dicho.

—El propietario de la tienda está atado en la parte de atrás. Si alguien ha visto entrar a Chewie, así no pensarán que el ho'din le ha ayudado. Sí, muy bien... Eh, eh... ¡No hables tan deprisa, amigo!

Chewie siguió produciendo sonidos estridentes a toda velocidad.

—De acuerdo, de acuerdo. Verás, Luke, Leia cree que es el Sol Negro el que está detrás de los intentos de asesinato y no el Imperio: parece ser que quieren verte muerto. ¿Eh? Bueno, no sé cómo, sólo somos tres. ¿Como podemos entrar en ese sitio? Si nos capturan eso no ayudará en nada a Leia, ¿verdad?

El diálogo terminó bruscamente cuando un haz desintegrador entró por la puerta abierta de la tienda y destrozó un gran macetero lleno de flores que colgaba del techo. Fragmentos de cerámica llovieron sobre la espalda de Luke, y pellas de tierra mojada y humus se esparcieron a su alrededor. El olor a jungla que impregnaba la atmósfera de la tienda se volvió un poco más intenso.

—¡Eh!

Cuatro hombres armados con desintegradores lanzaron nuevas andanadas delante de la tienda. Fueran quienes fuesen, no llevaban uniforme.

Lando, Luke y Chewie se arrojaron al suelo. El wookiee alzó su desintegrador e hizo varios disparos a ciegas contra los tiradores.

—¿Quiénes son esos tipos? ¿Por qué están disparando contra nosotros?

—¿Quién sabe? —murmuró Lando.

Desenfundó el desintegrador que le había tomado prestado al soldado imperial y añadió sus disparos al fuego con que Chewie estaba respondiendo al ataque. A juzgar por el torrente de luz que cayó sobre ellos un instante después, no parecían haberle dado a nadie.

—¿Hay alguna otra salida? —preguntó Luke.

Chewie gruñó una contestación, y Luke pensó que le había dicho que sí.

—¡Por atrás! —chilló Lando.

Él y Chewie hicieron varios disparos más, y los tres empezaron a arrastrarse hacia la parte de atrás de la tienda.

Pasaron junto a un ho'din muy anciano atado y amordazado en un rincón.

—Siento todo esto —le dijo Lando—. Envíele la factura a la Alianza. ¡Ellos pagarán los daños!

Chewie llegó a la salida trasera y abrió la puerta corredera.

Otro haz de energía entró velozmente por la puerta, deslizándose a la altura del pecho de un ser humano, y abrió un agujero en un muro de la tienda. Por suerte todos seguían estirados en el suelo, y el agujero apareció bastante por encima de sus cabezas.

Lando soltó una maldición.

—¡Nos tienen atrapados!

Antes de que pudieran pensar qué iban a hacer, alguien gritó junto a la salida de atrás. Después oyeron el estallido de varias descargas desintegradoras..., pero ningún haz de energía entró en la tienda.

—¿Qué...? —empezó a decir Lando.

Luke alzó la mirada desde el rincón del suelo en el que estaba tumbado, con la tierra de las plantas incrustada en la pechera y el estómago de su uniforme robado, y vio una silueta que atravesaba un callejón. Más que caminar, la silueta parecía contonearse orgullosamente.

Luke reconoció al hombre.

¡Era Dash Rendar! Oh, no... Y estaba volviendo a salvarle. Luke odiaba ser salvado por aquel tipo.

—¿Qué tal, chicos? ¿Tenéis algún problema?

Dash hizo girar el desintegrador alrededor de su dedo índice y sopló sobre el extremo del cañón. Su aliento produjo un sonido curiosamente parecido a una risita burlona.

Luke se levantó, y vio que Lando y Chewie ya estaban imitándole. Abrió la boca para hablar, pero Lando se le adelantó.

—¡Rendar! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pues parece que salvaros el pellejo, ¿no? Se diría que se ha convertido en mi especialidad. Será mejor que nos larguemos de aquí: siempre podemos hablar mientras corremos. Seguidme.

Luke meneó la cabeza. Aquello no le gustaba nada, pero no podía hacer gran cosa al respecto. Rendar tenía razón, por desgracia.

Darth Vader contempló al hombrecillo inmóvil delante de él en una sala de conferencias de su castillo.

—¿Estás seguro de esto?

—Sí, lord Vader. Estoy seguro.

Vader se sintió invadido por una deliciosa sensación de triunfo. Por sí solo no era suficiente, desde luego, pero suponía un considerable progreso hacia la consecución de la prueba definitiva que necesitaba obtener.

—Y tienes la cinta y documentación adicional.

—Todos esos datos ya están en vuestros archivos, lord Vader. El hombrecillo sonrió.

—Me has servido bien —dijo Vader—. No olvidaré esto. Prosigue con tus investigaciones.

El hombrecillo se inclinó ante Vader y se fue.

Bien, bien... Así que existía una grabación en la que un agente independiente hablaba con una jefe de mecánicos de la Alianza y le decía que sería muy rica si conseguía que Luke

Skywalker muriese.

No se había descubierto ninguna conexión directa con Xizor, naturalmente, pero si existía, los agentes de Vader la encontrarían. El sobornador había hablado con la jefe de mecánicos, y alguien había hablado con él. Los agentes de Vader irían retrocediendo poco a poco a lo largo de la vida del sobornador hasta que averiguasen quien le había enviado, y quién había enviado a la persona que le había enviado..., y así sucesivamente.

Era una adición más a la creciente colección de pruebas circunstanciales que sus agentes habían reunido y seguían reuniendo en aquel mismo instante.

Por sí mismo un grano de arena no era nada, pero si disponías de los granos suficientes podías llegar a cubrir una ciudad entera. Aun así, Vader debía esperar y no precipitarse. De momento ya contaba con la arena suficiente para empezar. Un poquito más y podría enterrar a Xizor...

Xizor debía ser eliminado de una vez y para siempre, y el día en que eso ocurriría ya no estaba muy lejano.

Pronto podría acabar con él.

Sí, muy pronto...

Dash les indicó el camino. Chewie no tardó en relevarle y condujo al trío hasta un laberinto de corredores y túneles serpenteantes que, teniendo en cuenta la rapidez con la que Luke perdió todo sentido de la orientación, debería despistar a cualquier perseguidor.

—Bueno, ¿cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Lando, volviéndose hacia Dash.

—De la manera habitual: me pegué al casco de un carguero en la zona de sombra de los sensores y atravesé los perímetros sin ser detectado. Es un truco que aprendí en la Academia cuando era un muchacho. Un buen piloto es capaz de hacerlo incluso dormido. ¿Y vosotros? ¿Cómo os las habéis arreglado?

Luke pensó que la sonrisa de Lando parecía un poco temblorosa.

—Sí, nosotros hicimos lo mismo —dijo, encogiéndose de hombros—. Resultó sencillísimo. Fue tan fácil que podría haberlo hecho con el piloto automático puesto.

—Sí, pero ¿cómo has conseguido llegar hasta aquí? —preguntó Luke, y señaló el suelo.

—¿A la tienda del ho'din, quieres decir? Oh, vamos. Todo el mundo conoce a Spero, ¿verdad, Lando?

—Supongo que sí —dijo Lando—. Bueno, eso responde al cómo, pero... ¿Por qué? Dash suspiró.

—Bien, me imagino que tenía que demostrarme algo a mí mismo. Después de que Luke y yo estuviéramos a punto de morir en aquella desastrosa misión con los bothanos, me sentía bastante mal. No es algo a lo que esté acostumbrado... Me refiero a cometer errores, ¿entiendes? Pero pensé que si tu nave se estrellaba, más te valía buscar otra y despegar inmediatamente. Si dejas que pase demasiado tiempo sin volver a volar, acabas cogiéndole miedo al espacio. Metí la pata hasta el fondo y todavía no lo he superado del todo, pero no

puedes pasarte toda la vida sentadito en un rincón cociéndote en tus propios jugos. Trabajo por dinero, pero pensé que tenía una pequeña deuda pendiente con el Imperio. Cuando Chewie me informó de lo ocurrido, decidí que ya iba siendo hora de hacerle pagar muy caro todo lo que me había hecho.

Luke asintió.

—Entiendo cómo te sientes.

—Tengo unos cuantos contactos en este sitio —dijo Dash.

—Debes desayunar conmigo —dijo Xizor.

Leia le miró. Xizor había ido a su habitación bastante temprano, pero Leia ya estaba vestida y había vuelto a ponerse la ropa del cazador de recompensas que había fingido ser, aunque sin el casco. No quería llevar encima ni una sola prenda proporcionada por aquel canalla.

—No tengo hambre —dijo.

—Insisto.

Leia ya sabía que Xizor había intentado matar a Luke, pero aun así todavía podía sentir el fantasma de aquella casi irresistible atracción inicial. Por suerte fue capaz de resistirla. La ira era un buen antídoto.

Decidió tratar de averiguar si Xizor estaba dispuesto a revelar alguna parte de sus planes.

—¿Y Chewbacca? —preguntó—. ¿Desayunará con nosotros?

—Por desgracia no. Tu amigo el wookiee ha... decidido abandonarnos.

—Se ha escapado y no has conseguido dar con él, ¿eh? Xizor la obsequió con una leve sonrisa en la que no había ni la más mínima sombra de buen humor.

—¿Piensas que ha escapado por sus propios medios? Vamos, Leia, realmente... Permití que escapara.

—¿Y esperas que me lo crea?

—Quiero a Skywalker y Skywalker te quiere a ti. Estás en mi poder. Supongo que no necesitarás que te dibuje un diagrama con flechas e indicaciones, ¿verdad?

Leia sintió que un nudo helado le agarrotaba el estómago. Xizor estaba jugando con ellos. La había hecho ir hasta allí única y exclusivamente para poder utilizarla como cebo en la captura de Luke. Oh, no, no...

Hasta aquel momento había tenido hambre, pero el desayuno había perdido repentinamente todo su atractivo. Xizor era un ser diabólico: retorcido, brillante... y diabólico.

—¿Adonde vamos? —preguntó Luke.

—Conozco un sitio en el que podemos escondernos —dijo Dash—. En cuanto estemos allí podremos pensar en qué vamos a hacer.

Y entonces Luke se sintió invadido por una sensación tan repentina como extraña: era una especie de poderoso conocimiento que saturó todo su ser y le hizo sonreír. Durante un segundo, él y la Fuerza habían sido una sola cosa..., ¡y ni siquiera había intentado hacerlo! Sencillamente había ocurrido.

—¿Qué pasa? —preguntó Lando, dándose cuenta de que le ocurría algo.

—Iremos a ese sitio y haremos planes para rescatar a Leia —dijo Luke.

No estaba muy seguro de qué esperaba que ocurriese —quizá que Lando o Dash, o incluso Chewie, se le quedarían mirando fijamente y menearían la cabeza, y que luego le preguntarían quién había abdicado de repente dejando a Luke al mando del grupo, o algo por el estilo—, pero los tres se limitaron a intercambiar una rápida mirada y luego miraron a Luke, y cuando lo hicieron, resultó obvio que algo había cambiado.

—Claro —dijo Lando—. Por supuesto. Chewie emitió un gemido de asentimiento.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —murmuró Dash.

Era lo que tenían que hacer, y parecía tan natural como el respirar. Luke comprendió que la Fuerza era precisamente eso, un fenómeno natural. Se había esforzado tanto para llegar hasta ella y dominarla, ¡y lo único que debía hacer era relajarse y permitir que la Fuerza viniera a él en vez de tratar de crearla! No podía ser más simple.

Era una lástima que «simple» y «fácil» no significaran exactamente lo mismo.

Bueno, daba igual. El que una cosa fuera difícil no quería decir que no pudiera hacerse. Con la Fuerza, muchas cosas eran posibles. Luke todavía tenía mucho que aprender..., más de lo que nunca había imaginado antes. Sonrió. ¿Qué era lo que solía decir el Maestro Yoda? ¿Reconocer tu ignorancia es el primer paso por el camino de la sabiduría, quizá? Sí.

Guri estaba inmóvil delante de Xizor mientras el Príncipe Oscuro se quitaba el batín con el que había desayunado y empezaba a vestirse para sus citas. La androide no prestó la más mínima atención a su desnudez.

—Nuestros agentes han informado de que un carguero corelliano que encaja con la descripción del *Halcón Milenario* está escondido en algún lugar del distrito de almacenes de Hasamadhi, cerca del Polo Sur.

Xizor seleccionó un conjunto de chaqueta y pantalones del armario y lo examinó bajo la luz solar artificial.

—¿Y qué? Hay centenares de cargueros corellianos que tienen más o menos el mismo aspecto, ¿no?

—Ninguno de ellos está escondido en el distrito de almacenes de Hasamadhi.

—¿Me estás diciendo que crees que Skywalker y el jugador han venido hasta aquí? ¿Crees que han conseguido eludir la vigilancia del perímetro imperial y que han sido lo bastante osados para posarse en el planeta como si tal cosa?

—Cualquier piloto que conozca el truco del carguero y tenga medio hemisferio cerebral en condiciones de funcionar puede hacerlo. Nuestros propios contrabandistas lo hacen continuamente.

Xizor rechazó el atuendo que había elegido. Lo arrojó al suelo y cogió otro traje, éste más oscuro y de un corte más tradicional.

—Muy bien. Haz las comprobaciones necesarias. Si realmente es la nave de Skywalker, que la mantengan vigilada. Cuando aparezca por allí, haz que nuestra gente mate a

Skywalker..., con la máxima discreción posible, por supuesto.

Guri asintió. Después giró sobre sus talones y se marchó.

Xizor examinó su imagen en el espejo en cuanto hubo acabado de vestirse. Muy impresionante. También pensó en lo que le había dicho Guri. En realidad no esperaba que Skywalker llegara tan pronto, pero entraba dentro de lo posible. Si realmente se trataba de él, entonces tanto mejor.

Que Skywalker muriera delante de sus mismas narices dejaría a Vader totalmente en ridículo.

Y también estaba Leia, un problema que Xizor acabaría resolviendo a su entera satisfacción. Disponía de mucho tiempo para jugar con ella.

Las cosas difícilmente hubieran podido ir mejor, ¿no?

Pero había que seguir ocupándose de los negocios, y había un límite al número de responsabilidades que Xizor podía delegar en otros. Algunos asuntos requerían su atención personal. Terminó su inspección y fue hacia su cámara privada de recepción.

—Muy bien —dijo en cuanto hubo llegado allí—. ¿Con quién tengo mi primera cita?

—Con el general Sendo, príncipe Xizor.

Ah, bien. Por lo menos el repaso general de que había sido objeto el ordenador parecía haber bastado para que fuera capaz de pronunciar correctamente su nombre.

—Hazle entrar.

El general Sendo entró y se inclinó ante Xizor.

—Siéntese, general —dijo Xizor.

—Alteza... —murmuró Sendo, y obedeció.

Hubo la charla preliminar obligatoria. Después Xizor le entregó un sobre de plastex lleno de efectivo, diez mil créditos en billetes usados: era su estipendio mensual a cambio de mantener enterado al Sol Negro de todas aquellas cosas que le podían interesar. Sendo era un alto oficial de la Rama de Desestabilización de la Inteligencia Imperial que nunca había entrado en combate, pero desde su puesto de trabajo podía tener acceso a toda clase de informaciones con sólo mantener caliente un sillón y no hacer nada.

Xizor depositó el sobre en la mano del hombre y despidió a Sendo. En aquel lugar no había posibilidad alguna de traición, ya que todas las visitas eran examinadas y cacheadas en busca de grabadoras o cámaras holográficas ocultas, y cualquiera al que se le encontraran esos aparatos encima de su persona era ejecutado al instante. Las reglas eran muy sencillas, y todos lo que entraban en el castillo de Xizor eran informados de ellas a cada visita. Si el mensajero decidía tratar de contar lo que había visto sin disponer de pruebas, estaría desperdiciando su tiempo..., por no mencionar el hecho de que todos los altos oficiales de la policía local, la guarnición de la Armada y el Servicio de Inteligencia de la Armada Imperial también trabajaban para el Sol Negro, y cualquier informe de esa naturaleza concerniente a Xizor acabaría encima de su escritorio pocos instantes después de haber sido emitido. Después esos informadores desaparecerían por cortesía de los empleados secretos del Sol Negro del departamento gubernamental correspondiente.

Mayli Weng trajo consigo una petición del Sindicato de Artistas Exóticos solicitando un incremento general de sueldos y mejores condiciones laborales para los veinte mil trabajadores que eran miembros de él. Xizor estaba dispuesto a concederles lo que pedían: unos artistas contentos siempre dejaban más contentos a los clientes. El porcentaje de los beneficios que iba a parar al Sol Negro —donado por los propietarios de los locales en los que trabajaban los artistas— se incrementaría en consecuencia. Weng siempre pedía y nunca exigía. Era tan educada y cortés que Xizor ni siquiera había tenido que llegar a usar sus feromonas con ella. Xizor no podía imponer personalmente el cambio pedido, desde luego: eso seguía siendo potestad de la Liga de Propietarios, pero éstos todavía tenían que rechazar una recomendación del Sol Negro..., y Xizor creía muy improbable que eligieran precisamente aquel momento para empezar a hacerlo.

—Veré qué puedo hacer —dijo.

Weng asintió, se inclinó ante él, le agradeció profusamente su generosidad y se fue.

Bentu Pall Tarlen, el director de la División de Contratos de Construcción del Centro Imperial, entró a continuación para entregarle personalmente las últimas ofertas de los aspirantes a obtener los grandes proyectos de construcción planetarios. Esas cifras permitirían que Xizor pudiera hacer pujar a las empresas favorecidas por el Sol Negro ofreciendo precios más bajos, con lo que se les adjudicarían los proyectos. Una vez se hubieran iniciado los trabajos de construcción, naturalmente, empezarían a producirse retrasos y aumentos de costes que harían subir las sumas de dinero involucradas hasta niveles susceptibles de dar beneficios. El porcentaje de esos negocios correspondiente al Sol Negro era bastante considerable.

Xizor ordenó que se hiciera una transferencia a la cuenta de Tarlen a través de una empresa-tapadera que utilizaba los servicios de muchos «asesores».

Tarlen se fue, muy complacido.

Wendell Wright-Sims se presentó para entregar diez kilos de especia de la mejor calidad. Xizor no consumía ese tipo de sustancias, pero de vez en cuando tenía invitados que tal vez sí desearan hacerlo, y Xizor quería ser un anfitrión lo más hospitalario posible. Agradeció sus servicios a Wright-Sims y le despidió. En ningún momento se habló de un pago, ya que Wright-Sims mantenía aprovisionado de especia al Príncipe Oscuro meramente para no perder el favor de Xizor. Era una póliza de seguros que le salía muy barata..., y eso a pesar de que tal cantidad de especia probablemente valdría un par de millones de créditos en las calles.

El líder del Sol Negro podría haber hecho que otras personas se encargaran de todas esas transacciones, pero prefería ver a sus herramientas más valiosas cara a cara de vez en cuando. Eso formaba parte del trabajo, y además había que recordar a los engranajes quién dirigía el sistema..., y quién caería sobre ellos si creaban problemas al Sol Negro.

Era una labor... que algunos podrían haber calificado de tediosa, pero Xizor llevaba años sin aburrirse. Había demasiadas cosas en que pensar y demasiados ángulos que tomar en consideración, incluso en la situación más rutinaria. El aburrimiento era algo reservado a quienes carecían de imaginación. Xizor era capaz de pasarse días enteros a solas en una

habitación con los ojos clavados en una pared manteniendo su mente tan ocupada como la de cualquier hombre que tuviera un trabajo muy complicado y lleno de exigencias.

El representante del Gremio de Joyeros entró en la sala...

Dash les había llevado a un sitio sucio, maloliente, con más aspecto de caverna que de otra cosa y a cuyo alrededor sólo había cloacas y cables de energía roídos por las ratas. Por lo menos, eso era lo que parecía visto desde el exterior.

Pero en cuanto hubieron dejado atrás un guardia y una puerta tan gruesa como Chewie, el interior supuso una considerable mejora. Podría haber sido un hotel de segunda categoría en cualquiera de una docena de espaciopuertos que Luke había visitado..., salvo por el hecho de que lo que iban a tener que pagar para alojarse allí habría bastado para que todos pudieran comprarse una casa en Tatooine.

O eso les dijo Dash.

—Bien, ya estamos aquí —añadió—. Y ahora, si conseguimos decidir cómo hemos de actuar, podré ir a hablar con mis contactos. ¿Tenemos alguna idea?

—Sí —dijo Luke—. Yo tengo una.

Luke respiró hondo, dejó escapar lentamente el aire que había inhalado e intentó expulsar de su mente cualquier pensamiento que pudiera interferir con su concentración. Por fin disponían de tiempo y espacio para ello, y quería hacer un nuevo intento de establecer contacto con Leia.

Se había quitado el uniforme robado y había dejado el desintegrador encima de una mesa, y estaba inmóvil en la postura de meditación arrodillada que le había enseñado el Maestro Yoda. La ropa nueva que le había conseguido Dash era bastante adecuada para lo que iba a tratar de hacer: Luke llevaba una camisa y un chaleco, pantalones y chaqueta y botas de media caña, todo ello de color negro y sin insignias, y una tosca capa gris oscura provista de capuchón. Quizá no fuera exactamente el uniforme de un Caballero Jedi, pero se le aproximaba lo suficiente.

Relajarse. Dejar la mente en blanco...

Luke se concentró y enfocó sus pensamientos.

—Leia... —dijo en voz alta. Esperó un momento.

—Estoy aquí, Leia —dijo después—. Iré a rescatarte.

Leia estaba usando el ordenador e intentaba encontrar un plano del castillo de Xizor. Por desgracia, el Príncipe Oscuro no era lo suficientemente estúpido como para dejar esa información en un sitio donde Leia pudiese acceder a ella.

«Leia...»

No era tanto telepatía como empatía y, al haberle ocurrido anteriormente en Bepin, Leia pudo identificar la sensación casi al instante.

Luke.

Leia respiró hondo, dejó escapar una parte del aire que había inhalado y no dijo nada. Estaba siendo vigilada, por lo que no debía permitirse ningún signo exterior que pudiera revelar la existencia de aquella conexión con Luke. Fingió estar contemplando la imagen que le mostraba la pantalla del ordenador, fuera cual fuese, pero en realidad estaba viendo a través de ella y al otro lado de los muros, y su mirada viajó hasta la distancia que se extendía más allá de ellos.

«Estoy aquí, Leia. Iré a rescatarte.»

Si Leia hubiese podido expresarlo en palabras, eso habría sido lo que estaba diciendo Luke. Pero no estaba expresado en palabras: era una emoción, y Leia percibió la verdad que encerraba.

Luke estaba allí, en Coruscant, y no se encontraba muy lejos. Iba a venir a rescatarla.

Luke parecía estar envuelto en una aureola de calma que Leia no había percibido antes. Había aprendido a ser fuerte, y su control de la Fuerza había mejorado mucho. Leia temía por él y, al mismo tiempo, se sintió reconfortada por aquella conexión. Podía sentir con gran intensidad la sólida confianza en sí mismo que animaba a Luke. Cuando había sentido su contacto anteriormente a través de la Fuerza, Luke había estado herido y Vader se hallaba a punto de destruirle, pero en aquel momento Luke se sentía fuerte y poderoso, y controlaba la situación. Tal vez podría rescatarla. Tal vez aún conseguirían sobrevivir a todo aquello.

«Leia...»

Leia sonrió.

«Estoy aquí, Luke...»

Luke Skywalker, Caballero Jedi, sonrió.

Darth Vader estaba dentro de su cámara cuando percibió la ondulación en la Fuerza. Era débil y escurridiza, pero esta vez sí pudo reconocerla.

Luke...

Estaba ahí, en el Centro Imperial.

Saberlo hizo que un escalofrío recorriera todo su cuerpo.

Vader desplegó el poder de su mente e intentó establecer contacto con su hijo. «Luke...»

Y un instante después frunció el ceño. El camino estaba... bloqueado. El poder de Luke no sólo parecía haberse incrementado, sino que además también parecía estar en dos sitios distintos a la vez.

Eso era imposible. No estaba interpretando correctamente las energías. No podía haber nadie capaz de utilizar la Fuerza con tanta destreza como Luke: todos los Jedi habían muerto, y el Emperador se encontraba muy lejos, a años luz de distancia.

¿Qué podía estar causando ese efecto de eco? Porque seguramente sólo se trataba de eso, de un mero eco, de alguna reverberación en la Fuerza...

La ondulación se desvaneció y Vader volvió a estar solo.

Agitó la mano, y el gesto hizo subir la tapa de su cámara. Vader se levantó y fue hacia su armadura. Luke estaba allí, y Vader encontraría al muchacho.

Encontraría a Luke...

... y lo arrastraría hacia el lado oscuro.

Xizor estaba sentado en su comedor privado de las profundidades de su castillo, disfrutando un almuerzo consistente en rebanadas muy delgadas de luz de luna, una fruta de aspecto parecido a la pera procedente de un mundo que se encontraba a más de cien años luz de allí. Mientras comía, Xizor frunció el ceño. No era por la fruta, que estaba deliciosa e impecablemente en su punto: no, el plato era toda una obra maestra y estaba tan exquisito como siempre.

Pero algo andaba mal.

No sabía qué era exactamente, pero Xizor no había llegado a la cima de una organización como el Sol Negro —en la que o eras listo y rápido de reflejos o eras un cadáver— ignorando las señales de peligro, tanto si venían de la lógica como si procedían de la intuición. En la enorme complejidad que era el Sol Negro siempre había problemas, pero de momento no había ninguna indicación de que el número de problemas fuese superior al habitual. No había informes de traición, así como tampoco rivales con delirios de grandeza entrometiéndose en territorios prohibidos, o policías idealistas aquejados de exceso de celo husmeando por los lugares de los que el Sol Negro quería mantenerlos alejados pagando considerables sumas de dinero. La máquina parecía estar funcionando a la perfección.

Pero Xizor estaba sintiendo un extraño cosquilleo nervioso en lo más profundo de su estómago, y con el transcurrir de los años había acabado aprendiendo a prestar atención a ese tipo de sensaciones. Era una mera sensación, cierto, pero después de todo el que fuese un fallo no quería decir que Xizor careciese de emociones, sino meramente que las controlaba.

Masticó una rebanada de luz de luna con expresión pensativa. La fruta no había cambiado en lo más mínimo, pero ya no le parecía tan..., tan deliciosa como hacía unos momentos.

El luz de luna sólo podía encontrarse en un mundo-satélite y, dentro de él, en una zona muy reducida de un solo bosque: no crecía de manera natural en ningún otro lugar de la galaxia y, de hecho, no podía ser cultivado en ningún otro sitio. Muchos cultivadores habían intentado trasplantar aquel árbol de aspecto curiosamente fungoide, y todos habían fracasado. En su estado natural el fruto, que tenía el tamaño del puño de un hombre, contenía uno de los venenos biológicos más potentes conocidos. Si era consumida, una sola tajada dividida en un millar de fragmentos minúsculos bastaría para matar a mil personas en menos de un minuto. No había ningún antídoto conocido, pero existía una manera de neutralizar el veneno antes de comer el fruto del luz de luna. Las leyes que regulaban la preparación del luz de luna exigían que éste pasara por las manos de un chef que hubiera estudiado la técnica durante un mínimo de dos años bajo la tutela de un maestro certificado de chef de luz de luna, y el proceso

abarcaba noventa y siete etapas distintas. Si cualquiera de esas etapas era omitida o ejecutada incorrectamente, el plato resultante podía producir desde un leve trastorno estomacal hasta un doloroso coma alucinatorio acompañado por convulsiones y seguido por la muerte. Si se acudía a un restaurante que poseyera las licencias legales necesarias para ofrecer aquel plato, el precio de una sola ración de luz de luna rondaría el millar de créditos. Xizor normalmente lo comía tres o cuatro veces al mes, y tenía al chef de luz de luna más respetado de toda la galaxia en la nómina de su servicio de cocina. Aun así, cuando consumía el fruto siempre sentía un leve escalofrío de excitación: por muy pequeña que fuese, siempre existía la posibilidad de un error.

Eso añadía un maravilloso toque picante al sabor.

Y, pensándolo bien, el comer luz de luna tenía un cierto parecido con aquel duelo particular entre Darth Vader y él. Enfrentarse a adversarios que estabas totalmente seguro de poder derrotar no tenía nada de emocionante. Pero con un oponente como Vader, y por muy perro faldero del Emperador que fuese, debías recordar que esos dientes eran muy afilados y que siempre estaban listos para morder. Xizor no creía que Vader pudiera vencerle, pero no cabía duda de que siempre existía una pequeña posibilidad.

Eso añadía un maravilloso toque picante al enfrentamiento.

¿Era Vader quien estaba provocando esos casi imperceptibles estremecimientos de advertencia?

¿O era otra persona?

Xizor apartó el plato. El luz de luna había dejado de interesarle. Tendría que ordenar a Guri que llevara a cabo una inspección completa de todas sus actividades, tanto en el planeta como fuera de él. Y además... Sí, ya que iba a necesitar los servicios de Guri, sería mejor que se llevara las tajadas de luz de luna que había dejado en el plato y las hiciera desaparecer. Si su chef veía que Xizor se había dejado algo en el plato, probablemente presentaría su dimisión al instante. O, peor aún, eso podía afectarle lo suficiente para que se le pasase por alto alguna etapa la próxima vez que preparase el plato. Xizor no quería que eso llegara a ocurrir. Ah, los artistas eran tan temperamentales...

Clavó la mirada en el plato medio vacío, y pensó que una familia de clase media de Coruscant habría podido comer durante varios meses con lo que había costado. En cuanto a ese curioso presentimiento, no había nada que pudiera hacer al respecto, y de todas maneras probablemente no significaba nada. Nervios, nada más.

Le habría gustado poder creer que sólo se trataba de eso.

Estaban sentados alrededor de una mesa del restaurante del hotel del Submundo, y esperaban a que les sirvieran la comida.

—Este sitio es el centro del Imperio... —empezó a decir Dash.

—¿De veras? —le interrumpió Lando en un tono francamente burlón—. Oh, oh. Entonces no deberíamos estar aquí. Vaya, pero si hasta podría ser... peligroso.

—¿Adonde quieres ir a parar, Dash? —preguntó Luke, ignorando el sarcasmo de Lando.

—El Imperio es corrupto por naturaleza. Depende mucho más de los sobornos y el fraude que de la lealtad y el honor. Los créditos lubrican los engranajes, y aquí más que en ningún otro sitio.

—¿Y qué? ¿Piensas que vamos a poder sobornar a un guardia? No creo que haya muchas probabilidades de que el Sol Negro ponga a esa clase de persona en la puerta —dijo Lando.

—No estaba pensando en un guardia, sino en un ingeniero.

—Sigo sin entender adonde quieres ir a parar, Dash —dijo Luke.

—En una burocracia —siguió diciendo Dash—, todo tiene que ser archivado, copiado y registrado por cuadruplicado. No puedes construir nada sin permisos, licencias, inspecciones y planos. Lo único que necesitamos hacer es encontrar al ingeniero adecuado..., tal vez alguien que apueste demasiado o que tenga gustos demasiado exquisitos para su sueldo.

Los demás seguían poniendo cara de no entender nada.

—Muy bien, voy a explicaros mi idea —dijo Dash—. Sabemos que los edificios realmente grandes de este planeta tienen tantos niveles por debajo de la superficie como por encima de ella. Una cosa que sí puedo aseguraros es que por mucho que te preocupes de reciclar las aguas residuales y recuperar los desperdicios, siempre acabarás encontrándote con una pequeña pérdida final. Todo lo que no pueda ser recuperado o aprovechado tendrá que ser bombeado hasta un sitio en el que otros sistemas más grandes y eficientes puedan ocuparse de ello.

—La regla más básica: no ensucies tu nido —dijo Luke—. ¿Y qué?

—Un edificio tan grande como éste —y Dash golpeó suavemente con la yema del dedo una postal holográfica en la que se veían varias estructuras colosales, el castillo del Emperador entre ellas— genera un montón de desperdicios. Tiene que haber alguna manera de librarse de ellos. No he visto camiones de la basura o cisternas limpiadoras ni en las calles ni en los cielos de Coruscant, así que tienen que triturar los residuos sólidos para poder llevarlos lejos mediante bombas, y probablemente necesiten convertirlos en una pasta semilíquida para poder hacerlo. En consecuencia, estamos hablando de cañerías.

Luke por fin lo había entendido, y su mirada recorrió los rostros de los demás.

—Unas cañerías muy grandes —dijo. Vio que los otros también lo entendían. Chewie dijo algo. Lando asintió.

—Chewie tiene razón —dijo—. Si esos conductos son lo bastante grandes para que alguien pueda pasar por ellos, podemos tener la seguridad de que estarán vigilados.

Chewie dijo algo más.

—Sí—murmuró Dash—. Chewie también opina que esos conductos resultarían bastante difíciles de localizar, teniendo en cuenta que cada edificio tendrá sistemas similares. Probablemente hay un laberinto realmente monstruoso debajo del suelo.

—Cierto. Pero probablemente habrá menos guardias apostados en un gran conducto del alcantarillado que en las puertas de los niveles superiores, ¿no? No esperarán tener que enfrentarse a ningún ataque procedente de esa dirección: no puedes desplazar muchas tropas sin producir ruidos que serían captados por sus sensores. Pero si tuvieran cuidado, el ruido que

hicieran unos cuantos hombres se confundiría con el gorgoteo general de fondo.

Lando miró a Luke y a Chewie, y acabó volviéndose hacia Dash.

—Suponiendo que pudiéramos encontrar un guía, ¿estás diciendo que quieres que recorramos kilómetros de cañerías chapoteando entre los residuos para entrar en ese sitio? —preguntó, y miró a Dash como si acabara de convertirse en una araña gigante.

Dash sonrió.

—Es justo lo que pensarán los guardias —dijo—. ¿Quién puede llegar a ser tan estúpido? Lando meneó la cabeza.

—Nosotros —replicó—. ¿Quién si no?

—Y encontrar a un guía no será ningún problema. Conozco a un tipo que...

—Ya he oído eso antes —dijo Luke.

Vader respiró hondo, expulsó el aire e hizo otra profunda inspiración. Las energías del lado oscuro saturaron su cuerpo, y pudo volver a respirar como un hombre normal. Concentró su ira. No era justo que estuviera lisiado, que no pudiera hacer aquello continuamente en vez de sólo durante unos momentos. ¡No... era... justo!

Las energías curativas siguieron surtiendo efecto.

Mientras pudiera mantener su indignación, sus pulmones y sus pasajes respiratorios seguirían abiertos y libres de obstáculos. Vader alimentó los fuegos de su rabia con la profunda injusticia de una galaxia que le había condenado a soportar esas terribles limitaciones físicas.

Y las energías curativas siguieron surtiendo efecto.

Vader luchó contra la sensación de alivio que estaba experimentando. Luchó contra ella, y mantuvo la pureza de su ira,

¡Y las energías curativas todavía estaban surtiendo efecto! Ya habían estado actuando durante casi dos minutos seguidos. Era un nuevo récord.

Añadiría el poder de Luke al suyo, y acabaría llegando un día en el que podría desprenderse de la armadura e ir de un lado a otro tal como hacían los hombres normales.

Luke...

Vader intentó detener el movimiento de sus labios, que habían empezado a curvarse para formar una sonrisa. No lo consiguió.

Volvió a sumergirse en la protección de su cámara respiratoria, incapaz de seguir manteniendo el efecto curativo de las energías. Pero aun así, había conseguido que perdurara durante dos minutos. Algún día conseguiría que el efecto curativo durase diez minutos, y luego una hora, y finalmente todo el tiempo que deseara...

Sí, algún día lo conseguiría.

Leia sabía que no era la mujer más paciente de la galaxia. Estar encerrada en una habitación, por muchas comodidades y lujos que ésta pudiera ofrecerle, no era su idea de la diversión.

Intentó meditar, pero estaba demasiado nerviosa.

Decidió entretenerse trazando planes de fuga, pero disponía de tan poca información que esa actividad también se hallaba severamente limitada.

Acabó recurriendo al ejercicio. Conocía algunas rutinas básicas de gimnasia que podían llevarse a cabo sin demasiadas dificultades siempre que dispusieras de un trozo de suelo vacío. La alfombra era casi tan gruesa como una colchoneta de acrobacias, y aunque el techo no era lo bastante alto para permitir los saltos mortales —eso suponiendo que todavía fuera capaz de darlos—, no había nada que le impidiera hacer flexiones y ponerse boca abajo sosteniéndose sobre las manos. Leia se estiró y se retorció, contorsionándose y oponiendo sus músculos a la gravedad en toda una gama de formas distintas hasta que consiguió acabar cubierta de una saludable capa de sudor.

Cuando hubo terminado estaba francamente agotada, y se sintió mucho mejor. Fue al cuarto de baño y abrió los grifos de la ducha. Apagó las luces, se desnudó, se dio una ducha y volvió a vestirse en la oscuridad. Resultaba un poquito complicado, pero como estaba prácticamente segura de que Xizor tenía algunas holocámaras escondidas en la habitación, no iba a permitir que disfrutara de un espectáculo gratuito.

Sintiéndose un poco dolorida pero bastante más animada, Leia volvió a pensar en posibles maneras de escapar o, más probablemente, de contribuir al éxito del plan de Luke, fuera cual fuese. Estaba preocupada por él, pero a otro nivel, se sentía muy complacida de que fuera a venir a rescatarla.

Siempre era agradable saber que había alguien a quien le importabas tanto.

El contacto de Dash, un tal Benedict Vidkun, estaba más que dispuesto a enseñarles el trazado de los sistemas, dibujar mapas, guiarles personalmente o hacer cualquier otra cosa que pudieran querer de él..., siempre que dispusieran de montones de créditos con que pagarle.

Y la verdad era que no tenían demasiado dinero. Lando tenía un poco escondido aquí y allá, además de lo que había conseguido sacar del Banco Galáctico antes de que el Imperio bloquease sus cuentas en Bepin. Pero Leia disponía de una línea de crédito bajo seudónimo abierta por la Alianza para ser utilizada en emergencias, y Luke conocía el código de acceso de la cuenta. Después de pensárselo un poco, se dijo que aquél era un momento tan bueno como cualquier otro para utilizarla. Además, Vidkun estaba dispuesto a venderse bastante barato. Al parecer la integridad del ingeniero valía tres meses de sueldo..., y eso no era mucho dinero.

Vidkun era bajito, delgado y tan pálido como el vientre de un pescado. Tenía los ojos castaños y bastante saltones, bigote y una barbita no muy frondosa, y una nariz realmente considerable. Tendía a carraspear mucho. Según él, trabajaba de noche, dormía durante el día y rara vez veía el sol, salvo cuando iba a desempeñar sus obligaciones en el Centro Imperial y volvía de él. Su esposa, que era más joven que él, parecía tener gustos muy caros.

—¿... ven este conducto? Es la subcloaca de todo el sector. Es tan enorme que podrían meter un deslizador de superficie por ella. El ramal que nos interesa está aquí. —Señaló el diagrama holográfico que flotaba sobre la mesa—. Ese ramal es el que saca los residuos del castillo de Xizor. Hay una verja para impedir la entrada de ratas, ojos de serpiente y demás alimañas, pero los tipos de mantenimiento disponen de los códigos de la cerradura. Después de esa verja, ya no hay ningún obstáculo hasta llegar a las cañerías del edificio. Ese tramo del conducto mide aproximadamente medio kilómetro de longitud.

Rozó un control del proyector y la imagen cambió, agrandándose a medida que el punto de vista de la cámara se aproximaba a aquella masa de túneles que habían parecido fideos.

—¿Qué tamaño tienen? —preguntó Luke.

—Bueno, como puede ver todos están representados según la misma escala. Son lo bastante grandes para que dos hombres vayan por ellos caminando el uno al lado del otro, si no son demasiado altos. —Miró a Chewie—. El wookiee tendrá que inclinarse un poco.

Chewie le soltó un gruñido al hombrecillo.

—¿Y llegan hasta el interior del edificio?

El ingeniero se aclaró la garganta antes de responder, produciendo un carraspeo envuelto en flemas.

—Aja. Habrá otra reja para detener a las ratas allí donde entren en la estructura. Se supone que no disponemos de los códigos de esas cerraduras, pero... Bueno, da la casualidad de que Daiv, mi cuñado, trabaja para la firma que se adjudicó el proyecto de construcción del castillo de Xizor, y puedo proporcionárselos. A cambio de una pequeña muestra de consideración por la molestia suplementaria, claro —añadió, sonriendo y revelando unos dientes amarillos que parecían más afilados de lo que hubieran debido ser.

Luke y Lando intercambiaron una rápida mirada.

—¿Como cuánto de grande ha de ser esa muestra de consideración? —preguntó Dash.

—¿Doscientos cincuenta créditos?

—Ciento veinticinco —dijo Lando antes de que Dash pudiera hablar.

—Si tuviéramos esos códigos nos ahorraríamos un montón de problemas.

—La energía de un desintegrador sale más barata —dijo Lando—. Podemos volar las cerraduras. Ciento cincuenta.

—Eso resultaría muy ruidoso, y no creo que quieran hacer ruido. Ciento setenta y cinco. Lando asintió.

—De acuerdo: trato hecho.

El ingeniero sonrió nerviosamente y siguió hablando.

—Y ahora llegamos a una zona en la que debemos tener mucho cuidado con el freidor de alimañas —dijo, moviendo el dedo a través de la diáfana imagen del proyector—. Entra en ese campo de energía y... ¡bzzzt! Te dejará frito más deprisa que la descarga de un microondas de alto amperaje. Bueno, da la casualidad de que Lair, mi otro cuñado, instala estos trastos..., y también puedo proporcionarles los códigos de anulación de los sistemas.

—A cambio de una pequeña muestra de consideración por la molestia suplementaria —dijo Luke en un tono bastante seco.

—¿El mismo precio de antes? Lando alzó la mirada hacia el techo.

—De acuerdo —dijo Dash.

—Después de haber llegado hasta allí, ya sólo les quedará salir de la cámara colectora y superar la vigilancia de los guardias que pueda haber ahí abajo. En eso no puedo ayudarles: Xizor utiliza empleados del Sol Negro, y no conozco a ninguno de ellos.

—Ya nos las arreglaremos —dijo Dash. Vidkun asintió y se puso en pie.

—¿Adonde se piensa que va? —preguntó Lando.

—¿Eh? Pues a mi casa, claro.

—No lo creo —dijo Dash—. Me parece que se va a quedar aquí, con nosotros.

—Pero han dicho que no estarían preparados para entrar en los conductos hasta mañana.

—Hemos cambiado de parecer —dijo Dash—. Queremos ir ahora. Y dado que no queremos encontrarnos con un pelotón de soldados de las tropas de asalto o de guardias del Sol Negro esperándonos cuando empecemos a chapotear por las alcantarillas, preferiríamos que no llamara a nadie.

—¡Eh, yo nunca les traicionaría!

—No a menos que pensara que podía obtener más dinero del Sol Negro o del Imperio a

cambio de nuestras cabezas —dijo Lando—. Pero dado que va a ser nuestro guía, y si se da el caso de que alguien empieza a disparar... Bueno, ¿adivina quién recibirá el primer disparo?

Vidkun parecía bastante nervioso, y tuvo que carraspear y tragar saliva antes de poder hablar.

—¿Qué les parece si llamo a mi esposa y le digo que llegaré tarde? Si no lo hago se enfadará muchísimo conmigo, créanme.

—Pues entonces cómprele un bonito regalo cuando vuelva —sugirió Dash—. Tendrá el bolsillo lleno de créditos, así que no le costará mucho conseguir que se le pase el enfado.

El ingeniero se frotó la cara y volvió a obsequiarles con su sonrisa de roedor.

—Ya. Bueno, supongo que es lo que tendré que hacer. No tengo mucho donde elegir, ¿verdad?

—No —dijo Dash.

El resplandor del planeta era tan intenso y había tantas naves descendiendo y despegando que el balcón privado de Xizor nunca llegaba a estar realmente oscuro. Parecía haber una brisa de convección bastante fuerte, una corriente de aire casi continua generada a medida que los edificios se iban enfriando durante la noche y el aire nocturno iba bajando por los desfiladeros artificiales para dirigirse hacia las calles que se extendían muy por debajo de los estratos más fríos. La existencia de la brisa no podía ser comprobada porque incluso allí, a muchos pisos por encima de la superficie, las protecciones de Xizor incluían una plancha de transpariacero del grosor de una mano que se curvaba alrededor del balcón para formar una burbuja blindada. Xizor podía ver la noche, pero no podía sentirla. Era un precio que pagaba con gusto a cambio de poder disfrutar de aquel panorama sin correr ningún peligro.

Si quería caminar por las calles junto con el populacho siempre le quedaba la opción de disfrazarse, y por el momento la falta de libertad personal nunca había llegado a molestarle hasta ese extremo.

Guri se le acercó desde atrás. Sus pisadas apenas eran audibles.

—Todos nuestros sistemas de seguridad han remitido los informes solicitados —dijo.

—¿Y...?

—No hay ninguna actividad inesperada, y no han detectado nada que parezca más amenazador de lo habitual.

Xizor asintió y guardó silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—La he invitado a subir aquí —dijo, señalando el panorama con un gesto de la mano—. Rechazó mi invitación.

Hubo un silencio que se prolongó un poco más de lo que Guri se permitía normalmente antes de responder a su dueño y señor.

—Vuestro atractor feromónico no ha bastado para someterla a vuestra voluntad —dijo—. Eso nunca había ocurrido antes.

—Muchas gracias, Guri, pero ya me había dado cuenta de ello.

—Ese fracaso la ha vuelto más atractiva.

—¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó Xizor.

—Siempre se desea más aquello que no se puede tener. Su carisma se irá volviendo más fuerte cuanto más se resista a vuestro cortejo. Cuanto más se resista, más la desearéis. La seducción ha pasado a convertirse en un enfrentamiento de voluntades.

Xizor sonrió.

—Cierto —dijo—. Y yo acabaré venciendo. Guri no dijo nada.

—¿Dudas de mi capacidad?

—Nunca habéis fracasado antes.

En realidad no era una respuesta, pero tampoco se podía negar que Guri había dicho la verdad.

—Y tú, mi eternamente vigilante guardaespaldas, no apruebas lo que estoy haciendo.

—Cuanto más inteligente y decidida es una mujer, más peligrosa puede llegar a resultar cuando es amenazada.

Xizor clavó la mirada en una avenida de tráfico superficie-espacio particularmente congestionada. Los indicadores de posición de los vehículos parecían formar una línea casi continua de luces multicolores

—Pues precisamente tú deberías entenderlo —dijo Xizor—. Una gran parte de la vida consiste en la búsqueda de seres que estén a tu altura. Tú eres única, Guri. Hay otros similares a ti, pero ninguno que sea exactamente como tú. Eres superior a cualquier otra réplica humana androide jamás creada.

—Sí —dijo ella.

—¿Nunca has sentido el deseo de encontrar a una criatura que sea capaz de moverse, pensar y sentir a tu mismo nivel? ¿No echas de menos ese tipo de compañía?

—No especialmente. ¿De qué me serviría? Superior a mí, inferior a mí... ¿En qué afectaría eso a mi funcionamiento?

Xizor dio la espalda al despliegue de luces del cielo y miró fijamente a Guri.

—Y sin embargo deseas que se te encarguen tareas que supongan un desafío para ti.

—Por supuesto.

—Es lo mismo. Sí, enfrentarse a alguien que puede llegar a derrotarte es peligroso, y tratar de establecer una relación con alguien que un día puede apuñalarte mientras estás durmiendo a su lado tal vez sea todavía más peligroso. Aun así, eso te ofrece muchas más... posibilidades.

»Hay miles de millones de mujeres, muchas de las cuales son más hermosas, o tienen mayores capacidades físicas o una personalidad todavía más acusada que ella —siguió diciendo Xizor—. Algunas tal vez incluso reúnan esas tres características a la vez. Pero ésta es la mujer a la que deseo, y será mía.

Guri asintió.

—Ah. Ésa es la razón por la que coméis luz de luna. Xizor alzó los ojos hacia ella y asintió. Guri lo entendía..., a cierto nivel, por lo menos.

—En cuanto haya logrado conquistarla y me haya cansado de ella, podrás eliminarla.

—Después de que hayáis logrado conquistarla.

Xizor sonrió. Había percibido el «si lográis conquistarla» que Guri no había llegado a pronunciar en voz alta.

Guri se fue, y Xizor reanudó su contemplación del cielo. Cualquiera persona normal estaría encantada de haber encontrado una pareja con la que pudiera mantener una relación perpetuamente estimulante durante el resto de su vida. Pero Xizor no era una persona normal. Al igual que Guri, él era único. Esperaría todo el tiempo que fuese necesario para poder saborear la rendición de Leia, y cuando hubiese conseguido someterla quedaría satisfecho y ya no sentiría ningún interés por ella. En su búsqueda de iguales, Leia se aproximaba bastante a él..., pero no estaba del todo a su altura.

Hasta el momento, en toda la galaxia nadie había conseguido acercarse jamás a esa meta, y no esperaba encontrar jamás a semejante persona. Xizor, pura y simplemente, era superior a todos.

Y había aprendido a aceptar esa realidad y a vivir con ella.

—¿Cetrespeó?

—¿Sí, amo Luke?

—¿Va todo bien a bordo?

Hubo una breve pausa. Luke hizo girar distraídamente el pequeño comunicador entre sus dedos.

—A bordo de la nave sí —dijo Cetrespeó, con su voz sonando un poco más metálica que de costumbre debido al comunicador—. Pero Erredós ha captado algunas comunicaciones tácticas en un canal de operaciones protegido. Al parecer hay patrullas en la zona, y tenemos la impresión de que están buscando un carguero corelliano.

Luke contempló el comunicador con expresión pensativa.

—Hmmm... De acuerdo. Mantén los ojos bien abiertos, Cetrespeó. Si alguien empieza a husmear por allí, avísame enseguida.

—Puede tener la seguridad de que así lo haré —dijo Cetrespeó. Luke se mordisqueó el labio. Estaban a punto de entrar en las alcantarillas, y no necesitaba más problemas de los que ya tenía.

Vader estaba inmóvil en el balcón de su castillo, inmune a la brisa nocturna que soplaba a su alrededor. Había intentado encontrar a Luke mediante una sonda de la Fuerza, pero había fracasado. Y seguramente tenía que ser Luke, ¿no? ¿Qué otra persona podía ser? Y si era Luke..., entonces su situación exacta en aquellos momentos probablemente no era tan importante como el porqué estaba en el Centro Imperial.

¿Había venido a desafiarle? ¿Había sido enviado por algún plan rebelde para atacar al Emperador? El perímetro de protección formado por los navíos de guerra imperiales detendría cualquier ataque de las fuerzas rebeldes, pero había sido concebido para detectar la presencia de naves de grandes dimensiones. Un piloto decidido que viajara a bordo de una nave lo suficientemente pequeña podía encontrar alguna manera de abrirse paso a través de la red celestial tendida por el Imperio.

«¿De qué se trata, hijo mío? ¿Por qué has venido aquí? Permite que mi llamada llegue hasta ti y escúchala. Revélame tu paradero e iré hacia ti.»

Si Luke oyó su llamada, no hubo respuesta.

—Lord Vader... —dijo una voz detrás de él.

Vader se volvió. El hombrecillo que le había proporcionado aquella información tan incriminatoria para Xizor acababa de entrar. Vader había dado orden de que se le dejara pasar en cuanto llegara.

—¿Tienes algo para mí?

—Sí, lord Vader. Hemos descubierto una copia pirateada de algunos archivos planetarios referentes a la raza falleen que se creía habían sido destruidos.

—¿Y por qué debería interesarme ese documento?

—Porque contiene cierto material sobre la familia del príncipe Xizor. Su padre era rey de una pequeña nación.

Vader frunció el ceño.

—Sabía que su padre pertenecía a la realeza, pero se me había dado a entender que el príncipe Xizor quedó huérfano cuando era muy joven.

—No exactamente, lord Vader. Tal vez os acordéis de un experimento biológico desarrollado hace cosa de una década en el mundo de los falleens que... salió mal.

—Sí, lo recuerdo.

—Algunos ciudadanos del Imperio perdieron la vida durante el..., ah..., el procedimiento de esterilización.

—Un incidente lamentable.

El hombrecillo rozó un control de su cinturón, y un holograma apareció entre él y Vader. El proyector les mostró lo que parecía un retrato familiar en el que había ocho falleens. Vader contempló el holograma. Había un cierto parecido de familia entre ellos, y... Un momento. Uno de ellos era Xizor. Su aspecto era casi idéntico al actual, aunque tal vez estuviese un poco más joven. Resultaba difícil decirlo, porque los falleens eran una especie longeva que envejecía muy lentamente.

—Volviendo a la familia del príncipe Xizor... —dijo el hombrecillo—. Bien, el caso es que toda su familia pereció durante la destrucción de la bacteria mutante que escapó de aquel laboratorio.

Y la luz se hizo de repente en el cerebro de Vader. ¡Ah! Eso explicaba muchas cosas. No era sencillamente que Xizor le considerase un competidor en la lucha por el afecto del Emperador o que viera en él un mero obstáculo a sus ambiciones.

Era un asunto personal.

—Has dicho que esos archivos fueron destruidos. ¿Qué les ocurrió exactamente?

El hombrecillo meneó la cabeza.

—No lo sabemos. Por alguna razón que ignoramos, todas las referencias a la familia de Xizor sencillamente se desvanecieron poco después de la destrucción de la ciudad.

Darth Vader había estado al frente de aquel proyecto. Xizor debía de considerarle

responsable de las muertes de su familia. Y quería matar a Luke..., el hijo de Vader. ¡Y no solamente para hacerle quedar en ridículo ante el Emperador, sino para vengarse!

Sí, tenía sentido. Como líder del Sol Negro, Xizor disponía de los medios necesarios para acceder a los archivos y destruirlos. Era un falleen y, por lo tanto, tenía mucha paciencia. Los de su raza solían decir que la venganza era como un vino exquisito, ¿no? Había que dejar que fuese envejeciendo poco a poco hasta que alcanzara la perfección. Los hombres-lagarto sabían dominar sus pasiones, y podían esperar durante mucho tiempo hasta obtener lo que querían. Bien, pues Vader también podía hacerlo.

—Has vuelto a servirme bien —dijo—. Cuando terminemos este proyecto, ya no tendrás que preocuparte nunca más por el dinero: así de agradecido te estoy.

El hombrecillo se inclinó ante él.

—Lord Vader...

Vader le despidió con un gesto de la mano. Tenía muchas cosas en que pensar.

Y muchas cosas que hacer.

Cuando todos estuvieron preparados para la partida, el pequeño grupo ya estaba aprovisionado con todo el equipo que creían poder llegar a necesitar para un largo viaje por las alcantarillas al que seguiría un asalto a un edificio sólidamente fortificado.

Luke no se tenía por un Maestro Jedi, desde luego, pero decidió utilizar su espada de luz como arma. Chewie consiguió encontrar un arco de energía, y Lando y Dash se mantuvieron fieles a sus desintegradores. Nadie ofreció un arma a Vidkun: si había un tiroteo, ninguno de ellos estaba muy seguro de en qué dirección podía disparar.

Dash había expresado aquella opinión colectiva diciendo que las personas como Vidkun eran muy útiles..., pero que sólo confiabas en ellas mientras pudieras tenerlas vigiladas. Pagabas lo que les debías, y luego te ibas lo más lejos posible de ellas a la máxima velocidad que pudieras alcanzar.

Decidieron ir de día. Normalmente, Vidkun habría estado descansando, y eso haría que nadie le echara de menos. Además no había que olvidar que iban a moverse por debajo del suelo, y lo que pudiera estar haciendo el sol no tenía ninguna importancia en esas circunstancias.

Luke cambió de sitio parte del equipo que colgaba de su cinturón y ajustó sobre sus hombros la pequeña mochila, colocándola en una posición más cómoda.

—¿Listos? —preguntó Dash. Todo el mundo estaba preparado.

—Pues adelante.

Darth Vader recibió una llamada del Emperador a través de la holored.

—Mi señor...

—¿Qué tal va todo por ahí, lord Vader? ¿A qué venía esa pregunta?

—Todo está tranquilo. No hay ningún problema.

—Manteneos alerta, lord Vader. He percibido una perturbación en la Fuerza.

—Sí, mi señor.

El Emperador cortó la conexión, y Vader se levantó y clavó la mirada en el vacío. ¿Qué era lo que había percibido el Emperador? ¿La presencia de Luke..., o quizá se trataba de otra cosa? ¿Sería algo relacionado con el Sol Negro y su líder, aquel falleen amoral y rastrero?

Vader decidió que había llegado el momento de averiguar si podía acorralar a ese adversario.

—Quiero hablar con el príncipe Xizor —le dijo a su ordenador.

Xizor estaba en su cámara privada, y se sorprendió un poco ante el anuncio de que tenía

una llamada.

—Lord Vader... Qué sorpresa tan agradable.

La imagen de Vader parecía tan imperturbable como siempre. Pero cuando habló, el cortante filo de duracero de su voz apenas estaba cubierto por una delgadísima capa de educación.

—Quizá no lo sea tanto. He sido informado de vuestros intentos de matar a Luke Skywalker. Debéis poner fin inmediatamente a todo intento de dañar al muchacho.

Xizor se mantuvo impasible, aunque sintió un violento estallido de ira.

—Vuestra información es incorrecta, lord Vader. E incluso suponiendo que fuese correcta, tengo entendido que ese muchacho es un oficial rebelde, y todos los rebeldes son unos traidores por los que el Imperio ofrece elevadas recompensas..., vivos o muertos. Me pregunto si este repentino cambio de política ha de considerarse como un decreto oficial imperial.

—Si Skywalker sufre algún daño, os consideraré personalmente responsable.

—Comprendo, lord Vader. Os aseguro que si el azar hiciera que me encontrase con Skywalker, le trataría con la misma cortesía que a vos.

Vader cortó la conexión.

Xizor respiró hondo, y después dejó escapar con gran lentitud el aire que había inhalado. Volvió a repetirse que era de esperar que Vader acabara acumulando alguna información sobre Skywalker más tarde o más temprano, al igual que había hecho el Emperador. Pocas cosas que tuvieran un auténtico valor podían ser mantenidas en secreto eternamente: aun así, eso suponía otra pequeña molestia. En principio tampoco tenía por qué afectar de ninguna manera a sus planes, aparte de que en el futuro debería actuar con más discreción. Cuando Skywalker no pudiera ser encontrado, Vader tal vez sospechara quién era el responsable de su desaparición..., pero mientras no tuviera pruebas, Xizor estaría a salvo.

Saberlo no borró del todo los tenues ecos del miedo.

El Emperador siempre podía alterar su postura actual, por supuesto.

Lo había hecho en bastantes ocasiones, y por razones que a menudo habían parecido caprichosas en el mejor de los casos. Aun así, si Xizor conseguía entregarle a los líderes de la Alianza... Bueno, no cabía duda de que eso supondría una gran ayuda a la hora de conservar el favor imperial. En cuanto la Rebelión estuviera decapitada, el Imperio podría ahorrarse un montón de esfuerzos: miles de millones de créditos y decenas de millares de hombres y máquinas quedarían liberados de la guerra, y volverían a estar disponibles para ser empleados en lo que más complaciera al Emperador. El Señor Oscuro del Sith quizá se enfurecería, pero mientras fuese tan útil al Imperio, Xizor sería intocable e invulnerable.

Darth Vader era el títere favorito del Emperador, y eso significaba que no podía ir en contra de los deseos de Palpatine.

En consecuencia aquella conversación no había sido nada más que una pequeña molestia y, de hecho, le había proporcionado conocimientos que no poseía antes. Vader no se había quedado cruzado de brazos, y era bueno saberlo. Nunca debías subestimar a tu enemigo.

Leia inició su segunda tanda de ejercicios del día, pero procuró no excederse. Quizá tuviera que entrar en acción de repente y por eso quería estar ágil y en la mejor forma física posible, pero no agotada.

Estaba segura de que pronto ocurriría algo.

La especie de sopa a través de la que avanzaban era espesa, de aspecto aceitoso y color verde negruzco, y olía peor que cualquier pestilencia que Luke hubiera conocido hasta aquel instante. Heces de las heces, aquella masa residual era líquida, o por lo menos considerablemente fluida, y se iba deslizando lentamente alrededor de sus pies, aunque en algunos lugares del conducto les llegaba hasta más arriba de los tobillos.

Luke se alegró de que su nuevo atuendo incluyera unas botas de media caña.

El túnel por el que estaban avanzando era tan grande como había prometido Vidkun. Estaba iluminado por una hilera de varillas luminosas colocadas en el techo que desprendían una claridad un tanto tenue, pero lo suficientemente intensa para que pudieran distinguir todo lo que querían ver.

Algo emitió un chillido estridente por delante de ellos y un instante después oyeron un par de chapoteos, como si alguien hubiera arrojado dos piedras del tamaño de una cabeza a aquel líquido tan negro que parecía tinta.

Chewie, que abría la marcha, murmuró algo ininteligible. El wookiee parecía bastante nervioso, y se quedó inmóvil.

—Ya lo he oído —dijo Lando, que iba detrás de Chewie y precedía a Luke y Vidkun—. Oye, yo no tengo la culpa de que no hayas querido ponerte botas. Vamos, sigue adelante... Puede que tú le tengas un poco de miedo a esa cosa, pero te aseguro que ella te tiene pánico.

—¡Sí, Chewbacca, será mejor que vayas con mucho cuidado! —dijo Dash, que iba en último lugar—. ¡He oído decir que a las serpientes de las cloacas les encantan los pies de wookiee!

La réplica de Chewie fue breve, seca y probablemente obscena.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Lando—. Olvídate de la deuda de vida que contrajiste con Han. Deja que Leia siga en poder de los malos sólo porque te asustas de un animalito que ni siquiera tiene dientes.

Chewie gruñó, pero reanudó la marcha.

—¿Qué le pasa al wookiee? —preguntó Vidkun.

—No le gustan los bichos pequeños que nadan o corren —dijo Luke—. Eh... Bueno, la verdad es que no los aguanta.

Vidkun se encogió de hombros.

—Ya sólo faltan unos centenares de metros más. El ingeniero no parecía afectado por su lento avance a través de la asquerosa corriente que fluía alrededor de sus piernas.

—¡Eh! —exclamó Dash—. ¡Cuidado!

Luke giró sobre sus talones, empuñó la espada de luz que colgaba de su cinturón y

presionó el control de encendido del arma con el pulgar...

Justo a tiempo para ver cómo un enorme ojo inyectado en sangre surgía del líquido maloliente, sostenido por un tallo carnoso unido a algo que se deslizaba a través de la oscura corriente y venía hacia él. También vio que Dash se apresuraba a desenfundar su desintegrador. ¡Se estaban enfrentando a un dianoga!

—¡No dispires! —ordenó Luke, y se agazapó mientras hacía girar su espada de luz en un veloz arco.

El dianoga intentó esquivar el mandoble, pero se movió demasiado despacio. El haz iridiscente de luz concentrada se abrió paso a través del tallo, y el ojo cayó al fondo del conducto. La criatura herida empezó a debatirse frenéticamente, agitando en todas direcciones los enormes anillos musculosos de su cuerpo.

Luke se acercó cautelosamente y dejó caer su hoja de energía en un potente golpe. El cuerpo del dianoga fue atravesado justo por el centro.

Las dos mitades de la criatura siguieron contorsionándose durante unos momentos, pero los espasmos no tardaron en desaparecer.

Dash hizo girar el desintegrador alrededor de su dedo y lo dejó caer dentro de la funda.

—Has estado muy bien, chico.

—Ya había visto a estas criaturas antes —dijo Luke—. La última vez que me tropecé con una yo estaba metido dentro de un compactador de basura, y faltó poco para que acabara conmigo.

Chewie corroboró su relato con un gruñido de asentimiento.

—¿Sueles pasar mucho tiempo en este tipo de sitios? —preguntó Dash.

—No si puedo evitarlo.

Siguieron avanzando a través de la corriente.

—Ya estamos —dijo Vidkun.

Se detuvieron. En la pared había dos grandes agujeros redondos protegidos por verjas cuyos barrotes tenían el grosor de un dedo. Los agujeros estaban ligeramente inclinados hacia abajo. Nuevas corrientes de líquido viscoso caían de los tubos más pequeños y se unían a la lenta marea que fluía por el conducto principal.

—Bueno, Vidkun, vamos a ver si esos códigos tuyos funcionan —dijo Lando.

Él ingeniero avanzó y le hizo algo a los mecanismos con la ayuda de una tarjeta de plástico. Las verjas se abrieron con un chirrido metálico. Vidkun se volvió hacia ellos y sonrió.

—¿Han visto? Tal como les había dicho. Tenemos que ir por el de la derecha.

Chewie empezó a meterse por el nuevo túnel que se abría ante ellos. El techo estaba un poco demasiado bajo para él, pero los demás pudieron caminar erguidos sin ninguna dificultad.

De repente Chewie resbaló, estuvo a punto de caer y consiguió recuperar el equilibrio. Para hacerlo tuvo que introducir una mano en el líquido, y cuando la sacó vieron que la mano se había vuelto tan oscura como aquella asquerosa mezcla de sustancias. Chewie empezó a sacudir violentamente la mano.

El wookie parecía muy disgustado.

—Tengan cuidado —dijo Vidkun—. Hay algunos sitios bastante resbaladizos.

Chewie se volvió lentamente hasta quedar de cara a Vidkun. Por suerte para el ingeniero los ojos del wookie no eran un par de cañones láser, porque de lo contrario Vidkun habría quedado convertido en un montón de carne ennegrecida y humeante.

Lando soltó una risita.

—Sí, me parece que los wookies grandes y torpes tendrán que ir con... ¡En!

Lando resbaló y acabó sentado en el centro de la corriente. Se levantó a toda prisa, pero no con la rapidez suficiente para poder evitar que su trasero quedara totalmente empapado.

Chewie tuvo tal ataque de hilaridad que Luke pensó que se volvería a caer.

Luke intentó no sonreír. Lando se lo tenía bien empleado, pero no quería ser el siguiente, así que no dijo nada. Si tentabas al destino, lo más probable era que acabases metido en un buen lío.

—Tendrías que haberte puesto algo de ropa vieja —dijo Dash.

—Oye, Dash, te comunico que toda mi ropa es nueva.

—¿De veras? Pues me parece que nunca conseguirás dejarla lo bastante limpia para poder volver a llevarla en público. Con lo que apestas, estoy seguro de que te echarán a patadas de las tropas de élite del Imperio.

—Cierra el pico —dijo Lando.

Entraron en la cloaca y empezaron a subir cautelosamente por la ligera pendiente.

—Nos acercamos al campo de energía —dijo Vidkun—. Esperen hasta que haya usado el desactivador.

Todo el mundo se quedó inmóvil mientras el ingeniero manipulaba los controles de una cajita negra que colgaba de su cinturón.

Un temblor iridiscente seguido por un fugaz destello de luz purpúrea agitó el aire delante de ellos.

—Ahora ya no debería haber ningún peligro —dijo Vidkun.

—Estupendo —dijo Lando—. Tú primero, ¿de acuerdo?

El ingeniero le fulminó con la mirada, pero obedeció. Cuando hubo avanzado unos cuantos metros sin quedar convertido en una ración gigante de Vidkun frito, los cuatro le siguieron.

«Cualquiera supondría que pasado un rato te acabarías acostumbrando al olor», pensó Luke. Pero éste parecía cambiar continuamente, pasando de lo malo a lo peor y trayendo consigo nuevos hedores que Luke jamás habría creído pudieran llegar a existir.

Cuando salieran de allí, necesitarían una ducha realmente larga y con agua muy caliente para quitarse toda aquella pestilencia de encima.

A cada paso que daban, la corriente reflejaba la pálida claridad de las varillas luminosas sobre las paredes del túnel, esparciéndola en una lenta serie de olas que ondulaban fantasmagóricamente. Incluso los sonidos más insignificantes eran amplificadas y creaban montones de ecos que rebotaban en las paredes de duracreto para volver a caer sobre ellos.

—Ya no falta mucho —dijo el ingeniero.

—Me alegro —dijeron Lando, Luke y Dash al unísono.

Chewie también dijo algo, y Luke no necesitó un traductor para suponer que estaba de acuerdo con ellos. Enfrentarse a los guardias de Xizor sería mejor que seguir soportando aquella asquerosa cloaca aunque sólo fuera un minuto más.

—Es aquí —susurró Vidkun—. La entrada al edificio está por ahí. Lleva al reciclador del segundo sótano. Dentro del reciclador propiamente dicho no habrá ningún guardia, pero probablemente habrá algunos en la cámara de flujo contigua. Aquí tienen la llave para la verja —añadió, volviéndose hacia Lando y alargándole una tarjeta de plástico—. Ya nos veremos.

Vidkun giró sobre sus talones y se dispuso a marcharse.

Dash se plantó delante de él.

—¿Adonde te piensas que vas?

—Eh, yo ya he acabado mi trabajo. Les he llevado hasta el interior del edificio y les he proporcionado los planos del lugar: ése era el trato, ¿no?

—Bueno, supongo que tienes razón —dijo Dash—. Ése era el trato, de acuerdo. Pero... Verás, ha habido un pequeño cambio en nuestro itinerario.

Vidkun pareció alarmarse.

—Calma, calma: no te vamos a pegar un tiro ni nada por el estilo. Es sólo que nos gustaría que siguieras con nosotros hasta que lleguemos a un sitio en el que puedas... esperarnos sin correr peligro.

Vidkun no quería ni oír hablar de ello.

—No se ofendan, pero... Bueno, ¿qué pasa si les matan? ¡Podría tener que esperar durante mucho tiempo!

—Supongo que tendrás que correr ese riesgo —replicó Lando—. No es que no confiemos en ti, entiéndelo: lo único que ocurre es que no confiamos en ti. Además, dentro se estará mucho mejor que aquí—añadió, señalando la gorgoteante corriente negra con un gesto de la mano.

—Oh, los desperdicios no me molestan —dijo Vidkun—. Me paso la vida metido en ellos.

—Aun así, insistimos —dijo Lando, y le dio unas palmaditas a la culata de su desintegrador.

Vidkun se encogió de hombros.

—Bueno —murmuró—. De acuerdo. Ya que lo plantean de esa manera...

Y antes de que nadie pudiera reaccionar, extrajo un desintegrador de pequeño calibre de un bolsillo de su mono y empezó a disparar frenéticamente.

Luke no se había esperado aquello. Vidkun no parecía el tipo de hombre capaz de una reacción semejante. Como resultado, tardó unos segundos más de lo habitual en empuñar su espada de luz.

El primer disparo se perdió en la oscuridad sin acertar ningún objetivo.

El segundo hirió a Dash, y Luke le oyó gruñir.

«¡Vamos, Luke, muévete de una vez!»

El ingeniero no tuvo oportunidad de hacer un tercer disparo porque Dash alzó su desintegrador y le incrustó un haz de energía justo entre los ojos.

Vidkun se derrumbó con un ruidoso chapoteo que esparció rociadas de líquido negro sobre

las paredes del túnel. Su cuerpo resbaló unos centímetros a lo largo de la curvatura de la pared, se inclinó ligeramente hacia un lado y acabó quedándose inmóvil.

Un hilillo de humo brotó del agujero ennegrecido que acababa de aparecer en su frente.

—¿Dash?

—Estoy bien. El haz me pasó rozando, y sólo me ha hecho una quemadura sin importancia.

Se volvió y les enseñó la cadera izquierda. El disparo del desintegrador había abierto un desgarrón impecablemente recto en el mono de Dash y había producido una gran ampolla. Ni siquiera sangraba.

—Procura no mancharte con esta porquería —dijo Lando, señalando la corriente de residuos con un gesto de la mano—. No creo que te sentara nada bien.

—¿De dónde sacó el desintegrador? —preguntó Luke mientras volvía a colgarse la espada de luz del cinturón.

—Debía de llevarlo encima todo el rato —dijo Lando—. Lo que me estoy preguntando es por qué lo hizo. No íbamos a hacerle ningún daño.

—Esa clase de tipos no tienen principios, así que debió de pensar que nosotros tampoco los tenemos —dijo Dash.

Luke abrió el equipo de primeros auxilios que habían traído consigo, cogió un parche quirúrgico y se lo alargó a Dash. Dash se lo colocó encima de la cadera, presionó el sello y se relajó un poco cuando el tranquilizante tóxico del vendaje recubrió la herida. Después fue hacia Vidkun y se inclinó sobre él.

—Parece que estaba equivocado, ¿eh? —dijo—. Al final sí que te hemos pegado un tiro, pero la idea no fue nuestra.

—Esperemos que los guardias no hayan oído los disparos —dijo Lando.

—Sí, esperémoslo. —Luke miró a su alrededor y respiró hondo—. ¿Preparados? Lo estaban.

—Oh, oh —murmuró Luke.

—No necesito oír ese tipo de comentarios —susurró Lando, que estaba agazapado detrás de él en la cámara del reciclador—. ¿Qué pasa? —preguntó después de una breve pausa.

Incluso los susurros parecían resonar con una potencia inesperada dentro de la cámara. Nuevos charcos de aquel apestoso fluido oscuro se extendían alrededor de sus tobillos. Un convertidor instalado en una de las paredes circulares zumbaba suavemente e iba produciendo un goteo de residuos que eran enviados hacia un desagüe.

—Guardias —dijo Luke.

—¿Y?

—Hay seis guardias.

—¿Seis? ¿Para vigilar una planta de bombeo de residuos?

—¿Y qué? —dijo Dash, añadiendo su murmullo a los de Lando y Luke—. Sólo tocamos a un guardia y medio por cabeza, ¿no? ¿Cuánto tiempo necesitas para disparar un desintegrador, Calrissian?

—Oye, amigo, no te preocupes por el tiempo que necesito para...

—¡Shhhh! —dijo Luke.

Echó otro vistazo por la plancha protectora cubierta de vaho de la puerta del reciclador. Ciertamente, había seis hombres a sólo unos metros de distancia de ellos: cuatro estaban sentados a una mesa jugando a cartas, y habían dejado sus rifles desintegradores apoyados en la pared. Los otros dos estaban de pie junto a los jugadores de cartas, observando la partida y, al parecer, ofreciendo consejos, pero llevaban las armas colgadas del hombro. Dash tenía razón. Si actuaban con rapidez, podrían tener cubiertos a los guardias con su armamento antes de que éstos tuvieran ocasión de usar sus rifles. Podrían desarmarlos, atarlos y salir de allí sin que nadie se hubiera enterado de su presencia. Lo difícil sería hacerlo antes de que uno de los guardias pudiera utilizar su comunicador para pedir ayuda.

Luke se apartó de la plancha y se agazapó en el cenagal de los residuos junto a los demás.

—Bueno, voy a exponeros mi plan. Dash, tú abrirás la compuerta y yo iré primero. Chewie me seguirá, y luego irá Lando. Tú entrarás el último.

—Vaya, ¿y por qué en ese orden? —susurró Dash—. ¿Y quién te ha nombrado jefe del grupo?

—Si tenemos la mala suerte de que alguno de los guardias haya ganado algún campeonato por lo deprisa que sabe desenfundar su desintegrador, yo puedo desviar el haz con mi espada de luz. Chewie y su arco de energía son capaces de dejar impresionado a cualquiera, así que

le obedecerán con más facilidad que a ti o a Lando. Y además, si hay que usar las armas Chewie es nuestro mejor tirador.

—¿Mejor que yo? Imposible, y creo que nos ahorraríamos muchos problemas si nos limitáramos a saltar por la compuerta y los liquidáramos a todos —dijo Dash—. Un buen ataque por sorpresa y serán historia.

—Ésa es la gran diferencia que hay entre nosotros y el Imperio —dijo Luke—. Ellos no vacilarían en hacerlo de esa manera, pero nosotros no disparamos a menos que no nos quede más remedio.

—Oh, qué bonito. Esos escrúpulos tuyos acabarán consiguiendo que nos maten a todos.

Luke meneó la cabeza. Un Jedi tenía que saber cómo actuar si la situación así lo requería, pero también se suponía que un Jedi debía evitar recurrir a la violencia siempre que eso fuera posible. Ser un guerrero era algo muy distinto de ser un asesino.

—De acuerdo. ¿Preparados?

Luke mantuvo la espada de luz lo más baja posible para que el resplandor no delatara su presencia y la activó. Después hizo un par de inspiraciones muy profundas.

—A la de tres. Uno..., dos..., ¡tres! Dash abrió la compuerta de un potente empujón. Luke saltó por el hueco y alzó su espada de luz en una postura de combate.

—¡Que nadie se mueva! —gritó.

Chewie saltó por el hueco detrás de él...

... y los pies del wookie resbalaron sobre el suelo con tanta rapidez como si llevara patines de ruedas, y Chewie acabó derrumbándose sobre la espalda.

Lando intentó saltar por encima del wookie caído, pero tropezó con Chewie y cayó de bruces.

Los guardias, sobresaltados por el ruido, se levantaron de un salto y alargaron las manos hacia sus armas.

«¡Oh, chico...!»

Leia estaba sentada en la cama cuando se sintió atravesada por una repentina e intensa punzada de miedo. ¿Qué...?

Los guardias quizá habrían preferido que sus superiores les hubieran ordenado vigilar un sitio más agradable, pero aun así reaccionaron con gran rapidez. Los dos que estaban de pie empuñaron sus rifles desintegradores, los alzaron y abrieron fuego.

Luke detuvo el primer haz. Después dejó que la Fuerza guiara sus movimientos y detuvo el segundo disparo.

Dash saltó por encima de Lando y Chewie, rodó por el suelo en una rápida voltereta hasta quedar acostado y disparó una vez, dos, tres...

Chewie se irguió, y el arco de energía habló.

El tercer guardia se desplomó, pero el cuarto abrió fuego contra ellos.

Luke apenas tuvo tiempo de detener un haz que hizo vibrar sus manos y sus brazos, pero el disparo desviado chocó con una lámpara del techo y la hizo pedazos. La sala se oscureció un

poco.

El desintegrador de Dash escupió un chorro de luz coherente detrás de otro. El arco de energía de Chewie zumbaba en las peludas manos del wookiee.

Todos los guardias habían caído salvo uno, pero éste no tenía un arma en las manos. El guardia estaba gritando...

Gritaba por un comunicador...

Lando disparó contra el último guardia y éste cayó al suelo. El comunicador salió despedido de su mano y rodó por el suelo hasta que acabó deteniéndose junto a las botas de Luke.

Una vocecita metálica brotó del comunicador.

—¿Thix? ¿Qué está pasando ahí abajo? ¿Thix? Adelante, sector uno-uno-tres-ochó, adelante, sector...

Chewie se levantó. El wookiee, que parecía un poco avergonzado, se encogió de hombros.

Luke meneó la cabeza. Después dejó caer el tacón de su bota sobre el comunicador, que seguía emitiendo preguntas cada vez más estridentes, y lo aplastó.

—Bien, ya podemos ir olvidando nuestro magnífico plan de entrar sin armar jaleo —dijo Lando.

Xizor estaba entregando su soborno mensual al ministro de asuntos culturales cuando Guri entró en la sala. El Príncipe Oscuro se excusó cortésmente y despidió al ministro.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó en cuanto el ministro se hubo marchado.

—Hay un problema en el segundo sótano.

—¿Qué clase de problema? Guri se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Esa zona todavía no cuenta con equipo de vigilancia, y los guardias no responden.

—Otro fallo de los sistemas de comunicaciones —dijo Xizor.

Era algo que ocurría con bastante frecuencia en las secciones donde había muchas cañerías, conductos y gruesas vigas de duracero: todo aquel metal producía alguna especie de interferencia de las ondas de comunicación que los ingenieros aún no habían conseguido eliminar. Era lo que llamaban puntos muertos.

—O es otro fallo de las comunicaciones..., o Skywalker es más rápido y más listo de lo que pensábamos —siguió diciendo Xizor—. ¿Y los sensores de los conductos? ¿Han captado la presencia de algún ejército avanzando por debajo del edificio?

—No.

—Bien. Si se trata de Skywalker, probablemente estará solo, o tal vez el wookiee esté con él. Envía a una unidad para que inspeccione la zona.

—Dos pelotones van hacia allí en estos momentos —dijo Guri.

—Excelente. Cuando salgas, dile al Moff que ya puede entrar. No hay ningún motivo de preocupación.

Xizor se dijo que en realidad no había ninguna razón para estar preocupado. Por mucha suerte que tuviera, aquel muchacho nunca conseguiría abrirse paso a través de sus perímetros

de seguridad.

Luke y los demás echaron a correr. Hasta el momento el plano que se habían aprendido de memoria se correspondía fielmente con lo que iban encontrando, pero era demasiado grande para que hubieran podido memorizarlo todo, y siempre había una posibilidad de que se encontraran con algún callejón sin salida si no tenían cuidado. Aun así, el que los guardias hubieran dado la alerta hacía que la velocidad hubiese pasado a ser lo más importante. Tendrían que correr ese riesgo. Después de todo, no podían permitirse el lujo de utilizar los servicios de un guía turístico.

Chewie sabía dónde estaba Leia, e iba delante.

Los cuatro compañeros doblaron una esquina en un pasillo muy ancho y estuvieron a punto de tropezarse con cuatro guardias más.

Todos los que iban armados con un desintegrador empezaron a disparar.

—¡Amo Luke, amo Luke! —gritó de repente la voz de Cetrespeó, estridente y muy excitada, desde el comunicador que colgaba del cinturón de Luke.

Luke detuvo un haz desintegrador que venía hacia él con un veloz mandoble de su hoja de energía.

—¡Estamos muy ocupados, Cetrespeó! —le gritó al comunicador, sin tratar de descolgarlo de su cinturón.

—Pero amo Luke... ¡Unos hombres vienen hacia la nave, y van armados!

«Estupendo.» Era justo lo que necesitaba en aquel momento. Luke desvió otro haz desintegrador, saltó hacia adelante y se encontró lo suficientemente cerca del hombre que había disparado contra él como para poder atacar. Bajó la espada de luz en un rápido arco, y la mano que empuñaba el desintegrador cayó al suelo. Luke giró sobre sus talones y le lanzó una patada lateral al guardia. Su pie dio de lleno en el centro de la nariz del guardia y lo derribó al suelo.

Los otros guardias también habían caído. Luke alzó una mano para señalar en la dirección por la que habían venido los guardias.

—Por ahí... ¡Ese pasillo tendría que estar despejado! Mientras corrían, Luke cogió el comunicador que colgaba de su cinturón y se lo llevó a la boca.

—¿Cetrespeó?

—¡Oh, cielos, oh, cielos!

—¡Cetrespeó!

—Amo Luke... Oh, ¿qué vamos a hacer?

—¡Sacad la nave de ahí ahora mismo! Tendréis que actuar tal como habíamos planeado. Erredós conoce los sistemas, y tú puedes manejar los controles. Vuelve a llamarme cuando hayáis despejado. Mantened un vector suborbital y volad por debajo de los sensores de seguridad estratosféricos. ¿Lo has entendido?

—¡Sí, amo Luke!

—¡Haz lo que te he dicho, Cetrespeó!

Leia sintió que una extraña tensión flotaba en el aire. Era como un vago presentimiento de que estaba a punto de ocurrir algo. Luke. Luke estaba allí. Empezó a recoger su disfraz.

—Hemos perdido contacto con la segunda unidad de guardias —dijo Guri.

—¿En la misma zona? —preguntó Xizor.

—No. Cuatro niveles más arriba.

Hmmm. Eso quedaba bastante por encima de la zona del castillo donde era normal que hubiera problemas de comunicaciones..., y si se trataba de una coincidencia, parecía bastante improbable.

—Pon en estado de alerta máxima a todo el departamento de seguridad.

—Ya lo he hecho —dijo Guri.

¿Podía ser Skywalker? ¿Habría logrado introducirse en el castillo sin ser detectado? ¿O sería alguna otra persona?

—Cancela todas mis citas. Ve a la habitación de la princesa Leia y llévala a mi sala blindada.

Chewie ya les había hecho subir ocho o diez niveles más antes de que se tropezaran con otro grupo de guardias. El intercambio de ráfagas desintegradoras fue rápido y el aire quedó impregnado por el chasquido de la energía, los gritos de los hombres y el olor a ozono y pared quemada.

Dash no había mentido en una cosa: tenía muy buena puntería. Eliminó a tres guardias con tres disparos —¡zap, zap, zap!— en una exhibición de rapidez como Luke jamás había visto hasta aquel momento. Luke desvió o detuvo los haces desintegradores que vinieron hacia él, y los rebotes contribuyeron a incrementar la confusión general. Lando y Chewie no pararon de usar sus armas. Los guardias habían sido bien entrenados, pero no estaban impulsados por la desesperación. Luchaban porque se les pagaba para hacerlo, mientras que Luke y sus amigos luchaban por sus vidas. El último guardia que quedaba en pie giró sobre sus talones y echó a correr. Un disparo del arco de energía de Chewie le dio de lleno en la espalda, y el guardia salió despedido había adelante y se deslizó un par de metros por el suelo hasta que acabó chocando con una pared y se quedó inmóvil.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Leia percibió la presencia de alguien que se aproximaba a su habitación. Supuso que era un aviso de su intuición, pero confiaba en ella. Cogió una silla y la llevó hasta la puerta. Después se subió a la silla, manteniendo cautelosamente el equilibrio con la espalda apoyada en la pared y el pesado casco del disfraz de cazador de recompensas firmemente sujeto entre sus manos.

La puerta se abrió, y Guri entró en la habitación. La androide era muy rápida, pero Leia ya había empezado a moverse. Antes de que Guri pudiera darse la vuelta, Leia dejó caer el casco sobre su nuca. El golpe fue muy potente, y habría dejado inconsciente a un ser humano. El impacto bastó para desequilibrar a la androide, y Guri se tambaleó.

Esos momentos de vacilación bastaron para que Leia saltara de la silla y saliera corriendo de la habitación. Dejó caer la mano sobre el control de la puerta...

Guri ya se había recuperado e iba hacia el umbral cuando la puerta se cerró delante de ella. Leia bloqueó el mecanismo de la puerta.

El panel tembló bajo el impacto de los puños de Guri.

El siguiente golpe astilló el grueso plástico, creando una telaraña formada por muchas grietas diminutas que se extendieron por toda la superficie. Leia sabía que la puerta no aguantaría mucho rato.

Giró sobre sus talones y echó a correr.

Chewie guió a Luke y los demás por una escalera de caracol que terminaba en un gran pasillo, a una docena de niveles por encima del que habían usado para entrar en el castillo.

—¿Amo Luke? Hemos conseguido salir del edificio. Cetrespeó.

Luke se llevó el comunicador a los labios para no tener que chillar por él.

—¿Dónde estáis?

—En algún lugar del cielo, amo Luke. Yo... ¿Qué dices? Oh, calla, estoy haciendo un trabajo de pilotaje de lo más correcto y... ¡Ah! ¡Ahhh!

—¿Cetrespeó?

Hubo un momento de silencio al que siguió un estrépito metálico.

—¡Te digo que lo había visto, cubo de basura presuntuoso! Si no me hubieras distraído, habría conseguido virar a tiempo.

—Cetrespeó, ¿qué está pasando?

Si se esforzaba un poco, Luke podía oír los frenéticos silbidos de Erredós.

—¡Cállate de una vez, Erredós! ¡No ha sido culpa mía!

—¿Cetrespeó?

—¿Qué? ¿Dónde? ¡Oh, no!

Un ruido de cristales rotos surgió del comunicador.

—¡Cetrespeó!

—Lo siento, amo Luke. Gracias a las instrucciones lamentablemente inadecuadas de Erredós, hemos tenido un pequeño accidente y hemos destruido una valla publicitaria y una torre del sistema de comunicaciones. No, creo que no hemos chocado con ese transporte aéreo... Me parece que sólo lo hemos rozado. ¡Sí, eso también ha sido culpa tuya! Si no me hubieras estado poniendo nervioso con todos esos ruidos de tetera recalentada que no paras de hacer, habría podido...

—Deja de hablar con Erredós y dime qué está pasando, Cetrespeó.

—Estamos volando un tanto excesivamente cerca del suelo porque Erredós dijo que era lo que debía hacer, pero yo opino que deberíamos subir un poco más. No, me da igual lo que pienses porque ahora soy yo el que está pilotando la nave. Límitate a darme las coordenadas, y yo...

—Muy bien, Cetrespeó: escúchame, ¿de acuerdo? Lleva el *Halcón* al sitio del que

hablamos, y deprisa. Ah, y sube lo suficiente para no chocar con nada.

—¿Lo ves, Erredós? Ya te dije que estábamos volando demasiado bajo pero, oh, no, a ti nadie puede decirte nada, porque tú siempre lo sabes todo y...

—¡Cetrespeó!

—Sí, amo Luke. Vamos hacia allá. No, creo que no deberíamos seguir ese vector porque ese edificio es demasiado alto. Deberíamos ir en esa dirección... ¡Oh, cuidado!

Luke tuvo que cortar la conexión. Había una puerta justo delante de ellos. Era una gruesa puerta blindada y a prueba de incendios, y estaba cerrada.

Lando alzó su desintegrador para abrir fuego, pero Luke le detuvo antes de que pudiera disparar contra la puerta.

—No lo hagas. Está protegida por un escudo magnético. El haz de energía rebotaría, y alguno de nosotros podría acabar herido.

—¿Y cómo se supone que vamos a pasar entonces?

—Retroceded un poco. Vamos a averiguar si puede resistir el golpe de una espada de luz.

Luke activó la hoja de energía.

La puerta demostró ser incapaz de resistir el poder de la espada de luz.

Cruzaron el umbral y continuaron subiendo.

Guri entró corriendo en la sala blindada de Xizor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Xizor, alzando la mirada hacia ella y parpadeando.

—Leia se ha escapado. Me estaba esperando cuando llegué allí. Me golpeó por la espalda. No he sufrido ningún daño, pero eso le proporcionó el tiempo suficiente para huir.

—¡Maldición!

Xizor no pudo reprimir su estallido de ira. Aquello podía ser grave. Su castillo había sido invadido, y estaba perdiendo el control de la situación. ¿Habría subestimado a Skywalker? Al parecer sí. Bien, ya iba siendo hora de corregir ese error.

Fue hasta un escritorio, abrió un panel deslizante que ocultaba un compartimiento secreto y sacó de él un desintegrador de alta potencia.

—Muy bien. Encontraremos a Leia..., y a quienquiera que esté causando todos estos problemas.

—Esperad un momento —dijo Lando.

—¿Qué? ¿Por qué?

Lando señaló lo que parecía una caja de fusibles incrustada en la pared.

—Es un centro de control del sistema de seguridad —dijo.

—¿Y qué?

—Poneos al otro lado del pasillo.

Todos obedecieron. Lando disparó un haz desintegrador contra el mecanismo de cierre, que era muy sencillo, y abrió la delgada tapa.

—Las holocámaras y sensores de vigilancia son controlados a través de estos cables de

fibra óptica —dijo, moviendo el desintegrador para señalar varios cables blancos de aspecto traslúcido que tenían el grosor de un dedo.

—¿Cómo lo sabes?

—Confía en mí. Tengo alguna experiencia con este tipo de trastos.

Lando disparó contra los cables. Un chorro de humo y chispas brotó de la pared, creando un fugaz surtidor de destellos amarillos y anaranjados antes de que el pequeño incendio se extinguiera por falta de combustible. El acre olor del plástico quemado se fue extendiendo por el pasillo.

—Ahora no podrán vernos, al menos en este nivel. Si vamos destruyendo todos los controles del sistema de seguridad que encontremos, se quedarán ciegos.

Chewie gritó algo. Luke se volvió hacia él. Más guardias, y no estaban ciegos, aunque disparaban como si lo estuvieran..., por suerte para Luke y sus compañeros.

—¡Por aquí! —gritó Luke.

Los cuatro echaron a correr, disparando hacia atrás mientras los haces desintegradores chisporroteaban a su alrededor.

Doblaron otra esquina, corrieron en zigzag por un pasillo lateral y fueron hacia una puerta cerrada al final del pasillo. Oyeron ruido de pasos que corrían al otro lado del panel, y vieron cómo la puerta empezaba a abrirse. Dash y Lando alzaron sus armas...

—¡No! —gritó Luke—. ¡No disparéis!

La puerta se abrió de par en par para revelar...

—¡Leia!

Luke sonrió, y Leia le devolvió la sonrisa. Luke corrió hacia ella, y se abrazaron.

—Te has tomado tu tiempo, ¿eh? —dijo Leia. Después los examinó con más atención y frunció la nariz—. Aaaj. ¿En qué basurero habéis estado nadando? Oléis igual que esa cena horrible que Lando intentó hacernos tragar..., y tenéis el mismo aspecto.

—La nave se averió —dijo Luke—, así que tuvimos que atajar por las cloacas.

Los dos miraron a Lando.

—Eh, yo no tuve la culpa de que la nave se averiase —dijo Lando—. ¡Si no hubiera sido por las malditas modificaciones de Han, no habríamos tenido ningún problema!

—Olvídalo. Salgamos de aquí. Los cinco echaron a correr.

—¿Amo Luke?

—¿Qué ocurre ahora, Cetrespeó?

—Parece ser que hemos atraído la atención de un navío policía robótico, y se diría que nos está siguiendo.

—Bueno, pues despistadlo.

—¿Cómo, amo Luke?

—Vuela de la manera en que suele hacerlo Han.

Leia, que estaba corriendo junto a él, abrió mucho los ojos.

—¿Has permitido que los androides piloten la nave? ¿Es que te has vuelto loco?

—Lo están haciendo bastante bien. Han tenido algunos pequeños problemas y están un

poco nerviosos, pero no es nada grave. Sí, la verdad es que lo están haciendo francamente bien, porque...

—¡No, Erredós, y cállate de una vez! —gritó Cetrespeó—. Ya has oído lo que ha dicho el amo Luke. Empezaré con un picado y luego haré un rizo a su alrededor, y... ¡Ahhhhhhhhhh!

Los silbidos y pitidos de Erredós se volvieron todavía más frenéticos.

—¡Amo Luke! ¡Socorro! ¡Socorro!

—¿Qué estás haciendo, Cetrespeó?

Los silbidos de Erredós se habían vuelto curiosamente parecidos a una grabación pasada a velocidad ultrarrápida.

—¡Sí, estoy intentando enderezar la nave! ¡Silencio, Erredós! Ahhh.

—Me parece que estaban volando cabeza abajo —dijo Lando.

—Y tú acababas de decir que lo estaban haciendo bastante bien —dijo Leia—. No puedo creer que les hayas permitido pilotar la nave.

—¡Haz lo que te dice Erredós, Cetrespeó! ¡Erredós, enséñale qué ha de hacer para enderezar la nave!

El comunicador emitió otro intercambio de chillidos y nervioso parloteo electrónico.

—Ah, eso está mejor. Parece que hemos conseguido librarnos de nuestro perseguidor, amo Luke. Tengo la impresión de que ha chocado con ese paso elevado por debajo del que pasamos cuando aún no había conseguido dar la vuelta a la nave.

—No puedo creer que hayas permitido que los androides pilotaran la...

Luke la fulminó con la mirada.

—¿Quieres dejar de repetir una y otra vez que no puedes creerlo?

—Bajó la mirada hacia el comunicador—. Y ahora dirigid la nave hacia esas coordenadas tal como os había dicho, y tened más cuidado.

—Ahora ya le hemos pillado el truco y todo va bastante bien, amo Luke. No se preocupe.

Luke alzó los ojos hacia el techo y suspiró.

—Daré la alarma general y... —dijo Guri.

—¡No! ¿Qué crees que pensarían de mí si lo hicieras? ¡Vaya, el líder del Sol Negro permite que sus sistemas de seguridad sean burlados como si no existieran! Di a los guardias del perímetro que mantengan los ojos bien abiertos: no sabemos quién ha entrado en el castillo, pero no debe salir de él.

Guri asintió y habló por su comunicador.

Fueron corriendo por el pasillo y dejaron atrás la habitación de la que había escapado Leia. Había un nexo de vigilancia, una subestación del sistema no muy lejos de allí, y cuando llegaran a ella podrían acceder a la información registrada y ver los hologramas de las cámaras. Harían una parada en la subestación e identificarían a los intrusos, que se habían estado moviendo dentro de la red de cámaras desde que salieron del sótano.

Llegaron al nódulo. Guri introdujo las órdenes necesarias en un viejo teclado manual. El logotipo personal de Xizor apareció en el aire. Guri tecleó su código de identificación de seguridad y alteró el acceso del lector, pasando del contacto manual al vox.

—Muestra las imágenes del nivel quince, eliminando a todos los que lleven uniforme.

La imagen se disgregó en un millón de puntitos minúsculos que giraron por el aire como un líquido luminoso que se perdiera por un desagüe..., y después se esfumó.

Xizor frunció el ceño y se golpeó suavemente la frente con el cañón de su desintegrador.

—¿Dónde está la imagen? —le preguntó Guri al ordenador.

—Las holocámaras y sensores del nivel quince no están proporcionando información en estos momentos.

—Muestra las imágenes del nivel dieciséis. El campo holográfico siguió vacío.

—Muestra las imágenes del nivel diecisiete. El mismo resultado.

—Muestra las imágenes del nivel dieciocho.

El aire tembló, y una serie de imágenes fantasmagóricas que mostraban pasillos y habitaciones vacías enfocadas desde varios puntos de vista surgieron de la nada.

—Están en el diecisiete —dijo Xizor.

Guri le miró.

Xizor señaló las imágenes con el cañón del desintegrador.

—Están destruyendo los controles del sistema de seguridad para que no podamos verlos —dijo—. Si hubieran llegado al dieciocho, tampoco tendríamos imágenes de ese piso. Vamos.

—No sabemos cuántos son —dijo Guri—. Hemos perdido un mínimo de una docena de guardias. No podéis ir allí: es demasiado peligroso.

—Yo decidiré qué es demasiado peligroso y qué no lo es —replicó Xizor—. Y dado que sabemos que es Skywalker, voy a ir. ¡Acabaré con él personalmente!

El Príncipe Oscuro no se dejaría humillar en su propio castillo.

—¿Y cuál... es... el plan? —jadeó Leia.

—Saldremos de aquí—dijo Luke—. Iremos al sitio en el que nos está esperando el *Halcón* y despegaremos lo más deprisa posible. Erredós y Cetrespeó pueden hacerlo —se apresuró a añadir, como si quisiera adelantarse a una nueva repetición del ya muy repetido asombro de Leia.

Leia meneó la cabeza.

Chewie dijo algo, y Leia supuso que al wookie tampoco le gustaban demasiado sus nuevos pilotos.

—Oye, a menos que salgamos de aquí el quién está pilotando qué no tendrá ninguna importancia —dijo Lando—. Venga, seguid corriendo.

Leia asintió. Lando tenía una idea muy clara de cuál era su situación.

—Tiene razón —dijo Dash.

—Nadie pensará que somos lo suficientemente estúpidos para escapar por el aire —dijo Luke—. Supondrán que intentaremos huir por la superficie.

Lando se echó a reír.

—Sí, ése es el gran problema de nuestra oposición: siguen pensando que nadie puede llegar a ser tan estúpido como nosotros, ¿eh? Ese pequeño truco hace que metan la pata una y otra vez.

Leia volvió a menear la cabeza. Iba armada con un desintegrador que alguien le había quitado a uno de los guardias que habían ido cayendo a lo largo del camino, y eso hacía que se sintiera un poco mejor: no mucho, quizá, pero sí un poco. Había sido prisionera de Xizor el tiempo suficiente para comprender que si no podían escapar, más les valdría que no consiguiera capturarlos con vida. Había un monstruo oculto acechando detrás de esa fachada encantadora, y Leia no tenía ninguna intención de volver a caer en sus manos.

Xizor y Guri entraron en el turboascensor.

—Nivel veinte —ordenó Xizor—. Les esperaremos allí.

El turboascensor descendió, haciendo que Xizor experimentara un momento de caída libre que pareció aletear dentro de su estómago como un pájaro atrapado que intentara escapar. A pesar de la ira que sentía ante aquella invasión de su castillo, también se sentía curiosamente excitado e interesado. Tener que eliminar a alguien con sus propias manos no era algo que le ocurriese con mucha frecuencia. Estaba seguro de que Luke Skywalker formaba parte del grupo de intrusos que habían irrumpido en su castillo. El muchacho era muy osado y había ido demasiado lejos, y por eso Xizor encontraría particularmente placentero matarle.

Respiró hondo, dejó escapar una parte del aire que había inhalado e intentó recuperar el control de sí mismo. Permitirse semejantes exhibiciones emocionales era indigno de él, aunque después de todo sólo Guri y su personal podrían presenciarlas. Lo que pudiera pensar Guri no

le importaba en lo más mínimo, y todos sus guardias serían sustituidos hasta el último hombre en cuanto aquello hubiera terminado. En lo que concernía a Xizor, el fracaso de uno equivalía al fracaso de todos. Y los que estaban por encima de los meros soldados, los supervisores... Bueno, éstos se encontrarían con un despido particularmente doloroso.

El turboascensor fue reduciendo la velocidad. Xizor sintió cómo su peso parecía incrementarse de repente a medida que el suelo del ascensor iba ejerciendo cada vez más presión sobre las suelas de sus botas.

—Nivel veinte —anunció el turboascensor.

La puerta se abrió.

Xizor alzó el desintegrador, pegando el cañón a su oreja derecha y dirigiéndolo hacia el techo en una posición que le permitiría abrir fuego lo más deprisa posible. El Príncipe Oscuro siempre dedicaba unas cuantas horas de la semana a ejercitarse en su galería de tiro personal. Era un excelente tirador.

Guri no iba armada: la androide también tenía una puntería magnífica, pero rara vez necesitaba utilizar un desintegrador.

Salieron al pasillo.

—Nivel veinte —dijo Dash—. La escalera termina aquí, así que tendremos que encontrar otro tramo.

—¿Cuántos niveles tiene este sitio?

—Que yo recuerde, ciento dos por encima de la superficie.

—Oh, chico... —dijo Lando—. ¿Y tenemos que llegar hasta el tejado?

—No será necesario. Hay una pista de descenso en el nivel cincuenta —dijo Luke.

—Eso no es nada. Treinta pisos más y ni siquiera estaremos jadeando —dijo Dash.

—Pues a mí ya me cuesta respirar —comentó Lando.

—Te estás haciendo viejo, Calrissian.

—Sí, y además me gustaría llegar a ser mucho más viejo de lo que soy.

—Tendría que haber otra escalera a unos sesenta metros de aquí yendo por ese pasillo —dijo Luke—. Venga, sigamos. Fueron en esa dirección.

Xizor los vio primero porque Guri estaba abriendo una puerta lateral para ver si había alguien escondido al otro lado. Eran cinco, contando a Leia. El wookiee estaba allí —tendría que haber esperado que volviera a por ella—, y había tres hombres. Uno tenía la piel muy oscura, así que debía de ser el jugador. Otro era alguien a quien no reconoció, y el tercero era Skywalker.

El Príncipe Oscuro sonrió. Se volvió en esa dirección, bajó su desintegrador y extendió el brazo que lo empuñaba con la mano libre apoyada en la cadera opuesta, como si se dispusiera a practicar el tiro al blanco en una competición oficial. Centró la mira del arma en el ojo izquierdo de Skywalker, dejó escapar un poco de aire y después contuvo el aliento y apretó suavemente el gatillo...

Luke vio al alienígena en el mismo instante en que alzaba su desintegrador hacia él.

Oh, oh. Parecía como si aquel tipo hubiera pasado montones de horas en una galería de tiro.

Luke agarró la espada de luz que colgaba de su cinturón, la activó y permitió que la Fuerza guiara sus movimientos.

La mortífera lanza de energía avanzó hacia él con la velocidad de un cohete.

Su espada de luz se alzó en un veloz arco y se detuvo delante del rostro de Luke como si tuviera voluntad propia, ocupando todo el campo visual de su ojo izquierdo.

Luke sintió el impacto cuando la energía de su hoja desvió la energía lanzada contra él. El haz desintegrador le habría dado justo en el ojo.

El alienígena volvió a disparar.

Y la espada de luz volvió a moverse, nuevamente dirigida por la Fuerza. Otro haz de energía se esparció inofensivamente sobre el arma Jedi construida por las manos de Luke y bailoteó a su alrededor hasta que acabó chocando con el suelo, agujereándolo...

Xizor frunció el ceño. ¿Cómo podía hacer eso? ¡No podía ser tan rápido!

Volvió a disparar.

Guri entró en el pasillo. Sus manos sostenían una silla, un pesado mueble metálico con el asiento reforzado. Guri lo lanzó hacia el otro extremo del pasillo, impulsándolo con tanta facilidad como si no pesara más que un guijarro.

—¡Cuidado! —gritó Luke.

Una silla venía volando hacia él. No podía utilizar su espada de luz para desviarla, porque entonces correría el riesgo de que el alienígena volviera a disparar contra él.

Chewie dio un paso hacia adelante, se detuvo junto a Luke, alzó su arco de energía y disparó.

La silla estalló en el aire, convirtiéndose en una nube de fragmentos metálicos y rociándolos con una granizada de restos.

Leia vio a Xizor y a Guri delante de ellos. Alzó el desintegrador que había pertenecido a un guardia y disparó. Enseguida se dio cuenta de que había apuntado demasiado alto, e intentó corregir el disparo bajando un poco el arma.

Xizor se dio cuenta de dos cosas: sus enemigos contaban con una potencia de fuego considerablemente superior a la suya, y además Skywalker podía detener sus disparos. Se sintió más sorprendido que asustado, pero comprendió que debía salir de aquel pasillo lo más deprisa posible.

—¡Muévete! —le gritó a Guri.

Guri se colocó delante de él, protegiéndole de la amenaza que suponían las cinco siluetas del final del pasillo mientras Xizor entraba en la habitación vacía de la que la androide había

sacado la silla. Guri se reunió con él un instante después.

—Ese truco que hace con la espada de luz es muy interesante —dijo Xizor.

—Ahora ya no cabe ninguna duda de que él y Vader son parientes —dijo Guri—. ¿Llamo a los guardias? Xizor suspiró.

—Llámalos.

Guri ya estaba hablando por su comunicador.

—¡Ése era Xizor! —gritó Leia.

—Estupendo. ¡Vamos a por él! —respondió Luke, también a gritos.

—No creo que sea prudente —dijo Lando—. ¡Mirad! Una docena de guardias acababa de aparecer por el otro extremo del pasillo y habían empezado a disparar.

—¡Ahí dentro! —gritó Dash.

Había una puerta a su izquierda. Chewie no la abrió, sino que se limitó a pasar a través de ella. Leia le siguió, con Lando y Dash detrás de ella. Luke entró el último, deteniendo y desviando haces desintegradores que caían sobre ellos con un estridente zumbido de avispa enfurecida.

Una vez dentro de la habitación, que parecía ser alguna clase de despacho, se miraron los unos a los otros.

—¿Y ahora qué? —preguntó Leia.

Los haces desintegradores seguían zumbando por delante de los restos de la puerta.

Lando miró a Luke, y Luke asintió.

—Bueno, ya va siendo hora de tomar medidas desesperadas —dijo Lando.

Introdujo la mano en la pequeña mochila que llevaba a la espalda y sacó de ella una bola plateada que tendría el tamaño de un puño. El artefacto tenía algunos controles, una ranura del grosor de un dedo que corría alrededor del ecuador de la bola y lo que parecía una especie de diodo electrónico que iba desde la parte de arriba de la bola hasta el interior de su ecuador.

Los ojos de Leia fueron de la reluciente bola metálica a Luke. Un instante después Luke miró a Dash y asintió.

Más haces desintegradores sisearon por el pasillo. Al parecer los guardias todavía no se habían dado cuenta de que nadie les estaba devolviendo el fuego.

Lando le pasó la bola a Dash.

—Es un detonador térmico —dijo—. Lando ha traído tres. Están controlados por un cronómetro o un sistema de presión continua: mueves ese interruptor de ahí y luego presionas ese botón y lo mantienes apretado. Si dejas de apretar sin haber desactivado el sistema de presión continua antes de quitar el dedo, estalla.

—¿Y qué ocurre exactamente cuando estalla?

—Que produce una pequeña reacción de fusión termonuclear.

—Una pequeña reacción de fusión termonuclear... —repitió Leia.

—Exacto. La reacción es lo suficientemente poderosa para convertir en vapor una buena porción de lo que tenga cerca, sea lo que sea.

—Comprendo. Y si estalla aquí, eso nos incluirá a nosotros, ¿verdad?

—Así es. Pero estamos apostando a que tu amigo, el líder del Sol Negro, no querrá que hagamos estallar el detonador mientras él se encuentre por los alrededores..., por no mencionar lo que la reacción termonuclear le haría a su castillo.

Leia asintió.

—Déjame verlo.

Dash abrió mucho los ojos. Luke le miró y asintió.

Leia cogió el artefacto explosivo y lo examinó.

—¿Y si no utilizas el sistema de presión continua?

—Entonces se controla mediante un cronómetro —respondió Luke—. El tiempo máximo programable es de cinco minutos. Si mueves ese interruptor de ahí, el cronómetro se pone en marcha y ya no hay forma de pararlo.

—Comprendo.

Leia sopesó la bola metálica en la palma de su mano y después la metió dentro del casco del disfraz de cazador de recompensas que colgaba de su cinturón.

Los tres hombres y el wookie se miraron los unos a los otros.

—Eh... Oye, Leia... —empezó a decir Luke.

—Dijiste que tenáis más, ¿no? Bueno, pues entonces quiero quedarme con este. ¿Quién sabe? Puede que se me ocurra alguna manera de utilizarlo.

Luke se encogió de hombros.

—De acuerdo. De todas maneras los compramos con tu dinero, así que supongo que te lo puedes quedar.

Los haces desintegradores habían dejado de silbar por el pasillo.

—Supongo que será mejor que tengamos una pequeña charla con Xizor —dijo Luke.

Lando le pasó otro detonador térmico. Luke pulsó los controles, y el artefacto empezó a emitir un suave zumbido. Una hilera de lucecitas parpadeó a lo largo del ecuador de la bola metálica.

Luke respiró hondo.

Xizor avanzó por el pasillo detrás de una docena de guardias que iban hacia una puerta abierta enfrente de la habitación en la que se habían refugiado él y Guri. De repente oyó un ruidito, un zumbido que se repetía una y otra vez. ¿Qué era?

Skywalker entró en el pasillo. Los guardias alzaron sus desintegradores, pero el muchacho no llevaba su espada de luz en la mano. No, su mano sostenía lo que parecía ser un pequeño artefacto...

Xizor no siempre había dado órdenes desde un sillón. Había pasado largos años empleando la violencia directa y la fuerza, y sabía reconocer una bomba en cuanto la veía.

—¡No disparéis! —gritó—. ¡Bajad las armas! Los guardias le miraron como si se hubiera vuelto loco, pero obedecieron.

—Buena idea —dijo Luke.

Los otros intrusos y Leia aparecieron en el pasillo por detrás de Skywalker.

El zumbido resonó con una repentina e inesperada potencia en el silencio. Unas luces diminutas se encendían y se apagaban en el artefacto.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó Skywalker.

—Tengo una idea bastante aproximada —respondió Xizor.

—Tiene un sistema de presión continua —dijo Luke—. Si dejo de mantener apretado este botón aunque sólo sea durante un momento, entonces...

No había ninguna necesidad de terminar la frase.

—¿Qué quieres?

—Marcharme. Con mis amigos.

—Si sueltas la bomba, morirás. Tus amigos también morirán. Xizor miró a Leia. Sería un desperdicio realmente lamentable, desde luego.

El muchacho se encogió de hombros.

—Tal como están las cosas, moriremos de todas maneras. No tenemos nada que perder. ¿Qué me dices de ti? ¿Estás dispuesto a renunciar a todo esto? —Movié la mano en un gesto que abarcó todo el edificio—. Este trasto es un detonador térmico clase-A. ¿Sabes qué significa eso?

A juzgar por las maldiciones ahogadas y los jadeos que brotaron del grupo de guardias, algunos de ellos lo sabían.

—Me parece que te estás echando un farol.

—Sólo hay una manera de averiguarlo: ahora te toca jugar a ti.

Xizor intentó reflexionar. Si el muchacho no se estaba tirando un farol y alguien disparaba contra él... Bueno, un detonador térmico clase-A podía destruir varios pisos de aquel edificio en un abrir y cerrar de ojos. Con un número tan grande de vigas de soporte destruidas, los más de ochenta niveles que había encima de sus cabezas se derrumbarían. La estructura podía caer como un árbol talado para desplomarse sobre las calles que se extendían debajo de ella, o también podía desmoronarse en un veloz movimiento vertical y aplastar cualquier base todavía intacta que tuviera debajo. De cualquiera de las dos maneras, el castillo de Xizor quedaría totalmente destruido..., al igual que quien se encontrase atrapado en su interior.

Podía construir otro castillo. Pero si la bomba estallaba entonces él, Xizor, ya no estaría en condiciones de construir nada. ¿Estaba dispuesto a arriesgar todo aquello por lo que había luchado, y su misma vida, basándose en la convicción de que Skywalker no era el tipo de persona capaz de suicidarse? Aquel muchacho era pariente de Vader, ¿no? Vader jamás habría amenazado en vano a un enemigo. Y esos tipos de la Alianza habían demostrado una y otra vez lo valientes que eran cuando se enfrentaban a una situación desesperada.

No. No podía correr ese riesgo.

—Muy bien. Marcharos. Nadie os detendrá. Si seguía vivo podría seguir su rastro. Si moría... Bueno, cuando estabas muerto estabas muerto.

Cuatro de ellos pasaron corriendo junto a los guardias, que estuvieron a punto de caerse en su prisa por apartarse de su camino, como si unos cuantos metros de distancia pudieran suponer alguna diferencia. Estúpidos.

Skywalker se había quedado solo.

Xizor vio cómo los demás se alejaban. Guri tal vez podría moverse lo suficientemente deprisa para coger el detonador antes de que estallara...

¿Dónde estaba Guri?

Xizor pensó que tal vez aún pudiera engañar a su enemigo.

—Me has causado muchos problemas —dijo, mirando fijamente a Skywalker.

—Oh, lo siento muchísimo —dijo el muchacho—. Pero tú te los has buscado.

—Todavía podría pegarte un tiro.

—Podrías intentarlo.

Su mano seguía empuñando la espada de luz.

—Podría disparar contra alguno de los otros. Contra tu amigo el wookiee, por ejemplo..., o contra la princesa.

—Todos seríamos vapor antes de que Chewie o Leia llegaran a tocar el suelo, tú incluido.

Era una situación de tablas, y Skywalker lo sabía.

Xizor miró a su alrededor. Las cuatro siluetas que huían se detuvieron de repente. El hombre de la piel oscura metió la mano dentro de su mochila y sacó otra reluciente bola metálica.

Xizor sonrió.

—¿A qué viene eso? Un detonador basta y sobra para hacernos pedazos a todos, así que no necesitas otro.

El hombre de la piel oscura sonrió. Se había detenido junto a un conducto de eliminación de desperdicios, y lo abrió. El conducto terminaba en las cubas de reciclaje del segundo sótano. El hombre de la piel oscura accionó un control en el artefacto explosivo. La bola emitió un estridente zumbido, y una serie de lucecitas empezaron a encenderse y apagarse a lo largo de su ecuador.

Xizor tuvo una horrible premonición.

—¡No! —gritó.

Pero el hombre de la piel oscura ya había arrojado la bomba al conducto.

—Dispones de cinco minutos para salir del edificio —dijo—. Si estuviera en tu lugar, me parece que empezaría a moverme ahora mismo. Xizor giró sobre sus talones y se encaró con sus guardias.

—¡Id a los turboascensores, bajad al sótano y encontrad ese detonador! ¡Sacadlo de ahí!

Pero estaba desperdiciando su tiempo. Los guardias sucumbieron al pánico. Todos echaron a correr, gritando frenéticamente y huyendo en todas direcciones. Estaban tan aterrorizados que faltó poco para que le derribaran.

Cuando Xizor hubo conseguido recuperarse, Skywalker, Leia y los demás ya habían desaparecido, y los guardias se estaban apresurando a imitarles.

¡Maldición!

El castillo de Xizor sería destruido dentro de cinco minutos.

Xizor también echó a correr. Disponía de un turboascensor de alta velocidad particular. Si

se daba prisa, tendría tiempo de sobras para llegar a su nave personal y alejarse del castillo.

El Príncipe Oscuro había perdido por completo el control de sus emociones. Un fuego helado había consumido su razón y la había convertido en un torrente de rabia asesina. Llegaría a su nave y les perseguiría..., hasta el mismísimo fin de la galaxia si tenía que hacerlo.

Y entonces pagarían con sus vidas lo que habían hecho.

Entraron en el turboascensor y le dijeron que fuera lo más deprisa posible. Menos de un minuto después ya estaban en el nivel cincuenta. Durante el trayecto Luke desconectó el detonador térmico y se lo devolvió a Lando. Dada la situación, ya no había muchas probabilidades de que Xizor consiguiera convencer a los guardias de que debían perseguirles. Cualquiera persona que tuviera un gramo de cerebro estaría corriendo hacia la salida más próxima, especialmente dado que las alarmas hacían tanto ruido que resultaba casi imposible pensar. Probablemente algún guardia había pulsado el botón de advertencia general.

Deberían tener tiempo más que suficiente para escapar...

Si Erredós y Cetrespeó habían llegado al lugar de la cita, por supuesto.

Si los andróides no estaban allí, entonces no podrían lamentarlo durante mucho rato.

Las puertas se abrieron y mientras salían, veinte o treinta personas muy nerviosas pasaron corriendo junto a ellos y dejaron tan atestado el ascensor que no quedó ni un centímetro de espacio libre. Los que no consiguieron entrar maldijeron o gritaron, fueron hacia las puertas del turboascensor contiguo y empezaron a golpear el botón de llamada.

—Debe de ser hora de cerrar —observó Dash.

—Disponen de cuatro minutos —dijo Lando en un tono bastante seco—. Más vale que se den prisa.

—Eres un poco implacable con ellos, ¿no? —dijo Luke.

—Tendrían que haber pensado dónde se metían cuando decidieron trabajar para el Sol Negro —dijo Lando—. Ser delincuente tiene muchos riesgos.

—La pista debería estar por allí —dijo Dash—. Vamos.

No parecía haber mucha gente en la sala. Otro turboascensor llegó mientras intentaban orientarse y el espacio libre de la cabina —que era de suponer ya estaría medio llena— fue ocupado rápidamente. Cuando las puertas del turboascensor se cerraron, los cinco parecieron quedar solos en la gran sala.

Echaron a correr en la dirección que Dash creía llevaba a la pista.

Habrían recorrido unos cincuenta metros de pasillo cuando Luke oyó un ruido. Desplegó sus pensamientos a través de la Fuerza y no consiguió encontrar nada.

—Seguid —dijo, moviendo una mano para indicar a los demás que no se detuvieran—. ¡Enseguida me reuniré con vosotros! Sus compañeros obedecieron. Luke empuñó su espada de luz y la activó.

—Contemplad al Caballero Jedi —dijo una mujer—. Un hombre legendario, ¿eh?

Luke giró sobre sus talones. La mujer..., no, el androide llamado Guri estaba inmóvil delante

de él. Lando se lo había descrito con gran detalle mientras iban hacia allí.

—Has causado muchos problemas a mi amo —dijo Guri—. Deberías morir por ello.

Luke dirigió la punta de su espada de luz hacia ella. Guri parecía no tener ningún arma, pero Lando ya le había explicado lo rápida que era..., y también le había dicho que era muy fuerte.

—Pero tú cuentas con esa hoja de energía y yo estoy desarmada —dijo Guri, apartando las manos de los costados y alzándolas con las palmas vueltas hacia él.

Luke disponía de unos tres minutos. Lo más sensato habría sido acabar con ella y seguir adelante o, por lo menos, apartarla con su espada y dirigirse hacia la cita con el *Halcón...*, rezando para que la nave hubiera acudido a ella, por supuesto.

Pero ¿acaso había alguna razón para empezar a ser sensato a esas alturas?

Luke desactivó la espada de luz y volvió a colocarla en su cinturón, asegurándose de que quedaba bien sujeta.

—¿Qué quieres?

—Te propongo una prueba —dijo Guri—. Mi señor disfruta enfrentándose a los adversarios más mortíferos que puede encontrar. No hay hombre que pueda igualarme en el combate cuerpo a cuerpo..., salvo quizá un Caballero Jedi, si las historias que cuentan sobre ellos son ciertas.

—Este edificio volará por los aires dentro de tres minutos —dijo Luke—. ¿Y tú quieres perder el tiempo con un juego estúpido?

—No tardaremos tanto. ¿Temes morir, Skywalker?

Sí, por supuesto.

Pero un instante después se dio cuenta de que en realidad no temía a la muerte.

La Fuerza estaba con él. Lo que tuviera que ocurrir, ocurriría.

Guri se lanzó sobre él.

Nada podía ser tan veloz. Por sí solo Luke jamás podría haber esquivado su ataque, pero el poder de la Fuerza corría por sus venas.

Luke saltó hacia la derecha y lanzó una potente patada mientras

Guri pasaba junto a él. Logró darle en la cadera y el impacto hizo que Guri se tambaleara, pero no perdió el equilibrio.

—Bravo —dijo Guri.

Luke se alegró de que fuera de esa opinión. Guri se movía con una rapidez casi sobrenatural, y la Fuerza era lo único que podía evitar que fuese derrotado en cuestión de segundos.

Guri empezó a moverse en círculos, buscando una abertura para atacar.

—¡Luke!

El grito de Leia le distrajo. Luke desvió la mirada hacia la dirección de la que había llegado su voz y vio que Leia y los demás se volvían hacia él.

Ese momento de distracción fue suficiente para Guri. Un largo paso hacia adelante hizo que sus pies se deslizaran sobre el suelo, y su brazo se extendió para asestar un terrible puñetazo.

Luke retrocedió, pero no consiguió evitar que el puño de Guri se hundiera en su estómago.

—¡Oooof!

Guri prosiguió su ataque con un potente codazo, pero Luke se lanzó al suelo y rodó velozmente, incorporándose con las manos levantadas mientras Guri se lanzaba sobre él.

Había perdido el contacto con la Fuerza. Sólo podía contar con sus propios recursos.

La mano de Guri cayó sobre su oreja y Luke se derrumbó, aturdido y confuso.

¡Si no hacía algo deprisa, Guri iba a matarle!

«La Fuerza, Luke... Deja que la Fuerza haga el trabajo por ti.»

Luke oyó la voz de Ben como si llegara hasta él desde muy lejos, y el eco de sus palabras resonó a través del tiempo y el espacio. Sí. Consiguió tragar aire mientras Guri alzaba la mano, los dedos tensos en un temible cuchillo de carne en vez de formar un puño, y vio cómo una sonrisa de triunfo iluminaba sus rasgos.

Y cuando dejó escapar el aliento que había estado conteniendo, sintió que su miedo se iba con él.

Tenía que confiar en la Fuerza de una manera total y absoluta.

Y de repente Guri empezó a moverse mucho más despacio, como si hubiera quedado atrapada en un súbito espesamiento del tiempo. Luke vio cómo su mano bajaba hacia él para golpearle, pero el movimiento era tan increíblemente lento que podría esquivar el golpe sin ninguna dificultad. Sí, tendría tiempo de sobras para rodar hacia un lado y levantarse antes de que la mano de Guri llegara hasta él...

Luke así lo hizo. Tenía la sensación de estar moviéndose a una velocidad normal, pero sus movimientos iban acompañados por un extraño cosquilleo, y un sonido curiosamente parecido al de un potente vendaval silbaba en sus orejas.

Luke se incorporó, giró el torso y levantó la palma abierta hacia el golpe que caía sobre él, empujando la mano de Guri y apartándola. Después usó su pierna izquierda, extendiéndola en una patada que golpeó a Guri detrás del tobillo derecho. El pie de Guri dejó de estar en contacto con el suelo, todavía moviéndose como a cámara lenta, y Guri cayó, bajando hacia el suelo en un perezoso flotar hasta que su espalda chocó con él...

Y el tiempo recuperó su velocidad normal.

Los ecos del grito de Leia todavía flotaban por el pasillo.

Guri cayó al suelo. Luke nunca había oído una caída semejante, y el impacto hizo temblar su cuerpo a pesar de que se encontraba a un par de metros de ella.

Guri había quedado fuera de combate, al menos por el momento.

Luke empuñó su espada de luz y la activó. Aquel androide era demasiado letal y peligroso, y no podía permitir que siguiera existiendo. Alzó la hoja de energía.

Guri yacía sobre su espalda y estaba visiblemente aturdida, pero consiguió sonreír.

—Has ganado —dijo—. Adelante.

«Tendría que haberte matado...»

El transcurrir del tiempo volvió a detenerse de repente, y los segundos parecieron estirarse como una lámina de plástico que se derritiese entre las llamas.

Luke bajó la hoja de energía y la desactivó.

—Ven con nosotros —dijo—. Podemos reprogramarte. Guri se irguió.

—No. Si consiguieran encontrar alguna forma de burlar mis bloqueos cerebrales y acceder a mi memoria para alterarla, eso sería fatal para mí... y para mi señor. Hemos hecho muchas cosas horribles. Será mejor que me mates ahora.

—No es culpa tuya —dijo Luke—. Tú no escribiste tu programación.

—Soy lo que soy, Jedi. No creo que pueda haber ninguna salvación para mí.

—¡Luke! ¡Vamos, Luke! Luke meneó la cabeza.

—Ya ha habido suficientes muertes por hoy —dijo—. No quiero añadir otro nombre a la lista de víctimas.

Luke la miró, asintió en silencio y después giró sobre sus talones y echó a correr.

Leia vio cómo Luke apagaba su espada de luz, le decía algo a Guri y después daba la espalda al androide caído y corría hacia ellos.

Había perdido toda noción del tiempo, pero ya no podía faltar mucho para la explosión.

Los cinco salieron a la pista de descenso. No había ni rastro del *Halcón Milenario*.

La nave personal de Xizor, el *Virago*, estaba en el último nivel. Su personal técnico siempre la mantenía en condiciones de despegar y se ocupaba de que los tanques estuvieran llenos de combustible, por lo que no era necesario hacer ningún preparativo previo. Con el sistema de avisos de emergencia repitiendo una y otra vez su estridente llamada, Xizor se sorprendió al ver que los guardias de la nave, aunque muy nerviosos, seguían en sus puestos.

—El edificio va a estallar —dijo, empleando un tono tan tranquilo e impasible como si estuviera hablando del tiempo—. Subid a un deslizador aéreo y marcharos. Tenéis dos minutos para escapar.

Los guardias se inclinaron y se fueron a toda prisa. Pensándolo bien, el fracaso de uno quizá no equivaliera al fracaso de todos. Aquellos dos guardias conservarían su empleo cuando aquello hubiera terminado, y tal vez incluso serían ascendidos. Últimamente cada vez costaba más encontrar un poco de lealtad.

Xizor corrió hacia el *Virago* y cerró la compuerta. Un minuto bastaría para activar todos los sistemas de la nave y treinta segundos después se encontraría a cinco kilómetros de distancia, ya que el *Virago* era una de las naves más veloces del planeta.

Se instaló en el asiento de control, pasó la mano por encima de los sensores del ordenador y vio cómo las pantallas se iban encendiendo una detrás de otra. Iría directamente a su celestial. Su flota privada estaba desplegada alrededor de la estación o en sus hangares: Xizor contaba con varias corbetas, unas cuantas fragatas y centenares de cazas de los excedentes militares que habían sido reparados y remodelados. El Príncipe Oscuro supuso que los responsables de la destrucción de su castillo tendrían una nave escondida cerca de allí para rescatarlos.

Cuando esa nave consiguiera ponerse en órbita alrededor del planeta, su flota la estaría esperando.

—Todos los sistemas activados y en condiciones de funcionar —dijo el ordenador del *Virago*.

Excelente. Xizor alargó las manos hacia los controles de despegue. Todavía le quedaba más de un minuto.

Y entonces se quedó inmóvil y bajó la mirada hacia la pantalla visora para contemplar su castillo. Por desgracia, su destrucción era inevitable. Xizor había pasado muchos años magníficos allí, y lo echaría de menos. Pero lo reconstruiría, y su nuevo castillo sería más grande, cómodo y majestuoso.

Hasta que pudiera adueñarse del castillo del Emperador...

Sus manos rozaron los controles de despegue. El *Virago* flotó sobre la pista y empezó a subir hacia la claridad solar.

Se encontraba a unos centenares de metros del castillo, lo suficientemente lejos para no correr peligro, cuando vio un maltrecho carguero corelliano que venía hacia él. La nave parecía estar fuera de control: estaba girando sobre su eje horizontal, y daba tumbos por el cielo.

Xizor maldijo, activó sus impulsores de emergencia y ejecutó un rápido viraje. El *Virago* se desvió hacia babor, y después tembló como si acabara de ser pateado por una bota gigante.

La nave que venía hacia él le pasó rozando.

¿Qué clase de idiota pilotaba aquel carguero corelliano?

Daba igual. Estaba a salvo. Durante un momento se preguntó qué habría sido de Guri. Otra pérdida más.

Bueno, la vida podía llegar a ser muy difícil. Lo importante era sobrevivir..., y el Príncipe Oscuro había vuelto a conseguirlo. Sobrevivir era lo principal, y luego ya tendría tiempo de hacer que sus enemigos lo lamentaran.

Dash fue el primero en verlo.

—¡Por la madre de la locura! —gritó, y señaló con un dedo.

Luke alzó la mirada y vio que el *Halcón Milenario* venía hacia ellos.

Y también vio que iba demasiado deprisa y que estaba girando sobre sí mismo tan vertiginosamente como un giroscopio de juguete enloquecido.

La nave logró enderezar su curso mientras la observaban. Por lo menos dejó de dar vueltas, pero seguía yendo demasiado deprisa.

—¡Agachaos! —gritó Lando.

Los cinco se arrojaron al suelo.

La nave estuvo a punto de estrellarse. El *Halcón* se detuvo a no más de un metro de la pista y se desvió bruscamente hacia estribor. El vendaval producido por su vertiginoso descenso tiró de ellos.

Luke alzó la mirada en el mismo instante en que las planchas de babor del *Halcón* chocaban con un grupo de sensores doppler y lo hacían pedazos, creando un diluvio de fragmentos metálicos que se esparcieron por toda la pista.

—¡Te mataré, Cetrespeó! —rugió Lando.

Luke se reunió con los demás y vio cómo la nave seguía moviéndose en círculos.

—¡Apaga los motores, Cetrespeó! —gritó por el comunicador—. ¡Usa los repulsores, y date prisa!

—Lo estoy intentando, amo Luke. Los controles parecen ser excesivamente sensibles.

El *Halcón* empezó a elevarse de repente y subió cien metros, ascendiendo tan deprisa como si acabara de ser lanzado por una honda gigante.

Erredós estaba silbando a tal velocidad y de una manera tan estruendosa que daba la impresión de que se le iba a fundir un circuito de un momento a otro.

El *Halcón* tembló y se inclinó hacia un lado, y empezó a caer. La nave logró enderezarse un segundo antes de que su trayectoria la llevara a chocar contra el techo y después volvió a subir, elevándose tan deprisa como si estuviera siendo impulsada por una columna invisible de aire.

El *Halcón* por fin fue perdiendo velocidad. La nave pareció flotar como una hoja impulsada por una suave brisa, y después se quedó inmóvil a cincuenta metros por encima de sus cabezas.

Luke miró a su alrededor. Esos cincuenta metros bien hubieran podido ser cinco mil: el *Halcón* estaba demasiado lejos. Les quedaba menos de un minuto de tiempo.

—¡Baja de una vez, androide estúpido! —gritó Lando.

—Es una pena que Lebo no esté manejando los controles —dijo Dash—. Es un piloto bastante bueno.

—Puestos a desear, quizá sería mejor que desearas que estuviéramos en la cabina de control —preguntó Leia.

Junto a la salida en la que estaban había lo que parecían dos juegos de alas plegadas, y de repente Luke comprendió qué eran: estaba contemplando un par de paradeslizadores. Si te ponías uno de aquellos artilugios a la espalda podías ir flotando por los aires hasta llegar a la cima de un edificio más bajo, o planear kilómetros y kilómetros hasta llegar a las calles. Si la nave no conseguía descender durante los próximos segundos, le pondría un paradeslizador a Leia y la lanzaría desde lo alto del castillo de Xizor. El otro paradeslizador tendría que cargar con cuatro pasajeros, y uno de ellos sería un wookiee. El peso sería excesivo, desde luego, pero había una probabilidad de que diera resultado: mientras se enfrentaba a los caminantes imperiales en Hoth, Luke había descubierto que podía reducir considerablemente la velocidad de una caída utilizando la Fuerza, y el Maestro Yoda le había enseñado algunos trucos nuevos que...

El *Halcón* empezó a bajar hacia ellos. Todos retrocedieron. La nave se detuvo a dos metros de la pista..., y después cayó tan pesadamente como una piedra. Los soportes de descenso gimieron, pero lograron resistir el choque. La rampa ventral surgió del casco y se desplegó ante ellos.

—¡Venga, venga, venga! —gritó Luke.

Chewie alzó en vilo a Leia y echó a correr, con Dash y Lando pisándole los talones y Luke en último lugar.

Cuando Luke logró subir a bordo, la rampa ya estaba desapareciendo dentro del casco.

Los cinco corrieron hacia la cabina de control.

¿De cuánto tiempo disponían? ¿Treinta segundos, quizá?

Dash llegó el primero, con Lando y Luke pisándole los talones.

—¡Apártate! —le gritó a Cetrespeó.

—¡Ya me aparto, ya me aparto!

Dash quitó de en medio a Cetrespeó de un empujón y se dejó caer en el asiento. Sus manos bailaron sobre los controles.

Cetrespeó chocó con el asiento del copiloto y acabó en el suelo. Erredós no paraba de emitir frenéticos pitidos electrónicos.

—No hay ninguna necesidad de ser tan brusco, amo Dash... Un trueno ahogado retumbó debajo de ellos. El *Halcón* tembló.

—¡Venga, Dash! —chilló Lando.

Luke echó un vistazo a la pantalla, y a pesar de lo peligroso de su situación, aún pudo percatarse de que uno de los dos paradeslizadores acababa de desaparecer.

La nave se bamboleó, vibró, empezó a inclinarse hacia un lado...

... y subió poco a poco...

—¡Vamos, vamos!

El *Halcón Milenario* trazó un veloz círculo. Mientras lo hacía, Luke vio cómo el edificio temblaba y la pista empezaba a caer, primero muy lentamente y luego precipitándose en el vacío tan vertiginosamente como una torre de arena cuya base hubiera sido destrozada de una patada. Nubes de humo subieron hacia el cielo, y un chirrido terrible —como si un clavo gigante estuviera siendo extraído de una enorme madera mojada— llegó con el humo. Una erupción de chorros de fuego salió disparada hacia el cielo. Gigantescos conductos eléctricos dejaron escapar rociadas de chispas multicolores. Las cosas estallaron y lanzaron diluvios de metralla contra ellos. La nave se bamboleó bajo los impactos.

Dash dio máxima potencia a los motores, y el *Halcón* ascendió rápidamente.

El castillo de Xizor, líder del Sol Negro, se derrumbó debajo de ellos y quedó convertido en una masa de ruinas llameantes que escupían humo.

Por una vez, ni siquiera Lando fue capaz de hacer alguna observación sarcástica.

Leia entró en la ya atestada cabina de control

—Salgamos de aquí —dijo Luke—. Nada de maniobras complicadas, ¿de acuerdo? Límitate a ir lo más deprisa posible.

—Te he oído —dijo Dash. Cetrespeó se levantó del suelo.

—Pues yo creo que lo he hecho bastante bien —dijo. Todos se volvieron hacia el androide.

—Aun así, me parece que no querré volver a repetir la experiencia en un futuro inmediato — se apresuró a añadir.

Luke meneó la cabeza, sonrió y no pudo evitar que una risita empezara a surgir de sus labios.

La repentina liberación de la tensión nerviosa demostró ser incontenible. Unos segundos

después, todos se estaban riendo salvo Cetrespeó y Erredós.

—¿Qué es lo que les hace tanta gracia? —preguntó Cetrespeó, bastante indignado.

Eso provocó una nueva oleada de carcajadas. Lo habían conseguido. Estaban a salvo.

Bueno, casi. Pero por lo menos la parte más difícil ya debería haber terminado.

Xizor estaba furioso y, salvo por la muerte de su familia, no podía recordar ningún instante de su vida en el que lo hubiera estado más. Su castillo había desaparecido, y todos sus objetos de valor y una gran parte de su gigantesco archivo de información se habían esfumado con él. Todo había sido destruido en un instante. Artefactos y registros que no podían ser duplicados porque eran únicos, expedientes de chantajes, proyectos personales, los secretos más importantes del Sol Negro desde que él había asumido su liderazgo... Todo había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Harían falta años para recuperarse de la pérdida y en el caso de que le ocurriera algo, el sucesor de Xizor nunca llegaría a conocer las auténticas dimensiones de la pérdida porque, para empezar, no sabría absolutamente nada sobre una gran parte de lo que se había perdido. Ni siquiera sabría quién había sido el responsable: todos los datos sobre Skywalker y la princesa estaban en el ordenador personal de Xizor, y tanto el ordenador como todas sus copias de seguridad habían quedado destruidas.

Fuera cual fuese la ira que sentía, ésta ya había desaparecido de su voz cuando se puso en contacto con su celestial para informarles de su llegada. Xizor estaba seguro de que el pequeño carguero corelliano que había estado a punto de chocar con él mientras huía de la destrucción de su castillo era el mismo que habían estado buscando sus hombres.

Sí, ese carguero corelliano era la misma nave que había venido a rescatar a Skywalker, Leia y sus amigos...

Quizá no había logrado llevar a cabo esa misión. Teniendo en cuenta cómo habían estado yendo las cosas últimamente, probablemente no fuera así..., pero siempre era mejor asegurarse.

Ser el presidente de una gran empresa de transporte siempre tenía sus pequeñas ventajas a la hora de describir una nave.

—Un carguero corelliano del modelo platillo volante abandonará el planeta dentro de poco —le dijo al comandante de su flota por el comunicador—. Es un YT-Mil trescientos, de un poco más de veinticinco metros de longitud y una capacidad de cien toneladas. Localícenlo y destrúyanlo. Si consiguen dejarlo incapacitado y capturar a la tripulación y los pasajeros, esa alternativa también sería aceptable.

»Pero si se les escapa, usted y cualquier otra persona a la que considere responsable de su huida quedará convertida en fertilizante antes del próximo amanecer. ¿Ha quedado claro?

—Sí, príncipe Xizor.

—Excelente. —Alargó la mano hacia el comunicador para cortar la transmisión—. Ya te tengo, Skywalker...

—¿Decíais algo, alteza?

—¿Qué? No, nada.

Movió el interruptor y cortó la transmisión. Probablemente no debería haber mencionado el nombre de Skywalker de esa manera, pero en realidad no importaba. El canal de comunicaciones estaba bien protegido. No, no importaba. Por fin estaba a punto de resolver para siempre aquel molesto problema.

Echó un vistazo al cronómetro de la consola. Pronto llegaría al celestial.

—Dijisteis que deseabais ser informado inmediatamente de cuanto tuviera relación con este nombre, lord Vader —dijo el oficial.

Vader le miró y después aceptó la hoja de plastex que le alargaba y leyó el texto.

—¿De dónde procede?

—Es una transmisión codificada de la nave *Virago*, lord Vader, en ruta hacia la órbita de altitud máxima del celestial *Puño de los Falleens*. La nave pertenece a...

—Ya sé a quién pertenece esa nave —dijo Vader, y estrujó la delgada lámina de plástico entre los dedos.

Y aunque el oficial no podía verlo, Darth Vader sonrió e ignoró el dolor que le causaba hacerlo.

—Preparen mi lanzadera —dijo.

Había advertido a Xizor de que debía mantenerse alejado de Luke. El criminal había decidido ignorar esa orden.

Lo cual era un terrible error por su parte.

En la medida en que ello era posible, Vader estaba encantado. Ya habían jugado al juego de Xizor durante demasiado tiempo. Por fin podrían jugar al suyo.

—¿Te importa tomar los controles, Luke? —preguntó Dash.

—Claro que no. —Luke, que ya se había instalado en el asiento del copiloto, asumió el mando—. ¿Adonde vas?

—Oh, a ningún sitio. Es sólo que he de llamar a mi corcel con el silbido secreto, ¿sabes?

—¿Cómo dices?

Dash cogió una cajita negra rectangular que colgaba de su cinturón.

—Esto es un comunicador de canal único con emisor de largo alcance y código de protección —dijo—. Creo que ya va siendo hora de que Lebo despegue y ponga mi nave en órbita. Podemos reunirnos en un punto prefijado y yo puedo tomar prestado uno de vuestros trajes de vacío —esta antigualla tendrá trajes de vacío, ¿verdad?—, y así conseguiré salir de esta cafetera y volver a poner los pies en una nave de verdad.

Luke sonrió.

—Sí, creo que podemos hacerlo.

—Después vosotros seguiréis vuestro camino y yo seguiré el mío. Supongo que los gastos de limpieza del solar en que había estado ese edificio de ahí abajo ayudarán a equilibrar mi

cuenta de crédito con el Imperio.

—Tendrías que considerar en serio la posibilidad de unirse a la Alianza —dijo Luke—. Eres un buen tipo, y nos serías muy útil.

—Gracias, Luke, pero no creo que lo haga. Prefiero trabajar en solitario.

Dash presionó el botón de control de su comunicador especializado.

—Eh, Lebo, viejo cubo oxidado... Haz girar tus engranajes y reúnete conmigo en las coordenadas siguientes.

—Mi amo no está a bordo en estos momentos. ¿Tendría la bondad de decirme quién le llama, por favor?

—Muy gracioso —dijo Dash, y miró a Luke—. Nunca compres un androide programado por un cómico fracasado.

Xizor se posó sobre la pista del celestial sin más incidentes dignos de mención. Su flota ya se había desplegado. Sus naves disponían de las autorizaciones necesarias, por lo que la Armada Imperial no les crearía ninguna dificultad.

Xizor fue a su centro de mando, una cubierta rodeada por una plancha de transpariacero que le proporcionaba un panorama perfecto de casi 360 grados de los alrededores del celestial.

Ordenó abrir el canal de comunicaciones con su comandante. Una holoproyección del oficial apareció delante de él.

—¿Sí, príncipe Xizor?

—¿Han desplegado ya las naves, comandante?

—Sí, alteza. Nuestros sensores han sido ajustados para detectar la presencia de cualquier navío que encaje con los criterios de identificación que me habéis proporcionado.

—Excelente. Manténgame informado.

La imagen se desvaneció, y Xizor se encontró contemplando la negrura del espacio. Ya había oído el nervioso zumbido de las conversaciones durante su llegada al celestial. Los rumores habían llegado hasta allí muy deprisa, aunque nadie se había atrevido a hablarle directamente del desastre ocurrido debajo de ellos. Bueno, daba igual. Xizor había sobrevivido a catástrofes peores.

Sobreviviría a aquello. Sí, sobreviviría..., y además aún conseguiría convertir la catástrofe en una victoria.

—Gracias por el viaje —dijo Dash por el comunicador.

El *Jinete del Espacio* flotaba a babor del *Halcón Milenario* mientras las dos naves avanzaban lentamente en la misma órbita. Un buen lanzador habría podido acertarle con una piedra incluso en condiciones de gravedad normal. Dash ya había terminado su corto viaje por el vacío espacial, sin dejar de quejarse ni un solo instante de lo mal que olía el traje que le habían prestado.

—¿Te apetece echar una carrera hasta el punto de salto? —preguntó Luke.

Estaba sentado detrás de los controles, y acababa de iniciar su turno de pilotaje. Lando

estaba sentado junto a él, y Leia se hallaba de pie detrás de los dos asientos.

Dash se rió.

—¿Quieres que te dé un pársec de ventaja?

—No, bastará con...

Un haz de luz verdosa pasó por entre las dos naves. Era el rayo de guía del cañón de una nave muy grande: en el vacío no podías ver el láser propiamente dicho, por supuesto, pero éste seguía la trayectoria del marcador ionizado que sí podías ver con toda claridad.

Alguien estaba disparando contra ellos.

—Oh, oh... Parece que tenemos compañía.

Más haces láser y chorros de partículas cargadas brillaron en el vacío, pero ninguno pasó realmente cerca de ellos. Bueno, por lo menos ninguno se acercó más de un par de metros...

Luke dejó caer la mano sobre los controles de propulsión, y el *Halcón* salió disparado hacia adelante en un salto tan brusco como el de un marsupoide asustado.

—¡Tenemos una corbeta sin señales de identificación acercándose a las dos-setenta! —gritó Lando—. ¡Y cuatro cazas en tres-cinco-nueve! No son naves imperiales! ¿Quiénes son esos tipos?

—¿Y a quién le importa quiénes sean? —respondió Luke—. ¡Hemos de salir de aquí! ¡Ocupate de los cañones, Chewie!

—Ya has oído al jefe, bola de pelos —dijo Leia—. ¿Qué prefieres, la tórrela dorsal o la ventral?

Chewie respondió con un gruñido, y él y Leia desaparecieron.

—¡Buena suerte, Dash! —gritó Luke.

—Lo mismo digo, Luke.

Luke dirigió el morro del *Halcón* hacia las profundidades del espacio y dio plena potencia a los motores. La nave se bamboleó cuando un haz de energía encontró sus escudos y rebotó en ellos.

Tenían que salir de aquel sistema lo más deprisa posible y saltar al hiperespacio.

—Hemos localizado al carguero corelliano, príncipe Xizor —dijo la voz del comandante desde la holoproyección.

—¿Y...?

—Vamos a atacar. Debería quedar destruido en cuestión de momentos.

Xizor asintió.

—No esté demasiado seguro de ello, comandante. Parece que tienen mucha suerte.

—Necesitarán algo más que suerte, príncipe Xizor. Los tenemos completamente rodeados. Necesitarían un milagro. Xizor volvió a asentir.

—Hay un muro entre nosotros y el sitio al que tenemos que ir —dijo Luke.

—Pues encuentra otro camino —dijo Lando—. ¿Quieres que tome los controles?

—No.

Un haz desintegrador chocó con el *Halcón* y les sacó de su trayectoria, pero los escudos aguantaron.

—¡Creía que vosotros dos estabais preparados para devolver el fuego! —gritó Lando por el comunicador.

Tanto Chewie como Leia respondieron con una serie de gritos, pero Luke estaba demasiado ocupado pilotando para prestar atención a lo que decían. Inició un rápido ascenso en picado y después convirtió el vector en una media vuelta cuando llegó a lo alto del arco, dirigiéndose nuevamente hacia el sitio del que habían venido.

—Chewie quiere saber cómo se supone que se las va a arreglar para darle a algo con todas esas maniobras tan raras que estás haciendo —dijo Lando.

—¿Cómo puede fallar? ¡Estamos rodeados! ¡Da igual hacia dónde dispare, porque siempre tendría que darle a algo!

Una sombra negra pasó junto a ellos como una exhalación. Era el *Jinete del Espacio*, y todos sus cañones estaban escupiendo fuego.

Un caza estalló delante del *Halcón*.

—¿Ves cómo se hace, Chewie? —gritó Lando. Chewie respondió con un ensordecedor rugido wookiee.

—¿Todavía no han detenido a esa nave, comandante?

—Todavía no, alteza. Su piloto es realmente..., ah..., muy hábil. Y hay dos naves devolviendo nuestro fuego. No disponemos de ninguna señal de identificación de la otra, pero está muy bien armada.

—Si mi flota no puede derrotar a dos naves, entonces no cabe duda de que necesita otro comandante —dijo Xizor.

—Les derrotaremos. Nuestra red se está cerrando. Pronto se quedarán sin espacio.

Los atacantes habían formado un hemisferio en el espacio. Había un montón de tráfico civil, naves de pasajeros y cargueros que despegaban del planeta o se dirigían hacia él, y Luke estuvo a punto de chocar con una de ellas mientras esquivaba a los cazas que zumbaban a su alrededor. Los civiles intentaban apartarse, lo cual empeoraba todavía más la situación. Y tarde o temprano la Armada Imperial despertaría, y probablemente incrementaría todavía más la confusión general. Luke no entendía por qué todavía no lo había hecho.

Una de las naves agresoras disparó contra el *Halcón*. El haz del cañón chocó con una nave de pasajeros, abrió un agujero a través de un convertidor de energía y causó un potente destello cuando la unidad quedó cortocircuitada. El disparo había causado serios daños, pero probablemente no había habido bajas.

—Tienen una puntería realmente horrible —dijo Lando—. Les da igual a quién le puedan dar.

Luke asintió. Al principio había pensado que podrían utilizar todo aquel tráfico para ir serpenteando por entre las naves civiles y evitar que les dieran, pero al parecer Lando tenía razón: a los malos les daba igual quién pudiera acabar destruido por sus disparos.

Los atacantes los habían acorralado. No parecía haber ninguna forma de escapar. Era una lástima que no hubiera podido llegar a su ala-X..., aunque una nave más probablemente tampoco habría servido de mucho.

La situación estaba empeorando por momentos...

Un caza atacante se lanzó sobre ellos con sus cañones escupiendo fuego como otros tantos ojos de plasma abrasador que les hicieran guiños.

Y entonces el caza atacante estalló de repente. El *Halcón* atravesó la nube de restos. Los fragmentos metálicos repiquetearon sobre los escudos con el potente impacto de una granizada surgida del vacío.

—¡Buen disparo! —gritó Luke—. ¿Quién se lo ha cargado? ¿Has sido tú, Leia?

—No —dijo Leia—. Ya tengo más que suficiente con los que vienen por mi lado. Debe de haber sido Chewie. Chewie dijo algo.

—Chewie dice que tampoco ha sido él —tradujo Lando. Luke parpadeó. ¿Quién había sido entonces?

—¡Eh, Luke! —gritó de repente una voz por el comunicador—. ¿Te importa que nos unamos a vuestra fiesta?

—¡Wedge! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Venimos a echaros una mano. El androide de Dash nos envió una señal de emergencia. Siento que hayamos tardado tanto en llegar.

Otro de los atacantes no identificados desapareció entre una flor de fuego.

—Bueno, pues que no vuelva a suceder —dijo Luke, y sonrió. La aparición del escuadrón de Wedge había mejorado un poco sus probabilidades de salir enteros de aquel lío. Luke hizo virar el *Halcón* en un gran arco.

—Parece ser que tenemos un pequeño problema, príncipe Xizor —dijo el comandante.

Xizor, que estaba contemplando los fogonazos de las armas y las naves que estallaban desde su cubierta, frunció el ceño.

—Ya me he dado cuenta de ello. ¿Por qué están estallando nuestras naves, comandante?

—Un escuadrón de cazas ala-X ha surgido del hiperespacio y está ayudando a esas dos naves. Sólo son una docena. Su presencia meramente... retrasará lo inevitable.

—¿Está seguro de ello, comandante?

—Nuestra superioridad numérica sigue siendo de veinte a uno, alteza. Y nuestras fragatas ya se han desplegado por si consiguen escapar de las corbetas y los cazas. No podrán huir.

—Espero que tenga razón, comandante.

Luke ejecutó un veloz descenso en picado seguido por un viraje de casi noventa grados. Un trío de cazas consiguió permanecer en su vector, disparando continuamente. Por una parte Luke se alegraba de la llegada del escuadrón de Wedge, pero por otra no cabía duda de que estaban perdiendo el combate. Con todo el tráfico civil de los alrededores, los mundos-rueda y los celestiales, los satélites de energía, las plataformas repetidoras del sistema de

comunicaciones y quién sabía cuántas cosas más, el espacio cercano a Coruscant era cualquier cosa salvo un vacío.

El comunicador vibraba con un continuo zumbido de conversaciones.

—Son míos, Luke —dijo Wedge.

—No, deja que yo me ocupe de ellos —dijo Dash. Otro atacante estalló a babor.

—Esta vez sí que he sido yo —dijo Leia—. ¿Todavía no habéis averiguado quiénes son esos tipos?

—Todavía no —dijo Luke.

—Te apuesto un crédito a que los ha enviado Xizor. Luke y Lando intercambiaron una rápida mirada. Por supuesto. Sí, era la única respuesta lógica.

Aunque eso no cambiaba en nada su situación, desde luego...

—¡Dos enemigos acercándose en uno-cincuenta! —gritó Lando. Luke aceleró. El *Halcón Milenario* se alejó en un vertiginoso viraje.

—¿Qué estáis haciendo ahí arriba? —chilló Leia.

—¡Ayudarte a centrar las miras para que no falles el blanco! —replicó Luke, también a gritos.

Vader iba y venía por el puente del *Ejecutor*.

—¿Cuánto falta para que hayamos acabado de rodear el planeta? —preguntó.

—Unos minutos, lord Vader —respondió el comandante, que estaba bastante nervioso.

—Póngase en contacto con el celestial *Puño de los Falleens* apenas estemos lo suficientemente cerca. Quiero hablar con el príncipe Xizor.

—Por supuesto, lord Vader.

—Creo que tenemos problemas, amigo —dijo Dash.

La voz que brotaba del comunicador sonaba tan firme y tranquila como siempre, pero también estaba impregnada por una nueva resignación.

Luke asintió.

—¿Wedge?

—Me temo que tiene razón, Luke. Esos tipos no son muy buenos pilotos, pero hay montones de ellos. Creo que todavía quedan unos quince por cada uno de nosotros, y además hay un par de fragatas esperando a lo lejos por si conseguimos escapar. No tenemos espacio suficiente para echar a correr, y no disponemos de sitio para maniobrar. Se están aproximando, y no les importa destruir alguna que otra nave civil.

—Sí —dijo Luke, y respiró hondo—. Bueno, supongo que lo único que podemos hacer es llevarnos con nosotros a tantos como podamos. A menos que alguien quiera rendirse, claro...

Tanto Dash como Wedge se echaron a reír.

—Ya me lo imaginaba —dijo Luke—. Que la Fuerza os acompañe. Luke pilotó el *Halcón* como jamás había pilotado ninguna nave antes. Giró, descendió en picado, frenó, subió de repente y ejecutó virajes a tales aceleraciones que faltó muy poco para que todos perdieran el

conocimiento. Estaba dando lo mejor de sí mismo y tenía a la Fuerza ayudándole, pero aun así estaban perdiendo la batalla. Sólo sería cuestión de tiempo.

—Estamos empezando a acabar con ellos, príncipe Xizor. Tres alas-X han sido destruidos o incapacitados. Nuestra red se está cerrando. Ahora ya sólo es cuestión de tiempo.

Xizor asintió. Por fin...

—Están entrando en nuestro radio de alcance, lord Vader.

—Excelente. Despliegue a nuestros cazas.

Leia siguió la trayectoria del caza que se aproximaba en sus miras, disparó, falló e hizo girar el asiento artillero. El caza pasó a toda velocidad por delante de ella.

Bueno, daba igual. Había otro caza justo detrás del primero, y más detrás de ese segundo caza. Leia alineó las miras y vio cómo las lanzas de energía convergían sobre el atacante. Un instante después vio cómo parte de un ala quedaba hecha pedazos y se esparcía por el espacio, y el caza herido inició una loca serie de giros incontrolables. Había centenares de esos malditos trastos, y contando a Dash y al *Halcón*, a ellos sólo les quedaban... ¿Cuántas naves? ¿Nueve, diez quizá?

Parecía que Xizor se iba a salir con la suya después de todo.

Luke vio cómo los cazas TIE avanzaban velozmente hacia ellos. Como mínimo habría una docena.

—Oh, oh —dijo Lando.

—Sí. Me preguntaba por qué tardaban tanto en añadirse a la batalla. —Luke miró a Lando—. Oye, Lando... Gracias por todo. Has sido un buen amigo.

—No quiero oírte decir ese tipo de cosas, Luke. Sigo siendo un buen amigo.

Luke asintió y volvió la mirada hacia los cazas TIE. No podían ir a ningún sitio: el espacio estaba tan lleno de naves que era como tratar de volar a través de una tempestad sin que te cayera encima ninguna gota. Respiró hondo...

Y vio cómo los cazas TIE pasaban a toda velocidad por delante de ellos. Después vio cómo destruían a dos de los atacantes no identificados.

—¿Eh? —dijo Lando.

—Luke —dijo la voz de Leia por el comunicador—, acabo de ver...

—Lo sé, lo sé. ¿Qué está pasando?

Xizor percibió con toda claridad el pánico que impregnaba la voz de su comandante.

—¡Estamos siendo atacados por la Armada Imperial, alteza! Un técnico de comunicaciones estaba agitando frenéticamente las manos junto a él.

Xizor le fulminó con la mirada.

—Espero que tenga una buena razón para interrumpirme, porque de lo contrario lo pagará

con la vida.

—Es... Es lord Vader. Quiere hablar con vos, alteza. ¡Vader! ¡Tendría que habérselo imaginado!

—Páseme la comunicación.

La imagen de Vader surgió de la nada delante de él. Xizor pasó inmediatamente a la ofensiva.

—¡Lord Vader! ¿Por qué la Armada Imperial está atacando a mis naves?

Hubo un breve silencio antes de que Vader hablara.

—Porque esas naves, siguiendo vuestras órdenes, están llevando a cabo una actividad criminal.

—¡Tonterías! ¡Mis naves están intentando detener a un traidor rebelde que acaba de destruir mi castillo! Hubo otro breve silencio.

—Disponéis de dos minutos estándar para retirar vuestras naves y colocaros bajo mi custodia —dijo Vader.

La frialdad que formaba el núcleo más secreto de la personalidad de Xizor se esfumó de repente en un estallido incontrolado de ira y pasión.

—No lo haré —dijo, esforzándose al máximo para mantener un tono de voz lo más firme y tranquilo posible—. Recurriré al Emperador y le expondré...

—El Emperador no está aquí. Hablo en nombre del Imperio, Xizor.

—Príncipe Xizor.

—Podéis conservar el título..., durante dos minutos más. Xizor se obligó a sonreír.

—¿Qué vais a hacer, Vader? ¿Destruir mi celestial? Nunca os atreveríais a hacerlo. El Emperador...

—Os advertí de que debíais manteneros alejado de Skywalker. Retirad vuestras naves y poneos bajo m. custodia sin ofrecer resistencia, o sufrid las consecuencias. Correré el riesgo de que mis actos no sean del agrado del Emperador. —Hizo una breve pausa—. Pero esta vez no estaréis allí para verlo.

Xizor se sintió invadido por una repentina oleada de miedo mientras la imagen de Vader se convertía en un borroso reflejo fantasmagórico y desaparecía. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Dispararía contra el celestial?

Dentro de menos de dos minutos conocería la respuesta a esas preguntas. Sería mejor que decidiese qué iba a hacer.

Y de prisa...

—¡Cuidado, Luke! —gritó Lando.

—¡Ya lo he visto!

Luke inició un veloz ascenso en picado, pero había más naves acechando en ese sector del espacio, y tuvo que desviarse hacia estribor. El vacío estaba repleto de haces de energía, restos de cazas destruidos y más naves de las que jamás hubiera visto en tan poco espacio. La zona parecía un nido de insectoides enfurecidos.

Pero... Aunque los cazas TIE hacían algún que otro disparo ocasional contra los alas-X, parecían estar concentrando su fuego sobre los atacantes que no llevaban señales de identificación. Estaban atacando a las naves de Xizor. ¿Por qué?

—Están en el mismo bando, ¿no?

Luke no se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que oyó la respuesta de Lando.

—Agradece a la Dama Fortuna cualquier pequeño favor que quiera concederte, chico. ¡Si se están disparando los unos a los otros, no tendrán tiempo de disparar contra nosotros! ¡Cuidado!

Luke alteró el curso en un brusco viraje, consiguiendo esquivar al caza que venía hacia ellos por unos cuantos centímetros.

Y entonces notó una perturbación en la Fuerza que le resultaba muy familiar. ¿Vader?

Pero tampoco había tiempo para pensar en eso. Luke decidió reservar las preguntas para más tarde —suponiendo que pudiera haber un más tarde para ellos—, y se concentró en pilotar el *Halcón*.

El comandante de la nave de Xizor había enviado una desesperada transmisión de máxima urgencia a su señor. Vader escuchó la comunicación decodificada por el sistema de altavoces.

—¡Príncipe Xizor, estamos siendo destruidos por los atacantes! ¡Nos superan en número y van a acabar con todos nosotros! ¡Necesito vuestro permiso para poder rendirnos! ¿Alteza?

Vader estaba contemplando el cronómetro, disfrutando con el implacable derretimiento del tiempo. El Príncipe Oscuro se estaba quedando sin segundos.

Siete segundos..., seis..., cinco...

—¡Por favor, príncipe Xizor, responded! ¡Debemos rendirnos o nos harán pedazos! ¡Por favor, por favor! Quedaban cuatro segundos..., tres...

—Alteza, yo...

La transmisión del comandante se interrumpió de repente. Un caza imperial debía de haber destruido su nave. Dos segundos..., uno...

—Destruya el celestial, comandante.

Un oficial que no obedeciera al instante las órdenes de Vader no hubiese durado mucho tiempo al mando de su nave.

—Sí, lord Vader.

Darth Vader respiró hondo sin hacer caso del dolor que sentía al hacerlo y dejó escapar lentamente el aire que había inhalado. Después sonrió bajo su máscara, sabiendo que nadie podría ver su sonrisa.

«Adiós, Xizor... Todos estaremos mejor sin ti.»

El azar quiso que la proa del *Halcón Milenario* estuviera vuelta en esa dirección cuando el celestial estalló.

Luke vio cómo el parpadeo estroboscópico del potente haz del Destructor Estelar gigante atravesaba el celestial. El planetoide quedó hecho añicos y estalló con la violencia de una

nova, convirtiéndose en una pequeña estrella que ardió con cegadora brillantez durante un momento antes de apagarse, dejando tras de sí un millón de fragmentos resplandecientes.

A pesar de toda su violencia, el espectáculo había sido realmente espectacular. Luke pensó que le había recordado la explosión que destruyó la Estrella de la Muerte.

—Oh, chico —murmuró Lando—. Me parece que alguien estaba muy enfadado con ellos.

Luke meneó la cabeza y no dijo nada.

—Bueno, muchachos, subid el morro y seguidme —dijo Dash. Luke parpadeó.

—¿Eh?

—Alguien acaba de abrir una compuerta de emergencia para que nos larguemos por ella.

—¿Estás loco? ¡No podemos volar a través de todos esos restos!

—No tenemos elección. Hay naves por todas partes. ¿Qué te pasa, chico? ¿No te crees capaz de hacerlo?

—Si tú puedes hacerlo, incluso mi androide puede hacerlo. Adelante.

Luke entendía lo que pretendía hacer Dash, desde luego. Sería complicado y muy peligroso, pero los alrededores del celestial destruido estaban relativamente despejados y la nube de restos se iba expandiendo hacia el exterior. Si conseguían evitar que los fragmentos los dejaran llenos de agujeros mientras seguían ese vector... Bueno, era su única posibilidad.

—¡Yeeeeeeeha! —gritó algún piloto del escuadrón de Wedge.

Luke se rió. Tenía una idea bastante aproximada de lo que sentían. Avanzaron hacia los restos, y por unos momentos pareció como si todo fuese a ir estupendamente. ¡Los buenos habían triunfado!

—¡Cuidado, Dash! —gritó Lando.

Luke difícilmente podía permitirse el lujo de mirar, pero lo hizo..., justo a tiempo de ver cómo un fragmento del celestial destruido que tendría el tamaño de un resiplex iba directamente hacia el *Jinete del Espacio*.

—¡Dash! —gritó.

Se estaba acercando demasiado deprisa para que Dash pudiera esquivarlo...

Hubo un destello de luz actínica demasiado potente para poder ser contemplado. Luke volvió la cabeza y vio cómo Lando se tapaba el rostro con un brazo para protegerlo del fagonazo.

Y cuando la luz se desvaneció, el *Jinete del Espacio* se había desvanecido con ella.

—Oh, no —dijo Lando—. Ha... Ha desaparecido. Como si nunca hubiera existido.

El dulce sabor del triunfo se volvió repentinamente amargo en la boca de Luke.

Pero no había tiempo para pensar en aquello.

—¡Agarraos bien, porque esto va a ser bastante duro!

Los restos volaban a su alrededor, con posibles impactos aguardándoles en cada giro. Luke sentía la pérdida de Dash —después de todo, había resultado ser un gran tipo—, pero no quería acabar convertido en un montón de metal humeante. Permitió que la Fuerza guiara sus movimientos y huyó a toda velocidad.

La base secreta de la Alianza estaba a varios años luz de Coruscan! y estuvieron a punto de no llegar hasta ella..., pero lo habían conseguido.

Luke estaba hablando con Leia, Luke y Chewie, y Erredós y Cetrespeó estaban inmóviles detrás de ellos. Al igual que muchas estructuras de la Alianza, el edificio en el que se encontraban consistía en una enorme y barata unidad prefabricada. El edificio contaba con una gran plancha de transpariacero que interrumpía la superficie rocosa del asteroide y permitía ver la negrura del espacio. Luke tenía los ojos clavados en la gruesa protección de transpariacero y contemplaba las profundidades de la galaxia.

—Bueno, si Xizor estaba en ese celestial tal como dicen los informes de nuestro servicio de inteligencia, supongo que ahora los cazadores de recompensas del Sol Negro ya no intentarán matarte —dijo Lando.

—Sigue estando Vader —dijo Leia. Luke la miró y meneó la cabeza.

—No creo que Vader quiera verme muerto. Todavía no, por lo menos... Ya resolveré ese problema cuando llegue el momento adecuado.

Oyeron ruido de pasos, y se volvieron para ver a Wedge viniendo hacia ellos.

—Tengo un mensaje para ti, Luke —dijo Wedge—. Es de los bothanos. Iba dirigido a Dash, pero... Bueno... —Se quedó callado durante unos momentos antes de volver a hablar—. Eh... Bien, el caso es que... ¿Te acuerdas de aquel cohete al que Dash no consiguió acertar con sus disparos durante ese desastre en Kothlis? Pues resulta que Dash no falló.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Luke, mirando fijamente a Wedge y parpadeando.

—Era uno de esos nuevos cohetes imperiales con blindaje de diamante y boro. Ningún arma que hubiera podido usar lo habría detenido. Los bothanos querían que lo supiera.

Luke sintió cómo una burbuja de aire líquido se formaba dentro de su estómago. Oh, no. Dash no había fallado, pero ya nunca lo sabría: Qué horrible: morir antes de que pudieras saber que no habías sido responsable de la muerte de tus camaradas... Y saber que Luke se había alegrado un poco de lo ocurrido —no por las muertes, sino por ver cómo el presuntuoso Dash recibía una buena lección— era todavía más horrible.

«Oh, no...»

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Wedge.

—Iremos a rescatar a Han —dijo Luke—. Si todavía no está en Tatooine, no tardará en estar ahí.

—¿Piensas entrar en el palacio supervigilado de Jabba y sacarle de allí como si tal cosa? —preguntó Wedge.

—Tengo un plan —respondió Luke.

Se dio la vuelta y alzó la mirada hacia las estrellas. Quizá todavía no fuera un Maestro Jedi, pero había aprendido mucho.

Era un Caballero Jedi, y de momento le bastaba con eso.

Epílogo

Darth Vader se arrodilló delante de su señor en la cámara más privada del Emperador. Creía tener razones para estar preocupado.

—Habéis desafiado mis órdenes, lord Vader.

—Sí, mi señor. Pero espero no haberos fallado.

—Levantaos.

Vader se levantó.

El Emperador obsequió a Vader con una siniestra sonrisa.

—Sé que Xizor tenía sus propios objetivos ocultos y que habéis sido lo suficientemente astuto para descubrir su plan. Estaba al corriente de todo, por supuesto.

Vader no dijo nada.

—¿Estamos seguros de que Xizor ha muerto?

—No veo cómo podría haber sobrevivido. Vi cómo su celestial quedaba totalmente destruido.

—Es mejor así. El Sol Negro nos resulta muy útil, pero hay un aspecto en el que es como un chirru: córtale la cabeza y otra aparecerá para sustituir a la cabeza que has cortado.

El Emperador soltó una risita, visiblemente divertido por la comparación.

—El próximo líder quizá sea igual de peligroso —dijo Vader.

—Ningún líder del Sol Negro podrá enfrentarse jamás al poder del lado oscuro.

—Pero ¿y el plan para tender una trampa a los líderes rebeldes?

—La nueva Estrella de la Muerte servirá como señuelo, y esta vez tanto vos como yo estaremos allí para acabar con la Rebelión.

Vader reprimió el impulso de menear la cabeza. Como siempre, el Emperador estaba un paso por delante de él.

—El joven Skywalker también estará allí. Me he asegurado de que así sea.

Vader suspiró.

—Todo se está desarrollando exactamente tal como yo lo había previsto, lord Vader.

El Emperador volvió a sonreír, y Vader sintió cómo un escalofrío helado recorría todo su cuerpo. En toda la galaxia no había nadie que pudiera controlar el lado oscuro de una manera tan sutil y completa como el Emperador, y el que fuera capaz de sentir ese miedo suponía una debilidad por parte de Vader. Un resto insignificante de Anakin Skywalker seguía existiendo dentro de él a pesar de todos sus esfuerzos. Tendría que eliminarlo..., o acabaría causando su perdición.

Luke respiró hondo y buscó el núcleo de calma en las profundidades de la Fuerza. Estaban en la casa de Ben, en Tatooine, y en realidad no esperaban que su propuesta pudiera interesar a Jabba, sobre todo teniendo en cuenta lo que habían averiguado sobre aquella temible criatura, pero sólo se trataba de un pretexto. Lando disponía de una manera de entrar allí, al igual que Chewie y Leia, y eso debería permitir que Erredós y Cetrespeó también pudieran entrar en el palacio. Si el Hutt estaba dispuesto a negociar, todos se ahorrarían un montón de problemas..., pero ninguno de ellos esperaba que las cosas fueran tan fáciles. A juzgar por la información que habían podido reunir sobre él, Jabba era un ser extremadamente retorcido y desagradable, y además no necesitaba el dinero que podían ofrecerle. Lástima.

Oh, bueno. Tendrían que hacerlo al viejo estilo. Eso no era ninguna novedad, desde luego.

—De acuerdo, Erredós, empieza a grabar. Erredós respondió con un pitido afirmativo.

—Saludos, noble y magnífico Jabba. Permitid que me presente: soy Luke Skywalker, Caballero Jedi y amigo del capitán Solo. Sé que sois muy poderoso, oh gran Jabba, y que la ira que sentís hacia Solo debe de ser igualmente poderosa. Solicito una audiencia con Vuestra Inmensidad para que me sea permitido comprar la vida de Solo.

Luke pensó que había conseguido ser lo suficientemente servil, aunque si lo que habían oído decir sobre él era verdad, Jabba se echaría a reír en cuanto oyera su mensaje. Hizo una breve pausa, respiró hondo y siguió hablando.

—Dada vuestra colosal sabiduría, estoy seguro de que conseguiremos llegar a un acuerdo mutuamente beneficioso que nos permitirá evitar cualquier confrontación desagradable.

Eso era altamente improbable, claro. Pero Luke tenía que seguir.

—Como prueba de mi buena voluntad, os ofrezco un regalo..., estos dos androides.

Luke intentó reprimir la sonrisa que amenazaba con aparecer en sus labios. No le cabía la más mínima duda de que Cetrespeó quedaría totalmente perplejo cuando oyera aquel pasaje de la grabación. Al principio, Luke había pensado que quizá debiera advertirle, pero luego decidió que sería preferible que no lo supiera. Cetrespeó se ponía nervioso con tanta facilidad... Y además, la sorpresa de Cetrespeó ayudaría a convencer a Jabba.

—Los dos son excelentes trabajadores y os servirán muy bien —concluyó Luke.

Miró a Erredós y enarcó una ceja. El pequeño androide desconectó su grabadora.

Leia meneó la cabeza detrás de Erredós.

—¿Crees que dará resultado? Luke se encogió de hombros.

—Eso espero. Sólo hay una manera de averiguarlo. Leia fue hacia él y le rozó el brazo.

—Eh, después de todo lo que nos ha ocurrido últimamente, rescatar a un viejo pirata que apenas se tiene en pie debería ser facilísimo, ¿no? Leia sonrió.

—Desde luego.

Luke le devolvió la sonrisa mientras sentía cómo un torbellino de emociones contradictorias se agitaba en su interior. No sabía qué sentía realmente Leia por él o por aquel viejo pirata que apenas se tenía en pie, pero sí sabía lo que él sentía por ellos. Ocurriera lo que ocurriese, Luke tenía que hacer lo correcto porque no había otra solución..., y en aquel caso lo correcto era bastante sencillo, aunque no resultase nada fácil de hacer.

«Aguanta, Han... Vamos a rescatarte.»